



Centro de Estudios Sociológicos
Doctorado en Ciencia Social con Especialidad en Sociología

Promoción XVI

La Zona Rosa: Un estudio socioespacial sobre género, sexualidad, sociabilidad e imaginario urbano en la Ciudad de México

Tesis para optar al grado de
Doctor en Ciencia Social con especialidad en Sociología
que presenta:

José Ignacio Lanzagorta García

Directora:
Dra. Gabriela Cano

Comisión Lectora:
Dra. Verónica Crossa
Dra. Liliana Rivera Sánchez

Ciudad de México

Diciembre 2018

A Eythel Aracil Flores

A Maby Muñoz Hénonin

Tabla de contenido

Agradecimientos	6
Introducción: La Zona Rosa, ¿barrio gay?	9
I.1.- La centralidad de la zona llamada Zona Rosa	11
I.1.1.- Una y muchas zonas rosas	15
I.2.- Antropología urbana y diversidad sexual: el barrio gay como proceso urbano	23
I.2.1.- Emergencia de los barrios gay y las bases para su discusión académica.....	24
I.2.2. Aproximaciones críticas: el barrio gay desde perspectivas interdisciplinarias	26
I.2.3. El barrio gay fuera del mundo anglosajón	28
I.3.- Un marco analítico para la Zona Rosa como estudio de caso	30
I.4.- Estructura de la tesis.....	34
I.5.- Consideraciones conceptuales y metodológicas preliminares	36
I.5.1.- Identidades y diversidad sexual: terminologías dinámicas	36
I.5.2.- Reflexiones sobre el campo y las entrevistas de corte biográfico	42
Capítulo 1.- Punto, plano y línea. Un modelo metodológico para estudiar sociabilidad urbana, territorio e identidades sexuales	48
1.1.- La dimensión antropológica del espacio urbano y lo cotidiano.....	51
1.2.- Aparecer en el espacio urbano: género e identidades sexuales	55
1.3.- Modelo conceptual y metodológico	62
1.3.1.- Sociabilidades: los puntos sobre el plano.....	62
1.3.2.- Imaginarios urbanos: el plano donde se insertan las sociabilidades	71
1.3.3.- Trayectorias biográficas: las líneas que conectan puntos.....	77
1.4.- Cuatro cohortes: el proceso de la Zona Rosa y de las identidades.....	79
Capítulo 2. Identidad y sociabilidades urbanas de la heterodoxia sexual en la ciudad de México.....	82
2.- Sociabilidades difusas: calles, plazas, cafés y... la Zona Rosa.....	85
2.1.1. Zonas de tolerancia: visibilizar la trasgresión en el espacio público	86
2.1.2. Zonas habitacionales.....	89
2.1.3. Zonas de comercio sexual	90
2.1.4. Sociabilidades <i>gay-friendly</i>	91
2.2.- Sociabilidades concretas de las identidades no heterosexuales	92
2.2.1. Sociabilidades sexuales.....	93
2.2.2. El bar gay	101
2.2.3. Otras sociabilidades especializadas	113
2.3.- La Zona Rosa como concentración y exclusión de sociabilidades.....	115
2.4.- Las identidades sexuales y la oferta urbana de sociabilidad	119
Capítulo 3- Nostalgia, decadencia, cosmopolitismo y trasgresión: el imaginario de la Zona Rosa.....	125
3.1. La nostalgia y las dos decadencias de la Zona Rosa	128
3.1.1. Nostalgia: el concepto de un afecto	129
3.1.2. La formación del espacio urbano de la Zona Rosa: ¿barrio porfiriano?	131
3.1.3. La segunda decadencia y la “recuperación” de la Zona Rosa	135
3.2. Cosmopolitismo y trasgresión: el corazón de la Zona Rosa.....	139
3.2.1. Las dos Elenas: la década de los 60 en México	139
3.2.2. Antes que la Zona Rosa: el desarrollo del cosmopolitismo a través del turismo.....	143
3.2.3. El bautizo de la Zona Rosa.....	145
3.2.4. Zonrosados: “¿Existe una subcultura en la Zona Rosa?”	149
3.2.5. De una Zona Rosa de la Liberación sexual a una Zona Rosa gay	156

3.3. Conclusiones: la ambivalencia y tensión de lo gay en el imaginario de la Zona Rosa .	160
Capítulo 4.- Relacionarse con la Zona Rosa: las líneas que unen los puntos.....	163
4.1. Primeros pasos: salir a la calle: estrategias, miedos, resistencias y padrinzgos	166
4.2. La primera visita a la Zona Rosa	177
4.3. Relacionarse con la Zona Rosa y con la ciudad: de la exploración y consolidación de una identidad.....	179
4.4. Dejar de ir a la Zona Rosa: otras sociabilidades tras el período de exploración	187
4.5. La Zona Rosa “chafa”, “no auténtica” y otras valoraciones generales	192
4.6. Conclusión: posicionarse con respecto a la Zona Rosa	196
Capítulo 5. La identidad gay y la Zona Rosa en cuatro períodos	199
5.1. Primer período (1970s-1985): la llegada de la identidad gay	206
5.2. Segundo período (1986-1997): VIH, dispersión de bares y consolidación de la identidad gay	218
5.3. Tercer período (1998-2009): la construcción de una cultura gay hegemónica y una Zona Rosa política	229
5.4. Cuarto período (2009 – a la fecha): Separación de “ambientes” y una Zona Rosa despolitizada.....	238
Conclusiones y reflexiones finales	249
C.1. Hacia un catálogo de sociabilidades de la heterodoxia sexual	251
C.2. Imaginarios: ser gay versus ser gay de la Zona Rosa	257
C.3. El período de exploración urbana como acontecimiento en una vida heterodoxa	262
C.4. Un modelo para contar una historia gay de la Zona Rosa	266
Anexo I – Semblanzas de las personas entrevistadas	270
Anexo II.- Bares, antros, baños y lugares de encuentro.....	284
Referencias	290

Agradecimientos

Esta investigación surgió a partir del proceso colegiado, comunitario, dirigido y solitario que significa producir una tesis en el Centro de Estudios Sociológicos del Colegio de México. Ingresé al programa con una propuesta particular de antropología urbana y a lo largo de su construcción como proyecto de investigación mutó profundamente. Este viraje no fue menor para mí, pues la selección del tema y estudio de caso que aquí abordo me atraviesa en varios sentidos. Hice de este proyecto un asunto que me interpeló de más formas que solo como un investigador. Estoy muy agradecido con el Colegio de México como institución por su rigor, por su cobijo, por las herramientas brindadas, por su biblioteca, por su cafetería y por su reserva del pedregal.

En la historia de esta investigación, resultó fundamental mi paso por un seminario sobre problemas de la historia de género y de diversidad sexual, coordinado por Gabriela Cano y Pamela Fuentes. Fue a partir de esta experiencia que la Zona Rosa se convirtió en mi tema de investigación y Gabriela Cano mi directora de tesis. El agradecimiento más importante de esta investigación es para ella. Sus lecturas, su orientación, sus sugerencias, su paciencia, su confianza, su acompañamiento, su interés y su preocupación por este proyecto y por mi trayectoria haciéndola constituye el pilar central de este trabajo. ¡Gracias, Gabriela!

De manera también muy cercana, agradezco a Verónica Crossa y Liliana Rivera quienes contribuyeron crucialmente en esta investigación. He querido construirme una trayectoria como investigador cualitativo interdisciplinario, tomando herramientas, preguntas, perspectivas y literaturas académicas de la antropología, la ciencia política, la historia, la geografía y la sociología. La generosidad de Verónica y Liliana, a través de su lectura, comentarios y orientaciones a lo largo de las diferentes fases de la producción de esta investigación contribuyeron a nutrir este propósito.

Quiero agradecer también a los integrantes del seminario de procesos urbanos que por tres semestres fueron un acompañamiento y asistencia en la forma de pensar, discutir y construir colegiadamente un proyecto de investigación sólido en esta materia. Agradezco a nuevamente a Liliana Rivera, pero también a Karine Tinat, Nitzan Shoshan, Manuel Dammert y Juan Antonio del Monte. Mi investigación cambió radicalmente a lo que

inicialmente planteé en ese seminario, pero ahí se sentaron las bases del rigor y estructura sobre lo que significa un proyecto de investigación doctoral.

También agradezco a quienes han tenido algún acercamiento y lecturas de mis avances de investigación y han formulado observaciones, comentarios y sugerencias que han orientado mi trabajo o bien, me han brindado oportunidades para presentarlo a través de ponencias, clases, borradores, artículos formales, artículos o proyectos de divulgación. Entre ellos están Alejandro Agudo, Angela Giglia, Ana Paulina Gutiérrez, Rodrigo Laguarda, Helena López, Christian Mendoza, Guillermo Osorno, Jorge Luis Peralta y, nuevamente, Pamela Fuentes. Agradezco de manera especial a Luis de Pablo y de nuevo a Juan Antonio Del Monte por la dedicada lectura que hicieron a borradores de partes de este documento. También agradezco a Ernesto Reséndiz por orientarme con algunas fuentes y archivos que empleé en esta investigación. Al colectivo CIDE+, en especial a Antonio Del Pozo, Katia Guzmán, Tania Hernández y José Manuel Ramírez, por invitarme a una sesión con sus miembros, así como convocarme a organizar una visita guiada en la Zona Rosa.

Aprovecho para señalar que gracias a una beca de la Fundación Kaluz tuve oportunidad de viajar a Argentina, donde presenté aspectos de esta investigación frente académicos que trabajan temas relacionados. Agradezco de manera especial a Patricio Simonetto por la hospitalidad y porque además de sus comentarios a mi trabajo, también organizó una conferencia en la Universidad Nacional de Quilmes donde recibí retroalimentación de María Bjerg y, junto con Débora D'Antonio, un seminario en la Universidad de Buenos Aires, donde esta investigación fue comentada por Nayla Vacarezza y Pablo Ven.

Nunca fue menor para mí el período escolarizado de este programa de doctorado. Al contrario, lo celebré no solo por su aspecto formativo, sino sobre todo por su dimensión social. Estoy agradecido con todos los miembros de la Promoción XVI pues creo que llegamos a construir una comunidad. Cada día de los primeros semestres comer juntos en la mesa de afuera del comedor era un motivo de alegría para mí... y se los dije mil veces. Buena parte de lo sustantivo en la experiencia de investigación, desde el aprendizaje de herramientas y literaturas especializadas, la adquisición de hábitos, técnicas de exposición y organización de las ideas, superación de baches y más, es mejor en un proceso colectivo donde los lazos de amistad y reciprocidad se fortalecen. Les agradezco a todos y aunque pueda significar una

descortesía la distinción, quiero referir de manera muy especial –alfabéticamente- a Julián Atilano, Manuel Dammert, Juan Antonio Del Monte, Máximo Jaramillo, Carlos Laverde, Leslie Lemus, Érika Pérez y Paloma Villagómez. En cuanto a la parte formativa, estoy especialmente agradecido con los profesores Marco Estrada y Ricardo Yoccelevzky y nuevamente con Liliana Rivera, Nitzan Shoshan y Karine Tinat.

Agradezco a todos quienes me ofrecieron una entrevista para esta investigación. Sus nombres no son aquí mencionados para no violar la confidencialidad de la información y datos que me han brindado, pero su colaboración es el alma de este proyecto. Espero que esta investigación esté a la altura de la generosidad de su testimonio.

La producción de esta tesis, como he dicho, ha tocado fibras que trascienden la actividad formal de la investigación e involucraron desafíos y aspectos personales. Muchos de los escollos superados directa e indirectamente relacionados con este trabajo, así como el origen y maduración de algunas ideas aquí plasmadas se lo debo a la cercanía con otras personas que han sido fundamentales en este período de mi vida. En especial y sobre todo a Eythel Aracil, a quien ofrezco el conjunto de este trabajo y con quien he crecido y nos hemos procurado la última década de nuestras vidas. También a Maby Muñoz, cuya complicidad y amistad atesoro como lo más preciado. Agradezco a mi madre Mari Nieves García, a mi padre José María Lanzagorta, a mi hermana Mari Nieves Lanzagorta, mi cuñado Alfredo Gutiérrez y a mis sobrinos Alfredo, Isabel y Ana. Hemos sido y sigamos siendo familia.

Quiero hacer mención también de quienes, entre los lazos de la amistad, han tenido algún tipo de cercanía, interés o impacto en este trabajo o en este período: Adriana Alfaro, Milena Ang, Mariana Aguirre, Raúl Bravo, Rafael Cabrera, Alejandro Casillas, Luis De Pablo, Antonio Del Pozo, Helga Caballero, Martín H González, Pablo Hill, Laura Lecuona, Arturo Salazar, Romeo Tello, Paulina Terrazas, Irene Treviño. También agradezco a Rodrigo Solórzano, por lo que me escribió a unos pocos días antes de su partida.

Quiero cerrar estos agradecimientos mencionando que éste ha sido el primer grado académico que he obtenido de una institución pública. No es menor para mí agradecer al Estado mexicano a través de la propia institución del Colegio de México, así como del Conacyt, cuya beca hizo posible mi dedicación exclusiva a este proyecto.

Introducción: La Zona Rosa, ¿barrio gay?

Zona Rosa fue el nombre con el que, en algún momento de la década de 1960, un grupo de periodistas, intelectuales y artistas bautizaron a un céntrico conjunto de manzanas de la ciudad de México donde se daban cita en sus cafés, restaurantes y bares.¹ El ambiente social de este barrio en esos años, caracterizado en la memoria de muchos de sus visitantes y cronistas como esnob y bohemio, cosmopolita y *psicodélico*, turístico y trasgresor, consiguió una gran notoriedad dentro y fuera de la capital mexicana al grado de que el término zona rosa se propagó por otras ciudades latinoamericanas para nombrar e incluso planificar áreas de especialización turística y recreativa.² En la Zona Rosa de la ciudad de México, al igual que en las zonas rosas de las otras ciudades, se concentraron hoteles, bares, boutiques, galerías de arte, centros nocturnos y restaurantes. Pero una de las muchas particularidades de la Zona Rosa de la ciudad de México es que, con el tiempo, también se concentrarían ahí los bares gay y otras formas de sociabilidad relacionada.

Hoy no es raro encontrar la referencia en diferentes publicaciones y voces que la Zona Rosa es el “barrio gay” de la ciudad de México. Pero, aun concediendo que lo fuera, como área turística, espacio burocrático e incluso barrio de inmigrantes, simultáneamente intervienen ahí otros usos del espacio igual o incluso más intensivos que generan otros significados e imaginarios sobre la Zona Rosa. Para esta investigación, más que definirla o no como barrio gay, mi interés ha sido comprender el papel que juega la visita a la Zona Rosa en las vidas de personas que buscan socializar una identidad sexual heterodoxa: gays, lesbianas, personas trans, entre otros.³ Más allá de los bares como universos donde suelen forjarse y transformarse parte de los repertorios identitarios, me pregunté si la propia Zona Rosa como territorio significaba algo en las historias de vida de estos visitantes. Y, a su vez, me he preguntado si los imaginarios asociados a la Zona Rosa tienen algún impacto en las formas

¹ En lo sucesivo emplearé *ciudad de México* para referirme a la totalidad del conjunto urbano que integra la zona metropolitana del Valle de México. Utilizaré la mayúscula *Ciudad de México* cuando aluda exclusivamente a la entidad político-administrativa concreta que hasta una reforma política en 2016 se llamaba Distrito Federal. También emplearé la mayúscula para referir al gobierno de esa demarcación que contiene apenas una parte de toda una metrópoli que se distribuye también por municipios de las entidades del Estado de México e Hidalgo.

² Existen otras *zonas rosas* en Bogotá, San Salvador, Guayaquil, Managua e incluso en la ciudad de Kansas, donde, a diferencia de las otras ciudades, se refiere más a un desarrollo inmobiliario habitacional y comercial que a una zona turística y recreativa.

³ Más adelante estableceré una breve discusión y definición de la forma en la que he decidido emplear los términos alusivos a la diversidad sexual.

identitarias de organización social de un deseo erótico y afectivo de personas del mismo género, así como de las identidades transgénero.⁴ En suma, me pregunto sobre la relación bidireccional entre la Zona Rosa y las identidades sexuales como un proceso urbano y de género particular de la ciudad de México. Para atender esta pregunta de investigación, he construido esta relación bajo un estudio de caso no solo empírico, sino sobre todo analítico, mismo que propongo también como una suerte de modelo cualitativo para observar la interrelación entre espacios concretos de sociabilidad asociada a un grupo social, los imaginarios urbanos del área urbana sobre la que estos espacios de sociabilidad pueden presentar alguna concentración y el tránsito entre estos espacios en los relatos de vida de algunas personas.⁵ Este marco analítico, como propuesta sociológica, involucra también herramientas y perspectivas que se desprenden principalmente de la antropología.

En este capítulo introductorio de la tesis, además de presentar el trabajo en términos generales, busco enmarcar la discusión académica a la que con esta investigación pretendo contribuir. En primer lugar, comienzo con una contextualización de la Zona Rosa dentro de la estructura urbana de la ciudad de México y su construcción como campo etnográfico. Busco aquí brindar un panorama que permita comprender los diferentes lugares que ocupa la Zona Rosa dentro de los imaginarios urbanos capitalinos y contar con una referencia lo más completa posible del territorio en cuestión a la vez que marcar aquella de la que desprendo su faceta gay. Posteriormente, presento una discusión y breve estado de la cuestión sobre el “barrio gay” como concepto de las ciencias sociales y la posición que tomaré al respecto en este trabajo. Lo anterior, sirve para presentar el caso en términos analíticos: ahí expongo algunos de los alcances y limitaciones de este modelo. Tras esto, presento la forma en la que está organizado el resto de este documento en su estructura de capítulos. Finalmente introduciré de manera sintética un comentario sobre la adopción que hago de conceptos y términos relativos a la diversidad sexual, así como una breve reflexión metodológica sobre mi posición como investigador con respecto a este tema.

⁴ En este documento opto por la ortografía simplificada de las palabras “trasgresión”/“trasgresor”, es decir, eliminando la “n” del prefijo “trans”. Por el constante uso que hago de esta palabra, he optado por esta ortografía para hacer una distinción gráfica más contundente con la palabra “transgénero”. De igual manera uso el prefijo solo “trans” para referir al conjunto de las identidades asociadas a manifestaciones trasgresoras del género asignado al nacer: travesti, transgénero, transexual.

⁵ En el capítulo 1 repararé en las implicaciones de considerar este marco analítico como un modelo.

1.1.- La centralidad de la zona llamada Zona Rosa

La Zona Rosa es un polígono de alrededor de 20 manzanas dentro de la colonia Juárez en la alcaldía Cuauhtémoc.⁶ De hecho, la Zona Rosa atraviesa por la mitad a esta colonia, partiéndola en tres segmentos (ver imagen I.1) y, el tramo oriental que queda de la Juárez y que no conocemos ya como Zona Rosa, tiene frontera con el centro histórico. Al poniente, la colonia termina en uno de los principales accesos al Bosque de Chapultepec, la más extensa área verde urbana y, como zona histórica, sede de museos y otros atractivos que lo convierten también en uno de los referentes turísticos más visitados de la ciudad. Al norte del Bosque de Chapultepec, hay una franja de hoteles de lujo y de gran capacidad de hospedaje. La colonia Juárez se encuentra, pues, entre dos polos de atracción turística de la ciudad.

Describiendo un polígono irregular y con una traza de calles reticular segmentada e interrumpida por razones que explicaré más adelante en el capítulo 3, la colonia Juárez está flanqueada y atravesada por algunas de las arterias viales importantes de la zona central de la ciudad de México. Al norte, la Juárez colinda con las colonias Cuauhtémoc y Tabacalera, separadas de ella por el Paseo de la Reforma, la avenida monumental de la capital mexicana. Y por monumental me refiero a eso mismo: la presencia de espacios icónicos conformados por esculturas y rotondas con fuentes, estatuas o jardines. Uno de los principales monumentos simbólicos de la ciudad de México es la columna de Independencia -conocida popularmente como el Ángel- que, en los mapas y croquis del área, suele aparecer como parte de la misma Zona Rosa. La rotonda en la que está situada la columna, en el cruce de Reforma y Florencia, suele ser el punto de partida de un gran número de marchas, protestas y manifestaciones sociales; también es el sitio de reunión de celebraciones deportivas o políticas. Así, en los límites de la Zona Rosa, incluso siendo parte de ella, se encuentra uno de los centros simbólicos más socorridos de la ciudad.

⁶ *Colonia* es el término mexicano, en general, para referir a los barrios de las ciudades. Las colonias son o suelen ser entidades administrativas menores que solo cuentan con identificación oficial para la dotación de servicios públicos e infraestructuras. Sin embargo, aunque existe la figura del comité vecinal en la legislación vigente y en la práctica, al menos en la Ciudad de México, las colonias no tienen autonomía política y administrativa alguna reconocida jurídicamente. Por otro lado, tras la misma reforma política a la que aludí en la nota 1, las divisiones político-administrativas del antes llamado Distrito Federal, hoy Ciudad de México, que recibían el nombre de delegaciones, hoy son denominadas alcaldías. Actualmente, una alcaldía tiene el mismo estatus político-administrativo que el municipio, que es el primer nivel de gobierno reconocido en la legislación mexicana.

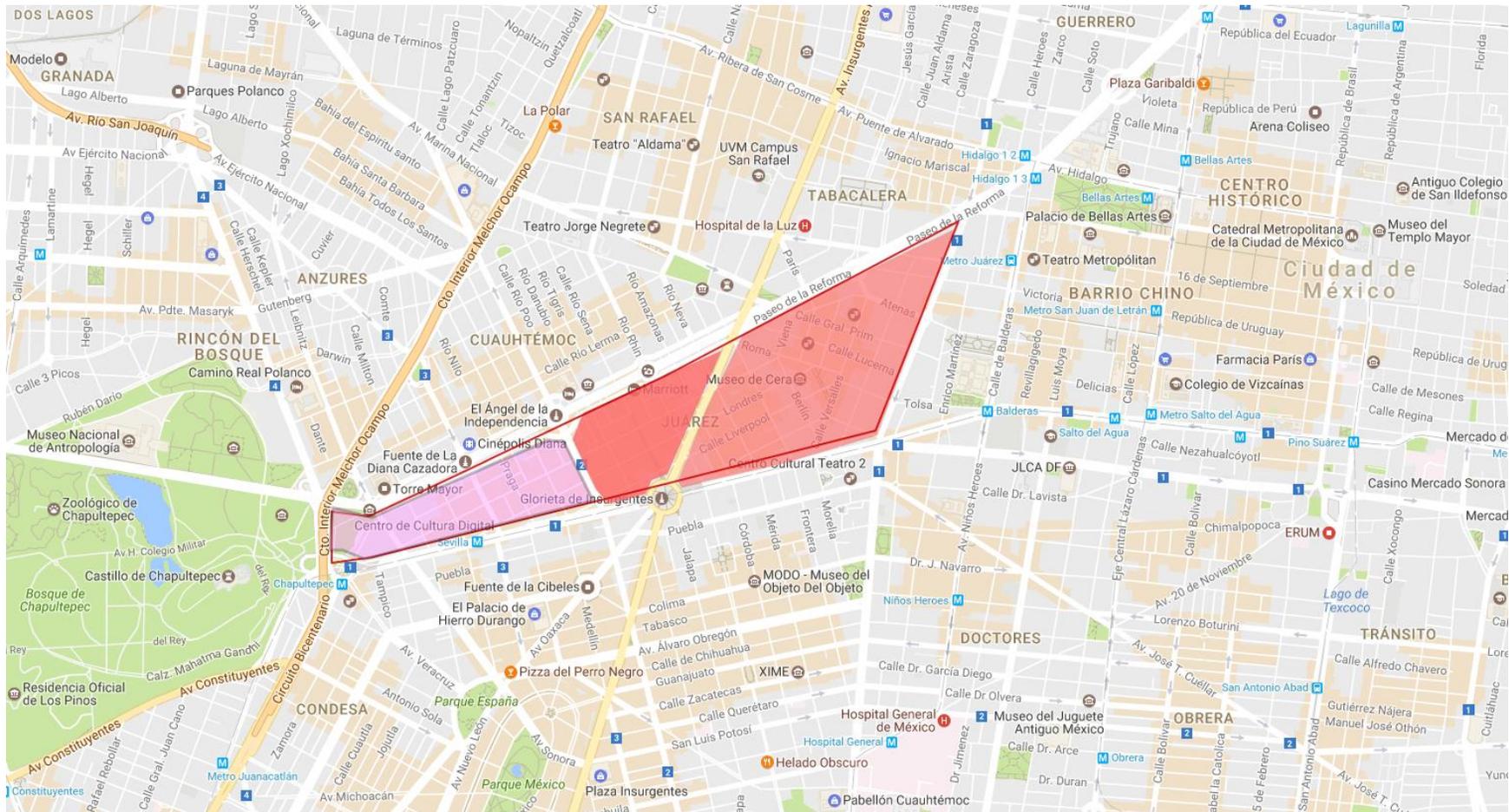


Imagen I.1.- Fuente: Google Maps. Se muestra toda el área de la colonia Juárez dividida en tres polígonos. El polígono central, flanqueado por las avenidas Insurgentes, Paseo de la Reforma, Florencia y Chapultepec, corresponde al núcleo nombrado como Zona Rosa

Al sur, la colonia Juárez, incluyendo su Zona Rosa, es delimitada por la avenida Chapultepec que, además de ser uno de los principales accesos al centro histórico y uno de los caminos más antiguos de la ciudad de México, en buena parte de su recorrido circula bajo nivel del suelo la primera línea del tren subterráneo conocido como Metro, inaugurada en 1969. Así mismo, la Juárez está atravesada por la mitad por la Avenida de los Insurgentes, una de las arterias más transitadas de la ciudad de México pues la recorre completamente de norte a sur, siendo también una de las principales rutas de acceso a la capital especialmente desde el sur del país. En el cruce de Chapultepec e Insurgentes, en el límite suroriente de la Zona Rosa, confluyen en una plaza, una estación del metro y otra del sistema de autobús de tránsito rápido (BRT por el acrónimo *Bus Rapid Transit*) conocido localmente como Metrobús. Se trata de un punto nodal moderado de la ciudad por el cual confluyen diariamente decenas de miles de burócratas, dependientes, estudiantes, turistas y otros visitantes que asisten a esta zona central.⁷

Es posible decir que la Zona Rosa es apenas una pequeña fracción dentro de lo que en otras ciudades se conoce como el distrito financiero, si es que fuera posible decir que la ciudad de México cuenta con uno.⁸ En la franja hotelera que mencioné sobre el Paseo de la Reforma, frente al Bosque de Chapultepec, también se encuentran salones y restaurantes frecuentemente ocupados para eventos de las élites empresariales y políticas del país. Por poner un ejemplo, ahí están las instalaciones del Club de Industriales, al que pertenecen un gran número de empresarios del país y donde sostienen reuniones y comidas de negocios y otros eventos.

En el tramo del Paseo de la Reforma que divide las colonias Juárez –incluyendo a la altura de la Zona Rosa- y Cuauhtémoc, se encuentran los más altos rascacielos que se han

⁷ Tan solo el metro registró para 2016 una afluencia promedio diaria de alrededor de 67 mil usuarios en esa estación, siendo la 10ª con más concurrida de las 195 de todo el sistema. <http://data.metro.cdmx.gob.mx/operacion/estacmayafllu.html>

⁸ Distrito financiero alude a la zona sur de Manhattan, Nueva York, que, comparativamente, su superficie es mucho más pequeña. Llevado este término a otros contextos, se refiere a la concentración urbana donde se desarrollan el grueso de las operaciones y labores económicas, financieras y políticas relacionadas con el país. En el caso de la ciudad de México no hay una concentración tan concreta como el *Financial District* de Nueva York, ni existe un uso de este término para hablar de las zonas de la ciudad donde esto ocurre. Pero, a grandes rasgos y con otros pequeños núcleos en otras partes de la capital, los dos polos de mayor concentración de este tipo de actividad en la ciudad son al extremo poniente de la mancha urbana en la zona denominada como Santa Fe y en una amplia zona central que incluye las colonias Polanco, Cuauhtémoc, Tabacalera, centro histórico y, precisamente, la Juárez.

construido en las últimas décadas en México y que sirven de sede de oficinas centrales de bancos, aseguradoras, consultoras, constructoras, firmas de abogados y, recientemente, renta de oficinas compartidas o *coworking*. También se encuentra la Bolsa Mexicana de Valores y oficinas gubernamentales importantes como la sede principal de la Procuraduría General de la República, las oficinas centrales del Instituto Mexicano del Seguro Social, oficinas auxiliares de la Comisión Federal de Electricidad, de la Secretaría de Salud, de Petróleos Mexicanos y otros.

Al sur de la colonia Juárez se encuentran otros dos barrios con dinámicas que revelan la posición central de toda el área: se trata de las colonias Roma y Condesa, sobre las cuáles en las últimas dos décadas algunos urbanistas han descrito un proceso de gentrificación o aburguesamiento (Rodríguez Dávalos, 2013). Al norte, en la colonia Cuauhtémoc se encuentran la embajada de Estados Unidos y del Reino Unido.

En suma, con esta breve descripción de la posición de la Zona Rosa en la ciudad de México busco mostrar su carácter central. En ella confluyen o son muy próximas un gran número de centralidades urbanas: la política, la financiera, la turística, la de servicios y, tomando en cuenta su cercanía con el centro histórico, también la comercial.⁹ Incluso debo mencionar la notable presencia de hospitales y centros educativos en la vecina colonia Roma. Aunque, como en toda megalópolis, existen otros núcleos o centralidades en otras partes de la urbe – como el también financiero y empresarial de Santa Fe en el extremo poniente; el comercial de abastecimiento en Iztapalapa, al oriente; el industrial al norte o la centralidad que consigue la Ciudad Universitaria de la UNAM y algunas zonas turísticas y residenciales de la región, al sur-, me atrevo a decir que la ciudad de México conserva una tendencia centralizadora y que, en ella, la colonia Juárez y su Zona Rosa tienen una posición privilegiada en cuanto a infraestructuras, inversión y valor del uso de suelo dentro de la estructura espacial de la urbe.

⁹ El centro histórico de la ciudad de México, además de ser un eje de valoración patrimonial que atrae turistas y visitantes, es también un área de abastecimiento de mercancías tanto al mayoreo -especialmente en telas- y de una importante variedad de productos especializados de menudeo.

I.1.1.- Una y muchas zonas rosas

En este apartado pretendo reflexionar sobre la construcción de la Zona Rosa como campo de investigación. A pesar de haberla presentado como un perímetro dentro de la colonia Juárez en el apartado anterior, la Zona Rosa no ha tenido una delimitación precisa, pues, como insistiré a lo largo de toda esta investigación, antes que ser una demarcación administrativa, la Zona Rosa es un territorio imaginado. Para los gobiernos de la Ciudad de México –y también para el anteriormente llamado Departamento del Distrito Federal- la Zona Rosa nunca había sido una entidad reconocida.¹⁰

La Zona Rosa había sido un área difusa que involucra las calles paralelas de Niza, Génova y Amberes y los tramos de las calles Liverpool, Londres, Hamburgo y Paseo de la Reforma que las cruzan. En reconocimiento a este núcleo, el único intento de dotar de cierta oficialidad o reconocimiento desde el Estado a este territorio y en estos términos, ocurrió durante la administración del gobierno capitalino de Marcelo Ebrard (2006-2012), en la que la Secretaría de Turismo local impulsó una política de creación de “barrios mágicos”, esto es, la designación de ciertas zonas de la ciudad para su explotación turística. Entre antiguos pueblos coloniales incorporados a la urbe tras su expansión y las colonias creadas en el siglo XIX, la Secretaría también emitió un pergamino a la Zona Rosa como un barrio mágico para lo que fue necesario establecer sus límites: Avenida Chapultepec, Avenida de los Insurgentes, Paseo de la Reforma y Florencia (imagen I.2).

Esta demarcación contiene, entonces, un núcleo espacial de lo que desde la década de los 60 se ha llamado Zona Rosa. Pero es importante señalar que éste no se corresponde con otras representaciones que se hacen de la Zona Rosa en otros momentos o por otros actores distintos al Estado. De hecho, la representación del barrio mágico es quizá la más restringida de todas. En mapas de distintas fechas y de distintas fuentes se recurre a las grandes avenidas como Insurgentes, Chapultepec y Reforma y los ejes viales como Florencia, Sevilla o Niza como fronteras de la Zona Rosa. Sin embargo, seleccionar unos u otros parece estar definido –incluso históricamente- por los subconjuntos de sociabilidades y usos del espacio que interesan a los actores que así la definen.

¹⁰ No contaba, ni cuenta hasta la fecha con un código postal propio, por mencionar una de las técnicas de gobierno más elementales para la organización y separación de territorios desde el Estado.

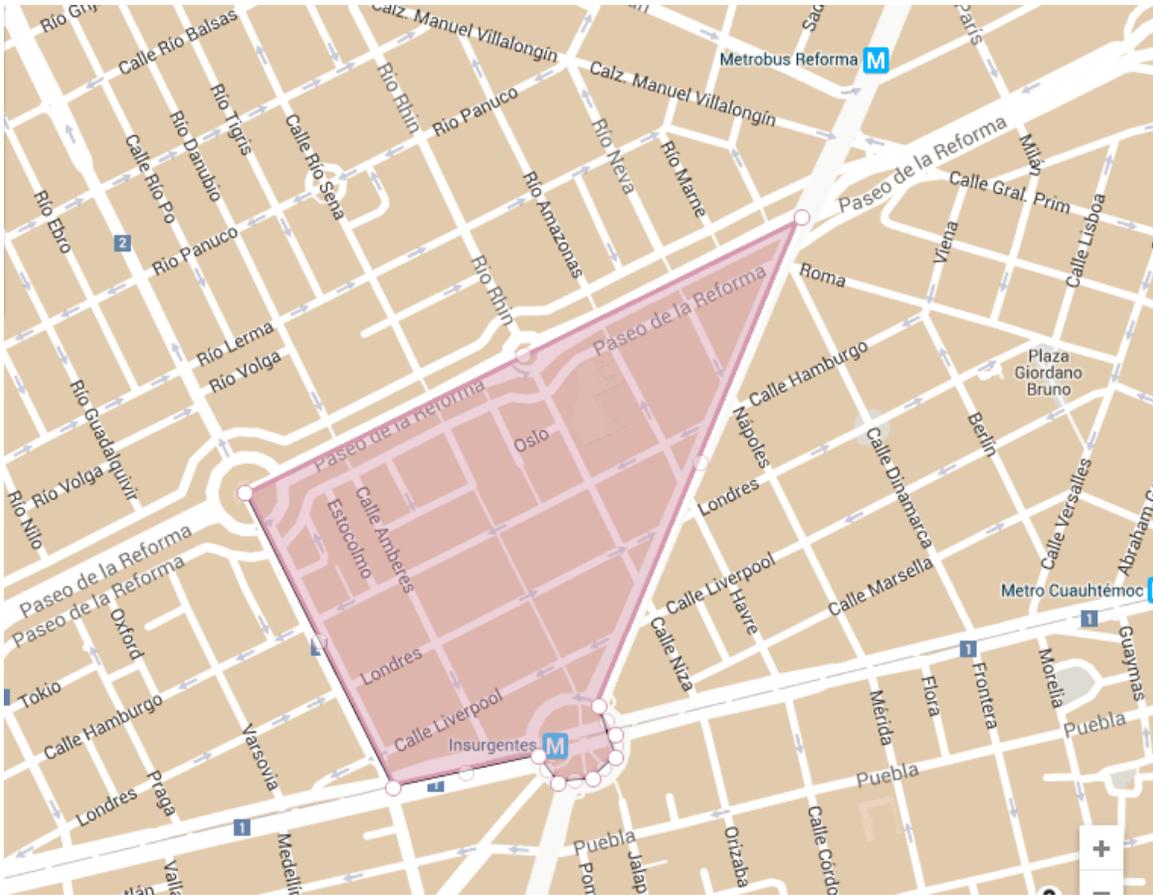


Imagen 1.2.- Delimitación de la Zona Rosa como “barrio mágico”. Elaboración propia en la plataforma Google Maps.

Por ejemplo, un mapa (imagen I.3) de 1986 de la Zona Rosa publicado por la revista *Macho Tips*, dirigida a un público casi exclusivamente gay masculino, describe un perímetro mucho más amplio que incluso trasciende a la colonia Juárez para incorporar como parte de la Zona Rosa a la colonia Cuauhtémoc –al norte- y extiende el límite poniente de la demarcación hasta los pies del Bosque de Chapultepec usando el eje vial Lieja como frontera.¹¹ Solo coincide con el plano oficialista del barrio mágico al englobarla por completo y en limitar la Zona Rosa al oriente con la Avenida de los Insurgentes y al Sur con la Avenida Chapultepec. El plano de la Zona Rosa de *Macho Tips* se rodea de anuncios de servicios, tiendas y discotecas de interés para lectores gay, dentro de los cuáles se incluye un espectáculo en lo

¹¹ En el capítulo 5 profundizaré más en esta publicación. Basta decir aquí que se trató de una publicación que además de artículos de interés para hombres gay en general y, en menor grado para otras identidades sexuales y de género, incluía una guía de lugares gay en las que solía ser explícita si los espacios eran exclusivamente para varones gay o daban cabida a otras sociabilidades de la diversidad sexual.

que ya se considera la colonia San Rafael -Sullivan 43- y un gimnasio llamado Club San Francisco en las calles de la colonia Cuauhtémoc. Es probable que sea la presencia de estos dos espacios, además de otras formas de sociabilidad en el área cercana al núcleo conocido como Zona Rosa que hace a una población gay delimitar con base en ellas las fronteras de este territorio. Algo similar ocurre cuando uno consulta a diferentes gays y lesbianas: para ellos, algunos espacios se encuentran *en* la Zona Rosa a pesar de encontrarse fuera de estas fronteras, incluso en la vecina del sur, la colonia Roma. Es el caso, por ejemplo, de una extinta discoteca llamada *Anyway*, ubicada en la calle de Monterrey en la década de 1990.

Más contemporáneo, un mapa publicitario de comerciantes de la Zona Rosa (Imagen 1.4) que destaca la identificación de sucursales bancarias, cafés, hoteles, algunos de los restaurantes más lujosos, oficinas gubernamentales, templos y representaciones diplomáticas, sugiere unos límites difusos al norte, incluyendo una porción de la colonia Cuauhtémoc y el poniente lo extiende hasta la calle de Sevilla –y glorieta de la Diana en Reforma-, es decir, algo más limitado que el de *Macho Tips*.

Además de los espacios de sociabilidad gay que, al menos en la década de 1980, consideraban una Zona Rosa más amplia que la que un programa turístico oficial posterior reconocía y que es distinta a la que la agrupación de comerciantes de espacios recreativos, educativos y turísticos buscan abarcar, sobre el territorio se realizan también otras representaciones con otros núcleos a partir de otros conjuntos de sociabilidades. El mejor caso es el de presencia que, en los últimos 20 años, ha ido mostrando la migración coreana en la zona (Imagen I.5), estableciendo ahí residencia, comercios de productos especializados y otros espacios de convivencia. Al caminar por las calles de la Zona Rosa y de la parte poniente de la colonia Juárez es común escuchar la lengua coreana en muchos de quienes pasean. Y además de los negocios dirigidos a este grupo nacional, también hay en la Zona Rosa algunos establecimientos de propietarios coreanos dirigidos a clientelas más amplias que nombran sus negocios en inglés, en español o empleando caracteres del alfabeto latino.

En suma, a pesar de las definiciones gubernamentales, que ni siquiera quedan vigentes –el programa de barrios mágicos no fue continuado por la siguiente administración- y de la formación de un barrio de migración nacional, no parece haber discrepancias en que el



CLUB PRIOLO

BIENVENIDOS
*Esta noche es tuya,
disfrútala...*

WELCOME
*Hi! Tonight
is yours,
Enjoy it...*

Florencia No. 67
Zona Rosa

**ESPECIALISTAS
SIN PINTABLES**
E-223-088

ESTUDIOS FOTOGRAFICOS
COLOR Y BLANCO/NEGRO

REVELAMOS TUS FOTOS
② ESPECIALES
"TODO TIPO DE ROLLOS"
TE ATIENDE GUILLERMO
DE 17:00 A 21:00 HORAS
HAMBURGO 316 - 203
MEXICO, D. F.
TEL. 211-43-65

*Fiesta
San Luis*

TODOS
LOS LUNES
DE Agosto
9:15 P. M.
1a. COMEDIA MUSICAL GAY
SULLIVAN 43 546-15-87

VIRILIDAD LA NUEVA IMAGEN DE NUESTRA GENTE

GIMNASIO DE PESAS
Y
AEROBICOS

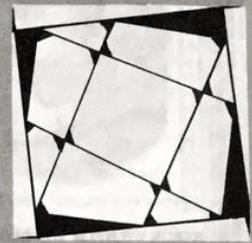
AMBIENTE EXCLUSIVO
PARA GENTE
DIFERENTE

CLUB SAN FRANCISCO

RIO PANUCO No. 207 COL. CUAUHTEMOC

**ZONA
ROSA**





LA MUSICA NUEVA QUE
ESCUCHAS EN TU
"DISCO"
ADQUIERELA
EN

**El Sondo
Discotheque**

LO MEJOR Y MAS NUEVO
EN
DISCOS IMPORTADOS.

MASTERED, S. A.
GENOVA No. 2 LETRA "D"
ZONA ROSA A 20
PASOS DE REFORMA
C. P. 06600, D. F.
TEL. 514-32-07

INFINITA

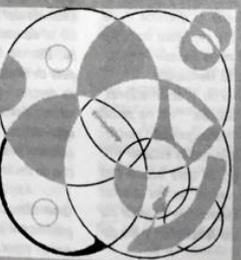
DIVINE TRAVESTI
SHOW

JUEVES
VIERNES
Y
SABADOS 1 A.M.
NIZA 40

CLUB

514-57-22

NOTA: NO TENIS, NO JEANS



**Centro de Antiquedades
Plaza del Angel**

DE LUNES A VIERNES
LOS SABADOS TE INVITAMOS
A NUESTRO TIANGUIS

LONDRES 161



PARIS LONDRES MEXICO NEW YORK

do
dolgoro so.
boutique

PLAZA DEL ANGEL
LONDRES N-161
LOCAL 40

PARIS LONDRES MEXICO NEW YORK

Imagen 1.3.- Plano de la Zona Rosa tomado de la revista Macho Tips, número 2, julio de 1985

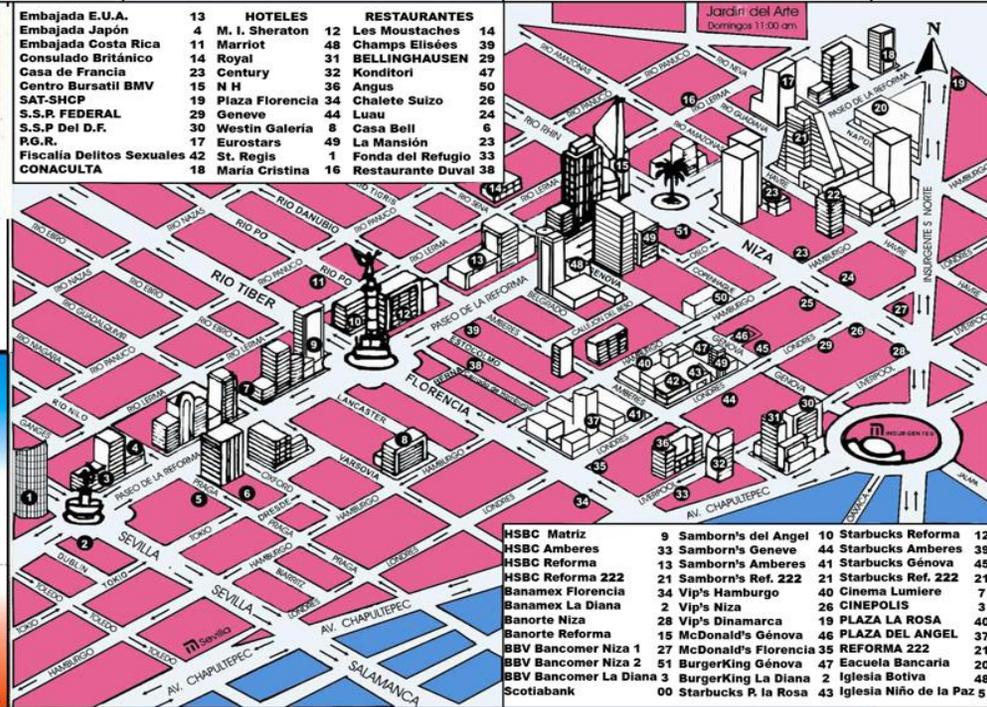
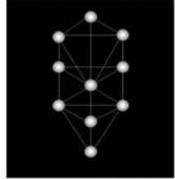
 <p>CLUB DE EXPLORADORES DE MEXICO</p> <ul style="list-style-type: none"> * Alta Montaña * Escalada en roca * Espeleología <p>Informes Miércoles y Viernes De 20 a 23 hrs. Tel: 5740-8032 http://www.cemac.org.mx</p>	<p>CIRUGIA ESTETICA Y FUNCIONAL DE LA NARIZ Dr. Miguel Angel Azpeitia Torres OTORRINOLARINGOLOGO Certificado por el Consejo Mexicano de Otorrinolaringología Colima N° 367 "E" -101 Col. Roma Tel: 5207-4480 Cel: 044-55- 3677-4914</p>	<p>E.B.C Escuela Bancaria Comercial Bachillerato, Licenciaturas, Posgrados, Educación a distancia. www.ebc.mx Paseo de la Reforma 202 Col Juárez informes@ebc.mx Tel: 9149-2000 Fax: 5546-0326</p>	 <p>RELOJERIA Y JOYERIA ORIZABA Ventas de pilas y correas para reloj. Reparación de Relojes de péndulo Liverpool N° 161 Loc. 36Tel: 5525-3915</p>																																																	
 <p>Hamburgo N° 126 Tel 5208-2327 www.pendolo.com</p>	<table border="0"> <tr> <td>Embajada E.U.A. 13</td> <td>HOTELES</td> <td>RESTAURANTES</td> <td>14</td> </tr> <tr> <td>Embajada Japón 4</td> <td>M. I. Sheraton</td> <td>Les Moustaches</td> <td>48</td> </tr> <tr> <td>Embajada Costa Rica 11</td> <td>Marriot</td> <td>Champs Elisées</td> <td>39</td> </tr> <tr> <td>Consulado Británico 14</td> <td>Royal</td> <td>BELLINGHAUSEN</td> <td>29</td> </tr> <tr> <td>Casa de Francia 23</td> <td>Century</td> <td>Konditori</td> <td>47</td> </tr> <tr> <td>Centro Bursatil BMV 15</td> <td>N H</td> <td>Angus</td> <td>50</td> </tr> <tr> <td>SAT-SHCP 19</td> <td>Plaza Florencia</td> <td>Chalet Suizo</td> <td>26</td> </tr> <tr> <td>S.S.P FEDERAL 29</td> <td>Geneve</td> <td>Luau</td> <td>24</td> </tr> <tr> <td>S.S.P Del D.F. 30</td> <td>Westin Galeria</td> <td>Casa Bell</td> <td>6</td> </tr> <tr> <td>R.G.R. 17</td> <td>Eurostars</td> <td>La Mansión</td> <td>23</td> </tr> <tr> <td>Fiscalia Delitos Sexuales 42</td> <td>St. Regis</td> <td>Fonda del Refugio</td> <td>33</td> </tr> <tr> <td>CONACULTA 18</td> <td>Maria Cristina</td> <td>Restaurante Duval</td> <td>38</td> </tr> </table>	Embajada E.U.A. 13	HOTELES	RESTAURANTES	14	Embajada Japón 4	M. I. Sheraton	Les Moustaches	48	Embajada Costa Rica 11	Marriot	Champs Elisées	39	Consulado Británico 14	Royal	BELLINGHAUSEN	29	Casa de Francia 23	Century	Konditori	47	Centro Bursatil BMV 15	N H	Angus	50	SAT-SHCP 19	Plaza Florencia	Chalet Suizo	26	S.S.P FEDERAL 29	Geneve	Luau	24	S.S.P Del D.F. 30	Westin Galeria	Casa Bell	6	R.G.R. 17	Eurostars	La Mansión	23	Fiscalia Delitos Sexuales 42	St. Regis	Fonda del Refugio	33	CONACULTA 18	Maria Cristina	Restaurante Duval	38	 <p>Jardín del Arte Domingos 11:00 am</p> <p>HSBC Matriz 9 HSBC Amberes 33 HSBC Reforma 13 HSBC Reforma 222 21 Banamex Florencia 34 Banamex La Diana 2 Banorte Niza 28 Banorte Reforma 15 BBV Bancomer Niza 1 BBV Bancomer Niza 2 27 BBV Bancomer La Diana 3 Scotiabank 00</p> <p>9 Samborn's del Angel 33 Samborn's Geneve 13 Samborn's Amberes 21 Samborn's Ref. 222 34 Vip's Hamburgo 2 Vip's Niza 28 Vip's Dinamarca 15 McDonald's Génova 27 McDonald's Florencia 51 BurgerKing Génova 3 BurgerKing La Diana 3 Samborn's del Angel 44 Starbucks Reforma 41 Starbucks Amberes 21 Starbucks Ref. 222 40 Cinema Lumiere 3 CINEPOLIS 19 PLAZA LA ROSA 46 PLAZA DEL ANGEL 35 REFORMA 222 47 Eacuela Bancaria 2 Iglesia Botiva 43 Iglesia Niño de la Paz</p>	<p>Accesoría Jurídica Lic. Salvador Patlan * Divorcios * Pensión Alimenticia Tel 5510-8927 y 044-55- 1589-1575</p> <p>FOTO KOLOR Fotos en 5 minutos Pasaporte y visa Servicio 100 % Digital Rio Lerma N°142-2 Tel: 5514-7343</p>	<p>Curso de Kabbalah Descubre los secretos del árbol de la vida</p>  <p>Informes e Inscripciones Tel: 5525 - 6386 o 044 55 2006 3443 Profesor Guillermo</p>
Embajada E.U.A. 13	HOTELES	RESTAURANTES	14																																																	
Embajada Japón 4	M. I. Sheraton	Les Moustaches	48																																																	
Embajada Costa Rica 11	Marriot	Champs Elisées	39																																																	
Consulado Británico 14	Royal	BELLINGHAUSEN	29																																																	
Casa de Francia 23	Century	Konditori	47																																																	
Centro Bursatil BMV 15	N H	Angus	50																																																	
SAT-SHCP 19	Plaza Florencia	Chalet Suizo	26																																																	
S.S.P FEDERAL 29	Geneve	Luau	24																																																	
S.S.P Del D.F. 30	Westin Galeria	Casa Bell	6																																																	
R.G.R. 17	Eurostars	La Mansión	23																																																	
Fiscalia Delitos Sexuales 42	St. Regis	Fonda del Refugio	33																																																	
CONACULTA 18	Maria Cristina	Restaurante Duval	38																																																	
<p>Rento Oficina en esta Zona 044-552264-2722</p>	<p>La Guía Turística de la Zona Rosa Si desea contratar un anuncio Llame al Tel: 044-55 - 2264 - 2722 e - mail zonarosa3@hotmail.com</p>		<p>Vendo Departamento en esta Zona 044-552264-2722</p>																																																	

Imagen 1.4.- Mapa comercial de la Zona Rosa distribuido en diferentes negocios participantes en su impresión. Fecha desconocida, pero por el sistema de marcación y la presencia de un café Starbucks, debe ser posterior a 2001

epicentro del área de lo que denominamos Zona Rosa se encuentra en las calles de Génova y Amberes, pero sus fronteras se pueden extender o contraer empleando diferentes criterios o sociabilidades de interés. Y, por esa razón, es que conviene explorar la construcción de la Zona Rosa a partir de la identificación y práctica de sus sociabilidades. ¿Qué es Zona Rosa, para quién y cuándo? Al considerar a la Zona Rosa como campo, son los espacios de sociabilidad seleccionados por su tipo y aquellos que los sujetos ubican así en ese territorio, los que constituyen su frontera y, en ese sentido, las diferentes delimitaciones geográficas que se establecen por distintos grupos en distintos momentos son también materia de interés dentro del campo.



Imagen 1.5.- Plano de la Zona Rosa de acuerdo a un conjunto de negocios, servicios y espacios de sociabilidad de la comunidad coreana. Tomado de la edición de septiembre de 2015 de la gaceta Sección Coreana, suplemento del diario El Coreano, periódico de la comunidad coreana en México.

Dado todo lo expuesto, en la Zona Rosa hay una gran variedad de usos intensivos del espacio que conviven cotidianamente. De lunes a viernes, durante el día, la Zona Rosa se ve repleta de hombres y mujeres vestidos de manera formal, sacos, corbatas y trajes sastre. En los cafés y restaurantes es posible escuchar diferentes idiomas distintos al español y al coreano, especialmente el inglés, y es muy factible observar a personas trabajando en sus

computadoras personales o sosteniendo lo que parecen reuniones informales de trabajo o bien breves descansos de sus jornadas laborales. Difícilmente al pasear por el Paseo de la Reforma a la altura de la Zona Rosa a las 14:30 horas de un lunes se tendría la sensación de encontrarse en un barrio gay. Incluso en las zonas de mayor densidad de establecimientos comerciales destinados a clientelas gay. Y, sin embargo, algunos espacios dentro de la Zona Rosa son compartidos de forma intensiva aunque no siempre simultáneamente. Pareciera haber una dinámica de horarios en el uso de los espacios y a veces, también, una simple convivencia.

Para descifrar estas dinámicas, un sitio representativo -pero definitivamente no el único- es el café Starbucks que se encuentra en la esquina de la calle de Amberes y el Paseo de la Reforma. Como parte del trabajo de campo, decidí pasar ahí varias horas en diferentes momentos y días de la semana. Lo visito para tomar un café y hacer algunas lecturas y al mismo tiempo que observar a las clientelas. El café está ubicado en una casa de corte funcionalista que fue adaptada posteriormente para sostener más de un uso comercial. Su planta baja es actualmente el café, mientras que su planta alta es un *antro* destinado a una clientela gay (principalmente hombres pero la noche de los jueves es socorrido por lesbianas) llamado *Kinky* -antes *Lipstick*- que abre las noches de los jueves, viernes y sábado. Un jueves por la noche, tal vez a partir de las 20:00 horas, ese Starbucks se convierte en un espacio de convivencia gay. El café está lleno, con pocos asientos disponibles y una larga fila de clientes encargando o esperando su pedido y hay mucho ruido. En sus pocos asientos es muy probable ver a parejas de hombres y algunas de mujeres, mostrando señales de afecto. También se observan grupos de amigos que *jotean* u otros hombres que, con una vestimenta informal -mezclilla y alguna camiseta- sumamente entallada y un aspecto prolijo sugieren otra forma de mostrar una identidad gay.¹² Por supuesto, también hay personas que no manifiestan ninguna señal visible asociada a alguna identidad sexual distinta a la heterosexual, pero no

¹² Es un término alusivo a “joto”, apelativo antiguo y peyorativo de hombres afeminados u homosexuales que, aunque mantiene su carga de estigma, ha sido reapropiado por muchos hombres gay. Sin embargo, y en este contexto, “jotear” significa mostrar de manera muy visible y exagerada un afeminamiento en la forma de hablar, de moverse y de vestir. Se refiere al juego de interacción entre hombres que suelen hablarse entre ellos usando el género femenino, aplicar la inflexión de género femenino a palabras que no lo tienen (“que está pasanda”, etc.) y afectar intencionalmente su entonación, además de otras expresiones como terminar en “sh” palabras que suelen terminar en “r” y un gran número de palabras de jerga del “ambiente”. Algunos varones tienden a identificarse a sí mismos como “joto”, en vez de “gay” u “homosexual”. Sin embargo, también es común encontrar que un varón gay, joto u homosexual llame “jotita” a otro con la intención de denigrar lo que califica un exceso de feminidad.

son mayoría. Ese punto, la esquina de Amberes y Reforma es la bocacalle a una de las calles de la Zona Rosa donde se concentran mas establecimientos comerciales, principalmente bares y antros, destinados a clientelas gay; el Starbucks es solo uno de los ambientes más tranquilos para tener alguna charla antes de adentrarse a un sitio más ruidoso.

Un lunes por la mañana, tal vez como a las 11:00 am sería difícil imaginar ese café como un espacio gay. Se observa una ocupación menor que en la noche: en su mayoría llegan hombres o mujeres vestidos de manera formal a pedir una bebida y no la consumen en el establecimiento, sino que se la llevan. Una vez, a mi lado, había un grupo de cuatro personas, todas en torno a una computadora, hablando acaloradamente de unos “modelos”: era claro para mí que sostenían una reunión de trabajo. Ese mismo día había un hombre, tal vez de unos 30 años, rubio, delgado, vestido con una camiseta guanga, unos pantalones de mezclilla desgastados, al igual que unos tenis, leyendo un libro en inglés. Me pareció que era extranjero. No hubo en toda la mañana alguien que mostrara alguna manifestación visible asociada a alguna identidad gay, lésbica o trans. Son interesantes los momentos de transición, que pueden ocurrir cualquier día entre semana alrededor de las 17:00 horas y hasta las 20:00: en esos casos se observa una convivencia de todos estos ambientes: el gay, el del distrito financiero y tal vez en menor grado el turístico. No parece haber tensión entre ellos.

Si bien esta dinámica es particularmente notable en el Starbucks de Amberes y también ha sido donde la he analizado con detenimiento, he observado apropiaciones similares en otro Starbucks, al otro lado de Reforma en la planta baja del Hotel Sheraton María Isabel o en otros cafés más pequeños sobre Reforma como una cafetería Garabatos. En algunos restaurantes también es visible estas dinámicas como El Péndulo en la calle de Hamburgo y una cafetería Vips que está justo en el local contiguo. Lo mismo en un Sanborn’s Café que está en la esquina de Amberes y Londres. Sin embargo, también llaman la atención espacios que, manteniendo una proximidad notable con la concentración de establecimientos gay, no muestran esta dinámica o no de una manera intensiva a notable como el restaurante Sanborn’s del Hotel Gêneve o los restaurantes Wing Stop en Amberes y Liverpool o el restaurante Regios, también en Amberes. También quedan algunos lugares emblemáticos de décadas anteriores como el restaurante Bellinghausen en la calle de Londres o Casa Bell en la calle de Praga. En todos estos sitios la presencia o al menos la expresión de identidades sexuales heterodoxas son, al parecer, muy escasas.

En suma, la Zona Rosa alberga una importante diversidad de conjuntos de sociabilidades: la burocrática, la de la heterodoxia sexual, la coreana, la turística, la de entretenimiento y esparcimiento de clases medias, la de espacios de comercio sexual o erótico dirigido a varones heterosexuales (*table-dances*, casas de citas y masajes) y otras. Aunque cuentan con espacios definidos para estas dinámicas de sociabilidad, también hay un gran número de espacios que, además de la calle, son compartidos por muchos de sus visitantes y habitantes. Depende de a qué horas y en qué parte de la Zona Rosa uno esté y será más o menos visible un entorno de sociabilidades u otras. Esto ofrece la principal pista para la definición analítica de la Zona Rosa como un campo etnográfico donde lo que busco es la organización socioespacial de las sociabilidades de las trasgresiones sexuales en la ciudad de México.

A lo largo de esta investigación, pretendo analizar la compleja construcción socioespacial de la Zona Rosa como territorio de las identidades sexuales, en particular de la identidad gay. Lo haré través de un análisis del tipo de espacios de sociabilidad gay que ahí se encuentran, a través de los imaginarios urbanos sobre ese territorio y sobre los relatos de vida de diferentes sujetos que transitan por la ciudad construyendo y transformando una identidad. Cuando miro la Zona Rosa, me enfoco en las formas de sociabilidad gay, pero para mirarlas, es inevitable tomar en cuenta que su presencia está entrelazada con las otras sociabilidades que, en conjunto, participan de todo el proceso urbano de este territorio. La Zona Rosa es y no es, simultáneamente, un barrio gay. Pero para eso es preciso detenerse un poco en la discusión académica sobre la idea de barrio gay como objeto urbano.

1.2.- Antropología urbana y diversidad sexual: el barrio gay como proceso urbano

Las prácticas socioespaciales de la heterodoxia sexual y en especial de la identidad gay, son un objeto de estudio relativamente reciente dentro de las ciencias sociales y, más aún, específicamente dentro de la sociología. Además, la ciudad de México presenta características empíricas muy particulares -de las que pretendo aquí enunciar algunas- dentro del campo de estudio pues, a pesar de las similitudes, su trayectoria parece alejarse de los casos emblemáticos abordados por la geografía social y otras disciplinas en las ciudades europeas y norteamericanas. En este apartado enmarco algunos de los puntos principales de la discusión a partir de trabajos representativos. No es mi interés ser exhaustivo, como sí

caracterizar el presente objeto de estudio -la relación entre identidades sexuales y el espacio urbano-, dentro de las discusiones académicas. Para estos fines organicé la revisión de trabajos empíricos en tres apartados: una literatura académica “clásica” que sienta las bases del debate, una fase crítica de aproximaciones interdisciplinarias y, finalmente, un comentario sobre casos y lugares de investigación no anglosajones. Concluyo este apartado con una recapitulación que permita situar el estudio de la Zona Rosa en todo este contexto.

1.2.1.- Emergencia de los barrios gay y las bases para su discusión académica

Si bien hay algunos antecedentes en la segunda mitad de la década de 1970 donde ciertamente se detecta y problematiza la concentración de hombres homosexuales en algunos barrios de ciudades estadounidenses y europeas, el punto de partida más relevante de la investigación académica sobre los “barrios gay” lo podemos determinar en el trabajo del sociólogo Manuel Castells, *The City and the Grassroots* (1983), donde dedica un capítulo entero a tratar el caso del distrito Castro de San Francisco, California. Su interés está en explicar los requerimientos espaciales de una consolidada “comunidad gay”, es decir, de una identidad asumida y compartida asociada a la homosexualidad masculina, pero asociada también a otras identidades sexuales trasgresoras. Desde una aproximación ecléctica, Castells establece lo que se convirtió en una especie de literatura académica clásica sobre estos barrios gays en la década de 1980 al caracterizar sus principales elementos: (1) la necesidad de protección ante la discriminación y violencia por su identidad sexual, (2) los efectos y relación de la concentración para la emergencia y desarrollo de movimientos políticos, (3) la formación de comunidades para agilizar el surgimiento de relaciones afectivas y sexuales, y (4) las características sociales del barrio que pudiera recibir una migración gay y los efectos de gentrificación que pueden desencadenar. Sin embargo, Castells va más allá y también aventura algunos supuestos desastrosos para intentar explicar por qué las concentraciones urbanas gay son eminentemente masculinas con una participación menor de lesbianas.¹³

¹³ Concluye que esto se explica por bases biológicas de la diferencia sexual como la supuesta tendencia de los hombres a dominar territorios y desde ahí ejercer sus intereses políticos, mientras que las mujeres supuestamente tenderían por esta base biológica a buscar redes de relaciones interpersonales que no las obliga a ligarse a un territorio. Adler y Brenner, algunos años después, son los que se encargarán de encontrar argumentos con bases empíricas y sociales para explicar mejor estas distinciones y no recurriendo a supuestos que naturalizan los comportamientos femeninos y masculinos.

Las investigaciones derivadas a partir del trabajo de Castells buscaron principalmente y, por un lado, mapear los espacios gay de diferentes ciudades del mundo anglosajón y por el otro, explicar los patrones de residencia de las lesbianas. En cualquier caso, en los años siguientes prevalece el interés por definir y abordar los “barrios gay”, enfocándose específicamente en los hombres homosexuales tal vez en buena medida porque se estaba testificando el surgimiento de estos territorios en otras ciudades, fuera el ámbito anglosajón, en España y Francia sobre todo, y seguramente también en América Latina, aunque parece que habría que esperar hasta el arranque del siguiente milenio para que comenzara la investigación sobre estas zonas.

Por lo pronto, para 1991, David J. Bell se dio a la tarea de recoger los trabajos realizados en los 15 años previos para hacer un estado de la cuestión sobre las “geografías homosexuales” (Bell, 1991) y establecer tanto una crítica a la literatura como una nueva agenda de investigación. Uno de los puntos que resalta es que la diferenciación de prácticas socioespaciales entre hombres y mujeres homosexuales no había sido suficientemente explicada.¹⁴ Pero, más crucial, Bell pide dejar de estudiar solo a los llamados barrios gay, pues para él estos espacios privilegian exclusivamente a hombres blancos y ricos y, en consecuencia, se invisibiliza cualquier otra distribución geográfica. En su agenda de investigación exhortaba a los geógrafos a abandonar el énfasis sobre lo que él llama de forma crítica “Mecas gay” y a trabajar más prolongadamente y de cerca con pequeños grupos de estudio, es decir, a emplear métodos más de corte etnográfico para trazar mapas de sociabilidades lésbico-gay. Su llamado no fue del todo desatendido, pero más que dejar de estudiar los barrios gay, en las siguientes dos décadas se desarrollaron aproximaciones más críticas a las características de los sujetos con una identidad gay y sus prácticas socioespaciales. De alguna manera, con Bell, creo que es posible dar por enterrada esa etapa que yo llamo clásica.

¹⁴ Bell sugiere considerar, por ejemplo, la dificultad que tienen mujeres solteras o no casadas con un varón para acceder a financiamiento de vivienda o bien o bien la inestabilidad de las formas y sitios de ocio para hombres gay en los contextos de redadas o ante el cierre de lugares de ligue tras la emergencia del VIH/SIDA.

1.2.2. Aproximaciones críticas: el barrio gay desde perspectivas interdisciplinarias

Las aproximaciones interdisciplinarias se profundizaron desde entonces. Dentro de esta vertiente crítica pero continuando la trayectoria de Castells en los estudios urbanos, Sy Adler y Johanna Brenner (1992), enfocan buena parte de su investigación al estudio de las concentraciones urbanas de las minorías sexuales y nos aportan tres elementos para hablar de una “confirmación territorial” del barrio gay: (1) la visibilidad de signos identitarios, (2) la actividad comunitaria y (3) la organización de los negociantes y los residentes en relación al gobierno de la ciudad. Su definición tomada a cabalidad, por supuesto, restringe la posibilidad de un barrio gay a cómo puede comprenderse en otros contextos urbanos, como el de la ciudad de México, donde no existe un grupo importante de residentes en la zona, ni es tan fácilmente caracterizable una vida comunitaria. Justamente sería la llegada de los casos de los barrios latinoamericanos los que pondrían el énfasis más bien en la visibilidad y también en, como lo llamará Islas (2013) muchos años después, su empresarialidad.

En todo caso, esta línea de aproximación al barrio gay continúa hasta la fecha enfocándose principalmente en los efectos de la gentrificación de estos espacios y los estudios de caso o lugares de investigación se han diversificado. Por ejemplo, Emilia García Escalona (2000) utiliza las categorías de confirmación de Adler y Brenner para diagnosticar al barrio de Chueca de Madrid como un “nuevo espacio urbano”, referente nacional español de la identidad gay. García Escalona encuentra en Chueca un caso muy apropiado y estándar de barrio gay comprendido en esta forma clásica. Sin embargo, ella profundizará aún más en un asunto que si bien ya venía planteado desde Castells y seguirá ocupando a buena parte de la investigación sobre barrios gay: la gentrificación. Hoy en día, hay trabajos desde la planeación urbana, como es el caso de Petra Doan (2011 y 2015) en los que explora la multiplicación de los barrios gay y sus efectos en las lógicas de segregación urbana en diferentes ciudades medias y pequeñas del sur de los Estados Unidos. Es precisamente la gentrificación su preocupación central: gays y lesbianas llegan a vivir a áreas deprimidas y de baja densidad, buscando rentas baratas y mayor tolerancia a sus identidades sexuales. Sin embargo, el éxito de sus negocios y formas de consumo atraen a nuevos vecinos, el barrio se encarece y, en algunos casos, pierde su carácter de territorio simbólico gay. La evidencia y

forma de abordar el barrio gay apuntan a pensarlo como una tendencia urbana de corte global y ya no como un fenómeno de las grandes ciudades de Occidente asociado más bien a un movimiento político y de derechos civiles de la identidad gay.

En la década de 1990 también comienzan a aparecer aproximaciones a las concentraciones urbanas de sociabilidades de la heterodoxia sexual desde la historia y la sociología histórica. Un trabajo emblemático es el de George Chauncey, *Gay New York* (1995). Este nos permite conectar eventos políticos, marcos jurídicos y hechos concretos para comprender los cambios cualitativos no sólo en las distribuciones espaciales de las diferentes sociabilidades homosexuales, sino también en el valor de los aspectos identitarios en el surgimiento y trayectoria de movimientos políticos y sociales. *Gay New York* funciona como un punto de partida para la caracterización de la identidad gay que sería exportada, reinterpretada y reapropiada en diferentes contextos donde cuenta con una trayectoria propia. Algunos años más tarde, Alberto Mira publicó *De Sodoma a Chueca* (2004) que es quizás un referente tan importante para el mundo español como lo es Chauncey para el caso neoyorquino.

Continuando con una perspectiva de historia social y nuevamente con el estudio de Nueva York, en “Butterflies, Whistles and Fists”, Christina Hanhardt (2008) se preguntó sobre la identidad concreta de homosexualidad que presentaban estos barrios en el momento de su surgimiento a finales de la década de 1960 y a lo largo de la siguiente y si existían otras áreas de la ciudad que albergaban personas y actividades asociadas a la diversidad sexual. Aunque su investigación personal se concentra en Nueva York, no deja de citar trabajos similares que se desarrollaron en San Francisco y, en efecto, encuentra que en zonas marginadas de ambas ciudades existen áreas urbanas de sociabilidad gay que no se limitan a la presencia de uno o dos bares. Entonces, ¿qué pasa en Greenwich Village? ¿Por qué ahí? ¿Por qué en ese momento? Y, sobre todo, ¿qué tipo de identidad gay es la que se construye espacialmente ahí? Sus conclusiones nos llevan a encontrar la centralidad y protagonismo de los hombres gay blancos de clases medias o altas que por intereses empresariales y ante amenazas y violencia homofóbica, buscan consolidar un “gueto” en contra de los discursos de una aceptación generalizada por parte de la sociedad neoyorquina. Para el caso de Toronto, Catherine Jean Nash (2006) nos muestra conclusiones cercanas a las de Hanhardt: la violencia, la política e intereses económicos llevan a la conformación de territorios adscritos a formas identitarias concretas que buscan dar la sensación de seguridad a una población

amenazada. Sin embargo, el barrio gay de Toronto evoluciona, nos advierte Nash, como una zona elitista que privilegia a un perfil racial y clasista sus habitantes.

1.2.3. El barrio gay fuera del mundo anglosajón

Fuera de los casos clásicos del mundo anglosajón, Michael Sibalis (2004) estudia en París la formación de Le Marais como barrio gay desde la década de 1970.¹⁵ Sibalis encuentra que, a diferencia de Nueva York o Toronto, la concentración de sociabilidades homosexuales en Le Marais fue anterior al surgimiento de una “comunidad gay” y que su emergencia como tal respondió a elementos culturales propios del universalismo *à la française*. Dentro del propio activismo lésbico-gay había discursos antagónicos sobre Le Marais: para los radicales y otros discursos parisinos, el problema del barrio gay era la dinámica de gueto que resulta contraria a los principios republicanos franceses. En el relato de Sibalis, la discusión entre el activismo sobre si era apropiado segregarse en la ciudad o no, fue lo que conformó el surgimiento de una comunidad. Es decir, Le Marais produjo una comunidad gay. Esto pone de manifiesto la importancia de abordar este objeto en diferentes lugares de investigación, pues se manifiestan diferentes trayectorias a partir de sus especificidades.

Por el lado latinoamericano, en contraste, he detectado muy pocos trabajos al respecto. Sin embargo, hay uno sobre Jardins en la ciudad de Sao Paulo a cargo de Isadora Lins França, (2007). Su investigación se enfoca en una transición que ocurrió en la zona cuando ésta fue dejando de ser considerada como un “gueto” y fue adoptando el rótulo comercial GLS, esto es, “Gay, Lésbicas e Simpatizantes”. Según Lins, la conformación del barrio gay de Sao Paulo y a diferencia de las ciudades norteamericanas y francesas que se circunscribieron a debates sobre derechos y la presencia de las identidades sexuales en dinámicas urbanas, respondió a una dinámica de gueto por una imagen negativa asociada al VIH. Como en otras ciudades del mundo, la vida urbana de las minorías sexuales era reprobada por la presencia de espacios de encuentros sexuales asociados a una representación de la homosexualidad masculina como promiscua, irresponsable y enferma. Sin embargo, es un sector empresarial el que marca una transformación. Jardins dejó de ser gueto para ser un espacio de globalidad.

¹⁵ Hay que mencionar, además, que Le Marais es probablemente uno de los distritos más abordados dentro de las ciencias sociales recientes como un caso de espacio de las identidades sexuales trasgresoras.

Ahora bien, y como apuntan los otros textos, nuevamente se privilegió una representación de homosexualidad que es predominantemente masculina, con acceso a capital económico y cultural global y con ciertos patrones de consumo.

En suma, revisar las relaciones entre espacio urbano y las identidades sexuales en otros contextos puede arrojar más información sobre diversos procesos involucrados. De esta forma, poner a discusión un caso o lugar de estudio permite entender particularidades locales marcadas por la cultura, trayectorias sociales, infraestructuras urbanas o marcos jurídicos y políticos. Así, emergen otros actores o elementos en juego que en otros contextos podrían ser irrelevantes o haber pasado desapercibidos. También permite analizar procesos de difusión de algunas identidades sexuales, en particular la gay, y su interacción en diferentes contextos urbanos.

Recapitulando, el llamado de Bell a dejar el énfasis sobre lo que él llamaba “mecas gay” tenía un fundamento crítico importante pero quedó claro que el tema está lejos de ser agotado. Justamente la sofisticación de aproximaciones posteriores demostró que era relevante entender los procesos en los que este tipo de concentraciones eran producidas o favorecían una identidad gay determinada por clase, raza y género. Además, continuar con el tema sentó las bases para profundizar procesos complejos como es el caso de la gentrificación. También se han identificado sociabilidades y actores que resultan clave para entender estos procesos: los empresarios y consumidores y el de los activistas y sus divergencias internas.

Este proyecto de investigación discute con esta literatura a partir de dos puntos. Por un lado, para estudiar la Zona Rosa de la ciudad de México, se sostiene la hipótesis de que el barrio tiene un valor identitario y recursivo dentro de las trayectorias de gays, lesbianas y otras minorías que no necesariamente tienen acceso a estos sitios o, incluso dentro de estos barrios, es posible observar la formación de sociabilidades explícitamente reactivas o contestatarias a una identidad gay hegemónica. Es decir, asumir que los espacios urbanos gay son espacios de los hombres homosexuales blancos y acomodados podría invisibilizar otras apropiaciones, disputas y sociabilidades que ocurren dentro o a partir de este tipo de espacios urbanos. Por el otro lado, así como Hanhardt se pregunta qué tipo de identidad es la que se construye en Greenwich Village, en esta investigación considero que debe preguntarse también cómo evolucionan la(s) identidad(es) sexuales construidas en la Zona Rosa a través de sus prácticas

socioespaciales de consumo, de activismo y otras asociadas a la diversidad sexual. Es a partir de estos dos elementos que esta investigación pretende enmarcarse dentro de estos debates y lo hago proponiendo un marco analítico que permita revisar la interacción entre diferentes elementos que conforman la experiencia de visitar un territorio imaginado: a través de sus espacios de sociabilidad, a través de la imaginación misma del territorio y a través del tiempo biográfico en el que se visita este territorio y sus espacios de sociabilidad.

1.3.- Un marco analítico para la Zona Rosa como estudio de caso

El tema de esta investigación es, en términos empíricos, la Zona Rosa de la ciudad de México como un espacio de concentración de sociabilidades lésbico y gay desde la década de 1970 hasta la fecha. Para abordar este tema como un problema sociológico, propongo como objeto de estudio la interrelación de dos trayectorias relativamente independientes. Por un lado, la del proceso de la Zona Rosa como un territorio imaginado de la ciudad de México. Y, por el otro lado, observo el proceso de producción, reproducción y transformación de las identidades sexuales a través de sus espacios de sociabilidad en la ciudad de México desde finales de la década de 1970 hasta la actualidad. Como expondré en el capítulo 1, esta interrelación se enmarca teóricamente en la idea de que el espacio urbano es un categoría social que participa activamente en la modelación de las relaciones sociales y que éstas a su vez, también inciden en el espacio. Es decir, el espacio no es un simple soporte material de las relaciones sociales, sino que al estar cultural y socialmente estructurado, forma parte de las interacciones. Bajo este entendimiento, un elemento central y que hago tema de esta investigación es la presentación de un marco analítico tripartita donde la aproximación a esta interacción entre la Zona Rosa y los sujetos que asumen una identidad sexual trasgresora, puede plantearse como un estudio de caso.

Como ya he adelantado pero sin exponerlo en estos términos, este marco analítico toma como punto de partida que la identidad sexual de los sujetos se forja, entre otros dispositivos, a través de (1) las formas de sociabilidad que surgen y se desarrollan en diferentes puntos del espacio urbano. Con la observación etnográfica de estos puntos de sociabilidad es posible dar cuenta de las dinámicas en las que la identidad es ejercida, conformada y transformada. Estos puntos caen dentro del espacio de la urbe con diferentes patrones de dispersión y

concentración, entre ellos se encuentran los de la Zona Rosa. Parto del supuesto de que el contexto de estas localizaciones tienen relación, al menos simbólica, con las interacciones que ahí se desarrollan y, por tanto, una pregunta de investigación que busco responder aquí es precisamente sobre los sentidos y significados de esa relación, tanto para el territorio de la Zona Rosa como para los puntos de sociabilidad por el simple hecho de estar ahí y no en otro sitio en la ciudad. Esto introduce el segundo componente de este marco analítico: (2) un análisis del imaginario de ese territorio. Más adelante realizaré todas las precisiones teóricas y conceptuales sobre los términos aquí vertidos.

Hasta aquí, ambos elementos han sido aproximados por separado: los puntos donde se socializa la identidad y la imaginación del territorio donde se concentran estos puntos. Es preciso un elemento adicional que permita observar la interacción entre ambos. Este tercer ingrediente son (3) las trayectorias de vida de diferentes sujetos que han asumido una identidad sexual trasgresora y que han transitado por los espacios de sociabilidad dentro y fuera de la Zona Rosa. Son ellos, gráficamente, quienes representan los hilos que me permiten coser los puntos de sociabilidad con el plano de la Zona Rosa.

Mi apuesta es que esta triple aproximación (a las dinámicas de sociabilidad, al imaginario urbano y a las trayectorias biográficas que transitan por ambos elementos) permita satisfacer los objetivos empíricos de investigación: comprender las interrelaciones entre el espacio urbano como una categoría social y relaciones sociales particulares, en este caso, las identidades sexuales; caracterizar la adopción y desarrollo de la identidad gay en la ciudad de México como un proceso también socioespacial; y a partir de lo anterior, aportar complejidad en el conocimiento sobre la forma y trayectorias en la que las identidades sexuales son socializadas y comprendidas por los sujetos que las adoptan.

Sin embargo, al decir que la Zona Rosa es un estudio de caso, también pretendo presentar este mismo marco analítico como una herramienta de estudio del espacio urbano desde la mirada de la antropología y la sociología. Considero que un barrio gay y, en particular, la Zona Rosa, es un arreglo socioespacial privilegiado que permite la observación de este doble juego procesual entre el espacio como categoría social y las relaciones sociales. Propongo que este marco analítico bien podría ser empleado para otros arreglos socioespaciales similares.

En términos amplios, esta propuesta podría ser comprendida como un modelo. Entiendo que en las ciencias sociales el término modelo suele aludir a una epistemología reduccionista y positivista muy particular y que no pertenece a las tradiciones a las que esta investigación se circunscribe. Sin embargo, aludo a que un modelo, como concepto, consiste en una simplificación de la realidad para hacer observables elementos que, de otra manera, sería difícil de descomponer y analizar. En este caso, el elemento que busco hacer observable sobre estas relaciones socioespaciales es uno de orden simbólico, cultural y rápidamente cambiante: una interacción entre imaginario urbano e identidades.

Al tratarse la Zona Rosa de un espacio atravesado por varias centralidades y concentrando formas de sociabilidad de distintos tipos -como las que enumeré en apartados anteriores- pero que a su vez parece conformar varios imaginarios urbanos como espacio de trasgresiones, cosmopolitismo y, de forma especial como territorio gay, encontré preciso idear un marco analítico que me permitiera aislar lo relativo a esto último pero sin reducir la investigación solo a los espacios de sociabilidad ahí concentrados, como suele hacerse en las investigaciones de este corte, sino a la idea subjetiva misma del territorio que los engloba. He buscado comprender no la forma en la que los sujetos socializan una identidad sexual dentro de los espacios de sociabilidad concretos, sino la manera en la que la imaginación y simbolización de un territorio entero que concentra diferentes formas de estos espacios de sociabilidad interactúa también con la forma en la que los sujetos van comprendiendo y socializando esas identidades sexuales.

Así, la Zona Rosa podría pensarse como un caso de un territorio con un imaginario urbano muy definido que concentra formas de sociabilidad concretas –en este caso basadas en la dinámica de las identidades sexuales y especialmente la gay- que se alimentan *de* y alimentan *a* este imaginario urbano. Este marco analítico o modelo, bien podría llevarse a otros casos de territorios con características similares no necesariamente vinculados a las identidades sexuales. Podría ser útil, por ejemplo, para aproximarse a barrios con una notable concentración de formas de sociabilidad asociadas a su identidad étnica-nacional, aunque los sujetos no vivan necesariamente ahí. O, donde existan otros imaginarios urbanos potentes como el de los barrios peligrosos. En todo caso, la propuesta es la de analizar el imaginario, las formas de sociabilidad asociadas al tema de interés (identidades, peligro, actividades económicas particulares u otras) a través de la información de corte biográfico que

proporcionen sujetos atravesados por ese tema de interés y que interactúan tanto con ese imaginario como con esas formas de sociabilidad.

Ahora bien, como he reiterado el objeto de estudio tanto empírica como analíticamente es una interacción, es decir, se trata de un objeto procesual: ni el imaginario de la Zona Rosa, ni las formas de sociabilidad, ni los elementos que definen y posicionan una identidad sexual son estáticos. Para la aplicación de este marco analítico he pretendido cubrir todo el período en el que se ha desarrollado esta interacción en particular: desde que se produce un imaginario de la Zona Rosa que, como intentaré demostrar, está vinculado con la formación de sociabilidades gay, hasta la fecha. Para ello, ha sido preciso estudiar de cerca el surgimiento y evolución de este imaginario de la Zona Rosa, pero, sobre todo, acudí al tercer elemento de este modelo: las trayectorias biográficas de sujetos que han asumido una identidad sexual trasgresora y que, en virtud de ello, se relacionaron con la Zona Rosa, a lo largo de todo este tiempo. Para esta investigación, seleccioné a 22 personas con algunas características en común y otras no tanto, pero, sobre todo, busqué tener un rango amplio de edad. Me interesaba conocer la experiencia de personas que se hubieran vinculado con la Zona Rosa desde la década de 1970 hasta la fecha, pudiendo así dar cuenta de las transformaciones de esta interacción entre territorio, identidades y formas de sociabilidad.

En suma y quiero enfatizar esto: esta investigación trata sobre la presentación de este modelo cualitativo y su aplicación inicial en el caso de la Zona Rosa. Para ello y por la naturaleza limitada de una tesis, ha sido inevitable dejar fuera miradas, enfoques y material empírico altamente relacionado que, sin duda, limita los alcances de esta investigación pero que quedan como una agenda para desarrollos posteriores y sobre los que abundaré en el apartado de las conclusiones de este trabajo. Por un lado, al concentrarme exclusivamente en el imaginario de la Zona Rosa, dejo de lado una observación urbanística de la Zona Rosa a partir de criterios inmobiliarios, de infraestructuras y de usos de suelo. De igual forma, el estudio de distribución y funcionamiento de los espacios de sociabilidad analizados etnográficamente y que me permitieron describir algunas dinámicas socioespaciales de las trasgresiones sexuales en la ciudad de México, se limitan al tiempo presente, no pudiendo dar cuenta de su transformaciones para el periodo cubierto. Este mismo modelo, al pretender dar una cobertura temporal tan amplia, se beneficiaría si en una investigación con más

recursos y tiempo, incorporara un estudio comprensivo al estilo de lo que han intentado hacer Boivin (2011) o Sánchez Crispín (2000).

Finalmente, la selección de los sujetos con los que pretendí hacer las conexiones entre el imaginario y las formas de sociabilidad a lo largo del tiempo resultó ilustrativa para mostrar el funcionamiento de este proceso de interrelación, pero también se beneficiaría si fuera construido como una muestra analítica formal que incorporara mayor representatividad tanto de clase, como de identidades sexuales y de momentos en el tiempo en el que tuvieron una mayor relación con la Zona Rosa. En esta investigación, con la selección de sujetos a quienes entrevisté, presento una propuesta de cohortes que bien podría ser explorada de forma mucho más sistemática y amplia en futuros trabajos. En cualquier caso, tanto en los capítulos 4 y 5 amplió la reflexión sobre las características, alcances y limitaciones de esta selección de sujetos para entrevistas de corte biográfico, así como sobre su organización en cohortes.

1.4.- Estructura de la tesis

La presentación, explicación y fundamentación teórica de este marco analítico es el tema del primer capítulo de esta tesis. En esencia, toda esta aproximación se circunscribe a la antropología del espacio y del lugar desarrollada por Henri Lefebvre, Michel de Certeau de la que se abreva también algunas ideas de Michel Foucault y David Harvey. Dentro de este gran marco, en el que recurro a una de las recientes tradiciones del giro subjetivo en la geografía social, así como a algunos otros autores en sociología, antropología e historia, defino algunos de los conceptos operativos centrales de esta tesis: el de sociabilidad y el de imaginario. Tras reparar en algunas reflexiones sobre las trayectorias biográficas, cierro el capítulo con la propuesta en la que busco darle dinamismo temporal a este modelo a través de la definición de generaciones. Los siguientes capítulos tendrán, cada uno, el objetivo de desarrollar las diferentes partes de este marco analítico.

El segundo capítulo está abocado a presentar y analizar el primer elemento de este modelo: los puntos de sociabilidad. A través de una tipología de espacios de sociabilidad que construí a partir de la aproximación etnográfica que hice entre junio de 2016 y diciembre de 2017, busco dar cuenta de las dinámicas que involucran la construcción de identidades sexuales en la ciudad de México. Comienzo con la calle que, como espacio público, se muestra como una

arena donde se proyectan el orden de género, los heterodoxos sexuales aprenden a visibilizar o ocultar elementos identitarios que revelen trasgresión de acuerdo a las estrategias de lo que pretendan. Y de ahí reviso espacios donde la construcción de identidad puede pasar desde los encuentros sexuales al simple esparcimiento o incluso a la organización política.

En el tercer capítulo me enfoco al segundo elemento del modelo: el plano imaginario de la Zona Rosa. A través de la revisión de publicaciones, otras investigaciones, películas y otro material documental, busco analizar el tipo de imaginario que se ha construido sobre la Zona Rosa desde la década de los 1960 hasta la fecha y me pregunto qué relación puede tener con la formación de sociabilidad gay ahí. Como mostraré, encuentro dos parejas de afectos o emociones con respecto a este plano: la nostalgia y la decadencia, el cosmopolitismo y la trasgresión. En el capítulo busco argumentar que estas dúos impregnan de significado, con diferente balance y cambiando a lo largo del tiempo, la oferta de sociabilidad que hay en la Zona Rosa.

El cuarto capítulo lo dedico a la pieza faltante: los hilos que unen el plano con los puntos de sociabilidad. Para ello, hago un análisis de 21 entrevistas de corte biográfico a sujetos que han asumido una identidad sexual heterodoxa desde la década de los 70 a la fecha: gays, lesbianas, “queer” y una persona trans. A través de sus relatos, observo las ideas, valoraciones y relaciones que han tenido con la Zona Rosa en tanto espacio de concentración de sociabilidades a lo largo de sus vidas. En este capítulo busco desentrañar las formas de socialización urbana de sus identidades dentro de su ciclo de vida: ¿cómo, dónde y cuándo comenzó su búsqueda de semejantes en la ciudad y cómo se relacionaron con la oferta de sociabilidad de estos? ¿Qué papel jugó la Zona Rosa en todo esto?

Una vez presentadas y analizadas todas las partes de este modelo, en el quinto capítulo busco dar cuenta de procesos de cambio en el tiempo. Es decir, me pregunto sobre los distintos arreglos entre los puntos sociabilidad, el imaginario del territorio y socialización de la identidad sexual, a lo largo del tiempo. Para ello, tomando las entrevistas con los 21 sujetos, junto con otras fuentes documentales y académicas, establezco cuatro generaciones de la Zona Rosa gay. Estas generaciones están definidas por el último elemento del modelo: el período en las vidas de los sujetos en las que experimentaron una fase de exploración urbana entre la oferta de sociabilidades que tenían a su disposición. Mi apuesta es que, a través de la

caracterización de estas cuatro generaciones sea posible dar cuenta del proceso de cambio tanto de los imaginarios asociados a la Zona Rosa como de las identidades sexuales en la ciudad de México.

Cierro este trabajo con un apartado de conclusiones donde tomo todos los elementos de la investigación para poder responder las preguntas planteadas sobre la interrelación entre la Zona Rosa como proceso urbano y el proceso de las identidades sexuales en la ciudad de México y lo enmarco dentro de la discusión académica presentada sobre barrios gays, pero también sobre espacio público y sobre identidades en general. Es un apartado también reflexivo de esta investigación donde también pretendo apuntar algunos temas relacionados que pueden pensarse a partir de este trabajo, así como elaborar sobre los alcances y limitaciones de este marco analítico y la agenda pendiente y puntos a seguir dentro de este proyecto.

1.5.- Consideraciones conceptuales y metodológicas preliminares

1.5.1.- Identidades y diversidad sexual: terminologías dinámicas

Aunque en el capítulo 1 de esta investigación me detengo en consideraciones teóricas y definiciones conceptuales, me parece pertinente destacar desde este momento la forma en la que caracterizo a los sujetos de interés en esta investigación y establecer un conjunto de definiciones y términos que empleo en el desarrollo de este documento. Las categorizaciones de las trayectorias sociales y políticas de distintas manifestaciones de la diversidad sexual resultan, por lo general, inestables, pues las lógicas culturales, morales, políticas y hasta cognoscitivas de la sexualidad humana y el género son arena de conflicto, debate y redefinición constante. La forma misma de definir a los sujetos de acuerdo a sus prácticas sexuales y a su género es un campo en movimiento a lo largo del último siglo y, en particular, desde el movimiento de liberación sexual de la década de 1960 hasta la fecha.

En primer lugar, resulta indispensable definir el género como categoría de análisis. Al margen de otros usos y definiciones empleados en el activismo, la gubernamentalidad, la vida cotidiana e incluso dentro de los propios ámbitos académicos, en este trabajo entiendo y me aproximo al género, en un primer nivel, como una estructura social de desigualdad binaria

basada en la asignación de roles sobre los cuerpos sexuados.¹⁶ A partir de la identificación de los genitales de las personas en gestación o recién nacidas, se distribuye su posición social con respecto a un binario masculino y femenino que, a su vez, marca una serie de expectativas y atributos histórica y socialmente construidos para cada caso que van desde todo un conjunto de formas de expresión del género asignado (rango emocional, de indumentaria, de movimiento corporal, tono de voz y otras señales de la presentación de la persona), una organización social y política en la distribución del trabajo y acceso a posiciones de poder, hasta su incorporación en otras dicotomías como lo público y lo privado. Interrogar al género es, en una primera instancia, comprender la forma en la que es construida, operada, reproducida y transformada esta estructura de desigualdad. En esta investigación llamo *orden de género* al conjunto de los componentes normativos de esta estructura que son siempre una construcción social en disputa y transformación; y llamo *expresión de género* a los elementos que dan visibilidad a una u otra asignación, sean o no congruentes con esta.

En este caso, es de interés para este trabajo la trasgresión al orden que se manifiesta en dos sentidos: cuando, ante la expectativa de heterosexualidad, hombres o mujeres manifiestan que la orientación de su deseo erótico y afectivo es por personas de su mismo sexo y cuando, manteniendo esto, pueden además tener expresiones de género contrarias a las asignadas – hombres afeminados o mujeres masculinas-. Incluyo también la experiencia de las personas trans que, al margen de la orientación de su deseo erótico y afectivo, su trasgresión más visible consiste en identificarse por completo con el género contrario al que les fue asignado al nacer. En consideración a esto, en esta investigación también hago uso del término “género” y no “sexo” para referir a que el deseo erótico-afectivo pueda ser no solo a los genitales de las personas, sino justamente al conjunto visibilizado en la expresión de género. Y es que, sobre esto, me parece pertinente un comentario adicional: a pesar de comprender el género esencialmente como una estructura social, junto con Scott (2010) y otras estudiosas del género, asumo que su forma de operar no es exclusivamente externa a los sujetos, sino

¹⁶ Busco interrogar al género en el mismo sentido que señala Scott en su artículo clásico de 1986[1996] sobre el género como una categoría analítica y tomando en consideración las mismas reservas que ella apuntó en otro artículo posterior (2010). En este artículo, Scott amplía el espectro de su definición analítica del género como una categoría que involucra, también, un proceso psíquico y no solo social y lo establece como: “el estudio de la polémica relación (alrededor de la sexualidad) entre lo normativo y lo psíquico, el intento de hacer colectiva esa fantasía y emplearla para un fin político o social, ya sea la construcción de una nación o estructurar la familia” (p. 13, traducción propia).

que existe también un componente psíquico. El conjunto de trasgresiones que pueden manifestar los sujetos ante la expresión y orden de género asignado, si bien siempre tendrá un interjuego social, puede tener bases de carácter psicológico que desencadena procesos psíquicos e identitarios. Dicho, paso a una definición más especializada de las características de los sujetos de esta investigación.

En el caso de la terminología para referir a los sujetos relevantes para esta tesis suelen existir dos problemas independientes y separados a la hora de asignar etiquetas: por un lado está el de esencializar a las personas a partir de sus prácticas sexuales o de su género y, por el otro, está el de asignar características sociales y psicológicas monolíticas y estables a partir de una categoría que no lo es: las identidades que asumen los sujetos.

En cuanto al primer problema, por ejemplo, existe el término homosexual para referir a una persona cuyo deseo erótico y afectivo se orienta a personas de su mismo género. En este caso, un sujeto es definido a partir de sus prácticas sexuales dominantes. Por un lado, esta etiqueta, dotada de una pretendida neutralidad, no nos diría si el sujeto adopta o no una identidad a partir de esto, ni cómo organiza socialmente su deseo. En este sentido, podría tomarse como un término esencialista que da por conocidas las prácticas sexuales del sujeto y, como ha sido en la trayectoria histórica de la palabra, incluso asignaría un subtexto medicalizante o psicologizante que, al menos en los términos de esta investigación, no es de interés. Además, sobre la imposición de la etiqueta homosexual se borran un conjunto de áreas grises sobre las variaciones del deseo sobre otros cuerpos que, por sí mismos, podrían explicar cambios en las lógicas identitarias. Por poner un ejemplo, ante la visibilidad que han cobrado en la agenda pública los cuerpos y vidas de personas trans, hoy es posible preguntarse si el deseo homosexual (y el heterosexual también, para el caso) se orienta hacia los genitales de las personas o bien a otros elementos de manifestación del género como “muy masculino” o “muy femenino”. ¿Es homosexual el varón que desea a una mujer trans o más bien al hombre trans... o su deseo merecería, en todo caso, una etiqueta distinta?

En cuanto al segundo problema, por ejemplo, la amplitud de los elementos y características que se entienden cuando alguien se presenta como “gay”, no son estrictamente los mismos en cualquier tiempo y lugar y, sin embargo, con ese término siempre se alude a una práctica erótica y afectiva particular. Es decir, es común –sobre todo en lo escrito en español en la

década de los 1990 y la década pasada- encontrar el término gay como sinónimo políticamente correcto de homosexual, incluso con el comentario de que el primero supera los problemas estigmatizantes del segundo. Sin embargo, al usarlos de equivalentes se conservan los riesgos esencialistas del término homosexual, pero además, y como mostraré en otros capítulos de esta tesis, el término gay también alude una identidad que incluye repertorios de consumo, gustos, conducta y hasta ideales políticos que un sujeto con un deseo erótico y afectivo trasgresor no necesariamente comparte. Por esa razón es que es preciso reparar en decisiones de terminología sobre cómo nombrar a los sujetos de estudio. Para exponer la mía, es importante marcar como punto de partida una separación entre las prácticas sexuales y las identidades sexuales.

En esta investigación, me interesan los sujetos que, debido a la orientación de su deseo erótico y afectivo, enfrentan una posición trasgresora ante una expectativa de heterosexualidad convencional. No todos dan o necesitan dar una visibilidad a esta posición y encuentran estrategias para mantenerla oculta o funcional dentro de las expectativas de heterosexualidad.¹⁷ Me restrinjo a los que sí dan visibilidad y que ante esto, los sujetos pueden derivar y asumir una identidad que les permita posicionarse frente a la convención. Esta expectativa de convencionalidad forma parte de un orden de género en la que las personas solo pueden derivar ciertos tipos de relaciones y no otros en virtud del género que son y el de con quien interactúan. Dado el carácter normativo del orden de género y, en particular, de la expectativa de que un varón solo puede relacionarse eróticamente con una mujer y viceversa; y, además, de que esta relación debe ocurrir dentro de formatos y términos específicos que la califican como legítima o ilegítima, moral o inmoral, trasgresora o convencional; y que todo este conjunto de términos, a su vez, reproducen y constituyen el propio orden de género, frecuentemente llamo a este conjunto de expectativas y sanciones heteronormatividad o heteronorma.¹⁸ Por esa razón, dentro de la diversidad sexual, llamo heterodoxia sexual, trasgresiones sexuales o sexualidades trasgresoras al conjunto de identidades que desafían esta heteronormatividad. Y esta posición de trasgresión o de heterodoxia con respecto a la norma, no se consigue solo a partir de las prácticas sexuales

¹⁷ Vidas célibes o con prácticas sexuales esporádicas que mantienen en secreto y siempre en el ámbito de los privados.

¹⁸ Aludo en particular a la forma en la que Samuel A. Chambers (2007) emplea el término. A su vez, él lo retoma de Judith Butler quien, dice, implícitamente llama a “subvertir la heteronorma”.

derivadas de un deseo erótico distinto al heterosexual, sino también ocurre entre aquellas personas que buscan ser identificadas, tanto de formas temporales como permanentes, con un género distinto al socializado desde el nacimiento. Por esa razón, incluyo también dentro de esta heterodoxia a las personas trans.

Esta decisión conceptual inicialmente abre el espectro a un gran número de prácticas y manifestaciones que se comprenden dentro de la diversidad sexual como la describe Guillermo Núñez Noriega (2011), es decir, como el conjunto amplio de manifestaciones de la sexualidad humana. A lo largo de sus vidas, las personas pueden satisfacer aspectos centrales de la heteronormatividad y, sin embargo, haber experimentado algún evento o sostener alguna trasgresión que incorporan a su vida. En otros casos, una parte central de la vida de los sujetos se construye justamente a partir de su ruptura con la heteronormatividad. Trazar la frontera entre una posición heterodoxa y una ortodoxa solo a partir de las prácticas sexuales puede resultar en un callejón sin salida. Por esa razón, los sujetos y espacios que analizo en esta investigación fueron seleccionados en virtud del conjunto de identidades que ellos mismos expresan como vehículo para organizar y socializar sus posición trasgresora a la heteronormatividad. A estas, las llamo identidades sexuales trasgresoras o heterodoxas, aunque, por facilitar la lectura, a veces solo las refiero como identidades sexuales.

Aprovechando buena parte del debate y crítica al concepto de identidad y en particular al de identidad sexual (por ejemplo, Argüello, 2014), en este proyecto trato la identidad como la define Giménez (2002) y sobre la que volveré en el próximo capítulo. Sin embargo, y como lo advierte Weeks asumir una identidad sexual heterodoxa, “es más que declarar una preferencia sexual; es posicionarse en una nueva forma de relacionarse con una sociedad hostil” (Weeks, op cit, p. 344, traducción propia) y, en este sentido, la relación con el espacio también cuenta. La identidad sexual involucra también la búsqueda de semejantes a uno y, por tanto, la adopción y uso estratégico de elementos visibles típicos de un repertorio identitario –expresiones, vestimentas, ideologías-.

Ahora bien, la trayectoria histórica de las identidades sexuales –como de cualquier otro proceso identitario- es inestable, pues como he advertido, nada esencial hay en la identidad, sino que ésta consiste en una organización social y política, contextual y situacional, de alguna característica o conjunto de ellas. En esta investigación resulta imposible tratar todo

el conjunto de identidades sexuales trasgresoras que hoy exigen visibilidad y representación (como, por ejemplo, la asexualidad). Me interesan, en particular, el conjunto de identidades que desde la década de los 1960 comenzaron una nueva organización social y política de la heterodoxia sexual bajo las etiquetas “lésbico-gay”. Sin embargo, y como se verá, en algún momento, estos términos funcionaron como paraguas para englobar otras manifestaciones que hoy exigen una identidad propia.¹⁹ Aunque “lesbiana” enuncia a la mujer con un deseo erótico y afectivo por otra mujer y el posicionamiento suele incluir algunas reivindicaciones políticas sobre visibilidad y distinción sobre otras identidades sexuales; el término “gay” parecía incluir a un conjunto de manifestaciones y trasgresiones a la ortodoxia que incluían bisexualidades, travestismos e incluso expresiones transgénero. Dado que mi punto de partida en esta investigación son el conjunto de sociabilidades que en la década de 60 y 70 comenzaron a mostrar una nueva organización de la heterodoxia sexual en México, afincadas, en buen número en la Zona Rosa, me intereso por las expresiones asociadas a ese cambio: gay, lésbico, travesti y trans. Me interesan los sujetos que se nombran a sí como bisexuales en tanto se incorporan y comparten las formas de sociabilidad estudiadas.

A lo largo de esta investigación y cuando sea pertinente, se enunciarán algunas de las características que conforman identidades sexuales concretas. Sin embargo, es importante señalar que conservo una atención privilegiada a la mecánica de la identidad gay definida por el trabajo de campo, pues precisamente en los análisis que mostraré, enfocarse en su trayectoria da luz sobre las otras identidades relacionadas. Por esa razón, es posible encontrar a lo largo de mi redacción el uso de gay como término paraguas, aunque, cuando lo hago, suele ser como categoría de campo: si los sujetos me dicen que la Zona Rosa es gay y por ello refieren a un conjunto más amplio que a las dinámicas de los varones, elijo conservar el

¹⁹ En las diferentes narrativas sobre el movimiento político de las trasgresiones sexuales, es común que en la década de los 70, se le conociera como “movimiento lésbico-gay”. Con el tiempo, se fueron desprendiendo más identidades que buscaban reconocimiento propio y así se llegó a a las siglas LGBT por lésbico, gay, bisexual y transexual. El acrónimo creció con una profundización del activismo trans que pidió diversificar la comprensión sobre las diferentes formas de manifestar una trasgresión de género. Fue así que creció a LGBTTT (travesti, transexual y transgénero). A partir de aquí, no hay consensos sobre cómo deben ser nombrados los movimientos de diversidad sexual, pues mientras algunos optan por emplear una sola “T” por la palabra “trans” como término paraguas que engloba todas las formas de trasgresión de género, hay quienes prefieren mantener las tres “T”. Además, se han incorporado otras siglas como “I”, por intersexual y, en algunos casos otras más. Sin embargo, en esta investigación me interesan las formas de sociabilidad encontradas en la Zona Rosa. Estas se limitan a formas identitarias relacionadas con lo lésbico, gay, bisexual y trans. Por esa razón opto por emplear las siglas “LGBT”.

término. También, como se verá, en campo encontré, sobre todo entre los de mayor edad, quienes me manifestaron ser homosexuales no como un término esencialista sino, de hecho, identitario. Por el contrario, entre los más jóvenes también encontré a quienes se identificaran como “queer”. En este caso, se refiere a una etiqueta que, quienes la ostentan, buscan marcar un distanciamiento crítico con la identidad gay, rechazando su delimitación binaria tanto de el reconocimiento de su identidad género –hombres o mujeres- como de la orientación de su deseo –homosexual u heterosexual-. En la práctica, el conjunto de prácticas socioespaciales de aquellos que en campo se definieron “queer” coincide con la de las otras identidades sexuales. En su momento lo apuntaré. Por lo pronto, cierro aquí esta presentación y reflexión de términos que será ampliada en el capítulo 1 con el apuntalamiento teórico sobre el concepto de identidad.

1.5.2.- Reflexiones sobre el campo y las entrevistas de corte biográfico

Además de la investigación documental y, como he apuntado, la base empírica de esta investigación descansa también en el trabajo de campo etnográfico y en la elaboración de 22 relatos de vida de sujetos que asumieron una identidad sexual trasgresora.²⁰ Sobre esto, encuentro pertinente hacer aquí una serie de observaciones y comentarios sobre la metodología que llevé a cabo, así como la experiencia como investigador y mi posición personal en el campo.

Es importante señalar que mi participación en un gran número de estas sociabilidades dentro y fuera de la Zona Rosa comenzó no como investigador, sino como un habitante más de esta ciudad que se descubrió trasgresor a la heteronorma y, desde 2004, salió al espacio urbano en búsqueda de semejantes para vivir, adoptar y adaptar una identidad gay. La experiencia desde entonces y hasta la fecha de habitar continuamente esta ciudad y recorrer estas sociabilidades innegablemente nutre el trabajo de campo sistemático que realicé entre junio de 2016 y diciembre de 2017. Es a través de más de 13 años de experimentar, discriminar y participar de estas sociabilidades que cuento con un gran número de contactos, testimonios

²⁰ Unas breves semblanzas de vida de estos sujetos las ofrezco en el Anexo I de esta investigación.

y experiencias que alimentaron y facilitaron el trabajo etnográfico desarrollado aquí, así como las entrevistas de corte biográfico.

Formalmente, el trabajo de campo ha consistido en la observación y participación de la mayoría de estas sociabilidades concentradas en la Zona Rosa, aquellas detectadas fuera de este perímetro y también en la búsqueda de más información sobre éstas a través de otros canales fuera del lugar de trabajo. En general, en bares, restaurantes, antros, lugares de encuentro y cafés, he asistido como cliente.²¹ Dependiendo el tipo de establecimiento o sociabilidad y sus horarios, selecciono el día y la hora de visita. Sin embargo, he querido cubrir la mayor cantidad de días y horarios posibles dentro de aquellos que se desarrollan de forma continua o con mayor frecuencia. De entre todos estos espacios, he escogido algunos a los que acudí con frecuencia y que mencionaré en su momento a lo largo de la descripción. Según las dinámicas del espacio, en estas visitas surgen de manera deliberada y también no planeada, conversaciones y entrevistas informales, desestructuradas y cortas con otros participantes de estas sociabilidades. El objetivo fue conocer la mecánica de la sociabilidad.

También realicé recorridos frecuentes –esto es prácticamente diario, pues soy vecino de la zona- por las calles, plazas comerciales y otros espacios públicos de la Zona, así como algunos puntos de ligue, comercio sexual y encuentros clandestinos. En todos estos, la conversación que establecí con otros sujetos fue apenas incidental, pues por la mecánica de estas formas de sociabilidad la conversación es justo una trasgresión a las reglas del espacio. Por esta razón, he optado limitar el trabajo de campo en sitio sobre estas sociabilidades a la mera observación y, por el contrario, complementarlo a través de entrevistas fuera de sitio a través de amistades, conocidos y contactos a través de redes sociales o bien, a través de las entrevistas de corte biográfico. Sin embargo, también es posible encontrar narrativas de estos mismos espacios en otras fuentes.

El contacto en redes sociales virtuales lo he hecho principalmente a partir de la plataforma Twitter, aunque también he seguido algunas páginas promocionales de lugares específicos en Facebook.²² En ambos casos, he empleado distintas técnicas para obtener información.

²¹ Más adelante establezco una acotación sobre el término antro.

²² A través de mi cuenta personal de Twitter, @Jicito, donde presento mi nombre real, mi fotografía y la aclaración en mi descripción de perfil que realizo una investigación académica sobre la Zona Rosa en el Colegio de México. Aunque no es este un trabajo empírico basado en medios digitales, he orientado mi

Por un lado, he formulado alguna pregunta abierta a los usuarios con los que estoy conectado en esos espacios y, al obtener respuestas, selecciono a alguno de ellos y continúo la comunicación con él o ella por mensajes privados donde puedo realizar más preguntas. Otra forma ha sido a través de una reacción directa mía a algún mensaje que algún usuario hubiera colocado relativa a alguna de estas sociabilidades. En caso de encontrar un tuit que califique un espacio o describa una situación que ocurrió en éste, busco abordar al usuario a través de un mensaje privado. Así surgió, por ejemplo, una conversación informal en línea con Everardo quien finalmente accedió a una entrevista presencial en forma. Finalmente, también he realizado búsquedas activas de usuarios que no son mis contactos a través de palabras clave en algunos contextos específicos. Fue el caso, por ejemplo de Regina, quien me apareció en mis búsquedas sobre temas y discusiones relativas a las personas trans y la contacté para proponerle una entrevista de corte biográfico y a la cual aceptó.

Por otro lado, en internet existen algunos sitios que albergan foros de discusión y divulgación de algunas de estas sociabilidades, especialmente para el encuentro sexual entre varones. Es el caso actualmente de *cruising.mx*, donde, organizados por ciudades, se expone como tema de discusión algún sitio en particular de alguna ciudad: un bar con cuarto oscuro, un club de encuentros, algunos baños públicos o puntos de ligue de espacios públicos. Los usuarios de estos foros son, por lo general, anónimos.²³ Sus perfiles de usuarios no exponen sus nombres ni sus fotografías personales o, al menos no de su rostro.

En cada foro es común que algunos usuarios consulten cómo funciona cada espacio, es decir, ubicaciones exactas, en qué horarios es posible asistir buscando relaciones sexuales, si hay algo característico en la dinámica de algún sitio, qué códigos se deben satisfacer para concretarlos sin confundir a otros sujetos que no están al tanto de esto o exponerse a otros riesgos. Otros usuarios suelen responder puntualmente y, en ocasiones, proveen un mayor detalle relatando experiencias personales. Éstas pueden resultar aderezadas o incluso ser un invento, por el otro lado, a menos que los relatos lo provean, desconocemos características específicas de los sujetos que las narran (edad, identidad sexual, escolaridad, zona de

reflexión sobre mi aproximación a la identidad y la presentación en línea como una herramienta de análisis cualitativo a partir de Rybas y Gajjala (2007), entre otros trabajos.

²³ A lo largo de buena parte de la década pasada existió otro denominado *clandestinogay.com* que cumplía una función similar, hasta que fue clausurado en 2010 acusado de servir de plataforma de comunicación para una red de pederastia (Jiménez, 2010)

residencia, actividad laboral o profesional). En todo caso, la consulta a estos foros ha sido muy útil para conocer de la existencia de estos sitios, adentrarse un poco en las dinámicas de estos y, en algunos casos, visitarlos a manera de observador y corroborar lo dicho en el sitio. Estos sitios web, en sí mismos, podríamos considerarlos una sociabilidad. Sin embargo, dado que esta investigación sólo se interesa por aquellas de corte urbano, es decir, espaciales, el interés por estos foros lo es en tanto fuente. Además de la publicación e información que brindan sobre espacios en la ciudad, también suelen compartir noticias sobre estos cuando en alguno intervinieron las autoridades o incluso ocurrió algún tipo de irregularidad o amenaza. A través de estas páginas también se desarrollan discursos sobre expresiones de género marcadas por gestualidad, poses, formas de vestir y otros elementos. Por ejemplo, suele denostarse constantemente a las *jotitas*, a “las locas de siempre”, a las *titeras* que “arruinan” o “quemar” los lugares de encuentro, por participar en estas sociabilidades para *jotear* en vez de buscar relaciones sexuales.²⁴ Por “quemar” un lugar suelen referirse a su divulgación entre personas que les resultan menos deseables: *maduros*, *feos* y las *gordas* o que, justo a partir de su popularización finalmente intervienen autoridades civiles para clausurar o vigilar estos sitios.²⁵ Sin embargo, en ocasiones existe un contraste visible entre estos discursos que se leen en los foros y lo que ocurre finalmente en estos sitios. Por ejemplo, es factible que a un lugar que todavía no ha sido tachado de quemado tenga una concurrencia similar a la de uno quemado. O que la dinámica sexual descrita de un sitio en realidad no ocurra de esa forma. En todo caso, lo que quiero apuntar es que a pesar de que se trata de un medio sumamente útil, que auxilia el trabajo etnográfico brindando pautas y claves sobre qué preguntar, qué observar, dónde acudir, los discursos que ahí se desarrollan deben tomarse con reservas. Dado el anonimato y la propia forma de sociabilidad que implica la convivencia a través de esos canales, considero relevante sujetar a verificación empírica la información sobre las

²⁴ En cuanto a las “jotitas” ver nota 12. En referencia a las “titeras”, alude a la clientela de los bares llamados “Cabaretitos”, generalmente asociados a varones jóvenes –adolescentes-, afeminados. La referencia siempre es en contraposición a una actuación definida como masculina, interesada en conseguir parejas sexuales, mientras que “la titera” se interesa por “el chisme” y “el lío”. Una titera es, podría decir, una especificación de “jotita” que tiene, además, alguna implicación de clase social más baja.

²⁵ Referir en términos femeninos dentro de la jerga gay tiene una ambigüedad difícil de caracterizar. Mientras que en algunos juegos identitarios luce como una apropiación lúdica del estigma, en otros contextos sirve para reproducir y sumar al estigma. Es común encontrar en femenino “las gordas” o las “osas” como denigrante de los varones corpulentos con sobrepeso. De alguna manera, el femenino en este caso indica que son poco deseables eróticamente.

sociabilidades urbanas que ahí se describen a través de la observación y entrevistas con sujetos a quienes sí puedo caracterizar.

En un sentido similar y con las mismas reservas, también he recurrido a otros medios publicitarios y de comunicación disponibles. Actualmente existe una publicación impresa llamada *boysMX* que se distribuye gratuitamente –financiada por publicidad local- en algunos bares de la Zona Rosa. Esta revista ha tenido otras antecesoras con características de circulación y contenido similares, como es el caso de *Ser Gay* o *Macho Tips*. En ellas se incluye siempre una guía de lugares gay en la ciudad, así como publicidad sobre servicios médicos, boutiques, servicios de arreglo personal y agencias de viaje *gay-friendly*. Además, suele incluir algunos artículos breves con noticias locales o no de interés principalmente para hombres gay, pero también para personas trans, bisexuales o lesbianas. Además de los impresos, también existen publicaciones en línea como actualmente *soyhomosensual.com* o *escandala.mx*, con noticias, artículos y análisis dirigidos a personas no heterosexuales de todo el país. En ellas, ocasionalmente se encuentran textos que también aportan información útil, discursos y noticias sobre bares y otros espacios de sociabilidad.

Finalmente, quiero apuntar un breve comentario sobre mi posición en el campo. A pesar de mi presencia y experiencia personal en el lugar de trabajo en la última década y que esto me ha dotado de una red de amigos y conocidos convertidos en informantes, la autoetnografía no ha sido un método de investigación propiamente empleado aquí. Como ocurre en cualquier otra etnografía, es mi experiencia del choque cultural la que ha servido para desarrollar un gran número de entrevistas con los sujetos dentro y fuera del lugar de trabajo. Con “choque cultural”, aludo a la forma en la que lo entiende Roy Wagner (1981), quien encuentra los elementos de choque entre la realidad que está observando con sus propias valoraciones, significaciones y representaciones y, a partir de ahí, se dedica a “traducir” esas diferencias. En este proceso de traducción, en términos del propio Wagner, se “inventa” tanto la cultura del antropólogo como la estudiada. Dentro de mi propia experiencia de la Zona Rosa y de otras sociabilidades, especialmente en el período en el que yo socialicé una identidad gay (un período que va, vagamente, entre 2004 y 2007), parto de contrastarla con la que experiencia de quienes se encuentran hoy en ese período o antes que yo o en el mismo pero participando en otras sociabilidades gay de la ciudad. Por ejemplo, entre quienes socializaron una identidad gay en años posteriores a lo que yo lo hice y pertenecen a mi

entorno socioeconómico y cultural, su lectura de la Zona Rosa suele ser sumamente peyorativa a pesar de que la frecuenten. Esto representa un choque con mi propia experiencia que me permite establecer preguntas sobre su valoración y experiencia de las sociabilidades de las que ellos participan.

Otro elemento subjetivo que me gustaría añadir es que, actualmente y, por lo general, en la Zona Rosa, en virtualmente cualquier establecimiento, los sujetos suelen asumir que soy estadounidense. Cuando son ellos quienes se aproximan a mí, frecuentemente me saludan en inglés. Atribuyo este prejuicio sobre mi nacionalidad a que, en efecto, la Zona Rosa es un área en la que además de encontrarse un gran número de oficinistas, gays e inmigrantes coreanos, continua una visible presencia de turistas extranjeros dentro de su amplia oferta hotelera. Mi aspecto físico –blanco, rubio y alto- es el que se suele atribuir en zonas del centro y sur de México a las clases altas o bien a los estadounidenses –o, en menor medida, a los europeos-. Esto resulta relevante para la investigación, pues anteriormente, cuando hace una década asistía a los bares de la Zona Rosa de precios más elevados, no solía existir con tanta frecuencia esta confusión sobre mi origen nacional: las personas se aproximaban a mí, en general, hablando español o no se sorprendían. Hoy en día, esto no ocurre ya ni en los bares gay caros de la Zona Rosa –que son aún más baratos que hace 10 años. Es probable que mientras que hace una década era más factible que un mexicano asociado a las clases altas frecuentara algunos bares de la Zona Rosa, hoy ya no lo es tanto y por eso muchos otros clientes e incluso empleados de estos bares suponen primero que soy un turista. Sobre estas transformaciones, así como las dinámicas cambiantes de clase y aspecto físico en la Zona Rosa pretendo elaborar más en el capítulo 5 a través de las cuatro generaciones de las que he hablado.

Capítulo 1.- Punto, plano y línea. Un modelo metodológico para estudiar sociabilidad urbana, territorio e identidades sexuales

El objetivo central de esta investigación es comprender la relación entre procesos identitarios y procesos espaciales. Me pregunto cómo la construcción subjetiva de territorios urbanos relativamente difusos interactúa con la construcción y transformación de identidades concretas, incidiendo una con la otra.²⁶ Para abordar esta pregunta propongo el uso de un marco analítico que desarrollaré en las siguientes páginas de este capítulo, basado en las interacciones de la terna sociabilidad-territorio-biografía que a su vez se corresponden con una representación geométrica de punto-plano-línea, respectivamente. Con esta propuesta, apuesto a que sea posible vislumbrar nuevos elementos y alcanzar conclusiones sobre las formas y dinámicas con las que comprendemos los territorios asociados a identidades, así como el papel que éstos juegan en las vidas de personas que transitan por el espacio de la ciudad. Esta aproximación puede ser útil para comprender con mayor profundidad las características de los imaginarios de zonas urbanas con fuertes cargas identitarias u otras formas de organizar y aglomerar usos y significados, como pueden ser los barrios asociados a alguna migración étnica o nacional, los centros históricos o cascos antiguos o, como en este caso, un llamado barrio gay. La apuesta es contar con una perspectiva ecléctica que contribuya a enriquecer la investigación sociológica de lo urbano en general.

La Zona Rosa de la ciudad de México es un área de sociabilidad gay pero no es el único lugar de la urbe con espacios y dinámicas de este tipo. Me pregunto si en la experiencia subjetiva de la Zona Rosa como territorio imaginado existen elementos que, en el proceso de las identidades sexuales, distinguen a las formas de sociabilidad que ahí se desarrollan frente a las que encontramos en otras partes de la ciudad. Dicho de otra forma, me pregunto si la Zona Rosa juega un papel particular en algún tipo de socialización de identidad gay y si ésta a su vez incide de vuelta en el imaginario sobre la Zona Rosa. Esto conduce a una aproximación doble: a la de las características y trayectorias de la Zona Rosa como territorio simbólicamente construido y a la de los sujetos que participan de la oferta de sociabilidades de la Zona Rosa y de otras partes de la ciudad para socializar, negociar y transformar

²⁶ Me refiero a territorializaciones que no son definidas como instrumentos de Estado donde las fronteras las traza una entidad administrativa con diferentes fines de gobierno, sino a demarcaciones definidas por la experiencia subjetiva y apropiaciones de uno o más colectivos de urbanitas.

diferentes aspectos de alguna identidad sexual trasgresora. Unir estas dos aproximaciones me exigió crear un marco de análisis cualitativo para poder observar diferentes niveles y escalas de procesos subjetivos y encontrar los cruces e intersecciones entre ambos. Esto es el tema del presente capítulo.

Este marco analítico que, como he expresado en la introducción, bien puede pensarse como un modelo, establezco que los sujetos construyen identidades, entre otros medios, a través de espacios de sociabilidad por los que transitan y participan en diferentes momentos de sus vidas y con distintos objetivos y resultados. Estos espacios de sociabilidad son, geoméricamente –ver imagen 1-1-, puntos colocados sobre la urbe donde podemos observar patrones o tendencias de concentración y dispersión. El punto de partida de esta investigación es el estudio y análisis de los espacios de sociabilidad donde se viven procesos de identidades sexuales heterodoxas: bares gay, lugares de encuentros sexuales y otros espacios de convivencia.

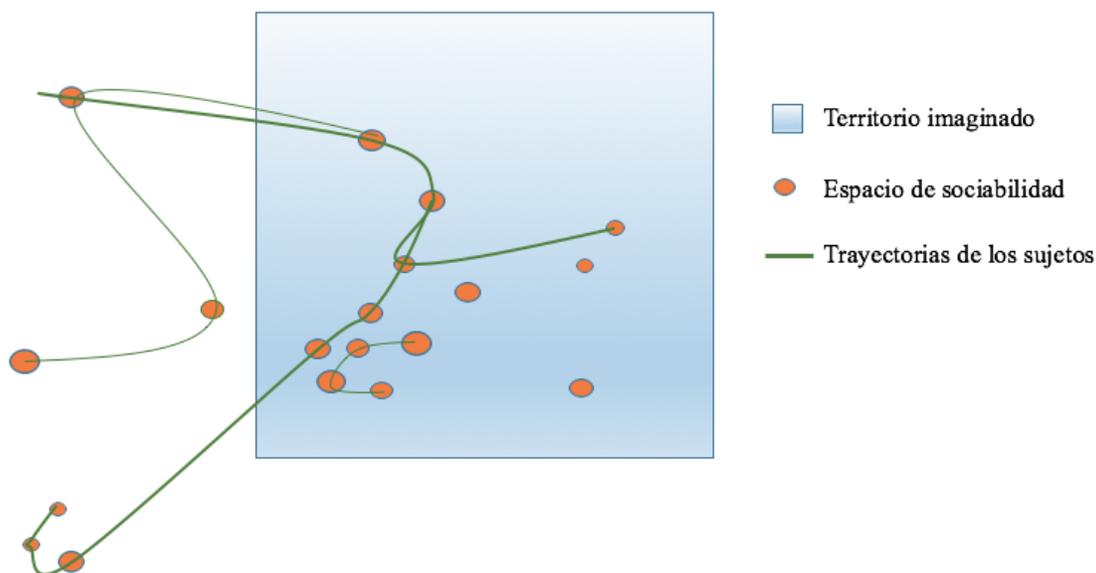


Imagen 1.1.- Modelo punto-plano-línea

Sin embargo, el espacio urbano a su vez se segmenta en diferentes planos de significado que constituyen territorios en los que pueden caer o no los espacios de sociabilidad, es decir, los puntos. La Zona Rosa es uno de estos planos de significado, por lo que el siguiente nivel de análisis es el de la caracterización de este territorio a través del concepto de imaginarios

urbanos. Argumento que, a los espacios de sociabilidad –los puntos–, además de la mecánica identitaria que ocurre dentro de ellos, se les confiere o se les relaciona alguna parte de los significados del imaginario urbano del territorio en el que se encuentran y viceversa. Esto es parte de lo que, como parte de un fenómeno antropológico y subjetivo del espacio urbano, distinguiría la sociabilidad de un bar gay en la Zona Rosa de uno, por ejemplo, en el centro histórico.

Pero los puntos en este modelo no son entidades autónomas, ni la relación que tienen con los sujetos es exclusivamente unívoca, sino que son unidos por formas dinámicas, en múltiples combinaciones, por líneas de diferente trazo, extensión y duración en el tiempo. Estas líneas son las vidas de los sujetos que salen al espacios de la ciudad a participar selectivamente de estas sociabilidades en momentos concretos de sus vidas. Tras analizar los tipos de sociabilidades, su dispersión por la ciudad y sus concentraciones particulares en el territorio de la Zona Rosa, observo la forma en la que los sujetos entran y salen de estas sociabilidades, así como cuando entran y salen de la Zona Rosa: cuándo lo hacen, cómo lo hacen, por qué lo hacen. Así, las trayectorias biográficas de los procesos identitarios son las agujetas que unen el plano con los puntos, completando el modelo. Éstas son las que permiten que emerjan los elementos que caracterizan y definen la distinción de las sociabilidades gay de la Zona Rosa, permitiéndonos entender mejor tanto el proceso de las identidades sexuales en la ciudad de México, como el de la construcción de territorios simbólicas para éstas.

Aunque en el esquema tomo en cuenta una dimensión temporal al incorporar los relatos de corte biográfico, donde los entrevistados narran los momentos en los que transitan por estos espacios y territorios dando cuenta del contexto político y social en el que estos ocurren, el modelo termina siendo estático. Para describir los diferentes componentes geométricos, es preciso dar concordancia en tiempo y espacio y brindar una fotografía de la relación entre el espacio y las identidades en un momento dado. Y, sin embargo, pretendo dar cuenta de una dimensión procesual y analizar las trayectorias tanto de las identidades sexuales como del imaginario de la Zona Rosa. Para ello, me propongo describir este mismo modelo en diferentes momentos y así mirar sus transformaciones en el tiempo. Para hacer esta segmentación temporal pongo el foco en la vida de los sujetos que entrevisté para esta investigación y me concentro en un momento particular: un período de exploración intensa de la oferta urbana de sociabilidad de la heterodoxia sexual. La periodización que propongo,

entonces, está basada en la identificación de estos periodos como cohortes en la experiencia de socialización de una identidad sexual.

Para enmarcar teóricamente todos los elementos de este modelo, en las siguientes páginas establezco los puntos de partida y referentes de la concepción de lo urbano en una tradición de la antropología del espacio y lugar, así como de la forma en la que estoy comprendiendo el concepto de identidad y, en particular, el de la identidad sexual. Establecidos estos dos ingredientes teóricos del objeto de estudio, en los siguientes apartados, construyo y discuto los conceptos que acompañan teórica y metodológicamente a este modelo: el de la sociabilidad que se presenta en los puntos en el plano urbano donde se socializan y construyen identidades; el del imaginario urbano como la herramienta que permite segmentar territorios subjetivos como plano del espacio urbano donde se insertan espacios de sociabilidad; y el de las trayectorias biográficas como las líneas que recorren las múltiples posibilidades de conexión entre las sociabilidades dentro y fuera de los territorios urbanos. Sobre el concepto de cohorte y la forma en la que lo empleo en esta investigación, reflexiono en el último apartado de este capítulo.

1.1.- La dimensión antropológica del espacio urbano y lo cotidiano

El punto de partida conceptual de esta investigación es el del espacio como una categoría social. Y, en este caso, busco insertarme de manera directa en la tradición teórica de la geografía y la antropología social que comienza con Henri Lefebvre (1991) y se alimenta del pensamiento de Michel Foucault, David Harvey y otros hasta conformar una tradición que se ha sustentado en un gran número de estudios empíricos de lo que se ha denominado una “antropología del espacio y del lugar” en la que en inglés se encuentra de forma recurrente el término *place-making*.²⁷ En esta tradición el espacio adquiere un papel central, pues no

²⁷ En el caso de Foucault me refiero en tanto que el espacio no es un objeto neutral, sino que puede ser moldeado y producido como una técnica o dispositivo biopolítico que busca orientar la conducta de los cuerpos (Foucault, 2008). En esta investigación no adopto una perspectiva tan determinista que asfixia la agencia de los actores en el espacio. Comparto la perspectiva de que el espacio participa socialmente moldeando conductas, pero también que ello también abre y crea dinámicas y lugares de resistencia y subversión como pueden ser, justamente, los espacios de sociabilidad de la heterodoxia sexual. Sin embargo, retomo a Foucault pues su posición sobre el espacio como una categoría social ha influido esta tradición sociológica.

solo sirve como un mero soporte para las relaciones sociales sino que, parafraseando a Lefebvre, es producido y está produciendo relaciones sociales.

Al ser una dimensión de la experiencia, el espacio puede aproximarse de dos formas que, dependiendo el análisis y sus objetivos son o pueden ser complementarias. La primera aproximación es la que podríamos llamar objetiva, donde lo que se trata es observar sus características materiales, sus elementos infraestructurales, su posición relativa con otros espacios de la ciudad. Desde aquí, por ejemplo, la Zona Rosa se analizaría como la presenté en la introducción de esta investigación: una red del entramado urbano de la ciudad de México ubicada dentro de su zona central (financiera, económica, turística y política) y, especialmente, a un costado del emblemático Paseo de la Reforma. Objetivamente nos aproximaríamos a la Zona Rosa tratando de distinguir los usos de suelo: oficinas, vivienda, establecimientos comerciales y de servicios, medir sus dinámicas habitacionales y económicas. Sin embargo, en esta investigación me pregunto, más bien, por la otra forma de aproximarse al espacio: la subjetiva. Bajo esta perspectiva, el espacio es visto como una dinámica compleja que produce relaciones sociales.²⁸ ¿Qué es la Zona Rosa en los términos de quiénes, qué significa para ellos? ¿Cómo es disputada entre sus actores más relevantes (visitantes, vecinos, autoridades, empresarios)? ¿Cuáles son las valoraciones que tienen sobre este territorio y cómo se relacionan con todos estos elementos infraestructurales y materiales de la delimitación? Desde el análisis antropológico del *place-making*: ¿cómo y qué tipo de lugar es el que se construye como Zona Rosa?

En el caso de Harvey, lo aludo en tanto que el espacio siempre había significado una categoría objetiva de las ciencias sociales y recupera su aproximación como una dimensión con el mismo valor ontológico que el tiempo en el que el capital busca construir eficiencia y racionalismo (Harvey, 1998).

Una fundamental antología de trabajos sobre antropología del espacio y el lugar es, por ejemplo, es la coordinada por Setha Low y Denise Lawrence-Zuñiga (2003).

Aunque la palabra *place-making* en inglés resulta clara, el término es de difícil traducción al español y, por tanto, es frecuente encontrarlo en inglés incluso en publicaciones hispanas. La virtud de “making” (hechura) es que permite abrir un paraguas para profundizar y distinguirlo desde otros bagajes teóricos sobre lo que implicaría conceptualmente emplear los verbos “construir” o “producir”, ambos cercanos a marcos de teoría social muy precisos. Sin embargo, el término “hechura de lugar”, que podría ser la traducción más fiel al español, podría sonar exótica y perder la claridad y sencillez que tiene en inglés. En cualquier caso, el término se refiere a la forma en la que los lugares son social y políticamente definidos, formados, experimentados y transformados.

²⁸ En algunas tradiciones sociológicas incluso podría ser considerado el espacio como un actor mismo o “actante”, si se prefiere emplear la terminología de Bruno Latour. Esto en el sentido de que sobre el espacio se aglomeran y acumulan diferentes operaciones sociales que lo diseñaron o definieron material y socialmente y estas aglomeraciones interactúan con los sujetos que lo ocupan o lo disputan.

En esta aproximación subjetiva de la Zona Rosa parto del supuesto de que la producción o hechura del lugar es un proceso que involucra lo cotidiano.²⁹ Todos los días muchas personas se levantan y salen de un espacio codificado como privado para recorrer una trayectoria determinada por características espaciales: calles y rutas de transporte donde se encontrará con semejantes con los que podrá o no interactuar, pero lo hará dentro de un marco de entendimiento común que, como más adelante detallo y discuto, comprendo como sociabilidad. Esta persona desempeñará tareas que le correspondan a su posición dentro de las estructuras sociales y ciclo de vida (algún trabajo, estudio, consumo, esparcimiento o incluso supervivencia). De una repetición impoluta de esto, día con día, se seguiría que la posibilidad de los cambios sociales no llegarían si no es mediante grandes choques o bien, por la acción de aquellos cuya posición en la estructura y en lo cotidiano sea justamente la transformación de las cosas. Sin embargo, y aunque sean actores fundamentales de todo el proceso, no es solo a través de la acción de la política formal, ni siquiera del capital, que los cambios sociales ocurren. En lo cotidiano, las transformaciones surgen en la construcción y experiencia subjetiva del espacio, en la lenta erosión de las dinámicas de la repetición en las interacciones de todos los actores que lo ocupan.

Es así que concibo y me aproximo a la Zona Rosa en tanto espacio: una construcción subjetiva segmentada de la urbe de la ciudad de México que da soporte a un orden particular de interacciones en la vida cotidiana que a su vez la producen y con el paso de los años se van transformando mutuamente –las relaciones y el espacio que producen-. En esta construcción el Estado y el capital no son meros testigos de este orden de interacción, sino que son parte del conjunto de actores que intervienen en todo el proceso de lugar. Es en esta construcción de la Zona Rosa, como argumentaré en el capítulo 3, que surge una forma de sociabilidad distinta a otras formas de sociabilidad de la heterodoxia sexual que ocurren en

²⁹ Tomo aquí las ideas de Michel de Certeau en su *Invenición de lo cotidiano* (1996) donde, en alusión a la nota anterior relativa a la postura de Michel Foucault, el proceso de la producción del espacio ocurre por la agencia de las personas convencionales. De Certeau encuentra cómo en el diario andar, en los pasos y trayectorias de los sujetos, se van colocando pequeñas huellas y rastros que obligan la modificación de la conducta de los otros. En términos espaciales, bloquear un paso habitual abre un nuevo flujo por otro sitio y esto alimenta nuevas disputas, nuevas apropiaciones, nuevas inclusiones y nuevas exclusiones. En la vida cotidiana, en la interacción entre las personas y sus dinámicas espaciales, entonces, se van tejiendo transformaciones (lugares que ya no tienen la misma mecánica que antes, personas y procesos identitarios que desplazan sus espacios de convivencia y habitabilidad, recrudescimiento o desaparición de pequeñas disputas cotidianas, erosión y surgimiento de significados, símbolos, actores y normas que dictaban órdenes institucionalizados), de los que solo podemos dar cuenta a través de una mirada con cierta historicidad.

la ciudad de México. Y es también que, con el lento paso de los años, esta sociabilidad se va transformando tanto por los cambios en la trayectoria política y cultural de las identidades sexuales como en los cambios urbanos que sufre el espacio de la Zona Rosa en el contexto de la ciudad de México. De esta interrelación busco dar cuenta en los capítulos 4 y 5.

Sobre las decisiones conceptuales relativas a la categoría de espacio es preciso que repare en algunas definiciones. La Zona Rosa, digo, es un *territorio* que se conforma, entre otras aproximaciones, a partir de imaginarios. Sobre los imaginarios desarrollo un apartado más adelante en este mismo capítulo. En cuanto al concepto de territorio, establezco aquí las nociones operativas con las que estoy trabajando. En primer lugar, hablo del espacio como una categoría que refiere a esta dimensión de la experiencia de forma general y bajo cualquier escala, segmentación y definición. Sin embargo, hago distinción entre dos segmentaciones distintas del espacio: el lugar y el territorio. Aunque es factible encontrar en la literatura un uso indiscriminado y no definido entre ambas, es importante marcar una distinción para efectos de este trabajo. El lugar, siguiendo la definición de John Agnew (en Cresswell, 2005) consiste en una “locación”, es decir, un sitio con coordenadas y delimitaciones –difusas o precisas- reconocibles por los actores; con una “localidad”, es decir, con las condiciones materiales que indican algún sentido de las relaciones sociales que deben desarrollarse ahí y, finalmente, un “sentido de lugar”, que refiere al reconocimiento, apego y experiencia de los sujetos a que esta locación y localidad son, en efecto, un lugar que se distingue de su entorno por el significado y usos particulares que pueden ocurrir ahí. En esta investigación ocupo poco el concepto de lugar y prefiero el de sociabilidad, porque aunque muchos de los espacios que abordo en el capítulo 2 son, bajo esta definición, lugares, también existen otros donde tanto la localidad como el sentido de lugar son más difusos. Existen espacios de sociabilidad gay que no están plenamente definidos, compartidos e identificados como lugares para estas formas de comportamiento y, en consecuencia, la dinámica se sostiene por poco tiempo en el espacio; por ejemplo, en la ciudad existen algunas esquinas callejeras donde suele ocurrir el ligue entre varones. Una esquina, como tal, no marca en sí misma esta sociabilidad o la indica a diferencia de otras y, por tanto, su identificación como lugar de sociabilidad gay puede ser sumamente inestable. Otro problema, por ejemplo, puede ser la sociabilidad gay que ocurre en algunas plazas comerciales concretas donde, simultáneamente se desarrollan

otras formas de sociabilidad. El sentido de lugar no es propia ni exclusivamente el de un espacio gay y, su sociabilidad gay incluso podría pasar inadvertida por otros actores.

Un territorio lo defino con los mismos elementos que el de lugar; la diferencia es la escala. Mientras que el lugar implica una mayor definición y coherencia de las dinámicas sociales que deben ocurrir dentro de sus márgenes, el territorio admite una gran diversidad de lugares con sentidos y dinámicas incluso rivales o desconectadas aparentemente entre sí, salvo por el marco geográfico mayor que las engloba. Así, lo que da coherencia a un territorio, su equivalente a un sentido de lugar es una construcción colectiva que establece los parámetros de inclusión/exclusión del espacio segmentado (Giménez, 2004). Desde el Estado, los aparatos de gobierno implementan diferentes dispositivos (desde puestos de vigilancia o incluso marcadores de fronteras hasta técnicas nominales como códigos postales, entre otros) para ejercer una soberanía de inclusión/exclusión. Sin embargo, la formación de territorios también puede observarse fuera del marco del Estado y en casi cualquier escala, como en este caso, dentro de un contexto urbano y a partir de elaboraciones simbólicas y de sus habitantes o visitantes que conforman imaginarios. A pesar de la gran diversidad de dinámicas y usos del espacio, la Zona Rosa puede ser un territorio en el momento en el que es reconocido así por agrupaciones de empresarios, autoridades civiles, vecinos, visitantes y hasta migrantes que, ante la construcción simbólica de estar en la Zona Rosa y no en otro segmento de la urbe, buscan interacciones e intervenciones particulares con el espacio y con los que les rodean en él.

Ahora bien, en esta investigación me interesa la experiencia del espacio de aquellos que asumen una identidad sexual trasgresora; busco comprender la formación, características y distribución de lugares y formas de sociabilidad, así como la concentración de éstas en la Zona Rosa comprendida como un territorio. Esto exige detenerse en las relaciones entre el espacio, género y la diversidad sexual, así como de la definición de las identidades que organizan socialmente una orientación sexual heterodoxa.

1.2.- Aparecer en el espacio urbano: género e identidades sexuales

Como relataré más adelante en otros capítulos, en las entrevistas que realicé para esta investigación, una persona trans me narró la experiencia en la que, caminando por una calle en la noche, fue golpeada por dos sujetos, un hombre y una mujer con quienes se topó a su

paso y no tuvo más interacción que la golpiza. Ella señala que no sabe con exactitud los motivos de la golpiza, pero no descarta que fuera por su aspecto, caracterizado por una serie de atributos físicos e indumentaria considerada femenina (vestimenta, maquillaje, pelo largo y senos), pero también otros atributos en su aspecto podrían leerse como masculinos o, desde alguna perspectiva, los de una mujer trans. Esta presentación en lo público, por sí misma, puede ser considerada trasgresora. En las entrevistas, algunos varones identificados como gay y que se les nota -es decir, que su vestimenta o su lenguaje corporal muestran algún conjunto de atributos femeninos o afeminados-, me contaron sobre expresiones de repudio que sufrieron en las calles de la ciudad de México.

Cuando hablamos de espacio y de los lugares como categorías sociales, las estructuras de desigualdad también se manifiestan, se reproducen, se organizan y se disputan ahí. En el espacio existe un permanente juego sobre quién, cómo y para qué puede aparecer en cierto lugar de acuerdo a sus atributos y posiciones en estas estructuras. Es aquí que las identidades, en tanto conjunto de insignias y repertorios que dan visibilidad a un grupo social, tienen un papel importante en el proceso de la construcción de lugares como los definí en el apartado anterior. Sin embargo, antes de establecer una definición precisa de identidades, quisiera detenerme en la forma en la que la dimensión subjetiva del espacio como categoría social ha sido abordado desde la geografía y la antropología feminista para mostrar que su concepción, distribución y la experiencia misma de éste, está también organizada por género. Después de todo, son principalmente las convenciones de género el foco principal desde donde se organizan las identidades sexuales y su aparición en el espacio.

En la construcción de esta idea me apoyo de manera particular en la discusión teórica propuesta por Doreen Massey (1994) quien encuentra una intersección entre ambas disciplinas –la geografía y la antropología- al analizar los arreglos de espacios/lugares en distintas culturas/sitios y tiempos, dependiendo de las relaciones de género.³⁰ Las formas de sociabilidad en tanto eventos que ocurren en un espacio y tiempo específico, son susceptibles de ser analizadas en cuanto al orden y disputas de género, revelando así más información

³⁰ Para Massey, el análisis espacial tiene una gran capacidad heurística para comprender el género en contextos específicos: “las variaciones geográficas en la construcción de las relaciones de género también apuntan (...) al hecho de las diferencias entre las mujeres (y ciertamente también entre los varones), no solo en su construcción como personas con género, sino también la forma en la que se relacionan con conflictos políticos en particular, incluyendo aquellos sobre el género mismo” (1994, p. 178, traducción propia).

sobre todos los procesos involucrados. En el caso de esta investigación, este análisis resulta crucial, pues las sociabilidades analizadas están constitutivamente ligadas a las normas de género.

Uno de los puntos más desarrollados dentro del análisis socioespacial del género, al menos en las culturas occidentales, es la organización de lo público y lo privado, pues es uno de los puntos más evidentes de este control conjunto de la espacialidad y la identidad (Low y Lawrence-Zuñiga, 2003). El mundo de lo femenino se construye como una identidad privada dentro del espacio del hogar, mientras que el mundo de lo masculino es una identidad social construida hacia lo público. Es así que al considerar el espacio urbano moderno, “el flaneur es irremediabilmente varón” (Massey, op cit, p. 234, traducción propia).³¹ Como ella misma desarrolla, la idea de un urbanita de clase media que se apropia del espacio de la ciudad a cualquier hora, observando y admirando desapercibido y anónimo a todos a su paso, es una figura que solo puede ser varón... y, para efectos de esta tesis conviene desdoblar y precisar: un varón con todas las características de las convenciones de género que lo definen en un entorno social e histórico específico.

Una *flaneuse* resulta impensable por varias razones: la primera es que una mujer solitaria vagando en las calles a cualquier hora, estaría fuera de lugar para efectos de esta estructuración del género. Pero las implicaciones que menciona Massey -siguiendo también un trabajo de J. Wolff- van más allá: el varón puede mirar sin ser mirado, mientras que la mujer es el objeto de observación masculina y no al revés. Además, añade Massey, hay una acción erótica dentro de la mirada del flaneur que las convenciones de género niegan a las mujeres. Esta figura tiene toda la potencia de ilustrar cómo la presencia de un sujeto o de otro en el espacio público de la ciudad, puede ser radicalmente distinta y tiene implicaciones distintas al orden social. En el caso de la persona trans con la que comencé este apartado está claro que su presencia puede no pasar inadvertida y que su trasgresión puede ser sancionada con violencia.

Ahora, este orden no es estático y justamente se vincula a procesos sociales, culturales, históricos, políticos e incluso con su traducción al mundo jurídico. En un prólogo a un trabajo

³¹ En alusión a este concepto de Walter Benjamin, retomado de la poesía de Charles Baudelaire, que se ha convertido en una especie de lugar común para referir la experiencia del disfrute del espacio público urbano.

de Leticia Sabsay (2011), Judith Butler señala que las “disputas públicas sobre quién puede aparecer en el espacio público y cómo, son consideradas como el espacio donde se generan nuevas normas para configurar la ciudadanía” (p. 11). El espacio público nunca ha sido neutral en materia alguna, incluyendo –e incluso sobre todo- en género. Existe una regulación sobre quién y cómo puede presentarse en el espacio. Si para Angela Giglia, de quien hablaré más adelante, el crecimiento y complejización urbana en el último siglo ha significado más segmentaciones y exclusiones de lo público, para Butler “el ascenso a la democracia acarrió una ampliación de la regulación sexual del espacio público” (p.12).

Esto podría resultar contraintuitivo si consideramos que el discurso democrático es justamente el de la inclusión y, en efecto, encontramos que en las últimas décadas distintos regímenes políticos han otorgado ciudadanía a sujetos que anteriormente no tenían este reconocimiento. Sin embargo, es a esto mismo a lo que Butler y Sabsay refieren: la incorporación de formas heteronormativas de una libertad sexual para hombres y mujeres con un deseo erótico y afectivo para personas de su mismo género, implica una forma de regulación que, a su vez, significa un nuevo conjunto de exclusiones sobre otras formas. Esta regulación, nos dice Butler, no es exclusivamente jurídica, sino que es “activada de distintas maneras: medios, acciones cotidianas de patrulla policial, la segmentación del espacio urbano, y la creación de discursos y políticas relativos al trabajo sexual” (p. 14). De esta forma, podríamos decir que es posible observar a dos varones o a dos mujeres tomadas de la mano por la calle, con menos probabilidad de padecer algún tipo de repudio. Sin embargo, otras figuras como conjuntos afectivos de más de dos personas, por poner un ejemplo, podrían mantener una sanción pública por trasgresión a la heteronormatividad.

En suma, cuando analizo la relación entre las identidades sexuales y el espacio urbano a través de imaginarios y formas de sociabilidad, retomo que éstas se producen en contextos y situaciones donde las expresiones identitarias de un sujeto en cuanto a su deseo erótico y afectivo (cuando son trasgresoras y reguladas en el contexto liberal) ocurren bajo un sistema de inclusiones y exclusiones, expectativas normativas y, sobre todo, contradicciones. Como dice Butler, en el contexto de una libertad sexual: “al sujeto liberal se le pide que exprese una ‘elección’, pero esta exigencia es en sí misma forzosa. El resultado es una formación subjetiva insostenible sin contradicción. De manera similar, la privatización de la sexualidad al interior de la familia y el ordenamiento de las orientaciones sexuales a partir de una matriz

heterosexual manifiestan sus propias fallas ya que el deseo no logra ser completamente organizado por esa disyuntiva. Así, la ley reguladora se apoya en un fantasma que nadie puede encarnar de manera consistente o completa” (p. 15). En la observación de sociabilidades urbanas de las trasgresiones sexuales, creo, podemos dar cuenta de esto: por un lado responden a la regulación de espacio pero, por el otro, en tanto trasgresoras, son también válvulas de escape de todo eso que no consigue organizarse.

Ahora bien, las diferentes formas de presentarse y aparecer en el espacio pueden organizarse –o no- colectivamente bajo identidades. Y, en este caso de investigación, me interesan particularmente las identidades formadas a partir de trasgresiones sexuales. Por la urgencia de presentar la terminología por la que opté al respecto, en el capítulo introductorio de esta investigación ya adelanté algunos aspectos de la discusión sobre diversidad e identidades sexual, pues en este ámbito las etiquetas pueden ser volátiles y contener cargas esencialistas, políticas, moralizantes o medicalizantes que resultan problemáticas cuando no se desea aludir a estos subtextos y connotaciones.³² Sin embargo, y retomando de lo que ahí establecí, en esta investigación propongo tratar el término de identidad como lo define Gilberto Giménez (2002): un conjunto de estrategias situacionales (contextuales) y relacionales (interactivas) de presentación en la vida cotidiana que exigen el reconocimiento de otros.³³ Sin embargo, y como lo advierte Weeks (2011), dentro del paradigma de las identidades, las sexuales tienen problemáticas particulares frente a otras, por su inestabilidad en el tiempo o por la discrepancia que puede existir entre una identidad sexual asumida –por ejemplo, la heterosexualidad- y las prácticas sexuales de ese mismo sujeto –interacciones eróticas homosexuales ocasionales-. Por esa razón, en este objeto de estudio no me interesa, por lo general, el ejercicio de la sexualidad de los sujetos, sino la forma en la que el sujeto se identifica con respecto al canon heterosexual y asignación de género, que identifico aquí con el término heteronorma o heteronormatividad.

³² Sintetizando: entiendo como identidad sexual trasgresora o heterodoxa, aquellas que desafían una expectativa de heterosexualidad y normas convencionales de género. El término “LGBTI” lo entiendo como una categoría política que alude a una agenda de derechos y de visibilidad.

³³ Al insistir en la expresión “presentación en la vida cotidiana” estoy buscando aludir implícitamente al marco del interaccionismo simbólico de Erving Goffman. Ésta es una aproximación teórica que subyace en el corpus que describo.

La identidad sexual involucra también la búsqueda de semejantes a uno y, por tanto, la adopción y uso de elementos visibles típicos de un repertorio identitario –expresiones, vestimentas, ideologías³⁴ Un ejemplo paradigmático en el caso de la identidad gay, entendida como una forma de organizar y socializar el deseo erótico y afectivo de hombres hacia otros hombres desde la década de los 60 hasta la fecha, es el del valor de las divas como símbolo de un gusto muy visible y reconocible que resulta trasgresor para un hombre por tratarse de un elemento codificado como afeminado. En diferentes productos mediáticos orientados hacia estas audiencias, generalmente provenientes de Estados Unidos, se insiste en algún conjunto de cantantes de música pop o actrices que deben regir el gusto de quienes asumen esa identidad.³⁵ Dependiendo la década, están ahí Judy Garland, Barbra Streisand, Cher, Madonna, Beyoncé, Lady Gaga, entre otras. E incluso, se establecen referentes locales bajo la misma lógica: Daniela Romo, Astrid Hadad, Lucía Méndez, Yuri, Jeans en el caso mexicano.

En cualquier caso, estas divas son parte de un extenso repertorio que incluye algunas expresiones verbales, formas de vestir, otros gustos sobre productos mediáticos y culturales, normativas corporales y formas de administrar el tiempo (acudir a rutinas de gimnasio, por ejemplo) que se consignan como parte de la identidad. En el caso de las divas, por ejemplo, se hacen presentes en reuniones y otros espacios de sociabilidad, incluso realizan espectáculos de imitación. Parte del proceso de asumir una identidad gay pasa por un posicionamiento sobre los diferentes elementos de este repertorio: entre quienes los adoptan y promulgan en casi todo momento, quienes los manifiestan selectivamente en espacios y momentos de sociabilidad gay, como quienes los rechazan. Sin embargo, estos últimos, al menos en la experiencia de campo y personal, suelen hacer recurrente su rechazo explícito con expresiones como: “no entiendo por qué por ser gay te tiene que gustar Madonna”. Incluso, entre algunos de los más jóvenes y vinculados a espacios y entornos académicos es

³⁴ Giménez describe el concepto de identidad pensando en las identidades nacionales o étnicas que pueden ser mucho más amplias que en el caso de las identidades sexuales minoritarias. Sin embargo, el concepto funciona de forma similar para cualquier otro tipo de identidades.

Para Weeks, asumir una identidad sexual heterodoxa: “es más que declarar una preferencia sexual; es posicionarse en una nueva forma de relacionarse con una sociedad hostil” (Weeks, op cit, p. 344, traducción propia).

³⁵ Pienso desde la comedia televisiva de la década de 1990 “Will & Grace” al *reality* “RuPaul Drag Race” en esta década.

posible encontrar el uso del término “homonorma” para referir lo prescriptivo que puede resultarles este repertorio.

Es posible observar que la dinámica de la identidad gay resulta similar a otros procesos identitarios como el nacional o étnico donde, por ejemplo, la “mexicanidad” puede incluir el orgullo por el consumo de chiles muy picantes. El proceso de socializar una identidad, en el caso de las minorías sexuales, involucra no solo el consumo de productos mediáticos, sino – y de especial interés en esta investigación- la búsqueda de semejantes en el espacio urbano. Es a través de la sociabilidad que los repertorios identitarios son diseminados, discutidos, adoptados y transformados. Ser gay no significa adoptar todos y cada una de las insignias que se discuten, tanto como ser mexicano tampoco significa comer chiles picantes. Sino que de estos repertorios se discriminan un conjunto de elementos que los semejantes reconocen, admiten y negocian, pues ninguno de éstos son estáticos.

Quienes perciben que ese repertorio adopta una cierta hegemonía en la organización social del deseo erótico-afectivo –enfaticando el de los hombres hacia otros hombres-, a veces rechazan la adopción de una identidad gay y buscan otros semejantes buscando crear nuevas formas identitarias. Sin embargo, al menos en lo que observé en campo, estas mismas resistencias ocurren dentro de los propios espacios y formas de sociabilidad donde estos repertorios se socializan. Es decir, aún en la resistencia a la –digamos- hegemonía de la identidad gay es frecuente encontrar muchos elementos del repertorio adoptados, reconocidos y visibilizados por sus detractores. Por eso considero que es importante insistir en el concepto de Giménez en cuanto a que la identidad no es solo el repertorio, sino también un conjunto de estrategias contextuales. Las personas pueden elegir mostrar u ocultar frente a otros algunas insignias de esta identidad con diferentes fines: presentar una postura política, transformar o por lo menos disputar el propio contenido del repertorio identitario, ligar, invisibilizarse para protegerse de hostilidades o simplemente para evitar una interacción. En este trabajo, busqué poner la mirada en la forma en la que los sujetos experimentan este proceso identitario tanto en los espacios de sociabilidad y constantemente me pregunto cómo es construida la Zona Rosa como territorio que forma parte de este proceso. Tras la presentación de los resultados de esta investigación, pretendo ahondar más sobre lo que creo que este trabajo permite pensar sobre el concepto de identidad sexual en el bloque conclusivo.

Con estos apuntes sobre las decisiones conceptuales relativas al espacio urbano como categoría social que soporta y define también las estructuras de género, así como de la manera en la que comprendo las identidades, es preciso definir ahora los diferentes conceptos que conforman el modelo cualitativo que propongo, así como sus implicaciones metodológicas.

1.3.- Modelo conceptual y metodológico

1.3.1.- Sociabilidades: los puntos sobre el plano

La sociabilidad es un término utilizado ampliamente como categoría analítica e incluso como unidad de análisis en investigaciones de corte sociológico, pero también histórico y antropológico que, sin embargo, suele contar con una escasa discusión y definición preliminar. Este problema no es nuevo. De hecho, así lo detectó quien parece haberlo reintroducido a las ciencias sociales, en especial a la historia, en la década de 1960: Maurice Agulhon (1992). Su caso es paradigmático: lo empleó como un concepto fundamental en su investigación sobre la politización de campesinos en la Baja Provenza y, como él mismo reconoció más de dos décadas después, no lo hizo desde una conceptualización muy precisa.³⁶ Sin embargo, y tal vez por eso mismo, el término se popularizó entre los historiadores y, más adelante, también entre antropólogos y sociólogos: hay en él una utilidad reconocida que lo convierte en un objeto de estudio a pesar de su noción difusa e imprecisa.³⁷ En la reflexión posterior que hizo Agulhon sobre esta divulgación del concepto, encuentra que su uso ha sido para referir, por lo general, a formas de organización de la vida cotidiana, dinámicas de asociaciones con cualquier finalidad -desde el simple esparcimiento hasta la participación política- y, finalmente a las políticas detrás de estas normas y dinámicas de asociación. El concepto, sin embargo, sigue siendo relativamente difuso.

Más recientemente, a partir de dos definiciones no necesariamente opuestas, por sociabilidad suele entenderse el ambiente general de clase o de otras asociaciones que marcan pautas sobre

³⁶ Su argumento descansaba en que la intensa vida social de los campesinos de la región basada en una multiplicidad y concentración de espacios de interacción (es decir, su “sociabilidad”) propició la politización y, más adelante la acción y participación política de esta región francesa.

³⁷ El mismo Agulhon (1992) intenta hacer una exploración preliminar de la historia del concepto y, además, la detección de su popularización en las investigaciones históricas de la década de 1960 y 1970, mostrando que a pesar de su uso, no hay importantes reflexiones en torno a la noción.

las formas y sentidos de las interacciones sociales en amplios marcos históricos o geográficos, o bien, se refiere a la mecánica de eventos o formas interactivas concretas.³⁸ Su presencia como objeto de estudio o como simple alusión sigue estando muy presente en una gran cantidad de trabajos refiriendo a marcos de interacción social por lo general con ambigüedad e impresión.³⁹

En el caso de esta investigación, las formas y espacios de sociabilidad o –económicamente dicho- “sociabilidades” son un concepto operativo y medular, pues se trata de la unidad de análisis. Argumento que es en las sociabilidades donde ocurren los procesos identitarios de los individuos y, a su vez, que la conformación y características de estas sociabilidades hay una interrelación con el territorio en el que se encuentran localizadas. Así que, de esta forma, mirar las sociabilidades es mirar las diferentes posibilidades de arreglos entre identidad y espacio en el que ambas partes juegan un papel cada una con respecto a la otra. Es esto lo que las convierte en una unidad de análisis informativa. Si bien anticipo que por este término me refiero a formas concretas, institucionalizadas y, sobre todo, localizadas, de la interacción social, dada su relativamente escasa conceptualización en la literatura, me resulta fundamental establecer aquí una breve discusión general sobre la sociabilidad, pero enmarcándola en las características particulares de este trabajo. La complejidad que asigno al término, asumo, involucra los elementos que empíricamente busco y analizo a través de los relatos y observaciones etnográficas.

³⁸Un ejemplo reciente del uso de este concepto en términos de estos grandes marcos históricos y geográficos es el que hace el sociólogo Ivaylov D. Petev (2013) quien incluso lo aborda desde técnicas cuantitativas. Para él, por ejemplo, existe un “estilo de vida” de clase que dicta las formas de interacción (contacto y segregación) con otras clases sociales. Estas formas de interacción es lo que él entiende como la “sociabilidad” general de la cultura.

En el caso de investigaciones recientes que tomen la sociabilidad como un marco de formas de interacción, Janet Lyon (2009) emplea el término también para describir el sentido amplio de éstas, pero que pueden ser percibidas y descritas a través de las dinámicas de espacios concretos. En su caso se refiere a los salones bohemios británicos de inicios del siglo XX como sintomáticos de una “sociabilidad modernista” así como vectores de transformación de esta misma sociabilidad. En su trabajo queda una ambigüedad sobre la escala e implicaciones sobre lo que es una sociabilidad. Sin embargo, resulta útil y cercano a este trabajo la consideración de la sociabilidad como la dinámica de lugares concretos.

³⁹ Buscando hacer una genealogía y análisis del concepto, encontré un texto de William Chapman Quevedo (2015), quien se dio a esta misma tarea. Coincido con él que recientemente la sociabilidad surgió como una especie de tecnicismo para referir a prácticas culturales de lo cotidiano en un amplios sectores sociales. En sus palabras: “comenzó a tornarse en una palabra oportuna para almacenar en una guardilla las formas fundamentales de las vidas colectivas disímiles pero presentes. En síntesis: una nueva palabra para enmarcar las situaciones tradicionales a las que anteriormente se les colocaba la inscripción de vida cotidiana, civilización o historia de las costumbres” (p.9).

1.3.1.1.- La sociabilidad como un concepto del interaccionismo simbólico

Si bien el uso de la expresión sociabilidad se puede registrar desde el siglo XVIII (Agulhon, 2009), su definición elaborada como una categoría sociológica –más que un objeto de estudio de la historia- se remonta a Georg Simmel (1949 [1911]) y encuentra otra vertiente conceptual con otras implicaciones investigativas en Georges Gurvitch (1941).⁴⁰ Estas dos visiones, aunque pudieran ser vistas como contrapuestas, por mi parte las encuentro complementarias.⁴¹

La forma en la que la pensó y utilizó Agulhon décadas después, no es muy distinta a la de Simmel, quien definió el concepto de sociabilidad para su análisis de la vida en la ciudad y, sobre todo, enmarcado en los debates de su tiempo, en particular con Max Weber, como lo apunta Lyon (2009). En una conferencia dictada en 1911, Simmel dijo que la sociabilidad es una forma lúdica o incluso artesanal de la asociación, “relacionada al contenido y propósito de esa asociación, de la misma forma en la que el arte se relaciona con la realidad (Simmel, op cit, p. 255, traducción propia).⁴² Ciertamente, y siguiendo el análisis de Lyon, ante una visión de la ciudad y de la modernidad como procesos individualizantes y racionalizadores que llevan a lo que Weber llamaba el “desencantamiento”, la sociabilidad en tanto característica intrínseca de lo humano, resulta una suerte de cura, un elemento deseable y positivo que permite a los individuos aglutinarse de formas creativas, donde se privilegia un sentido emocional para resolver fines racionales.

En esa conferencia, Simmel diría el aforismo que se encuentra citado en otros trabajos definiendo la sociabilidad como un “sentirse agradablemente con otros”. La expresión tiene una claridad tentadora, pero deja de lado una complejidad que el propio Simmel expone. Este sentirse agradablemente significa una serie de convenciones sociales que, pudiendo no tener una relación explícita o directa con el fin de una asociación, se esperan ante una interacción; se refiere, pues, a un conocimiento compartido sobre el *deber ser* del desarrollo de una

⁴⁰ En la breve reflexión que establece Agulhon rumbo a una historia conceptual de la “sociabilidad”, menciona que la sociología, desde su inicio y formación como disciplina, dejó fuera este concepto. Sin embargo, menciona como excepción el caso de Gurvitch dentro de la tradición francesa e ignora que para Simmel, quien podría considerarse todavía parte del nacimiento de la sociología, la “sociabilidad” es un concepto al que le dedicó un análisis y definición significativa. Es decir, sí existe una discreta tradición sociológica sobre el concepto que es la que pretendo discutir a continuación.

⁴¹ Así las calificó la revisión conceptual que hizo Chapman (2015) que mencioné en la nota 30.

⁴² En la traducción que Hughes hace del alemán al inglés (en Simmel, 1949) utiliza la expresión “play form”. Esto es lo que yo traduzco como “forma lúdica”.

asociación y que no necesariamente escapa al conflicto. Cómo vestir, cómo referirse entre las personas, cómo comportarse en distintos lugares y situaciones, qué esperar uno de otro ante un encuentro es la sociabilidad entendida como formas lúdicas y artesanales. La sociabilidad es entonces un objeto cultural que, como también señalaba Agulhon, se puede estudiar separado de las estructuras sociales. Es decir, mientras que un sistema económico y político pudiera ser similar en dos sociedades distintas y pueden compararse o distinguirse a partir de la racionalidad de cada uno de estos, las formas de sociabilidad entre ambas sociedades podrían ser absolutamente distintas, pues tienen trayectorias particularistas en que representan –en un sentido estético- a las estructuras sociales. Bajo esta definición de sociabilidad es que resulta un concepto muy recurrente dentro de algunas tradiciones de la antropología sociocultural o incluso en distintas historiografías: a través de la observación y análisis de sociabilidades en tanto representaciones lúdicas de la realidad, se pueden hacer inferencias, comparaciones y contrastes sobre estas estructuras sociales en materia de género, clase, raza, sistemas económicos y políticos.

Como adelanté algunas líneas atrás, existe también el uso que define Gurvitch que corresponde a una sociología de carácter más positivista.⁴³ Para él, la sociabilidad es un objeto concreto e irreductible del análisis sociológico; un hecho social con reglas externas a los individuos –diezmado así la capacidad lúdica que observaba Simmel- y que no es posible separarlo o entenderlo sin el marco de referencia de las estructuras sociales. Es decir, ontológicamente no es posible concebir las relaciones sociales sin las estructuras. Su lectura, entiendo, si bien se enmarca mejor dentro del positivismo, llega a rozar con el materialismo histórico: determinadas estructuras sociales producirían diferentes tipos de sociabilidades asociadas a un aparato institucional. Siguiendo el argumento, podría decirse que las formas particulares de sociabilidad se reducen a coyunturas supraestructurales que solo buscan el mantenimiento de las estructuras, o bien, solo se entienden cumpliendo una función dentro de éstas. Desde esta perspectiva, una aproximación empírica a las sociabilidades, puede tener también la capacidad de permitirnos inferir características de las estructuras sociales, pero su relación con ellas es distinta que en el enfoque de Simmel o Agulhon. Mientras que para ellos las formas que adquieren las sociabilidades son un evento contingente que nos da acceso a la

⁴³ Tal vez por esa razón es que en la revisión y definición de Agulhon le resulta menos útil como categoría del análisis histórico.

cultura, para Gurvitch sus reglas están dadas, por lo que el objetivo es seccionar y obviar los particularismos para encontrar esas reglas.

En esta investigación propongo trabajar con una visión sintética de ambas aproximaciones, aunque ciertamente en mayor línea con la de Simmel y Agulhon. Y considero que es desde el interaccionismo simbólico que podría tenderse un puente de unión entre ambas formas de entender la sociabilidad. Agulhon acertaba en una cosa: en los autores de la reconocida escuela de Chicago que dominaba buena parte del plano de la sociología interactiva de la década de 1960, no consigo encontrar quien haga un uso explícito del término “sociabilidad” a pesar de que es su principal objeto de estudio si se considera que, precisamente, las interacciones bajo un sentido común (en el sentido de Schutz, 1962) son, precisamente, formas de sociabilidad.⁴⁴

Solo queda un posicionamiento más pendiente y éste es dentro del debate de la función de la sociabilidad. Como se puede vislumbrar ya a partir de las lecturas que hago de Simmel y de Gurvitch, la tensión está entre un utilitarismo o un funcionalismo orgánico o estructurante. Brevemente, mi postura en este trabajo es también sintética de ambas posturas y es también informada por el interaccionismo simbólico. Dentro de las sociabilidades se observan las formas lúdicas que menciona Simmel que parecen arbitrarias, que solo aportan una utilidad a sus participantes en este “sentirse agradablemente”. Sin embargo, creo que es posible que a través de las sociabilidades también se interactúe con elementos estructurales para transformarlos.

Consistente con la postura conceptual que adopté en relación a la producción del espacio urbano, considero que las sociabilidades son producto de un conjunto de estructuras sociales

⁴⁴ Al considerar el interaccionismo como enfoque para comprender la sociabilidad, propongo seguir a Berger y Luckmann (1968). Bajo el marco de la construcción social de la realidad, la sociabilidad puede quedar definida como una característica universal de la experiencia intersubjetiva de lo humano, pero que adopta formas concretas que están determinadas en un contexto histórica y culturalmente construido. Y no solo eso, sino que es posible caracterizar estas formas de manera amplia, describiendo ambientes de interacción en determinadas sociedades –como una especie de procesos socializados y compartidos de forma generalizada de trato social, o bien, observar a detalle las dinámicas particulares de eventos irreductibles de encuentros repetidos o repetibles entre dos o más sujetos. Son estas últimas las que interesan de manera especial en esta investigación. Sin embargo, en ambos casos, y atendiendo la perspectiva del interaccionismo simbólico, un análisis completo de estas formas de sociabilidad exige comprender o informarse de una realidad objetivada (lo que, bajo otros marcos sería la “estructura social”). Un tipo de interacción social repetido y localizado en el tiempo y en el espacio está atravesado por todos los elementos y órdenes que organizan o construyen esa realidad social: edad, género, clase, etnicidad y cualquier otro signo de distinción que presente los sujetos participantes.

que las reproducen a través de la socialización de quienes participan en ellas y, aunque pueden estudiarse como meras formas lúdicas que reflejan esa realidad, no creo que se reduzcan a eso. En el curso de la vida cotidiana, quizás de una forma mucho más dinámica que en el caso de la relación con el espacio material, las sociabilidades se van transformando como respuesta a cambios en la estructura, pero este mecanismo también opera en el sentido contrario: ligeros cambios en el orden de interacciones de las sociabilidades, tienen también un ligero impacto erosivo en el orden estructural. En términos de esta investigación: el supuesto es que las formas de sociabilidad de las trasgresiones sexuales han conseguido transformaciones dentro de su posición en la estructura de género de la ciudad: las conquistas de derechos civiles y visibilidad están asociadas al movimiento político, pero también al ejercicio cotidiano de sus sociabilidades y a su presencia en el espacio de la ciudad de México.

1.3.1.2.- Las sociabilidades urbanas: un concepto espacial

Ahora bien, en el estudio de las sociabilidades, en esta investigación me interesan aquellas que están localizadas como un objeto geográfico. Al preocuparme por el proceso de las identidades sexuales y su relación con el espacio urbano, implícitamente me resultan relevantes preguntas relativas a la localización de éstas: ¿cómo es el proceso de un espacio asociado a estas identidades? Además, establezco el supuesto de que existe una relación de interdependencia entre ambos procesos. Es por eso que conviene detenerse a revisar rápidamente lo que significa en términos de esta investigación una “sociabilidad urbana”, empezando por señalar que para Simmel, si la sociabilidad es una característica universal de lo humano, es la explosión urbana moderna que ocurre desde el siglo XIX la que la visibiliza. Desde el crecimiento de las ciudades y su centralidad en la organización de toda la vida social, las formas de interacción entre las personas se han visto tocadas a partir de la masiva aglomeración de “extraños”.

No encuentro muchos trabajos o reflexiones que problematicen el concepto de sociabilidad urbana, excepto por el de Angela Giglia (2011) que resulta útil para la construcción del concepto de este trabajo. Sin embargo, Giglia se enfoca a definir la sociabilidad que ocurre en el espacio público a partir del contacto no planeado, no intencional y fortuito entre desconocidos. Giglia profundiza y trae a la ciudad que ella llama “global” (y megalopolitana) el problema que a Simmel preocupaba de la ciudad moderna: la convivencia entre extraños.

Así, Giglia encuentra una serie de características de la sociabilidad de la ciudad moderna basada sobre todo en distintas reglas como la de ignorar a los otros como cortesía, intercambiar roles o representaciones una y otra vez según los distintos escenarios y contextos.⁴⁵ Estas reglas persisten en la ciudad global. Sin embargo, Giglia describe que ante la masificación de las ciudades globales, los procesos de segregación social y la disminución de espacios de un acceso público indiscriminado, el resultado es una precarización de los vínculos que forman sociabilidades “agradables” entre extraños.

Esto nos lleva a dos elementos para pensar en la formación de sociabilidades urbanas y, en particular, a las que ocupan a este trabajo. En primer lugar, la precarización de este vínculo social, si bien empobrece las características de una sociabilidad entre extraños, sugiero que tiene un correlato en la formación de nuevas sociabilidades en espacios restringidos. El anonimato de las ciudades globales sufre un proceso contradictorio: por un lado, al masificarse y precarizarse el vínculo social, podría pensarse que importa saber o identificar menos del sujeto extraño que se presenta frente a uno en un encuentro fortuito. Y, sin embargo, en los procesos de exclusión y segregación de los marginados por cualquier razón, se generan parámetros de identificación –es decir, de reducción de anonimatos- más intensos dentro del espacio público para reconocer, discriminar y sancionar esas presencias en lo público. Así, la formación de sociabilidades entre estos sujetos marginados o sancionados en lo público, tendría que ocurrir localizada en espacios autorizados: zonas periféricas, zonas deprimidas, zonas contenidas como de las frecuentemente llamadas de excepción o de tolerancia.

El punto de estudiar las sociabilidades como un fenómeno localizado, es decir, como un objeto geográfico, sigue lo propuesto en el marco teórico de esta investigación: los sujetos en una sola jornada podrían participar de un gran número de sociabilidades que les exigen adoptar distintos y muy disímiles roles dependiendo de todas sus identidades y posiciones interseccionales con respecto a las estructuras sociales.⁴⁶ En términos de esta investigación,

⁴⁵ Retomando también esta aproximación a la sociabilidad desde el interaccionismo simbólico, Giglia toma este conjunto de estrategias de la sociabilidad urbana de las que describe Erving Goffman en su presentación de la vida cotidiana. Esto fortalece la adopción de este término desde esa corriente sociológica.

⁴⁶ Giglia también retoma de Goffman lo siguiente: “son las diferentes situaciones, con sus propiedades distintas, los puntos de partida para definir las formas de la sociabilidad y no los sujetos y sus inasibles ‘esencias’, ya que estos últimos contienen identidades múltiples y a menudo diferentes unas de otras” (Giglia, 2011, p. 813)

si hay un costo en visibilizar una trasgresión sexual en un gran número de contextos, los sujetos pueden jugar con diferentes roles en los que escogerán dar u ocultar visibilidad a los elementos identitarios que han construido alrededor de su deseo erótico y afectivo heterodoxo. Por esa razón es la que conviene pensar en sus sociabilidades como productos espaciales, situados: son resultado de la relación entre el proceso de sus identidades en un contexto urbano particular.

Giglia propone tres dimensiones para estudiar la sociabilidad urbana en una ciudad como la capital mexicana: la de la ciudad en su conjunto, la que ocurre en espacios públicos restringidos y, finalmente, la sociabilidad local. La primera es la que caracteriza a los espacios estrictamente públicos, en las que el contacto entre extraños se reduce al mínimo. Sin embargo, es también en ésta donde puede manifestarse una “cultura urbana” mínima: el orden o la expectativa de conducta entre dos personas desconocidas que se topan en el espacio y que puede variar entre una ciudad y otra. La segunda sociabilidad es la fragmentada y segmentada que se produce en distintas partes de la ciudad, discriminando de formas tácitas o explícitas el acceso de quienes no podrían participar en ellas. La última es la que permite una mayor sofisticación en formas de convivencia entre los extraños que son admitidos dentro de una escala especial inmediata y relativamente privatizada. En todo caso, las tres escalas tienen conexiones entre sí.

Pienso, por ejemplo, en la plaza de la Glorieta de los Insurgentes, en la frontera sur de la Zona Rosa. Si bien se trata de un espacio público en el que esperaríamos una experiencia de sociabilidad de la ciudad en su conjunto, en su interior, a la vista de todos los que por ahí transitan, se producen formas “restringidas” entre grupos de adolescentes y adultos jóvenes que comparten distintas identidades (sexuales o juveniles o ambas) sin la necesidad de privatizar un espacio. Sin embargo, es posible considerar que la misma visibilidad de estas sociabilidades a esta escala se sirve de las características de la sociabilidad de la escala superior. Quiero decir, los participantes de estas sociabilidades tienen calculado el actuar de los otros transeúntes de la Glorieta de los Insurgentes: saben de qué manera serán vistos, ignorados o interpelados.

Un último apunte relativo a la opción por un concepto de sociabilidad urbana para abordar las prácticas socioespaciales de las identidades sexuales trasgresoras tiene que ver con la idea

de estudiar sus sociabilidades en general y no tipologías concretas de éstas como sería el bar o sus lugares de encuentros sexuales. Cada una de estas formas concretas nos permite adentrarnos a otros asuntos específicos del proceso de las identidades sexuales. Por ejemplo, el bar gay, desde que es identificado con esta etiqueta en el contexto estadounidense entre la década de 1950 y 1960, ha sido ya analizado por las ciencias sociales como una “institución” en la socialización de la identidad específicamente gay (Laguarda, 2004). El concepto de sociabilidad como aquí lo presento, nos permite poner en un sustrato común diferentes arreglos socioespaciales relacionados con la forma en la que ocurren las expresiones de género con distintos impactos, usos y sentidos dentro de los sujetos no heterosexuales y es la dimensión urbana -la reflexión sobre su distribución y relación con el espacio de la ciudad-, la que focaliza todos estos arreglos en un solo proceso. Es decir, en distintos arreglos –lugares como un bar o una zona pública de ligue- puede existir una sociabilidad de las identidades sexuales, pero con reglas implícitas distintas sobre lo que se puede ocultar o mostrar de las expresiones trasgresoras de género –un hombre con insignias consideradas como afeminadas o viceversa, formas de afecto entre personas del mismo género-. El sustrato común es el entendimiento compartido de la sociabilidad trasgresora, pero sus dinámicas pueden variar dependiendo de la forma en la que el orden de género es impuesto o trasgredido en uno u otro lugar.

Como recapitulación: en esta investigación enfoco la mirada en los espacios de sociabilidad -a los que refiero también simplemente como “sociabilidad” o “sociabilidades”- de las trasgresiones sexuales como lugares donde se socializan (experimentan, reproducen, adoptan y transforman) las identidades. Simbólicamente, estas sociabilidades representan puntos distribuidos sobre el espacio de la ciudad de México, con algunas concentraciones y dispersiones, donde hombres y mujeres asisten y participan de las dinámicas específicas de cada lugar. La sociabilidad, como la he definido en este apartado, consiste en una forma lúdica de organizar y situar la interacción entre extraños que, en el caso de las identidades sexuales, asume que un rasgo común entre los participantes es el de tener un deseo erótico-afectivo por las personas de su mismo sexo o bien, una identidad de género trasgresora. Aunque estas formas lúdicas son creativas y ocurren con cierto margen de libertad, están sujetas a un entorno de sociabilidad mucho más amplio que está marcado por las estructuras sociales y una cultura urbana general que las engloba. En el capítulo 2 de esta investigación

me detengo a describir las lógicas y procesos identitarios que se viven en estas sociabilidades utilizando métodos etnográficos.

1.3.2.- Imaginarios urbanos: el plano donde se insertan las sociabilidades

Un argumento central de esta investigación es que el surgimiento, concentración y desarrollo mismo de las sociabilidades gay en la Zona Rosa se relaciona de manera fundamental con al menos un imaginario que hay sobre esta área de la ciudad. Es decir, a pesar de algunos relatos empresariales que hablan de algo fortuito en su decisión de abrir bares dirigidos a una clientela gay, en el capítulo 3 señalo que hay un imaginario de la Zona Rosa que mantiene algún tipo de relación con la formación de sociabilidades en ella.⁴⁷ Sin embargo, más que buscar alguna causalidad, pretendo describir la relación entre imaginario y espacio a partir de la trayectoria de las sociabilidades gay. Para ello, resulta indispensable definir y reflexionar sobre el concepto de imaginario, así como exponer la forma en la que ha sido empleado empíricamente en esta investigación.

Desde su sola enunciación, la Zona Rosa alude ya a un conjunto de representaciones. Como señalé en la introducción, este término no surgió a partir de algún ordenamiento territorial gestionado por el gobierno de la Ciudad de México, ni por ninguna otra instancia que de manera centralizada organiza el espacio urbano. Al contrario, la Zona Rosa es bautizada así en algún momento de la década de 1960 por algunos de sus visitantes. Son ellos quienes encontraron que hay una dinámica particular en esa área de la ciudad que la segmenta y diferencia del espacio urbano que la circunda. Esta segmentación solo puede significar la producción de un conjunto de imágenes y representaciones por parte de quienes así la nombraron. Y este conjunto a su vez se alimenta de un conjunto de prácticas en las que ese territorio se especializa. Sin embargo, esta especialización, si bien puede distinguirse objetivamente, también puede caracterizarse como un conjunto de significados y experiencias subjetivas compartidas; esto es, puede distinguirse como uno o más imaginarios.

⁴⁷ Es el caso del escritor Luis González de Alba, quien en su propio relato (González de Alba, 2006) como empresario que abrió un bar gay en la Zona Rosa en 1986, El Taller, lo hizo ahí, dice, solo porque consiguió un buen precio.

Entiendo y me aproximo al concepto de imaginario como lo describe recientemente la geografía social y en concordancia con las ideas sobre la producción del espacio en la tradición de Henri Lefebvre y De Certeau. De hecho, afirmo que el concepto de imaginario permite una aproximación esquemática y sistemática a los procesos socioespaciales subjetivos. Tras haber dado el llamado giro subjetivo, en la geografía se ha comprendido que para analizar el espacio es posible observar no solo los objetos que se encuentran en él y las relaciones que tienen entre sí, sino también las valoraciones que los sujetos hacen de ese espacio. La experiencia –digamos- fenomenológica del espacio es también un elemento que entra en relación con la dinámica de la experiencia social de éste.⁴⁸ A través de los imaginarios urbanos, diferentes actores toman decisiones sobre sus relaciones con el espacio en el que se encuentran. Para Lefebvre, “el imaginario es el vehículo del deseo y por ende una fuerza real de transformación del mundo” (citado en Claval, 2012, p. 31).

Para efectos disciplinarios, el geógrafo Bernard Debarbieux establece una definición operativa de imaginario en un diccionario de términos geográficos contemporáneos. Para él, el imaginario es “un conjunto de imágenes mentales relacionadas que confieren a un individuo o a un grupo un significado y una coherencia en cuanto a su localización, distribución, interacción de los fenómenos en el espacio. El imaginario contribuye a organizar las concepciones, las percepciones y las prácticas espaciales” (citado en Claval, 2012, p. 32). Su definición recoge los elementos más frecuentes que, con algunos matices, es posible encontrar en otras conceptualizaciones pero, en cualquier caso, el núcleo de su significado es que se trata de un elemento en el terreno de lo subjetivo, que puede ser colectivo y que tiene un correlato en el mundo material y en las prácticas.⁴⁹

Al tratarse de un elemento subjetivo que, como establece la definición de Debarbieux, puede ser individual o colectivo, sobre un territorio pueden construirse más de un imaginario.

⁴⁸ Desde otro lado, Armando Silva (2016) llamará la noción de “imaginario urbano” como un “actante”. Se refiere a un elemento no estrictamente humano pero que tiene un rol de agente de en las relaciones sociales. En esta investigación comparto la idea de que el imaginario urbano participa en la producción del espacio, pero no mantengo el concepto de “actante” porque ello lo enmarcaría en la teoría de Bruno Latour de forma más directa que con el marco teórico que estoy proponiendo.

⁴⁹ Otra definición similar de imaginario la aporta, por ejemplo Manuel Antonio Baeza como: “múltiples y variadas construcciones mentales (ideaciones) socialmente compartidas de significancia práctica del mundo, en sentido amplio [son] destinadas al otorgamiento de sentido existencial” (2003, p. 83). En este caso, Baeza pone un mayor énfasis en el valor subjetivo del imaginario al hablar de su papel en dar “sentido existencial” a las prácticas, pero nuevamente habla de cómo estas ideaciones tienen una “significancia práctica”.

Incluso, dentro de un mismo colectivo el imaginario no se transmite como una entidad discreta y bien definida, sino más bien a partir de imágenes difusas que no tendrían por qué distribuirse en un paquete completo entre todos los sujetos, ni la jerarquía que asignan a estas imágenes en la conformación del imaginario tendría que ser la misma. Por ejemplo, si para algunos habitantes de la ciudad de México la Zona Rosa es un territorio primordialmente gay, para otros podría tratarse de un espacio esencialmente burocrático o turístico pero también con fuerte presencia de sociabilidades gay. Al participar de los imaginarios una nube de sujetos y relaciones intersubjetivas expresadas a través de distintas formas de hablar, representar y experimentar el espacio, la producción de imaginarios es un proceso permanente, dinámico y siempre inconcluso (Hiernaux y Lindón, 2012): una imagen o representación del territorio compartida por un colectivo puede tomar o perder fuerza a la vez que se van creando nuevas semejantes o contradictorias.⁵⁰

La dinámica colectiva y siempre en movimiento de los imaginarios implica la presencia de conflictos, disputas y transformaciones⁵¹. El caso de la Zona Rosa no es excepción. Por poner un ejemplo: en una librería especializada en temas de diversidad sexual en la Zona Rosa que funciona también como un pequeño centro cultural, organizaron una conferencia sobre la historia del barrio.⁵² Para ello invitaron a Rodrigo Hidalgo, quien ha coleccionado y descrito una gran cantidad de fotografías antiguas que por años a difundido en redes sociales a través de la cuenta “La Ciudad de México en el Tiempo” (en Facebook y Twitter). Hidalgo, además, realiza videoclips y textos con crónica de sitios y barrios de la capital para diferentes medios de comunicación. En su plática mostró fotografías de la Zona Rosa en la década de 1960 y nombraba los restaurantes, centros nocturnos o galerías que estaban a la vista y detallaba con gran precisión los nombres comerciales de los usos posteriores que tuvieron esos inmuebles. Sin embargo, cuando se trataba de restaurantes de comida coreana perdía los detalles: “ahora ahí hay una cosa coreana o japonesa o algo así”, dijo una vez. La construcción de su relato sobre la Zona Rosa revelaba un imaginario que expondré con detalle en el

⁵⁰ Para Vincent Berdoulay, el imaginario es un “conjunto movedizo de imágenes movilizadas y modificadas por el sujeto en el curso de su actuar. Este conjunto resulta de la actividad imaginativa del sujeto y no debe ser considerado a priori como algo estático” (Berdoulay, 2012, p. 49)

⁵¹ Ese es, por ejemplo, lo que plantea Daniel Hiernaux sobre los centros históricos: sus imaginarios como espacios turísticos, comerciales, burocráticos, habitacionales, patrimoniales y, en algunos casos, estudiantiles, entran en competencia a la hora de definir las políticas de ordenamiento de esos territorios (Hiernaux, 2013)

⁵² La conferencia se llevó a cabo el 27 de marzo de 2018 en la librería Voces en Tinta

capítulo 3 pero que, en esencia, habla de una “época de gloria” de la Zona Rosa en la década de 1960 que decayó y dio paso a un conjunto de sociabilidades gay. Sin embargo, este imaginario es, si no ciego, al menos sí resistente a incorporar la presencia de una creciente migración coreana en la zona desde finales de la década de 1990.

En los últimos 20 años, los habitantes de origen coreano de la Zona Rosa, además de su presencia en las calles, tienen visibilidad a través de restaurantes, cafés, tiendas de abarrotes especializadas en productos asiáticos, de artículos de belleza y karaokes, casi todos con letreros en coreano. Pero también hay algunas otras tiendas, panaderías y cafés cuyos propietarios son coreanos pero no nombran los negocios en esta lengua sino en inglés o incluso en español. Aunque en mi experiencia de campo no lo encuentro de manera generalizada, ya hay referencias a la Zona Rosa nombrándola como “Pequeño Seúl”.⁵³ Es claro que en el imaginario que compartía el conferencista a su audiencia, la presencia coreana no tiene una relevancia simbólica en la construcción del territorio de la Zona Rosa ni sus espacios de sociabilidad requieren ser nombrados con la precisión que, en cambio, sí empleaba para nombrar hasta las cadenas de farmacias actualmente presentes en la zona. Tal vez, así como en otros espacios y voces también es posible recoger un prejuicio sobre la presencia de sociabilidades gay en la Zona Rosa, en este caso vemos algún tipo de prejuicio sobre lo oriental, irónicamente en un territorio sobre el cual se proyecta la idea del cosmopolitismo. La presencia coreana haría más cosmopolita a la Zona Rosa y, sin embargo, en el imaginario que expuso este conferencista, más bien se soslaya su contribución. Sobre un territorio pueden construirse relatos distintos en los que puede ocurrir una convivencia armónica, pero en ocasiones puede romperse. La mecánica procesual e inconclusa de los imaginarios puede someterlos a competencia, modificarlos, fusionarlos o incluso sustituirlos. Es en estas luchas simbólicas, siempre relacionadas de forma bidireccional con las formas de sociabilidad que van desarrollándose en el territorio que se van transformando los imaginarios.

Como he señalado, un imaginario no se limita a una colección de imágenes y representaciones, sino que implica una mediación entre el sujeto y el espacio, co-produciendo

⁵³ Por lo pronto, en la Wikipedia figura un artículo que así la nombra: https://es.wikipedia.org/wiki/Pequeño_Seúl

el lugar.⁵⁴ Esto es medular para establecer un importante supuesto de este modelo o marco analítico: si la socialización de una identidad sexual trasgresora ocurre permeada por los imaginarios de la Zona Rosa que pueblan sus espacios de sociabilidad, habrá registro de esto en la identidad sexual de los sujetos. Quiero decir y como ahondaré más adelante: si el imaginario de la Zona Rosa se construye como nostálgica y decadente, cosmopolita y trasgresora, socializar una identidad en los espacios de sociabilidad permeados de estos significados puede conferirle parte de estos atributos a la identidad. A su vez, sugiero que algunos de los elementos asociados a las identidades sexuales alimentan el imaginario que hoy tenemos de la Zona Rosa. Es a través del imaginario de la Zona Rosa que se pueden analizar algunas de las particularidades de la trayectoria de las identidades gay en la ciudad de México y es así como una aproximación socioespacial puede brindar nuevas perspectivas sobre temas ya conocidos.

Queda pendiente una nota sobre la forma de analizar metodológicamente los imaginarios. Si estos son una “colección de imágenes” o representaciones, ¿cómo se producen? Y, a medida que sea posible responder esta pregunta, podrá responderse la forma en la que sea posible identificar y agrupar estas colecciones. Con los autores citados en este rubro, especialmente Claval y Hiernaux, parto de la idea de que los imaginarios emergen cuando nos aproximamos a las producciones artísticas, literarias, periodísticas, académicas, de gestión y otras representaciones que algunos sujetos, con capital simbólico y cultural, hacen sobre el territorio. Y a partir de estas representaciones puede seguirse la pista de un “ejercicio intersubjetivo” (Hiernaux, 2012, p.90), es decir, conversaciones y experiencias del espacio. Así, la circulación de notas periodísticas, películas, impresos, crónicas, música y carteles es esencial como punto de partida para aproximarse a la formación, reproducción y transformación de imaginarios que ocurre no solo en la arena de estos medios de representación, sino en la experiencia de todos los sujetos que participan del territorio.⁵⁵ Las

⁵⁴ Dice Berdoulay: “el imaginario constituye un material a partir del cual se elaboran los relatos que sirven para sustentar recíprocamente a los sujetos y a los lugares. En otros términos, la co-construcción del sujeto y del lugar pasa por la mediación de imaginarios geográficos” (Berdoulay, op cit, p. 50).

⁵⁵ “Las representaciones que pueblan el imaginario tienen una inmensa resonancia individual, pero por lo general las construyen unos cuantos: artistas o escritores con vida plena de sensibilidad, publicistas que saben dar en el blanco de las recónditas aspiraciones del público al que se dirigen, políticos que buscan movilizar a su electorado o los propios geógrafos cuando elaboran sus mapas o describen el mundo. Los esquemas propuestos son aceptados porque responden a los sueños y a las aspiraciones de tal o cual categoría, de tal o cuál grupo o del conjunto de la sociedad”. (Claval, 2012, p. 32). Y sobre esto mismo, Hiernaux agregaría: “es

élites, tal vez más que crear el imaginario, son quienes lo echan a andar a través de estos canales de circulación. De ahí, los imaginarios consisten también en una experiencia colectiva que va transformándose tanto en las ideas que se proyectan sobre el territorio, como las experiencias que los sujetos van teniendo en él y las formas de sociabilidad que ahí se desarrollan.

En esta investigación parto por definir un imaginario sobre la Zona Rosa que tiene una relación estrecha con la formación de sociabilidades de las trasgresiones sexuales. Para ello, recurro a esas representaciones mencionadas. Sin embargo, un ejercicio etnográfico y biográfico es también importante para encontrar la correspondencia, las interpretaciones, recreaciones y transformaciones de esos imaginarios en la vida de los sujetos y su aproximación al espacio de la Zona Rosa. Se trata, pues, de buscar la agencia que tienen estos sujetos, tal vez con menor capital simbólico, en la producción y transformación de los imaginarios. Coincido con Daniel Hiernaux que para poder llevar a cabo un análisis sobre imaginarios hay que partir del territorio “para hacerlo hablar como si fuera un texto” a través de las representaciones mencionadas, pero también “trabajar desde los actores a partir del momento en que ellos pueden emitir señales que permitan dilucidar las experiencias actuales y pasadas, los acervos de sentido que manejan y las presiones realizadas por el ámbito institucional particular en el cual se movilizan” (op, cit. P. 91). Si bien en el capítulo 3 de este trabajo me enfoco en la identificación de un imaginario de la Zona Rosa basado en afectos y aspiraciones asociadas a ese territorio, en los capítulos 4 y 5, busco encontrar ese imaginario en los actores, hallando en ellos esas experiencias pasadas y futuras que permitan dar cuenta del proceso de la relación entre sus identidades sexuales y el imaginario del territorio donde las socializaron. Esto me lleva al siguiente elemento de este modelo: las líneas que unen los espacios de sociabilidad dispersos en la ciudad con aquellos que se encuentran bajo este territorio imaginado.

a través de dos mecanismos que los imaginarios se constituyen como colectivos: por una parte en ese ajuste provocado por las presiones institucionales; por la otra, en el ejercicio intersubjetivo que le otorga un sentido compartido a las experiencias humanas”.

1.3.3.- Trayectorias biográficas: las líneas que conectan puntos

Si para las sociabilidades propongo una aproximación etnográfica y para el territorio de la Zona Rosa propongo un análisis de imaginarios, el elemento que une ambas cosas es la biografía de los sujetos que transitan por la ciudad, asignando y tomando significados a los espacios y lugares, transformándose y transformándolos. Para esta parte del modelo que desarrollo en el capítulo 4, entrevisto a 22 sujetos que asumieron alguna identidad sexual distinta a la heterosexualidad convencional buscando sus relatos de vida (Bertaux, 2005). A través de estas semblanzas, busco no solamente una descripción de su relación con los espacios de sociabilidad y sus valoraciones de la Zona Rosa obtenidas a partir de una conversación fuera del campo, sino también entender trayectorias de vida relacionadas las dinámicas de socialización, reproducción y transformación de las identidades sexuales.

Generalmente en el ámbito de lo privado y psicológico o bien a partir de experiencias no planeadas, los sujetos pueden descubrir en cualquier punto de sus vidas –frecuentemente en la pubertad o adolescencia- un deseo erótico y afectivo por personas de su mismo género. Este descubrimiento puede limitarse a un simple contacto sexual o afectivo que no trasciende o no trasgrede de manera visible a la heteronormatividad. Sin embargo, me interesan los casos donde, al no reconocerse como heterosexuales, los sujetos asimilan en un plazo variable que su ciclo de vida será distinto al que su entorno social más inmediato esperaba de ellos y que encontrar semejantes con quienes enfrentar socialmente esa diferencia, esa trasgresión a la norma, les exige una serie de estrategias en las que la oferta de sociabilidades urbanas les resultará crucial. Los recursos para conocer, acceder y discriminar estas sociabilidades, así como las preconcepciones que pudieran tener de éstas, marcan los primeros pasos de la socialización de una identidad sexual heterodoxa.

Por esa razón es que me interesa trabajar con relatos de vida. Me interesa saber la forma en la que los sujetos problematizaron su experiencia de un deseo homoerótico y afectivo, así como de la manifestación de elementos trasgresores de su expresión de género –afeminamiento en hombres, masculinidad en mujeres- y si eso tuvo alguna relación con la forma en la que decidieron aproximarse a la oferta de la Zona Rosa. A lo largo del capítulo 4 de esta investigación observo cómo el imaginario de la Zona Rosa para algunos resultó ser un elemento amenazante en tanto no asimilaban aún su posición heterodoxa. Para otros, en

cambio, la Zona Rosa aparece como una especie de oasis que les permitió acelerar la adopción del repertorio identitario y, más aún, vincularse con semejantes con quienes fueron construyendo la evolución y trayectoria de ese repertorio.

Tampoco asumo que los sujetos tienen una relación estática con las sociabilidades de las trasgresiones sexuales a lo largo de sus vidas. Una aproximación etnográfica a los espacios de sociabilidad podría servir para entender las dinámicas en las que ahí se construye la identidad y las características de los que participan de ellas, pero fácilmente pasaría por alto a quienes, habiendo participado intensamente de ellas, ya no están ahí aunque sus vidas hubieran sido transformadas por haberlo estado. El trabajo en campo tampoco da cuenta de las formas con las que estos sujetos construyeron identidad ahí, sentaron precedentes que retoman, negocian y transforman los nuevos participantes. Por eso, los relatos de vida son una herramienta indispensable para integrar este modelo: nos da cuenta de las formas en las que las prácticas espaciales guardan una mayor o menor relación con los procesos identitarios.

Sobre las características de la selección de los sujetos entrevistados, hago algunos apuntes en el capítulo 4. En general, dado que mi objetivo fue entender y describir el proceso cambiante entre las identidades sexuales y el territorio de la Zona Rosa a través de la elección y participación en sus formas de sociabilidad dentro de la trayectoria de vida de asumir una identidad, elegí a un conjunto de sujetos con algunos perfiles similares: hombres, que asumieron una identidad gay –o con una orientación homoerótica del deseo- y de clases profesionistas. Solo busqué una mayor variedad entre las edades, lo que me permitió encontrar algunos puntos de saturación sobre este proceso que, en algunos casos y como detalle más adelante, consigo ordenar a partir de un análisis de cohortes. Sin embargo, para comprender a mayor profundidad este proceso y la forma en la que es una posición trasgresora a la heteronorma la que explica una dinámica socioespacial particular, así como apuntar las aristas de otros procesos relacionados, incluí en esta selección de sujetos a algunas mujeres que asumieron una identidad lésbica u homoerótica, así como una mujer trans. También seleccioné a un hombre gay no vinculado a la clase profesionista. Esta mirada, como desarrollaré más adelante, me permitió confirmar algunos de los puntos de saturación de la selección anterior que aparecen también en estas semblanzas, pero también al menos señalar

la divergencia de los procesos socioespaciales que podrían desarrollar otras identidades sexuales o bien, otras clases sociales.

1.4.- Cuatro cohortes: el proceso de la Zona Rosa y de las identidades

Como mencioné al inicio de este capítulo, un problema de aplicar este marco analítico a través de la estrategia metodológica que propongo para cada una de las partes del modelo, es la dificultad de dar cuenta del orden procesual del objeto de estudio. Es decir, la mirada del punto-plano-línea podría resultar estática pues, en primer lugar, la oferta de sociabilidades estudiada etnográficamente se constriñe al momento presente. En segundo lugar, aunque es posible dar cuenta del surgimiento y características iniciales del imaginario que encontré sobre la Zona Rosa hacia la década de los sesenta, es más difícil observar y describir con el mismo detalle sus transformaciones a lo largo de las décadas. Y finalmente, con respecto a los sujetos entrevistados, estos me revelaron su relación con el espacio en un momento particular de sus ciclos de vida y de su proceso de socialización de una identidad, es decir: la oferta de sociabilidades de la Zona Rosa y el imaginario de este territorio no es el mismo en el tiempo para todos los sujetos. Sin embargo, dado que en esta investigación me interesa el proceso de cambio en el que se van marcando mutuamente la construcción imaginaria de la Zona Rosa y la trayectoria de las identidades sexuales a partir de la concurrencia de sujetos a espacios de sociabilidad de la heterodoxia sexual, he buscado una manera de resolver estos problemas de temporalidad. Como adelanto en el apartado anterior, el haber incorporado entrevistas de corte biográfico a sujetos de diferentes edades –un rango de los 19 a los 63 años- ha sido el punto de partida de un material empírico que me permitió dar cierta historicidad, sobre todo, porque en la muestra de sujetos entrevistados hay un rango de edad amplio. Pero esto no es suficiente: para comprender el contexto de socialización de los sujetos de mayor edad, he recurrido a otras fuentes complementarias, especialmente revistas y gacetas dirigidas a una audiencia gay, entre otras.

Con los elementos empíricos que componen el marco analítico aquí descrito, así como estas otras fuentes complementarias que serán expuestas en el capítulo 5, propuse establecer un análisis de cohortes que, hasta ahora, permite apuntar elementos de cambio y continuidad en el objeto de estudio y del que quisiera sostener una agenda de investigación futura. Entiendo

el análisis de cohortes como una herramienta sociológica que permite establecer conexiones entre el “tiempo biográfico” y el “tiempo histórico” (White, 2013). Las conexiones son sobre las formas en las que los sujetos asimilan, valoran y se socializan en un momento particular de sus vidas en un entorno social, político y cultural cambiante. Una cohorte, entiendo, es un grupo de sujetos que experimentaron un mismo acontecimiento en un mismo período. En este caso: me interesa el acontecimiento de la socialización de una identidad sexual trasgresora en un mismo período del imaginario de la Zona Rosa y su oferta de sociabilidades.

Encontré que a lo largo de las casi cinco décadas que la Zona Rosa fuera nombrada como tal y se le comenzara asociar como un espacio de sociabilidad de la trasgresión sexual y especialmente gay, puedo identificar al menos cuatro diferentes arreglos socioespaciales de este mismo modelo, es decir, cuatro diferentes periodos en los que la experiencia de socializar una de estas identidades (tiempo biográfico) tuvo una conexión particular con las condiciones urbanas, culturales y políticas (tiempo histórico).

Para poder segmentar una cohorte de otra, me concentré no en su año de nacimiento –lo cual conformaría a una generación–, sino en un momento particular que encontré común en todas sus trayectorias de vida. Observé que, por lo general, tanto los varones como las mujeres, tras asumir un deseo erótico y afectivo no convencional de una manera más decidida, salieron al espacio de la ciudad a buscar semejantes. En el capítulo 4 caracterizo con más detalle este momento que califico como de exploración intensa de la oferta de sociabilidades de la heterodoxia sexual. Casi todos los sujetos entrevistados, sin importar su edad, identificaron este periodo de sus vidas como su “etapa de salir” y puede durar desde un par de años hasta una década. Entre mis entrevistados, esta etapa suele ocurrir cuando tienen alrededor de 20 años de edad, aunque puede ocurrir más tarde o más temprano y también es posible que reaparezca otra etapa de exploración intensa más adelante, hacia los 40 años, a veces asociada a la ruptura de alguna relación de pareja o afectiva. En esta etapa de su trayectoria, los entrevistados buscan recorrer la mayor parte de las sociabilidades que les sea posible, sean más acorde o no a su clase social o incluso a su género o sentido de su deseo erótico.⁵⁶ Y en este proceso adoptan y discriminan elementos de los repertorios identitarios, transformando

⁵⁶ Me refiero, y ya lo mostraré adelante, al caso de varones gay que, en este período, exploraron algunos espacios de sociabilidad lésbica y viceversa.

y forjando su propia identidad e incidiendo en el propio proceso colectivo e intersubjetivo de la construcción de esas identidades.

Eso en cuanto al tiempo biográfico. Para definir estas cohortes, la periodización marcada por el tiempo histórico, fue definida por varios criterios, privilegiando aquellos que tuvieron un impacto directo tanto en el imaginario de la Zona Rosa, como en la posición de las identidades sexuales en el contexto político y social y en la distribución de la oferta de sociabilidades. El surgimiento de un movimiento político y de derechos lésbico-gay, la posición del Estado -específicamente del gobierno de la Ciudad de México- con respecto a la diversidad sexual, la disponibilidad de medios impresos o electrónicos para integrar comunidades, la irrupción del VIH/SIDA o las afectaciones a la ciudad de México tras el terremoto de 1985 son todos hitos que, según encontré, transformaron la experiencia urbana e identitaria de los sujetos, pudiendo describir transformaciones en estos arreglos socioespaciales. Por ejemplo, para las dos primeras cohortes que definí, la sociabilidad gay podría ser perseguida por el Estado, mientras que para las dos más recientes ya cuentan incluso con una oferta que el propio Estado brinda y tutela. Por otro lado, las primeras cohortes tenían diferentes medios para conocer y acceder a la oferta de sociabilidad que con los que cuentan las actuales y esto, me parece, tiene un impacto mismo en las dinámicas y contenidos identitarios que se desarrollan en ellas. Sobre estas transformaciones trata el capítulo 5.

Buscando extender la cobertura temporal de este modelo de punto-plano-línea, organizo todo el proceso en cuatro diferentes momentos histórico/biográficos en los que creo que es posible dar cuenta del proceso de la interacción entre espacio e identidad como un fenómeno socioespacial que nos ofrece pistas para pensar el cambio social. En los siguientes capítulos entraré en el análisis empírico de todos estos conceptos que conforman el modelo para pasar a un análisis generacional. Al final, reflexionaré sobre las conclusiones que todo este ejercicio de investigación puede arrojar.

Capítulo 2. Identidad y sociabilidades urbanas de la heterodoxia sexual en la ciudad de México

Durante el trabajo de campo de esta investigación, conocí a una pareja de hombres de treinta y tantos años que vive en la Zona Rosa. Esto no es tan común pues la Zona Rosa no se distingue por ser un barrio residencial, incluso entre gays y lesbianas. Aunque no fue la, digamos, aura gay de la Zona Rosa, ni los bares lo que los atrajo a vivir ahí, me contaron que les parecía muy interesante ser una pareja gay en la Zona Rosa. “No es que vayamos a los bares diario, ni que necesitemos vivir en una zona gay, pero sí nos cambia algo en cómo nos sentimos por haber venido a vivir aquí”. Les pedí me explicaran mejor a qué se referían, hasta que uno de ellos me dijo: “tal vez es que sentimos lo que las parejas heterosexuales sienten viviendo en, no sé, cualquier otra colonia”. Se refieren a que tomarse de las manos o besarse en la calle, deja de sentirse como una trasgresión. “O sea, si queremos ir a tomar una cerveza ya no es como ‘¡uy! ¿y si vamos a un antro gay?’, sino que nomás vamos al ‘bar del barrio’, como le harían los heteros, ¿no?”. Para ellos habitar la Zona Rosa –en sus calles, sus cafés, sus espacios vecinales, sus bares- es distinto a habitar otra colonia de la ciudad solo por el hecho de ser ellos gay. Y también mencionan que ninguna otra colonia de la ciudad de México les ofrecería esta misma sensación. A pesar de los otros usos y espacios de la Zona Rosa que nada tienen que ver con las identidades sexuales sino con otras de las dinámicas de un espacio central de la ciudad, la sociabilidad gay que hay en este territorio es inmediatamente distinguible para ellos y transforma su manera de estar en ella.

En este capítulo me pregunto sobre estos espacios de sociabilidad de la heterodoxia sexual - que, por economía de lenguaje y de acuerdo a como fue definido en el capítulo anterior, refiero simplemente como “sociabilidades”- y la forma en la que sus reglas, sus dinámicas, sus características se desarrollan en torno a la formación, reproducción y transformaciones de las identidades sexuales. Trato de comprender algunos de sus patrones de distribución espacial basado en las dinámicas propias de cada una de éstas. Es decir, aunque la Zona Rosa en su propio conjunto de calles, plazas y espacios de acceso público encontramos una sociabilidad gay y a su vez podemos comprenderla como un plano o barrio donde se insertan decenas de otras sociabilidades gay a una escala menor -bares concretos, cafés y restaurantes particulares, esquinas donde ocurren dinámicas específicas-, no es la única área de la ciudad donde se concentran sociabilidades de este corte. Es en este sentido que me pregunto cuáles

y cómo son estas sociabilidades a lo largo de toda la ciudad de México, qué tipología podemos establecer de ellas y, una vez identificada, vuelvo a la Zona Rosa para observar cuáles de estas sociabilidades son más frecuentes ahí que en otras partes de la ciudad.

Dentro de toda la ciudad de México encontramos a veces de manera más dispersa y a veces más concentrada, lugares a los que acuden y participan hombres y mujeres en virtud de que adoptan una identidad sexual no convencional. Dentro de ellas existe variedad de dinámicas y reglas implícitas o explícitas que marcan el sentido de la sociabilidad. Hay algunas dedicadas a un simple esparcimiento lúdico que forma elementos identitarios, otras a los encuentros sexuales, algunas se enfocan a la articulación de agendas políticas, mientras que otras brindan algún tipo de servicio a problemas específicos que afectan a esta población.⁵⁷ Hay sociabilidades que admiten la presencia de hombres y mujeres, otras que excluyen a alguno de los dos géneros; hay también segregaciones de clase social o de grupos de edad. Hay incluso algunas sociabilidades que prefieren explícitamente características muy específicas de sus participantes como la de los llamados osos aunque, como apuntaré más adelante, ésta misma funciona a su vez como una respuesta a las exclusiones implícitas que operan en otras sociabilidades similares. En todo caso, dentro de los criterios con los que busco establecer una tipología está en un primer nivel la dinámica u objetivo general de la sociabilidad (difusa, sexual, recreativa, de servicio u otras), en un segundo nivel, dentro de estos mismos tipos, verifico si hay inclusión o exclusión por sexo/género y en qué forma opera y, en un tercer nivel, observo si hay otras inclusiones/exclusiones como son la de clase social, edad u otras como corporalidades, vestimentas o conductas específicas.

En la literatura académica sobre barrios gay más reciente, como señalé en la Introducción de esta investigación, es frecuente encontrar referencias al consumo, a la gentrificación y a la discriminación de clase y de raza que opera en las zonas donde se concentran bares y antros dirigidos a clientelas gay. Por esa razón es que en este capítulo me interesa entender dentro de la gran oferta de sociabilidades gay que hay en la ciudad de México, cuáles son aquellas que se concentran en la Zona Rosa actual y cuáles no. Más adelante, en otros capítulos

⁵⁷ Formas de hablar como el joteo (ver nota 12 en Introducción); algunas palabras y jerga que circulan como credenciales de identificación y que van cambiando con el tiempo; gustos musicales y culto a celebridades e íconos; la propagación de un relato histórico sobre ser gay, lesbiana o trans; formas de vestir y hasta exigencias corporales como una figura atlética. Entre otras.

exploro si estas inclusiones y exclusiones tienen algún sentido o lectura dentro de las trayectorias biográficas de diferentes hombres y mujeres y si son reconocibles en el tiempo cambios en la Zona Rosa en cuanto a los tipos de sociabilidades que alberga.

Este capítulo tiene fundamento empírico en el trabajo etnográfico sistemático entre junio de 2016 y diciembre de 2017. En los dos primeros apartados describo la tipología de sociabilidades detectadas. En un tercer bloque analizo la concentración y dispersión de este tipo de sociabilidades en el plano de la Zona Rosa para, finalmente, apuntar algunas reflexiones sobre los hallazgos de investigación.

A grandes rasgos, encuentro que la Zona Rosa además de albergar la mayor cantidad de sociabilidades basadas en bares y antros en toda la ciudad, también contiene un importante número de otras sociabilidades con otras dinámicas con excepción de aquellas centradas en el encuentro sexual. A diferencia de otras zonas o puntos de la ciudad donde encuentro sociabilidades basadas en el encuentro sexual -de hombres que buscan a otros hombres-, en la Zona Rosa son escasas o se limitan a las cabinas de las sex-shops y, ocasional y esporádicamente a algunos sitios de encuentros más especializados que detallaré más adelante. También encuentro que aunque la Zona Rosa contemporánea es, en general, un espacio de sociabilidad trans y que en la mayor parte de sus sitios no existe una exclusión explícita, su presencia es poco visible y, al tiempo del trabajo de campo no contaban con ninguna sociabilidad exclusiva o predominantemente trans que, en cambio, sí encontramos en otras partes de la ciudad, particularmente en el oriente.⁵⁸ En menor escala -porque sí hay espacios para y de ellas-, ocurre algo similar con sociabilidades exclusivamente dirigidas a mujeres lesbianas. Puedo afirmar, sin sorpresa y en concordancia con otras descripciones tanto de la Zona Rosa como de otros barrios gay, que en las sociabilidades de la Zona Rosa son más visibles los varones gay, generalmente jóvenes (menores a los 35 años) aunque hay algunas sociabilidades que admiten hombres mayores de esta edad y de una clase media entendida en términos muy amplios. Ahondaré en esto en los siguientes apartados.

⁵⁸ Hasta la década pasada existía un bar y centro de reunión, así como algunas tiendas que vendían artículos de belleza especializados en mujeres trans.

2.- Sociabilidades difusas: calles, plazas, cafés y... la Zona Rosa

Este capítulo lo abrí con la descripción de una pareja que señala que su manera de estar en la calle, en las plazas y en los espacios de la Zona Rosa es distinto que al de otras partes de la ciudad. Como apuntaba en el capítulo anterior, Giglia (2001) habla de una sociabilidad general que opera a una escala metropolitana. Se refiere al conjunto de normas de trato social que se espera entre el encuentro cotidiano de extraños en el espacio público. El espectro de estas normas es amplio pues trascienden lo escrito y cubren formas de vestir, formas de demostrar afecto, formas de hablar, formas de moverse. Ningún extraño es neutral sino que su presentación da toda una lectura de su rol en este marco amplio de sociabilidad donde, por ejemplo, una simple mirada puede ser calificada como invasiva, afectiva, indicativa o inocua. Y en este marco quien se presenta en el espacio público como hombre o como mujer –junto con toda una serie de otras marcas de edad, de clase socioeconómica, de actividad económica y de otras adscripciones identitarias y estructurales- debe cubrir una serie de preceptos heteronormativos. Las trasgresiones a estos pueden complicar el desarrollo de las relaciones sociales en el espacio público.

A través de la investigación, tanto la pertinente en este capítulo como la que se detalla en los siguientes, es claro que en la ciudad de México ha habido una transformación en este gran marco de sociabilidad a escala megalopolitana en la que los preceptos heteronormativos han dado cabida a algunas conductas que hace pocos años eran consideradas trasgresiones, o bien, ha disminuido el tamaño o forma de la sanción permitida a muchas de éstas. Un hombre puede vestir ropa entallada, con colores vivos y tonalidades de rosa, así como expresar movimientos considerados como afeminados y salir a la calle con, por lo general, consecuencias menos funestas para él que algunas décadas atrás. Aun así, a lo largo del trabajo de campo diferentes personas que han asumido una identidad sexual trasgresora coincidieron en que existen zonas o partes de la ciudad que, sin ser zonas o espacios propiamente característicos o imaginados como gay, sienten una mayor libertad para poder manifestar o dar visibilidad a elementos de su identidad sexual: desde las formas de vestir, moverse o hablar a demostraciones públicas de afecto entre personas del mismo sexo.

De esta forma es que parto por entender sociabilidades difusas, es decir, espacios de la ciudad de México de acceso público, no etiquetados o dirigidos para sujetos no heterosexuales, pero

donde hay un marco de sociabilidad diferenciado y posible para ellos que no lo perciben así en otras partes de la ciudad. En estas sociabilidades no ocurre propiamente una dinámica de adopción, negociación y transformación de las identidades sexuales en sí mismas. Sin embargo, sí ocurre en la relación entre éstas y los preceptos heteronormativos. Es en este marco donde se siguen definiendo elementos performativos de lo trasgresor que, de varias formas, entran a jugar un papel importante en la socialización y dinámicas de sociabilidades concretas de las identidades no heterosexuales.

2.1.1. Zonas de tolerancia: visibilizar la trasgresión en el espacio público

Me pregunto, pues, si hay zonas de la ciudad donde es más seguro dar visibilidad a las trasgresiones sexuales a través formas de hablar, formas de vestir, las demostraciones de afecto entre dos personas del mismo género y otros actos o insignias que den visibilidad a una identidad sexual heterodoxa. Una de las formas que he hecho para observar esto es consultar abiertamente en redes sociales virtuales y con otros contactos personales, si han sido señalados de forma hostil o no deseada en las calles, plazas o parques públicos por su identidad sexual o de género trasgresora⁵⁹ -. Tras recibir algunos mensajes con experiencias de algunos habitantes de la ciudad, les he preguntado si tacharon ese señalamiento utilizando el término homofobia, es decir, como algún grado de repudio a su deseo erótico-afectivo que busca corregir o sancionar el acto que condujo a sus interlocutores a señalarlos.

Cinco varones me relataron que en efecto fueron agredidos verbalmente por el hecho de ir por la calle tomados de la mano con otro hombre. En todos los casos, entre otras expresiones, fueron automovilistas u otros peatones quienes les gritaron “¡putos!”. Los cinco consideraron el acto como homofóbico. Estas agresiones ocurrieron en el lapso de los últimos tres años y en lo que podríamos denominar las zonas centrales de la ciudad de México.⁶⁰ A los cinco les pregunté si consideraban que esto habría sido extraordinario o no y si creían que esto podría ser más o menos frecuente en otras zonas de la ciudad. Curiosamente todos apuntaron a que fueron eventos aislados pero no extraños, que tiempo atrás habrían sido más factibles y todos

⁵⁹ De esta forma excluyo, por supuesto, el acoso que denuncian cotidianamente un gran número de mujeres que, aunque es un tema íntimamente relacionado, forma parte de otro corpus analítico

⁶⁰ Me refiero a colonias (barrios) de las alcaldías centrales de Cuauhtémoc, Benito Juárez y Miguel Hidalgo, en las que se asientan buena parte de las clases medias y altas de la ciudad, así como prácticamente todos los distritos financieros, comerciales y burocráticos más importantes, a excepción de Santa Fe que se encuentra en el poniente de la ciudad.

señalan que en otras secciones periféricas de la ciudad, especialmente en las áreas más populares, deben ser más frecuentes e incluso podrían ocurrir agresiones más graves. Sin embargo, ninguno tiene una mala experiencia en ellas porque, dicen, no se atreverían a ir tomados de la mano ahí.

Es notable la posible percepción entre clase social o infraestructura urbana y expresiones de repudio a la identidad sexual. Lo mismo podría haber un cierto condicionamiento en algunos sobre dónde es posible mostrar señales de una identidad sexual no heterosexual y dónde no. Considero que no debe descartarse la idea de que, desde los niveles socioeconómicos medios-altos y altos, pueda ser considerado que mostrar trasgresiones en la expresión de género sea a su vez mostrar una marca de clase y no porque entre clases populares no existan trasgresiones de género visibilizadas, sino porque la manera de organizarlas como una identidad sexual gay o lesbica sí corresponde a un capital cultural elevado. Lo cierto es que fuera de las zonas centrales o algunos otros núcleos urbanos turísticos o imaginados como liberales –como el centro histórico de Coyoacán o el de Tlalpan, o bien Xochimilco, todos al sur de la ciudad-, es menos frecuente ver expresiones de afecto como ésta.⁶¹

En el caso de parejas de mujeres, la expresión de ir tomadas de la mano no parece ser sintomática de una visibilidad para recibir alguna expresión de repudio. De hecho, sólo he recogido dos testimonios en los que se les ha agredido verbalmente en las calles de la ciudad de México por visibilizar una trasgresión a la heteronorma y, en ambos casos, ha sido darse un beso en la boca o mostrar afecto físico a través de caricias, no por ir tomadas de la mano. Esto puede indicar que el que dos mujeres se tomen de la mano no significa una trasgresión al orden de género como en el caso de los hombres, sino que puede indicar algún tipo de relación afectiva dentro de los parámetros heteronormativos. Sin embargo, esta idea también se relaciona, aunque sea de forma indirecta, a una cierta ceguera social de las identidades lésbicas o de homosexualidad femenina con respecto a las masculinas, derivada, entre otras, por las lecturas de la presencia de las mujeres en lo público.

Sin embargo, otras dos parejas de mujeres cuentan que las expresiones de repudio por su identidad sexual las vivieron en el desarrollo de otro conflicto, es decir, que tras confrontarse

⁶¹ Hago uso del término liberal aquí como etiqueta de campo frecuentemente encontrada para referir a una posición moral más relajada con respecto a las trasgresiones a la heteronormatividad.

con otras personas por otros asuntos –específicamente bloquear una entrada con un automóvil en un caso y llamarle la atención a un sujeto por tirar basura- recibieron como respuesta insultos por la orientación de su deseo erótico. “¡Viejas degeneradas!”, fue uno de los insultos que recuerdan una pareja de ellas. “¡Qué asco, lesbianas!”, fue lo que expresaron las otras. Cuando pregunté a qué atribuían que los otros sujetos identificaran una posible orientación homosexual justamente respondieron con elementos identitarios: “se nos nota”. En ambos casos pedí que ampliaran la respuesta y me hablaron del corte de pelo y una vestimenta “varonil” (pantalones y camisas) y el simple hecho de estar juntas e interactuar con los agresores.

Sin embargo, las expresiones de repudio no se limitan a una identificación de parejas. En el caso de los hombres y las personas trans, pueden recibirlas en lo individual por su aspecto físico, su vestimenta y sus movimientos corporales. Un joven de 25 años me contó que en la colonia Santa María la Ribera -relativamente cerca del centro histórico de la ciudad y un barrio constantemente señalado en las publicaciones comerciales sobre la ciudad de México como susceptible de gentrificación-, mientras esperaba a la luz para cruzar la calle, fue agredido por un señor mayor que él que pasaba por esa misma banqueta. Le gritó: “ay, mugre maricón”. Le pregunté qué por qué razón creía que le pudiera haber dicho eso y me dijo: “iba hablando por teléfono y la verdad es que soy afeminado y seguro iba joteando”. Otro joven, hoy de 28 años, recuerda una anécdota a sus 15 años de edad, es decir, alrededor de 2003, que caminaba por las inmediaciones de la Alberca Olímpica, en una zona central típicamente residencial de clases medias, cuando supo que era seguido por un hombre mayor que él, tal vez de unos 40 años. Dice que luego de sentirse nervioso, se echó a correr y entonces el hombre le empezó a gritar “¡puto!” y “¡maricón!”. Él considera que se lo gritó por su forma de caminar y correr que, dice, es afeminada, pero también concede que pudiera deberse a que esos insultos, comunes también entre hombres no afeminados para señalar poca valentía, le fueran empleado por no atreverse a encararlo. En cualquier caso, las expresiones tienen connotaciones relativas a lo que socialmente se espera de su conducta como hombre.

Lo relevante es apuntar que ante la posibilidad de sufrir cualquier expresión de repudio ante alguna señal de trasgresión a la heteronorma, es frecuente encontrar entre diferentes sujetos la idea de que hay zonas de tolerancia -término usado para calles en las que la prostitución como actividad ilegal es tolerada, pero también en este caso-. Esto permite que haya hombres,

mujeres, personas trans o no, que puedan jugar con expresiones corporales, vestimentas, entonaciones y otras formas visibles que muestran o que esconden dependiendo de dónde están. Todas las personas hasta ahora consultadas coinciden en que en la Zona Rosa es posible ir tomados de la mano, besarse en público o ser hombres afeminados de manera que califican como más segura. Además, la Zona Rosa como zona de tolerancia permite que no sólo en las calles o en los establecimientos explícitamente dirigidos a una clientela heterodoxa se pueda dar visibilidad a las identidades sexuales, sino en otros sitios como cafés (especialmente tres ubicados en la calle de Amberes y uno en la calle de Génova, pero en general en todos los de la demarcación), restaurantes y cafeterías en general (especialmente dos de tres presentes de la cadena Sanborn's y dos de la cadena Vips), tres cines cercanos, gimnasios, boutiques y otras tiendas, especialmente las de antigüedades. En el centro comercial, Plaza del Ángel, dedicado justamente al mercado de antigüedades hay una particular presencia de hombres que muestran algún tipo de insignia de una identidad sexual trasgresora: afeminamientos, vestimentas poco convencionales para las normas de género y incluso muestras de afecto con otros hombres.

Además de la Zona Rosa, diferentes sujetos, todos de clases medias y profesionistas, habitantes de la ciudad central, señalan que en las colonias Roma y Condesa (los barrios centrales *hipster* la ciudad, con una notable trayectoria de gentrificación en las últimas dos décadas), así como en el turístico barrio de Coyoacán (en el sur de las zonas centrales de la ciudad y también barrio residencial de clases medias) y en el centro histórico, también es posible dar visibilidad a elementos de una identidad sexual trasgresora, pero, me insiste el joven gay de Santa María la Ribera, que esto es en menor medida que en la Zona Rosa.

2.1.2. Zonas habitacionales

Boivin (2010) ha buscado zonas habitacionales en la ciudad de México con mayor densidad de hombres gay, encontrando una predilección –entre sujetos de clases medias, por lo general profesionistas, creadores o pequeños empresarios- por los barrios centrales de la ciudad creados en a finales del siglo XIX y durante el primer tercio del XX, para clases medias y altas (San Rafael, Cuauhtémoc, Juárez, Roma y Condesa). Esto lo ha llevado a concluir que es todo este amplio perímetro lo que podría considerarse como el equivalente mexicano al barrio de Chueca en Madrid o el de Le Marais en París. Sin embargo, estas mismas colonias

tienen otros usos intensivos del espacio que, desde mi perspectiva, no hacen la presencia de gays, lesbianas o personas trans sus elementos más visibles o característicos salvo en ciertas áreas como es la Zona Rosa. Es decir, al ser éste un amplio perímetro, tal vez no existe una concentración habitacional tan contundente como sí se observa en los referentes del barrio gay de otras ciudades occidentales.

Por otro lado, he considerado en esta investigación las sociabilidades urbanas como aquellas que ocurren dentro de la esfera pública (o en espacios de acceso público), no en el ámbito doméstico-privado. Sin embargo, en los testimonios recogidos, parece que existe un importante reconocimiento de hombres y mujeres no heterosexuales a preferir fijar su domicilio en estas zonas centrales de la ciudad no solo por cuestiones aspiracionales de clase y la calidad de las infraestructuras urbanas así como cercanía a los puestos de trabajo sino porque reconocen un marco de sociabilidad más tolerante con la visibilidad de elementos identitarios no heterosexuales. Por esa razón es que, al revisar trayectorias biográficas de los sujetos entrevistados en capítulos posteriores, consulto si hubo relación entre su identidad sexual y su elección de residencia. Esto me permite contribuir a los patrones hallados por Boivin y qué características socioeconómicas hay en los sujetos y si es posible establecer algún contraste entre quienes, pudiendo optar por vivir en estas zonas, eligieron otras.

2.1.3. Zonas de comercio sexual

Una sociabilidad urbana vinculada a la calle en particular es la de los puntos donde se oferta servicio sexual de varones para, principalmente, otros varones. De ésta, en particular, he detectado un circuito en la colonia Juárez dentro de lo que algunos todavía consideran Zona Rosa. Este circuito comprende el área delimitada por las calles Varsovia, Hamburgo, Toledo y el Paseo de la Reforma. Por lo general, en algún momento de entre las 20:00 y las 21:00 horas y hasta la madrugada, en algunas esquinas que hay en este perímetro en pequeñas calles, jóvenes tal vez de un rango de edad entre los 20 y los 30 años, esperan, mirando sus teléfonos celulares o a veces en pequeños grupos. Cada vez que pasa un automovilista, caminan un par de pasos hacia adelante, buscando contacto visual con el conductor o sus acompañantes. Como transeúnte, uno no es ignorado, sino se acercan con un cálido saludo de “buenas noches”, seguido de la pregunta, “¿qué buscas?”. Muchos de estos jóvenes tienen activos perfiles en aplicaciones de teléfonos móviles para el contacto entre hombres,

especialmente aquella llamada Grindr. No afirman ahí explícitamente que ofrecen servicio sexual, sino que suelen emplear la palabra “solventes”, en la descripción de su perfil. Con ella, se sobreentiende, se refieren a que les escriban solo quienes tendrían la “solvencia” económica para contratar sus servicios.

Octavio, un burócrata de 32 años me cuenta que más de una vez ha, en sus términos, “levantado” a alguno de los “chichifos”.⁶² Uno de ellos le cobró \$700 pesos la hora, además de pagar la noche en un hotel de paso en la colonia Cuauhtémoc. Otro, “más guapo”, le cobró \$1,000 y Octavio “se animó” a llevarlo a su casa, pues dice que le dio confianza. Esto es importante, porque entre ciertos grupos de amigos gays se corren noticias y rumores de haber sufrido asaltos por parte de los chichifos una vez que son invitados a subir al automóvil.

Fuera de la Zona Rosa, existen otras dos áreas de comercio sexual de hombres hacia una clientela gay: el parque de la Ciudadela, en las orillas del centro histórico y, en la esquina de las avenidas División del Norte y Cuauhtémoc, donde se encuentra una bulliciosa estación de Metro. Sin embargo, de este último punto, en la página cruising.mx, los usuarios señalaron que la policía había erradicado este punto como lugar de comercio sexual. Ciertamente en recorridos recientes por la zona, no he detectado este tipo de actividad.

2.1.4. Sociabilidades *gay-friendly*

Dentro de la transformación del gran marco de sociabilidad a escala urbana que favorece o admite ciertas expresiones de una identidad no heterosexual, se encuentran un conjunto de espacios que, sin ser formalmente sociabilidades abocadas de manera exclusiva al proceso de socialización de identidades no heterosexuales, explícita o implícitamente los admite. Me refiero a cafés, restaurantes, teatros, centros comerciales y cines donde parejas de hombres o de mujeres pueden acudir sin ocultar signos visibles de trasgresión como movimientos afeminados y ropas entalladas en el caso de los hombres o muestras de afecto en el caso de las parejas afectivas entre hombres y mujeres.

⁶² En este contexto, la palabra chichifo se refiere así a los trabajadores sexuales hombres que buscan clientelas masculinas. Sin embargo, en otros contextos este término suele tener una carga clasista y se emplea despectivamente para calificar a aquél hombre que busca algún beneficio a partir de establecer alguna relación afectiva con otro, generalmente de un nivel socioeconómico más elevado o de mayor edad. En el capítulo 4 vuelvo sobre este término.

Estas sociabilidades, sin duda, se encuentran de forma más concentrada en las zonas que ya he mencionado que, según lo visto en el trabajo de campo, son consideradas como más tolerantes. Como ya he mencionado, virtualmente en cualquier café, cafetería, fonda o tienda de la Zona Rosa es factible encontrar estas trasgresiones de forma visible. No así en los restaurantes de mayor costo donde suelen encontrarse burócratas y oficinistas que trabajan o asisten a la Zona Rosa. Con menos frecuencia, también es posible encontrar esto en prácticamente todas las colonias de la zona central de la ciudad de México e incluso en centros comerciales, sucursales del café Starbucks o franquicias similares.

En una conversación informal en la Zona Rosa, un chico de unos 20 años me decía que los cafés y los centros comerciales de toda la ciudad son, en general, “gay-friendly”. Es decir, es posible mostrar afecto entre dos hombres o dos mujeres sin importantes consecuencias aunque, en todo caso, es posible que ocurran algunas expresiones de repudio o incluso homofobia como puede pasar también dentro de las calles de la Zona Rosa. En este sentido, en las que llamo sociabilidades difusas a estos espacios *gay-friendly* pueden ser importantes para que los sujetos calibren el tipo de expresiones de afecto, movimientos corporales, vestimentas y entonaciones que visibilizan una identidad trasgresora y su recepción entre quienes los rodean a través de miradas, gestos o inclusive agresiones verbales. En estos espacios, que sean o no explícitamente *gay-friendly*, muestran de alguna manera las transformaciones y negociaciones dentro del marco de sociabilidad a escala urbana sobre los elementos que comienzan a dejar de ser calificados como trasgresores o sobre las sanciones que se admiten o no para lo trasgresor. En el camino de asimilar una identidad sexual, las formas en las que los sujetos perciben este marco de sociabilidad puede implicar la manera en la que incorporarán diferentes estrategias para ocultar o visibilizar su identidad: desde quienes condicionadamente ocultan demostraciones de afecto a personas de su mismo género para evitar la trasgresión a quienes buscan ir dando visibilidad a tantos elementos de trasgresión les sea posibles de acuerdo a su identidad a manera de mostrar su posición política en el espacio.

2.2.- Sociabilidades concretas de las identidades no heterosexuales

Dentro del gran marco de sociabilidad de la ciudad de México, en el que encontramos estos grandes segmentos y espacios de mayor y menor tolerancia quedan las sociabilidades concretas, aquellas en las que acuden hombres y mujeres en virtud de su heterodoxia sexual

y, ahí, construyen, negocian, transforman y disputan elementos de una o más identidades asociadas a ella. No en todas, este proceso identitario ocurre con la misma intensidad. Incluso es posible que los participantes puedan acudir a ellas de forma anónima y que su asistencia a estas no implique alguna transformación en su vida cotidiana, en su forma de organizar socialmente un deseo erótico y afectivo trasgresor a la heteronormatividad. En esta categoría de sociabilidades comienzo por aquellas cuya dinámica se encuentra más restringida a la práctica sexual, posteriormente hablo de aquellas donde, basadas en la recreación y el esparcimiento son los elementos identitarios más allá de los sexuales la parte fundamental de la interacción y finalmente hablo de sociabilidades orientadas a otros servicios dirigidos a personas no heterosexuales.

2.2.1. Sociabilidades sexuales

A través de crónicas como la de Salvador Novo (1998), podemos vislumbrar que al menos desde las primeras décadas del siglo XX, los hombres que buscan relaciones sexuales con otros hombres encuentran espacios que tienen el fin explícito de satisfacer esto como un acto relativamente público entre todos los asistentes. Conviene pensarlos como espacios distintos a los bares, pues si bien en muchos de estos lugares se ofrecen bebidas alcohólicas, música y media luz, el objetivo central de toda la dinámica de interacción se centra en sostener relaciones sexuales en pareja o colectivamente, mientras que en el bar gay esto es, por lo general, prohibido.

Esta categoría de sociabilidad parece ser exclusiva de los hombres –que asumen o no una identidad gay-, aunque existen algunos espacios relativamente filiales para ciertas prácticas bisexuales –como, por ejemplo, las llamadas fiestas *swinggers*-. Sin embargo, mientras que para la práctica del deseo homoerótico existe una oferta amplia de lugares de acceso público, en el ámbito bisexual parece ser más frecuente una oferta de fiestas de carácter privado para las que se requiere algún tipo de recomendación e incluso aprobación por parte de la organización de éstas para poder participar. Esto mismo ocurre con otro tipo de fiestas de paga denominadas *queer*, en la que se busca que participen ciertas identidades trans, lésbicas, bisexuales, gay y, por supuesto, las que asumen identitariamente la etiqueta *queer*. En cambio, no parece existir algún equivalente o al menos de forma institucionalizada, diversificada y frecuente para mujeres que tienen relaciones sexuales con otras mujeres.

Sobre algunas hipótesis que pudieran explicar esta diferencia pretendo apuntar algunas reflexiones más adelante.

La dinámica puede ser distinta dependiendo los diferentes tipos de sociabilidades sexuales que describo a continuación. Sin embargo, hay algunos elementos típicos: suele haber poca conversación entre los participantes e incluso, en algunos de ellos, la encuentran molesta los otros participantes. Por ejemplo, en uno llamado La Casita, los hombres que suelen llegar a merodear el espacio, mirando a otros hombres, rara vez pronunciando alguna palabra o, en caso de hacerlo, suele ser murmurándose unos con otros para afinar detalles de la relación sexual. Pueden estar ahí apenas una o dos horas o bien, dependiendo de las reglas específicas de cada espacio, podrían permanecer una noche o un día entero ahí. A veces pueden sostener varios encuentros sexuales por vez y a veces solo mirar a los otros. No hay en estos espacios una negociación particular de identidades gay. Al contrario, en los foros de conversación en línea o bien en algunas entrevistas, suele expresarse un desprecio a la manifestación de elementos típicos de las identidades gay como es el caso del “joteo”. Y, sin embargo, existen espacios donde el baile y la música, basada en iconos del momento entre el ambiente gay no son mal vistos aunque no sea parte de la dinámica esencial de la sociabilidad.

Si bien la mecánica identitaria no parece ser tan intensa dentro de estas sociabilidades, su efecto ocurre fuera de ahí, pues suelen ser un tema recurrente de conversación en círculos de amigos gay cuando se encuentran en otros espacios. En algunos circuitos y amistades entre hombres gay hay un constante juego ambiguo entre negar que participan de estas sociabilidades como de reivindicación de ellas, es decir, entre alardear una sexualidad muy activa y libre de prejuicios heteronormados, como el temor a ser tachados de promiscuos o de exponerse a mayor riesgo de contagio de enfermedades de transmisión sexual.

José Luis, un hombre de unos 30 años, administrador de empresas, a quien contacté en uno de estos espacios y con quien pude tener una conversación posterior, le pedí hablarme de los sitios que conocía, si podía él establecer diferentes categorías y espacios. Inmediatamente me habló de un parámetro de exclusión que opera no necesariamente por criterios económicos, sino por cierta normatividad del cuerpo de los participantes: hay espacios donde se espera que los asistentes sean mayoritariamente jóvenes, con musculatura definida, preferentemente con un color de piel claro. Quien no cumple con estos estándares tendrá menos posibilidades

de concretar algún encuentro sexual e incluso puede ser rechazado de maneras que José Luis califica como groseras. Por esa razón, existen otros espacios donde la dinámica y el precio puede ser similar, pero, dice, se relajan en la expectativa que hay sobre el cuerpo de los otros participantes. Hay espacios donde uno puede ir un rato o, dice José Luis, perderse. “En Machitos, son 3 horas en las que puedes coger pero hay hora de salida, en La Casita te puedes perder dos días y experimentar lo más extremo de la sexualidad gay sin que nadie se entere. En Sodome te puedes perder un fin de semana de fiesta, pero tus cosas están seguras en un locker y sales y te bañas y cuando atraviesas la puerta de salida puedes ‘aparentar’ que nada sucedió. Creo que la Casita te la llevas cuando sales”. En suma: no todas las sociabilidades sexuales son iguales: ni tienen la misma dinámica, ni tienen el mismo efecto subjetivo entre quienes la visitan. Con esto en mente establezco la siguiente categorización basada, principalmente, en la dinámica que contienen.

2.2.1.1. *Lugares de encuentro o sex clubs*

El nombre que coloco a la categoría es forzado, pero es útil al análisis dada la ambigüedad del campo sobre cómo referirlos. Algunas publicaciones de guías de la ciudad los denominan así: “sex club”, pero lo cierto es que a la hora de preguntar en campo a distintos sujetos sobre este tipo de espacios, es poco frecuente encontrar que empleen esa etiqueta. Es más común escuchar que los llamen “lugares de encuentro” o, simplemente, por los nombres comerciales que eligieron los establecimientos, muchos de ellos en inglés: el Lobby, el Fuck, el Zipper, o bien, en español, La Casita, Río Marne, Machitos, entre otros. Algunos llevan décadas funcionando, otros apenas unos meses y, dicen en los foros en línea, son asediados contantemente por las autoridades, por lo que surgen algunos nuevos o cambian de nombre. En todos los casos, los clientes deben pagar una cuota de entrada que va de entre los \$50 a los \$150. Mientras que en la Zona Rosa, durante el trabajo de campo no detecté ninguno de estos sitios en particular salvo hasta días recientes que escribo estas líneas, sí los hay en las colonias más inmediatas a ésta: un par en la colonia Roma, otro par en la colonia Cuauhtémoc, otros en el centro histórico y otros más dispersos en otros puntos de la ciudad. Por lo general, se trata de casas o departamentos que tuvieron algún uso habitacional o laboral y fueron convertidos en esta especie de bares. Las habitaciones suelen tener algunos camastros o sillones, suele haber proyección de películas pornográficas, música ambiental a

un volumen no muy elevado y poca iluminación (en algunos sitios como La Casita o La Toalla, incluso el vidrio de las ventanas suele estar pintado).

En algunos de estos sitios se establecen dinámicas particulares para la organización de orgías. En estos casos, se les suele solicitar a los participantes que se desnuden, mientras se les resguarda su ropa y pertenencias. En otros casos, esto es un servicio opcional o inexistente.

Estos establecimientos suelen servir una oferta muy reducida de bebidas alcohólicas a precios más baratos que muchos bares. En la mayor parte de los casos, se reduce a la venta de cerveza. También es posible conseguir, en algunos casos, los llamados *poppers*, que consisten en frascos de nitrito de alquilo (con un olor similar al de la acetona) que son aspirados para tener un efecto estimulante mientras se realiza alguna práctica sexual. La mayor parte de los lugares de encuentro ofrece condones de manera gratuita.

Un lugar que se distingue de estos por ser más sofisticado en cuanto a su mobiliario, pero la dinámica es similar, es uno denominado Sodome, en la colonia Anzures (vecina de Polanco). Se trata del único *sauna gay* en México al estilo que encontramos en algunas ciudades europeas, canadienses o estadounidenses.⁶³ En ese caso se cobra una tarifa más elevada, de \$200 a \$350 dependiendo la noche y de los servicios contratados. El sitio tiene servicio de vapor, sauna, regaderas, bar, zona de cuartos privados y diferentes espacios como un laberinto oscuro, un cuarto de espuma de jabón y una sala con mobiliario para prácticas sadomasoquistas.

Algunos de estos sitios tratan de garantizar clientelas más juveniles, poniendo precios especiales a quienes demuestren ser menores de 25 años. Otros sitios, al igual que los bares, también ofrecen cabida a quienes son o se sienten excluidos de otros espacios. Es el caso de un club en la colonia Cuauhtémoc, a unos pasos de la Zona Rosa, que anunciaba ser para los llamados osos.⁶⁴ Esta etiqueta, aunque refiere a un arquetipo de hombre corpulento y peludo, en la práctica parece dar cabida a otros cuerpos que en otros espacios son excluidos explícita o tácitamente: hombres mayores de 40 años y de cuerpos poco o muy poco atléticos. También

⁶³ Ésta, en sí misma, es una subcategoría de este tipo de espacios de sociabilidad que si bien es frecuente en algunas ciudades europeas o estadounidenses, en México no se le reconoce como tal más que a este sitio.

⁶⁴ Durante el período de trabajo de campo, este espacio que funcionaba desde alrededor de 2005, fue clausurado por las autoridades federales en noviembre de 2016, acusado de trata de personas. Sus clientes señalan que esto es falso.

encontré en campo otro lugar de encuentros en la colonia San Pedro de los Pinos que explícitamente admite a osos.

Dentro de este tipo de lugares podemos encontrar un rango de horarios muy amplios, desde sitios como La Casita, en la colonia Roma a unas cuantas cuadras de la Zona Rosa, que está abierto las 24 horas, los 365 días del año –esto incluye fechas festivas como Navidad o el 1º de enero-, a horarios muy restringidos a un par de eventos por semana. Sin embargo, es frecuente que estos lugares abran a lo largo de toda la madrugada del sábado y del domingo.

Por otro lado, en la mayor parte de los casos se trata de lugares clandestinos con licencias ambiguas como club privado o son incluso informales, es decir, que operan sin licencias gubernamentales. A pesar de que existe amplia publicidad de ellos en algunas publicaciones especializadas, en sitios de internet y con cuentas en redes sociales virtuales, los lugares lucen por afuera como casas o edificios abandonados con un sistema de interfón con cámara. Algunos colocan una discreta plaquita con el nombre el lugar a un costado del timbre que hay que tocar para conseguir el acceso. En muchos de los casos, al estar registrados como clubes privados, los clientes deben registrar un nombre como presuntos socios temporales del club.

2.2.1.2. *Baños públicos*

Otra de las dinámicas populares entre los hombres que tienen sexo con otros hombres es el contacto dentro de los baños públicos de la ciudad. Se trata de sitios donde acuden las personas a ducharse, a un servicio de vapor o de masajes. Si bien no se trata, en general, de sitios explícita o abiertamente dirigidos a una clientela gay, existen algunos donde ha habido una mayor apropiación por parte de varones que buscan a otros varones. Es el caso de varios establecimientos en la calzada de Tlalpan, algunos en el centro histórico y otro más, quizás el más popular, Baños Finisterre en la colonia San Rafael. También hay algunos baños públicos con este tipo de sociabilidad en Iztapalapa, los Baños Puerto Vallarta y en Ecatepec, los Baños San Cristóbal.

Su dinámica es parecida a la del sauna Sodome en el sentido de que el aspecto general del lugar es el de uno dedicado a servicios de limpieza, higiene, masajes y vapor. Sin embargo, mientras que el Sodome cuenta con una infraestructura que explícitamente se enfoca a mantener relaciones sexuales e incluso el nombre del sitio insinúa una dinámica sexual, en

los baños públicos esto ocurre en espacios como las regaderas, el salón de vapor o bien, los pequeños vestidores privados que se contratan. Además, a diferencia del Sodome, los baños públicos tienden a tener precios más baratos. Dependiendo el conjunto de servicios (casillero o cuarto privado) que se contrate y la zona de la ciudad, se puede pagar de entre unos \$40 a \$200 y, salvo en algunos de ellos como los Finisterre, rara vez es posible encontrar que se sirvan bebidas alcohólicas.

De alguna manera y como exploraré en los capítulos 4 y 5, los baños públicos remiten a un tipo de encuentro sexual entre hombres previo a la mediación de la identidad gay, donde hombres que no asumían ningún tipo de identidad distinta a la heterosexual y que incluso podían llevar una vida familiar convencional, podían tener encuentros sexuales clandestinos con otros varones, afeminados, a quienes denominaban “mayates”, “lilos” o “jotos”.⁶⁵ Hoy en día, en estos baños de vapor es posible encontrar a hombres que asumen una identidad gay o no. Sin embargo, a diferencia de los lugares de encuentro que dan alguna orientación sobre el tipo de prácticas que ocurren en estos espacios a partir del mobiliario, la decoración e incluso, en algunos casos, el nombre mismo del lugar (“Fuck”, por ejemplo), en los baños de vapor los nombres y mobiliario, no insinúan implícitamente ningún erotismo, salvo la construcción que han hecho los varones de espacios presuntamente para darse un baño de vapor. Tal vez por todas estas razones, la normatividad corporal que se espera de los asistentes a este tipo de espacios es más relajada que en otros espacios gay: hay una mayor mezcla de hombres de diferentes edades, tonos de piel, musculaturas y grasa corporal.

2.2.1.3. *Otros lugares de encuentro: cines, transporte público, cabinas*

Además de los baños y los clubes de encuentro, hasta principios de esta década era frecuente encontrar en las revistas locales de temática gay o en los sitios como clandestinogay.com y otros, referencias de algunos cines en el centro histórico donde se proyectan películas pornográficas. A pesar de que las películas solían mostrar escenas de sexo heterosexual,

⁶⁵ En campo, en las conversaciones casuales con otras personas sobre este tipo de espacios, suele mencionarse como referente icónico en el imaginario la película el Callejón de los milagros (Jorge Fons, 1995, con un guión de Vicente Leñero), donde uno de sus personajes “Don Ru”, es un hombre mayor y prototipo de macho, casado y dueño de una cantina que comienza una relación con otro hombre menor que él. En una escena un baño de vapor público de la ciudad, Don Ru y el otro hombre son descubiertos por Chava, hijo de Don Ru, quien descalabra a su amante.

existían algunas salas u horarios en la que predominaban hombres buscando tener algún tipo de relación sexual con otros hombres en la sala. Según relatan algunos usuarios en los foros del sitio *cruising.mx*, los intercambios dentro de la sala estaban explícitamente prohibidos, pero los clientes reportaban una especie de tolerancia por parte del personal del cine que periódicamente era suspendida: es decir, prendían luces y corrían de las instalaciones a quienes estuvieran manteniendo relaciones sexuales.

También es divulgado en sitios de internet y cualquier observador agudo podría notarlo, al fondo del último vagón del Metro de la Ciudad de México, suele haber intercambios sexuales entre diferentes varones. Dependiendo el nivel de saturación del servicio o las horas, el contacto sexual ocurre de manera más o menos anónima, más o menos colectiva. Sin embargo, esta actividad se puede observar de manera constante. Tanto así, que las autoridades capitalinas por un tiempo tomaron la decisión de suspender el servicio en los últimos tres vagones del Metro por las noches. Esta medida fue retirada, probablemente, ante los costos de implementación y vigilancia. Además de los vagones del metro, algunas estaciones de este sistema de transporte se han vuelto propicias para el ligue que busca concretar una relación sexual pronto. Es el caso particular de algunas estaciones de la Línea 1 del Metro, como Balderas, o especialmente la Glorieta del Metro Insurgentes en la Zona Rosa, o bien, la estación de Metro Hidalgo de las líneas 2 y 3, en una orilla del centro histórico.

De nuevo, en la Zona Rosa, existen una oferta de algunas sex-shops, algunas de ellas especializadas en productos para prácticas sexuales (es el caso de un par en la calle de Amberes, otra en la calle de Génova y otra más en Hamburgo, pero existen otros espacios dentro y fuera de la Zona Rosa). En algunas de estas sex-shops se ofrece el servicio de cabinas, es decir, pequeños cuartos con televisión que los clientes pueden rentar para mirar alguna película pornográfica. Frecuentemente dos clientes que se encuentran en la misma tienda o tal vez se ligaron en las calles aledañas pueden recurrir a una de las cabinas para mantener algún tipo de relación erótica.

Otra práctica común es la de divulgar ciertos lugares públicos o de acceso público donde suele ocurrir el ligue entre varones homosexuales –e incluso entre parejas heterosexuales– para tener relaciones sexuales. Son particularmente notables los baños de la cadena de

restaurantes Sanborns. Algunas sucursales suelen ser más populares que otras. Por ejemplo, el que se encuentra afuera del Metro División del Norte, en la delegación Benito Juárez. También suele mencionarse en sitios como cruising.mx, los baños de diferentes plazas comerciales y terminales de camiones.

2.2.1.4. Zonas de cruising público

Hago uso deliberado del término *cruising* pues parece tener una aceptación cada vez más extendida dentro de los hombres homosexuales de la ciudad de México. Este término refiere a la búsqueda de relaciones sexuales de forma anónima y clandestina en lugares públicos. Existen diferentes zonas de la ciudad que si bien, pueden no ser propiamente las calles, suelen ser espacios donde habitualmente asisten hombres que, a través de miradas, se invitan al contacto sexual.

Mateo, un joven de 26 años que se identifica a sí mismo como *queer*, funcionario de nivel medio en un gobierno delegacional y a quien abordé en un bar de la Zona Rosa, le pregunté sobre el *cruising*, cuando en la conversación informal que teníamos sobre sitios gay, él trajo el tema.⁶⁶ Él me explicó que el *cruising* puede ocurrir en cualquier punto de la ciudad: caminando por la calle, al toparse con alguien que resulte atractivo y, lo importante es mirarlo. En caso de que la mirada sea correspondida, se sigue una sonrisa. Esta puede ser correspondida con otra igual y, finalmente, la invitación a concretar un contacto sexual se explicita tocándose, por encima de la ropa, los genitales. Esto suele derivar en una conversación para definir el lugar donde se llevará a cabo el contacto. Mateo cuenta que en muchos casos se busca ir al domicilio de alguno de los dos, a unos baños públicos cercanos o bien, puede concretarse rápidamente en algún punto en la calle o parque público donde consigan cierto escondite, especialmente en la noche.

Sin embargo, también existen zonas de la ciudad y ciertos parques donde esto es más frecuente. La mencionada página de internet, cruising.mx justamente expone una lista de estos lugares donde los usuarios de la página pueden narrar sus experiencias y sugerir nuevos sitios. Algunos parques y plazas de la ciudad son considerados puntos de ligue a partir de

⁶⁶ Como apunté en la Introducción, *queer* suele referir a un distanciamiento crítico con la identidad gay por considerar que expresa de forma muy limitada una identidad de género enteramente masculina –o femenina– y un deseo erótico enteramente homosexual. Sin embargo, en las dinámicas identitarias y sus espacios de sociabilidad, no suele haber mayor diferencia con la identidad gay.

ciertas horas. Por ejemplo, el parque de la Solidaridad, a un costado de la Alameda Central en el centro histórico. También es considerado como punto de ligue algunos jardines centrales de los Viveros de Coyoacán y, uno que tal vez por su fama extendida no sólo entre homosexuales, sino también entre heterosexuales, ha tenido recientemente una mayor vigilancia es el Espacio Escultórico de Ciudad Universitaria, al sur de la ciudad, conocido en el ambiente como el “caminito verde”.

2.2.2. El bar gay

El bar gay es, tal vez por definición, el espacio o sociabilidad urbana más importante en la formación de comunidades y elementos identitarios de la heterodoxia sexual. Esto parece ser más intenso para el caso de los hombres gay que para cualesquiera otras identidades sexuales. Sin embargo, esto no quiere decir que sea irrelevante o inexistente para otros. Sobre la importancia del bar gay dentro de las trayectorias de las vidas de personas con orientaciones sexuales e identidades de género trasgresoras existe una literatura ya incluso clásica que se desprende de una investigación de Nancy Achilles (1998 [1967]) en la década de 1960. Ella caracteriza al bar gay como una institución encargada de reproducir y socializar los elementos identitarios de los hombres que comenzarán a adoptar la etiqueta gay frente a otras formas de nombrar y significar la homosexualidad masculina. El bar gay como sociabilidad, entonces, tiene dinámicas y resultados sociales complejos. Estas nociones sobre el bar gay serían retomadas en otros estudios sobre temas relacionados a la diversidad sexual (incluso en la actualidad como, por ejemplo, Brown y Knopp, 2016, que analizan el bar gay como institución desde nociones foucaultianas).

En el caso de México, fuera de las relaciones y crónicas que se han escrito sobre la vida nocturna gay (por ejemplo, González de Alba, 1998; o Bautista, 2010), existe una reflexión académica a partir de aproximaciones etnográficas en el trabajo de Mauricio List (2000 y 2002) o bien, más tarde por Rodrigo Laguarda (2004 y 2005). Ambos autores se acercan a algunos bares concretos de la Ciudad de México con objetivos distintos: el primero justamente para comprender la forma en la que estos lugares se conforman y describir las dinámicas de la interacción entre varones en estos. El segundo, en cambio, continúa la línea de Achilles para exponer cómo el bar gay, como institución, es el centro de la conformación

de una identidad gay en México, en contraposición a otras formas de asumir un deseo erótico trasgresor.

Lo cierto es que, desde la crónica o desde la investigación académica, en prácticamente todos los casos detectados, el bar gay es descrito solo desde la óptica de los hombres gay. Poco he encontrado en la literatura académica especializada el papel del bar gay en la formación de identidades sexuales para lesbianas, aunque recientemente han comenzado a proliferar estudios sobre sociabilidades trans. Y, en todo caso, en los trabajos que estudian el bar gay, sabemos poco de la interacción entre diferentes identidades pues las preguntas de investigación se suelen centrar a interacciones sociales entre varones.

Un breve trabajo que describe de forma somera el ambiente lésbico en los primeros años de este siglo, incluyendo su presencia dentro de bares concretos de la ciudad de México mixtos o con presencia mayoritariamente de mujeres es el de Anahí Russo Garrido (2009).⁶⁷ Ella muestra una tensión de clase y género entre cosmopolitismo y nacionalismo en los discursos y prácticas del ambiente y, aunque no forma parte del interés de la autora centrar el análisis en la diferenciación de las sociabilidades urbanas lésbicas que lo conforman, es posible notar que son los nuevos bares gays, es decir, los que portan las insignias, tipos de música y performatividades adoptadas de la identidad gay estadounidense, los que representan esa vertiente cosmopolita. En cambio, otros espacios de los que se hablará más adelante, como los cafés y las organizaciones feministas, tendrían un carácter más nacionalista y de rechazo a la etiqueta gay.

El bar gay como institución o como sociabilidad posee una trayectoria de transformaciones tanto en su dinámica, como en el impacto y valor que tiene en las vidas de diferentes sujetos no heterosexuales. En otro capítulo exploraré justamente las relaciones entre sujetos con distintas características sociodemográficas y estos espacios a partir de sus relatos biográficos. Sin embargo, aquí corresponde una descripción etnográfica del bar gay como se le encuentra hoy en día en la ciudad de México y, en particular, en la Zona Rosa.

⁶⁷ En este sentido, la palabra “ambiente” se refiere a la forma en la que tanto gays como lesbianas describen los espacios de sociabilidad no heterosexual. “Estar en el ambiente” significa asumirse plenamente como gay y lesbiana y asistir con frecuencia a bares, antros y otros espacios gay.

Actualmente, la oferta de bares dedicados a una clientela no heterosexual es diversa y a pesar de que mantiene una cierta dispersión en toda la capital mexicana, la concentración en la Zona Rosa es innegable, particularmente en las calles de Amberes y Florencia. Dentro de esta oferta, existe una cierta diversificación que tal vez antes no existía por lo que propongo una tipología basada en el tipo de clientelas que persiguen de acuerdo a su edad, su género, su nivel socioeconómico o incluso su aspecto físico. Sin embargo, apunto que el sustrato común de este tipo de lugares es que son, por lo general, de horario vespertino y nocturno y ofrecen música para bailar y cantar (principalmente éxitos actuales del pop en español y en inglés, aunque también algunos géneros de la música electrónica y, más recientemente algunos incluyen reguetón y, con menos frecuencia, otros ritmos de son latino) y bebidas alcohólicas. El consumo de otros estupefacientes es una práctica común como en otros establecimientos de este tipo no necesariamente gay.⁶⁸ Sin embargo, al ser ilegal, es clandestina y suele pasar relativamente desapercibida por quienes no las consumen.

Salvo muy pocas excepciones, estos espacios dan la bienvenida a las personas para conversar, bailar, ligar, cantar, *jotear*, hacer amistades. Sin embargo, las relaciones sexuales en el lugar están prohibidas –aunque no de forma explícita, sino como lo están en general en cualquier espacio de acceso público. Existen algunos lugares que cuentan con el llamado “cuarto oscuro” que es un área consignada dentro del establecimiento, poco iluminada, donde las personas, por lo general hombres, sí pueden mantener cualquier tipo de relación sexual: desde la simple frotación, hasta el sexo oral o anal.⁶⁹

⁶⁸ En una noche de trabajo campo en un bar gay de presencia casi absolutamente masculina en la calle de Liverpool,

Alberto, un hombre que se asume gay, de 32 años, abiertamente me habla del consumo de cocaína, éxtasis (tachas) y metanfetaminas (cristal) en estos espacios. A Alberto lo conozco “del ambiente”, es decir, de encontrarnos con cierta frecuencia en estos espacios desde hace años. Tras contarle sobre la investigación, le pregunté sobre el uso de drogas en estos espacios y me señaló que, en su experiencia personal es un consumo habitual en estos espacios desde que era adolescente y que, en efecto, ocurre igual en bares y antros no gays. “Es medio discreto, pero *todo mundo* lo hace. Si estás con alguien que se la pasa yendo al baño a cada rato, seguro se está metiendo líneas de coca. Si estás con alguien que baila como loco y solo toma agua, seguro se mete cristal o tachas”.

⁶⁹ Actualmente solo uno de ellos está en la Zona Rosa, en la calle de Amberes, aunque por relatos y experiencias anteriores, parece que nunca hubo más de dos o tres con cuarto oscuro simultáneamente dentro de la oferta de la Zona Rosa. Los otros bares con cuarto oscuro que tengo actualmente detectados son uno en la colonia Condesa, al sur de la Zona Rosa, otro en el centro histórico y uno más en Ciudad Nezahualcóyotl

2.2.2.1. Circuitos de bares y antros

Los bares y antros, sin importar su tipo, suelen tener clientelas parroquianas, es decir, grupos amplios y abiertos de personas que asisten semanalmente e incluso es frecuente que estos grupos conformen circuitos de asistencia a diferentes establecimientos. Andrés, un hombre de 27 años, que se autodenomina “fresa” lo contacté una noche de viernes en Kinky, el antro de la Zona Rosa que al tiempo de realizar el trabajo de campo, tiene la cuota de acceso más elevada de la zona, es decir, es “el más fresa”.⁷⁰ Cuando le pregunté sobre sus bares favoritos y si el Kinky era uno de ellos, él me habló sobre la importancia de estar “donde está todo mundo”. “No es que los conozcas a todos –los clientes-, pero sí medio los ubicas... de vista pues. A veces te los encuentras en la calle, en otro lado y dices: ‘ay, este es del Guilt, o del Envy’.⁷¹ Y pues a veces te aburres de ver siempre a los mismos en los mismos lados y por eso llaman tanto la atención ‘los nuevos’ o haces lo que yo hago, venir de vez en cuando a la Zona Rosa de *exploración* y llegas, ¡y otra vez te encuentras a los mismos de siempre que justo hicieron lo mismo que tú: explorar esa noche!”.

Andrés me cuenta -y su relato es congruente con mi experiencia personal- sobre una dinámica constante en la que, por lo general, de martes a domingo, existe la convención de asistir a un bar o antro distinto asignado a cada día de la semana. Esto se experimenta incluso con una suerte de coerción suave por parte del grupo: “el viernes es el día de Kinky, ¡todo mundo lo sabe!”. Sin embargo, conviene señalar que no existe un solo circuito, sino varios, dependiendo de diferentes ambientes o grupos a los que pertenezcan los sujetos. Entre los miembros de las clases altas y medias, pueden mezclar zonas de la ciudad y tipos de establecimientos: un martes toca ir a algún bar de la Condesa, mientras que el jueves lo apropiado es visitar alguno de los bares del centro histórico primero y luego un antro de Polanco. Entre clases medias menos acomodadas, estos circuitos se forman dentro de la propia Zona Rosa en la que, por ejemplo, el lunes tocaba visitar una pulquería en la calle de Florencia y el martes, alguno de los bares de Amberes y así hasta la llegada del jueves, cuando

⁷⁰ Esto es de un nivel socioeconómico alto. Sin embargo, esta etiqueta la podemos encontrar presente en diferentes niveles socioeconómicos siempre para señalar a quien quiere distinguirse como más “rico” o, en todo caso, que su gusto sobre música, vestir, consumos y hasta formas de hablar está más asociado al que se percibe como característico de las élites.

⁷¹ Ambos son los bares gays más exclusivos de la ciudad, donde incluso discriminan acceso de sus clientes, ubicados en el barrio de Polanco.

abren los antros y entonces ese día está de moda asistir a uno y el viernes a otro.⁷² Cuando, además, se organiza alguna fiesta de paga especial en sábado o incluso en domingo, ésta se incorpora al circuito de muchos grupos. Reinaldo, arquitecto de 25 años a quien contacté a través de Twitter cuando expresó su molestia por la clausura temporal de bares del centro histórico con el argumento de que rebasaban el máximo de aforo autorizado, me narró un circuito particular entre los varones homosexuales que frecuentan esa zona.

En esta formación de circuitos es que se establecen contactos entre estos grupos abiertos y bastante amplios de personas que se identifican someramente de vista, -se, como dicen, “ubican”- de frecuentar los mismos sitios, formando redes que, a su vez, sirve para la dinámica de las identidades sexuales: lo que está de moda entre temas de conversación, tipos de vestimenta, gustos musicales, formas de hablar, circulación y posición de noticias y temas de interés. Se pueden encontrar algunos elementos comunes en todo el repertorio identitario entre buena parte del ambiente en general, como suele denominarse justamente a la vida social en estos espacios, pero también se pueden distinguir diferentes ambientes y hasta cierta confrontación entre ellos, incluso a partir del uso recurrente de ciertas palabras que, como los diferentes antros y bares, tienen también períodos de moda. Un ejemplo reciente era el uso de la palabra “inventada”, usada por los parroquianos de los bares de República de Cuba, para referirse despectivamente a cualquier persona dentro del ambiente que les resultara pretenciosa. Esta palabra, inicialmente consignada a la identidad de este circuito, pronto fue contagiada y diseminada hacia otros circuitos tanto por la misma práctica de las sociabilidades gay como por otras plataformas y canales de comunicación.

Así, la tipología de los diferentes bares y espacios se podría organizar dependiendo justamente de los diferentes ambientes y circuitos que estos suelen albergar. Sin embargo, dado que esta investigación tiene una cobertura temporal muy amplia, me resulta importante no caer en una clasificación de bares y antros según dinámicas tan cambiantes y que dependen de establecimientos específicos que, por lo general, pueden tener períodos de vida breves.

Existen bares que, tras operar varios años seguidos de pronto un día cierran para siempre. Otros abren una temporada de alrededor de un año en una sede, luego cierran por algunas

⁷² El espacio aludido de la pulquería ha cerrado sus puertas. Los circuitos descritos suelen irse adaptando poco a poco a la apertura y cierre de espacios.

semanas o meses y recuperan a su clientela en una nueva ubicación. En la Zona Rosa existen varios bares que conservan propietario y locación, pero cambian de nombre e incluso decoración, con una frecuencia variable de años. Tal vez es conveniente que sea a través de las entrevistas con los diferentes sujetos que narren su vinculación con los distintos tipos de antros y bares de acuerdo a sus propios criterios. Por lo pronto, propongo una descripción a grandes rasgos de las dinámicas que ocurren en cada tipo de sitio de acuerdo a sus reglas y precios.

2.2.2.2. *Los antros*

Por lo general, cuando los sujetos de la ciudad de México se refieren a un antro, hablan de lo que antes o en otros sitios es referido como “disco”, “discoteca” o “discoteque”. Es decir, un establecimiento nocturno con la música a un volumen muy elevado, por lo que sostener una larga conversación y fluida, es casi imposible. El término “antro” es relativamente reciente en el léxico de la ciudad de México, aunque extendido a prácticamente todo el país. Probablemente hasta la década de 1990, un “antro” se refería, en efecto, a un bar o a una discoteca, pero a uno de mala reputación en cuanto a venta de drogas, ubicación en una zona de alta delincuencia, irregular o clandestino y, en algunos casos, con una connotación clasista por un ambiente más popular. Sin embargo, la etiqueta que tenía esta fuerte carga peyorativa, finalmente se resignificó de manera generalizada para designar a cualquier discoteca –pero no un bar- de cualquier tipo y, en general, por cualquier clase social. Dentro del mundo no heterosexual, se distingue entre bar gay y antro gay, aunque desde la perspectiva del bar gay como una institución, cumplan con una función similar.

Los antros gay suelen abrir sus puertas a las 21:00 o 22:00 horas -aunque hay excepciones que abren más temprano, sobre todo en la Zona Rosa- y suelen privilegiar el baile, por lo que buena parte del espacio de los establecimientos se encuentran abiertos y con pocos muebles para que los clientes puedan bailar, aunque siempre encontramos mesas, algunos sillones y periqueras, además de una amplia barra donde se sirven las bebidas alcohólicas. Los antros suelen tener luces bajas y un sistema de iluminación que se alterna con la música. Dependiendo el prestigio y dimensiones del antro, este puede llegar a ofrecer dos o hasta tres áreas distintas donde los clientes encontrarán diferentes tipos de música –por lo general hay un área pop y un área electrónica y en el caso de haber una tercera área, suele tratarse de un

bar con música a un volumen menos intenso-. Por lo general y, por la ley vigente actualmente, su hora de cierre son las 3:00 horas, pero es una práctica común que los establecimientos simplemente impidan el acceso de nuevos clientes a esas horas y continúen con la fiesta hasta las 5:00 o 6:00 horas.

Los antros suelen estar asociados a un mayor consumo o gasto que los bares. Por lo general, suelen cobrar una cuota de entrada, denominada comúnmente por su anglicismo “cóver”, que encuentra una diferencia amplia de precios dependiendo la ubicación y los servicios que ofrece. En el caso de los únicos tres establecimientos orientados a una clientela gay que se encuentran en la acomodada colonia Polanco, el cóver tiene un costo de \$250 pesos, esto es, alrededor de 3.5 salarios mínimos diarios de la Ciudad de México. En el caso de la Zona Rosa, el antro con el cóver más elevado es de \$150, es decir, poco más de dos salarios mínimos, mientras que otros antros piden \$100, \$60 o \$40. También existen un grupo de antros, denominados “Cabaretitos” donde, por lo general, no hay cover, salvo cuando se ofrecen espectáculos drag, que suele cobrarse la entrada en \$50. Es importante recalcar que el que pide un precio de \$150 es un antro que ofrece espectáculos de strip-tease tanto de hombres para hombres, como de mujeres para mujeres.

Los antros, por lo general, son de ambiente mixto. Es decir, admiten hombres y mujeres por igual. Sin embargo, un tema de género ineludible por anotar es que en prácticamente todos ellos hay una notable mayoría de hombres gay; una proporción, dicho burdamente y como una simple percepción personal no rigurosa, de dos mujeres por cada diez hombres. Existen algunos que, una noche a la semana, por lo general los jueves, la dedican a un público femenino, no de forma exclusiva, pero suelen reducir el precio del cóver a las mujeres y, en algunos casos, contratan bailarinas para hacer algún espectáculo erótico. Dentro de los antros en los que hay varias secciones, suele ocurrir una división entre espacios de mayor concentración de varones y otro de mujeres, aunque, por lo general, predominan también los hombres en el área donde se concentran las mujeres. Sobre esto pueden abrirse distintas discusiones que apunten a nuevas preguntas de investigación sobre género y sociabilidad urbana que busquen dar cuenta o explicar esta división en las prácticas socioespaciales: ¿hay algún proceso de género en la formación de identidades de consumo o incluso alguna restricción estructural de acceso a estas formas de consumo? ¿Por las propias normas de género sobre la aproximación a parejas sexuales existe una aproximación distinta a estos

espacios o, incluso una rivalidad por ellos? Por las entrevistas que realicé a algunas mujeres, encontré que es frecuente el interés por explorar los bares y los antros, pero no para todas y no con la misma centralidad.

Además, en casi todos los antros, se permite la entrada de personas trans. Sin embargo, suelen ser, por lo general, una muy pequeña minoría dentro de los establecimientos y, en los antros del barrio de Polanco, suele negarse el acceso a cualquier a personas visiblemente trans, como es el caso de *las vestidas*, *drag queens* o mujeres trans que acentúan de forma particular sus atributos femeninos a través de disfraces, implantes, ropa muy brillante, estolas, maquillaje abundante. Andrés me cuenta que estas vestimentas y personas “no son el ambiente que se busca” en los bares de Polanco. En antros de las zonas periféricas de la ciudad de México, específicamente en Ciudad Nezahualcóyotl, la colonia Moctezuma o en Iztacalco hay una mayor presencia de identidades y performatividades trans, especialmente drags, las llamadas vestidas y mujeres trans.

Vale la pena ahondar en los actos de discriminación de acceso que se cometen en los antros de Polanco. El acceso a estos antros puede ocurrir a través de una buena relación con personal que tienen contratado para establecer relaciones públicas. Sin embargo, en caso de no haber conseguido contacto con ellos, en la entrada del antro los asistentes se someten a un proceso de selección que no es exclusivo de los antros gay como sí lo es de los antros fresas y es coloquialmente conocido como “la cadena”. La puerta del antro está cerrada con una cadena que es custodiada, por lo general, por personal de seguridad –cadeneros- que suelen mantener una expresión dura, fastidiada, como poniendo poca atención a la concurrencia. En tanto, los que desean entrar al antro se agrupan alrededor de la cadena buscando ser vistos y seleccionados por el cadenero. A veces son ellos los que realizan la selección de la clientela y en otras ocasiones, algún publicirrelacionista suele asomarse, como buscando a alguien en particular, y conceder el acceso a otros más con los que se cruzó por su mirada.

El criterio de acceso es poco claro y la vez puede ser preciso. A Juan Miguel, un burócrata del sector público actualmente de alrededor de 30 años, le fue negado el acceso a Envy, uno de los primeros antros de este tipo en la ciudad de México, cuando su sede se encontraba en el extremo poniente de la capital en el barrio de Santa Fe –hoy existe en Polanco-. No le cuesta mucho narrar su experiencia cuando le pregunto que por qué cree que no lo dejaron

pasar: “pus por qué va ser, porque no soy como quieren que sea: no soy güero, no soy bonito, no soy buenote, nomás soy un güey ahí equis; chiquito, morenito, flaquito y pus no, nosotros no”. Andrés me dice que la cadena busca que entre gente que le dé prestigio al lugar y que los que entren se sientan cómodos entre sí, que estén con gente con la que quieren estar. Cuando le pregunto si este criterio es racista o de clase, me dice: “es como de educación, ¿ya sabes? O sea, si puedes ser medio feo y entrar, nomás que tienes que tener una presencia, estar bien vestido. Puedes estar guapísimo, pero si vas todo hippie, pues no te van a dejar entrar tampoco”.

Mi sensación y por las selecciones que he visto es que la cadena busca privilegiar una clientela joven –entre sus 18 y sus 30 años-, de piel clara, vestida bajo ciertas convenciones que demuestre algún tipo de riqueza o entendimiento del “buen gusto” de las élites. Se entiende como “mal gusto” cualquier ostentación de riqueza fuera de esa convención –por ejemplo, el uso de notables cadenas de oro y otros accesorios de joyería- o vestimentas asociadas a otras identidades o clases sociales. En esto también se espera un apego a convenciones no solo de clase sino también de género: al parecer, no es admisible quien es identificado por el cadenero como hombre pero con un conjunto de insignias de la expresión femenina que, a su juicio, rebasen algún límite del *mal gusto*. Sin embargo, también es posible encontrar dentro de los antros con cadena a un buen número de excepciones de este perfil: hombres y mujeres más viejos, personas morenas o de otros aspectos físicos y étnicos, ropas ostentosas y muy ocasionalmente a personas trans. El cadenero y los publicirrelacionistas, desde mi punto de vista, valoran distintos elementos de los potenciales clientes, toman en cuenta distintos aspectos del capital social que intuyen posee cada sujeto y, con base en esto, toma la decisión de retirar la cadena de acceso al antro para quienes hayan resultado elegidos.

En el resto de los antros, las discriminaciones de acceso ocurren de manera menos explícita. Por un lado, el rango de precios del cóver puede variar, encontrando que justamente aquellos antros donde es gratuita la entrada, encontramos un ambiente mucho más juvenil y popular. Por el otro, no suele existir la cadena y no se niega el acceso, por lo general, a nadie, en virtud de su edad, características étnicas/raciales, vestimenta, de clase y género. Aún así, los antros suelen tener clientelas que comparten algunas características de cada uno de estos tipos, por lo que no presentar ciertos elementos identitarios y de la performatividad de clase y género,

es decir “no encajar”, pudiera funcionar como un mecanismo de sanción y exclusión como se expone como otras formas de discriminación en otros trabajos (nuevamente, como ejemplo, Laguarda, 2011).

2.2.2.3. *Bares*

Esencialmente, los bares no poseen muchas diferencias con los antros. Por lo general, suelen ser lugares más iluminados, la música suele estar en un volumen más moderado –aunque no en todos los casos-, tienden a ser más pequeños y suelen estar abiertos más días a la semana y en un horario que va desde las 18:00 horas o las 20:00 horas y hasta las 2:00 horas aunque, como con los antros, suelen “bajar la cortina” y continuar en operación clandestina un par de horas más. En el bar, tiende a privilegiarse más el consumo de alcohol y, suele haber menos espacio para el baile. Sin embargo, en la mayoría de estos es frecuente encontrar a personas bailando. Los bares suelen ser de acceso libre: no hay cadena y, en general, no suele haber una vigilancia en la entrada salvo cuando estos se encuentran saturados. Sin embargo, la superación del aforo máximo legalmente permitido suele ser un problema recurrente de los bares más exitosos, como fue el caso en septiembre de 2016 de cuatro bares en la Zona Rosa y, posteriormente en noviembre del mismo año con todos los bares gay de la calle de República de Cuba en el centro histórico.

Como con los antros, los bares también tienen sus parroquianos –a veces los que son de uno o dos antros en particular, también lo son de otro par de bares, como en los circuitos descritos anteriormente- y generan también esos ciertos “ambientes” particulares en los que predomina un nivel socioeconómico, identidades sexuales y edad. Sin embargo, existen bares donde las clientelas pueden llegar a ser un poco más heterogéneas. Por lo general, e igual que en los antros, en los bares suele concentrarse la presencia de los varones, aunque existen algunos donde acuden las mujeres de manera más visible y lo mismo con las personas trans que, salvo en al menos un par de bares del centro histórico y de otras zonas periféricas, se les encuentra muy esporádicamente.

Si bien antes los bares se diferenciaban, por lo general, solo por los precios de las bebidas, ubicación en la ciudad y los ambientes que sus parroquianos generaban, hoy en día encontramos una mayor especialización entre los tipos de bares, como los hay entre este tipo de establecimientos no orientados a una clientela gay. Así, encontramos uno especializado

en mezcales, en la calle de Amberes u otro en pulques un par de cuadras más adelante. También han proliferado, sobre todo en la Zona Rosa, bares con karaoke para que sus clientes puedan cantar. En algunos donde se ofrecen géneros musicales específicos, como es el caso, por ejemplo, del Vaquero, en Florencia, donde tocan música de banda y norteña que no suele ser programada de forma habitual en los bares y antros más fresas y los orientados a los más jóvenes. También en los karaokes es común encontrar música que no es para bailar, como son por ejemplo, las baladas de desamor en español interpretadas por algunas de las divas clásicas del ambiente gay (Lupita D'Alessio, Daniela Romo, Lucía Méndez, Yuri, Jenni Rivera, entre otras). En algunos de estos bares, inclusive, hay una consola para que los parroquianos puedan elegir la música como suele ser para los casos de música de banda y norteña.

2.2.2.4. *Bares especializados*

Dentro de los bares, existen algunos que pretenden indicar, de forma relativamente explícita, el tipo de clientela que persiguen y algunas de las estrategias están orientadas a atraer identidades sexuales. A estos los llamo yo especializados.⁷³ Así, por ejemplo, en la Zona Rosa hay un antro y un par de bares que buscan una clientela lésbica. Aun así, salvo en uno de ellos en estos mismos espacios, suele encontrarse una presencia masculina importante. En décadas anteriores han existido otros bares, fuera de la Zona Rosa y particularmente en las colonias Condesa y Roma, que buscaban y conseguían clientelas lésbicas de forma mayoritaria. Hace pocos años, en el centro histórico, ha abierto un espacio con estas características que no se considera lésbico, sino más bien feminista y que busca dar cabida a la presencia exclusiva de mujeres que, por lo general, asuman una identidad no heteronormativa –no necesariamente “lesbiana”. En este espacio también hay acceso a hombres e incluso se han celebrado algunos eventos dedicados a varones gay, pero en algunos otros eventos y fiestas particulares, podría operar sobre ellos una sanción social de desaprobación.

⁷³ Es importante reiterar que no hay una oferta de este tipo de espacios orientados de forma específica o especializada a personas que se identifiquen como hombres trans. Recientemente, en un bar dirigido a lesbianas en la calle de Florencia, existen, sin embargo, espectáculos de transformismo masculino o *drag kings* donde es posible que algunos de los transformistas eventualmente asumen una identidad de género masculina. Sin embargo, no sería éste un bar de hombres trans, ni siquiera de travestis masculinos, aunque se admite esta clientela.

También existen bares que buscan excluir de forma más o menos explícita a clientes con una expresión de género mayoritariamente femenina. Es el caso de uno en la Condesa que ha existido ya por más de 20 años, en la que, si una mujer intenta acceder al espacio, el personal de la entrada le recomienda no hacerlo. Al menos ésta fue la experiencia que tuve en una ocasión que intenté ingresar con una amiga. El personal de la entrada fue insistente y persuasivo en que, por ley, no podían negarle el acceso pero que ella “no tenía nada que hacer ahí”. En realidad, era claro que no le permitirían la entrada y decidimos no insistir más. La temática del bar es explícitamente de la llamada leather, en la que los hombres asisten vistiendo ropa de cuero y, prototípicamente, buscan relaciones sexuales que incorporan roles de dominación y sumisión o sadomasoquismo. En la práctica, es raro encontrar clientes que actúen bajo esta identidad y más bien asisten vecinos de la zona, turistas o clientes de otros ambientes, aunque en general de un rango de edad superior (de unos 30 a 50 años) a lo que se encuentra en la mayoría de los bares de la calle de Amberes y de República de Cuba (de 18 a 30 años). Este bar de la Condesa, incluso, se circunscribe a alguno de los circuitos semanales de clientelas parroquianas, siendo los martes su día más popular. Dentro del bar hay un espectáculo de desnudo masculino, proyección de películas pornográficas y un cuarto oscuro.

En la Zona Rosa existe un bar destinado a los llamados osos apropiado por personas con cuerpos menos atléticos. De alguna manera, la presencia de este tipo de bares revela que en los otros existen normas y exclusiones basadas en tipos corporales. A diferencia del bar de la Condesa donde se invita a las mujeres a no insistir en acceder al bar –por ley sería ilegal explícitamente impedirselo-, en el bar de osos la entrada de mujeres o de personas trans es libre. Sin embargo, la dinámica del lugar parece generar exclusiones o autoselecciones más evidentes que en otro tipo de bares.

También en la Zona Rosa, el bar que mencioné anteriormente con el nombre Vaquero, también es posible encontrar una clientela distinta a la convencional del bar y del antro gay. En este caso, convocan a los “vaqueros”, una clientela muy masculina pero con ciertos tintes de un modelo nacionalista de masculinidad. Aunque no es obligatorio, ni son la mayoría, muchos hombres asisten con sombrero, botas y camisas a cuadros. El género musical, como mencioné, suele ser norteña o popular mexicana de banda, aunque también salsa, cumbia y hay bloques con los mismos éxitos pop en inglés y español que se tocan en otros lados. Fuera

de esta forma particular de masculinidad, el bar parece funcionar de forma similar al de osos: dando cabida a cuerpos poco atléticos y, sobre todo, a edades no tan juveniles. De hecho, es frecuente observar aún menos jóvenes que en otros bares. Al igual que en el bar leather de la Condesa, el rango de edad parece ir de entre unos 30 a 40 años en el bar de osos y de 30 a 60 en el de vaqueros.

Al parecer, no hay en la Zona Rosa, ni en el centro histórico, ni mucho menos en Polanco, algún bar que de forma explícita esté enfocado a identidades trans femeninas. Hay bares donde hay mayor o menos presencia de ellos y ellas, como ya fue mencionado. En el trabajo de Ana Paulina Gutiérrez (2014) se menciona un bar en la colonia Moctezuma, otro en la colonia Álamos y otro más en el nororiente de la ciudad de México, donde la dinámica del establecimiento es que asistan mujeres trans y sus “admiradores”. En el caso del sitio en la colonia Álamos, un barrio residencial de clases medias de la zona central de la ciudad pero alejado de los circuitos de entretenimiento nocturno o espacios turísticos, funciona simultáneamente como estética y para celebrar reuniones de corte informativo, político o fiestas. Además, en la colonia Doctores está el Hotel Senador, que funciona también como un espacio de reunión, entretenimiento y, en algunos casos de trabajo, para mujeres trans. Estos mismos espacios también me los refirió en una entrevista Regina, una persona trans, a quien presento en el capítulo 4 de esta investigación y donde profundizo un poco más en el tema.

Finalmente, dentro de los bares especializados, recientemente ha resurgido un conjunto de espacios que han retomado los espectáculos de drag queens o, como se solía llamar en México y que es aún posible encontrar el término: “vestidas”. Estos, al menos tres de ellos se encuentran todos en el centro histórico. En uno de ellos, el de mayor antigüedad, conocido como La Perla la concurrencia no es necesariamente gay, lésbica o trans. En cambio, en los dos espacios más recientes, ambos en las zonas periféricas del centro histórico predomina una concurrencia principalmente no heterosexual entre hombres gay, bisexuales y de nuevas formas de referir una identidad no heterosexual, así como mujeres trans y drag queens,

2.2.3. Otras sociabilidades especializadas

Dejando de un lado las prácticas sexuales vinculadas al espacio público o los bares, existen otros espacios que son sociabilidades urbanas creadas por la heterodoxia sexual y que ofrecen

servicios particulares a ellos. En este caso, el rango puede ser sumamente amplio y las categorías pueden llegar a ser limítrofes, pues muchos de ellos no son espacios abiertos o exclusivamente dirigidos a estas clientelas o públicos, sino que son usuarios frecuentes y, su participación en ellos es importante como generador de identidades. Así, por ejemplo, si existen algunas salas de cine que son más frecuentadas por parejas de hombres gays o de lesbianas, difícilmente sería aquí considerada como una sociabilidad urbana de las transgresiones sexuales, pues estas mismas salas son frecuentadas por las mismas razones y en la misma dinámica por parejas o grupos heterosexuales.

En cambio, encontramos algunos espacios que se enfocan a un público no heterosexual. Es el caso de algunas librerías, como una llamada Voces en Tinta en plena Zona Rosa o bien El armario abierto, en la colonia Condesa. Estas funcionan no sólo como tiendas de libros, sino como centros culturales que ofrecen pláticas, conferencias, grupos de apoyo o de discusión, talleres y otras actividades vinculadas a la diversidad sexual. Dentro de la lógica de clubes con actividades de apoyo o culturales, durante mucho tiempo existió uno orientado a mujeres lesbianas o bisexuales, denominado el Clóset de Sor Juana. Esta organización contaba con una sede en la delegación Benito Juárez, donde se realizaban discusiones, proyección de películas, una biblioteca de consulta, fiestas y, sobre todo, la vinculación de mujeres para realizar juntas otras actividades fuera de ese espacio.

De manera cercana a este tipo de espacios, se encuentra el ahora llamado Centro Cultural de la Diversidad en la colonia Roma, que además frecuentemente ofrece funciones de teatro con temáticas o intereses vinculados a la diversidad sexual. Esto nos lleva a algunos teatros, también en la colonia Roma y otros en la colonia Cuauhtémoc, todos muy cercanos a la Zona Rosa, que suelen representar obras de temáticas gay. En muchos de los casos, se ofrecen obras con desnudos.

También, vinculado a los espectáculos, existe un espacio con algún tiempo en la ciudad de México que si bien no es explícitamente vinculado a la diversidad sexual, sí se trata de un lugar de especial importancia para algunas identidades lésbicas. Se trata de un cabaret hoy llamado el Vicio. Es dirigido por un grupo teatral de lesbianas y, en consecuencia, aunque buena parte de sus obras son de sátira política, no está exento de representaciones vinculadas a temas de interés sobre diversidad sexual. Además, con cierta frecuencia organizan eventos

o fiestas dirigidas a mujeres lesbianas. En uno de ellos, de hecho, se preparó un cuarto oscuro, como el que encontramos en algunos bares de hombres gay. Según una participante de esa fiesta, el cuarto no sólo se instaló dentro de las instalaciones del cabaret, sino que vino acompañado de una reflexión de género relativa a las posibles razones por las que este tipo de sociabilidades no son frecuentes entre las mujeres y, se buscó de manera activa, como un acto político, ocupar y usar el cuarto oscuro.

Aunque actualmente en la ciudad de México no detecto ninguno abierto, en otros momentos han existido pequeños cafés dirigidos a clientelas gay. Estos lugares pretendían brindar un espacio donde amigos o parejas pudieran convivir, como lo hicieran en otro café, pero pudiendo dar visibilidad pública a sus identidades sexuales. Existen otros cafés de grandes cadenas nacionales o internacionales, en cambio, que sin ser dirigidos a una clientela gay, son apropiados por éstos. Sin embargo, ya he mencionado que esto ocurre de manera especial, en aquellos que se ubican en la Zona Rosa, por lo que quisiera hacer un énfasis a que más que ser la formación de una sociabilidad urbana particular –como podría ser en un entorno alejado de estas zonas de tolerancia-, probablemente conviene hablar más del espacio público de la Zona Rosa como una sociabilidad que engloba esta visibilidad en diferentes establecimientos que no son explícitamente gay.

Existen otros espacios vinculados a otras identidades sexuales como salones de belleza, algunas boutiques o cadenas de ropa, tiendas de antigüedades. No descarto el impacto que pudiera tener alguno de estos u otros espacios en la formación de identidades sexuales trasgresoras en la trayectoria de muchas personas, por lo que es importante explorarlo en cada caso particular. Sin embargo, no encuentro conveniente hacer una cartografía de estas sociabilidades, porque tienen sentidos comerciales muy específicos que no necesariamente interpelan o se enfocan a sujetos no heterosexuales.

2.3.- La Zona Rosa como concentración y exclusión de sociabilidades

Como he apuntado, toda esta oferta de sociabilidades se encuentra dispersa en diferentes partes de la ciudad. Encontramos una mayor concentración tanto de las sociabilidades difusas como de las concretas en las zonas centrales de la ciudad y, en algunos casos también en sus periferias. La Zona Rosa, sin embargo, concentra sin lugar a dudas la mayor parte de

sociabilidades y, el área completa que la conforma es, en sí misma, un espacio de sociabilidad no heterosexual.

Como parte de esta investigación, he construido un mapa de toda la ciudad de México donde marco las sociabilidades diferenciando la tipología mostrada. En primer lugar, muestro algunos de los espacios llamados *gay-friendly* (en amarillo y con una iconografía que muestra si se trata de cafés o restaurantes, cines o centros comerciales), así como las sociabilidades concretas, diferenciando si son espacios mixtos o especializados en alguna clientela gay, lésbica o trans, así como si se trata de sociabilidades sexuales, bares gay u otro tipo de sociabilidades. Entendiendo que es de difícil lectura la imagen que añado en este documento, el mapa es interactivo y puede consultarse en línea, donde para cada sociabilidad marcada, además, es posible contar con más información sobre su nombre y la mecánica particular que ahí ocurre.⁷⁴

En la Zona Rosa y sus alrededores más inmediatos es posible contar con más de 40 espacios de sociabilidad distintos. En su mayoría, se trata de bares y antros, de ambiente mixto predominantemente masculino. Es notable una mayor concentración de ellos, además, en el tramo de la calle de Amberes entre el Paseo de la Reforma y la calle de Hamburgo. Sobre esta concentración tan particular, Rodrigo Laguarda (2011) cuenta con una investigación en la que consigna este espacio como una “gay street” surgida en el año 2004. Sin embargo, Laguarda la aborda al margen y con independencia total de una noción de la Zona Rosa como un espacio de sociabilidad gay. En mi propia investigación y como demostraré en los capítulos siguientes, encuentro que aunque esta concentración es notable, no es posible distinguir su formación de una trayectoria mucho más amplia del proceso de la Zona Rosa. Es decir, al menos tres décadas antes de este auge empresarial en Amberes, ya contábamos con este marco de sociabilidad en la zona y, lo que es más: es posible identificar una continuidad, un relato congruente, a lo largo de esas tres décadas que mostraría que esa concentración de Amberes solo se explica a la luz de esa trayectoria. Esto será materia de los capítulos 3 y 5 de esta investigación.

⁷⁴ Este mapa es consultable en el vínculo <https://drive.google.com/open?id=1fgWDaksbUY3pYvdwzf3RV7hvvQk&usp=sharing>

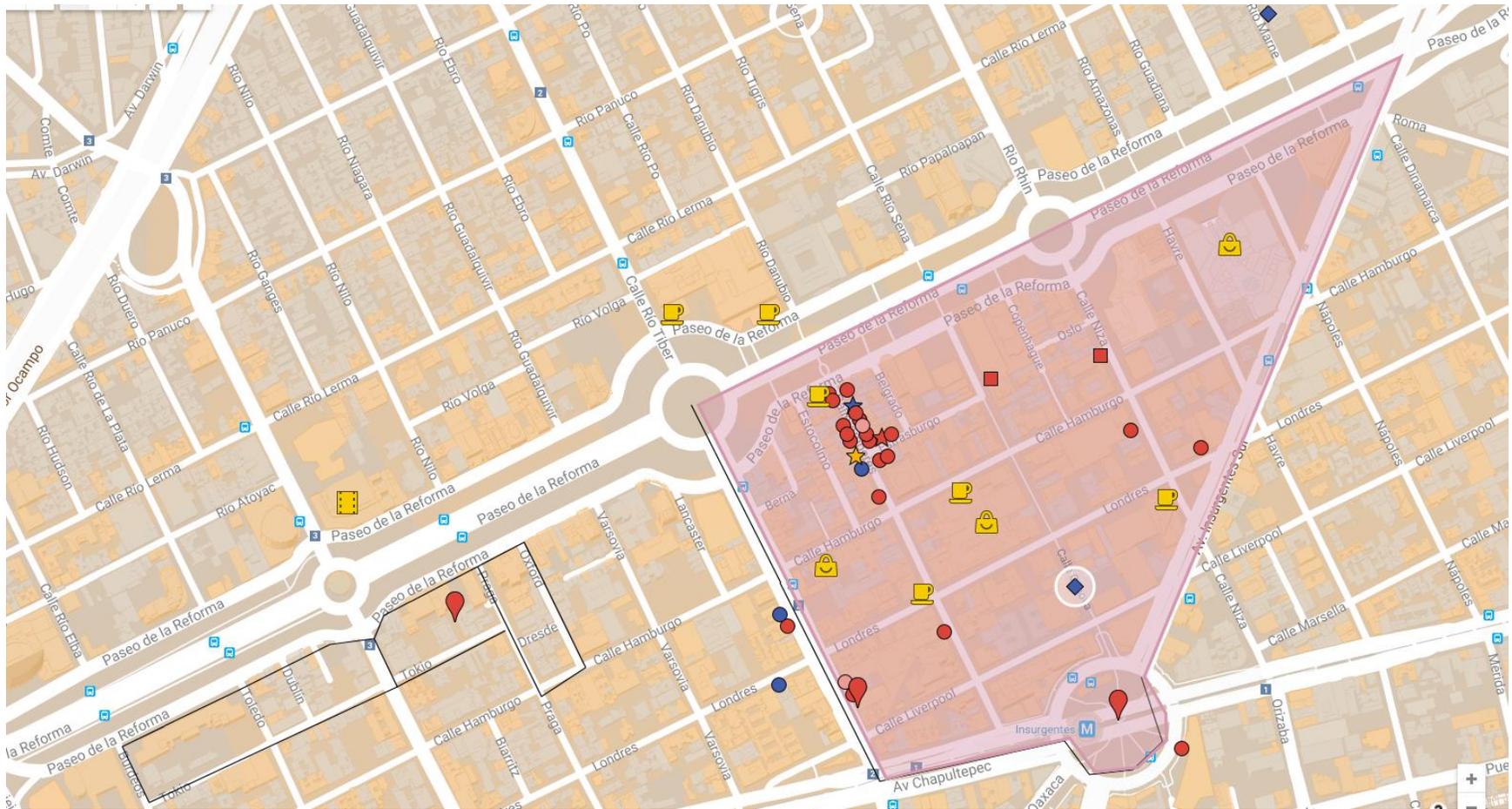


Imagen 2.1- Concentración de sociabilidades lésbico-gay en la Zona rosa y en su área más inmediata. Para su versión interactiva en línea, ver nota 76. (Elaboración propia en la plataforma Google Maps).

Por lo pronto, la concentración de sociabilidades en la Zona Rosa al menos como la encontré al tiempo de realizar el trabajo de campo y como apunté al inicio de este capítulo, cuenta con dos exclusiones notables. Por un lado, no encuentro en ella una importante presencia de sociabilidades sexuales salvo por las cabinas de las sex-shops y del cuarto oscuro de uno de sus antros. Es decir, aunque hay tres lugares de encuentro en un área inmediata, la mayoría de estos espacios se encuentran dispersos por toda la ciudad. Si acaso, con una ligera concentración mayor hacia el centro histórico. Por el otro lado, dentro de las sociabilidades concretas y especializadas en alguna identidad o performatividad, tampoco es posible encontrar alguna exclusiva de mujeres trans u otras identidades trans.

Durante el trabajo etnográfico me pregunté por estas exclusiones. Jerónimo, de 37 años, a quien también entrevisté a profundidad para conocer toda su historia con respecto a las sociabilidades de la ciudad de México, me dice que para él la Zona Rosa, que frecuentaba particularmente entre 2002 y 2008, había un lugar más “bonito”, que no da lugar a los sórdido. ¿Cómo es eso? Adelantando aquí el trabajo de capítulos siguientes, lo que busco argumentar es que la intensa agenda de visibilización del movimiento LGBT tuvo un importante asiento en la Zona Rosa especialmente a lo largo de la década de 1998 a 2009 – la que llamo, más adelante una tercera generación en la Zona Rosa- que, además de la producción de algunas instituciones gubernamentales dirigidas a las identidades sexuales – como un ministerio público dirigido a “la diversidad sexual”-, finalmente se consiguió el matrimonio igualitario con derecho a adopción en la Ciudad de México. Así, los esfuerzos de normalización de ciertos aspectos de las identidades lésbica y gay dentro del espacio público de la ciudad de México consiguieron su más acabada expresión justamente en el territorio de la Zona Rosa. De ser un área de tolerancia donde el Estado permitía extraoficialmente sociabilidades urbanas que bien pudieran haber sido perseguidas u hostilizadas, ahora de manera oficial se convertía en un espacio icónico o emblemático de una agenda en la que el Estado se compromete a proteger y atender la diferencia, la trasgresión sexual.

Si bien esto tiene aspectos claramente positivos en la vida de muchos hombres y mujeres no heterosexuales que salen al espacio de la ciudad de México a socializar identidades con mayor seguridad y garantías estatales, también marcó nuevas exclusiones. La visibilidad conquistada incluyó aspectos que habían sido considerados trasgresores, como la muestra de

afecto entre personas del mismo sexo, pero otras expresiones y prácticas de la diversidad sexual y genérica no consiguieron el mismo éxito. Considerando que la lucha por los derechos civiles se concentró en el reconocimiento de parejas del mismo sexo bajo la figura del matrimonio, la conquista por la visibilidad soslayó otras prácticas sexuales y arreglos afectivos. Por otro lado, constante ha sido la referencia entre colectivos LGBT y activistas que aunque también hubo avances, hay mucho pendiente aún en la agenda para las personas trans. De esta forma, argumento que la Zona Rosa al pasar de ser un territorio trasgresor a uno icónico del lenguaje oficial del gobierno local, representa en su marco de sociabilidades las prácticas e identidades que fueron, digamos, admitidas por el Estado —en el espacio de la Ciudad de México—, dejando de lado las que no tanto. Las sociabilidades sexuales en general, así como las de las personas trans, fueron a insertarse en otros territorios de la mancha urbana donde pudieran ser, de nuevo tolerados o protegidos por invisibilidad o bien, repolitizados para las luchas pendientes que ya no forman parte de la agenda que se espacializó en la Zona Rosa.

Tal vez esto explica la expresión de Jerónimo, quien acudía a la Zona Rosa cuando esta agenda de visibilización y derechos civiles se había consolidado para ciertos aspectos de las identidades gay y lésbica. La Zona Rosa era, en sus términos, “bonita” porque sus sociabilidades comenzaban a ser parte de un discurso oficial y reconocido que había dejado, parcialmente, la lectura de trasgresión y sordidez. En cambio, las sociabilidades sexuales tendrían que ocurrir en sus márgenes, aún en lo clandestino... no son “bonitas”, sino justamente trasgresoras.

2.4.- Las identidades sexuales y la oferta urbana de sociabilidad

La ciudad alberga una oferta de prácticas y espacios para quien descubre y exhibe una orientación sexual distinta a la norma. Esta oferta, como en todo, será más amplia para quien tenga mayores privilegios. Desde la clase social, la posición en la ciudad y el género, hasta la edad y el atractivo físico son atributos que les permiten a los sujetos tener más o menos acceso a estas sociabilidades, a construir identidades en y a partir de ellas o formular otros recursos para organizar y socializar un deseo erótico no heterosexual o una identidad de género contraria a la asignada al nacer.

Quien tenga un nivel socioeconómico más elevado, podrá financiar aquellas sociabilidades que son más costosas pero también acudir a las gratuitas o más baratas. Quien habite en zonas centrales, tendrá menos problema para desplazarse entre ellas, donde se concentran más o, en todo caso, será mejor si cuenta con más alternativas de movilidad que el transporte público. También tiene acceso a una oferta mayor de estas sociabilidades quien es hombre y busca a otros hombres: podrá discriminar entre diferentes tipos de dinámicas incluso dentro de las que la esencia de la sociabilidad radica en tener relaciones sexuales. Las mujeres, en cambio, no tienen este tipo de sociabilidades dentro de la oferta y, la mayoría de las sociabilidades concretas se trata de espacios mixtos donde la mayoría de los presentes serán hombres. Por su parte, cuentan con algunas sociabilidades especializadas en ellas, pero son significativamente menos que las que hay para los hombres.

Aunque ilegal, en algunos bares –los más costosos- opera una discriminación explícita de performatividad de clase social, donde se juega entre elementos visibles de la posición socioeconómica y el atractivo físico basado en cánones étnicos y raciales. En las sociabilidades sexuales de los varones, el nivel socioeconómico solo suele importar a la hora de pagar el precio de entrada. Sin embargo, la discriminación opera en el éxito o fracaso para concretar una relación sexual que puedan tener los sujetos basados en su juventud, su corporalidad, su atractivo físico. Quien cuenta con mayores privilegios en este terreno tendrá acceso –o éxito- en el mayor número de sociabilidades que ofrece la ciudad. Existen, pues, muchas alternativas y las exclusiones que generan algunas sociabilidades pueden derivar en la formación de otras.

En todo caso, además de las otras formas y medios con los que se van construyendo, negociando y transformando los repertorios de las identidades sexuales –a través de televisión, música, redes virtuales, películas, medios impresos- las identidades sexuales se socializan en buena medida en estos espacios. Como expongo con más detalle en los siguientes capítulos, los sujetos buscan transitar, al menos en alguna etapa de sus vidas por la mayor cantidad de sociabilidades que les sea posible dado el acceso que tengan a éstas. Ahí se adquiere la jerga, ahí se aprende el joteo, ahí se bailan las canciones de moda. Pero, sobre todo, ahí se encuentran a los semejantes con los que se establecen comunidades o parejas afectivas. Ahí encuentran con quienes establecerán circuitos de circulación entre

estas: se pondrán de acuerdo para hacer excursiones en grupo a aquellas sociabilidades que les resultan más amenazantes o simplemente por la pura curiosidad de explorarlas.

También en estas sociabilidades los sujetos trazan las fronteras de lo que les parece aceptable e inaceptable del ambiente. En las páginas y aplicaciones móviles de ligue o incluso en el propio ligue en estos sitios es frecuente encontrar a quienes explícitamente señalan no “ser de ambiente”, que “no escuchan a Madonna”, que están fuera del “círculo Zona Rosa”. Es decir, algunos toman unas cosas y otros otras, se trazan fronteras, se discrimina entre esta oferta de sociabilidades por las prácticas que ahí ocurren, por las marcas de clase social y el gusto –como marcador distintivo- que pueden encontrarse entre sus dinámicas.

La dispersión en la ciudad nos mostró al menos dos núcleos más o menos definidos, ambos, en la zona central de la ciudad de México: la Zona Rosa y el centro histórico. Sin embargo, también encontramos algunos núcleos más pequeños en otros puntos de la ciudad, tanto en zonas periféricas como en las zonas más exclusivas. Si bien he apuntado que existen circuitos de clientelas que escogen algunos de estos sitios como sus lugares de socialización favoritos y que es probable que lo hacen por estratificar niveles socioeconómicos y otros capitales culturales, también parece existir una circulación más libre entre ambientes. Es decir, es probable que un parroquiano de los bares de Polanco, acuda ocasionalmente a los de la Zona Rosa y a los de República de Cuba. Y viceversa – considerando que los de Polanco podrían impedir la entrada de diferentes clientes-. Esta circulación está impulsada por una afinidad identitaria. Es decir, si el sujeto no se asumiera como gay o de alguna otra identidad sexual, probablemente no haría estas “exploraciones”. En todo caso, y como pretendo mostrar en los próximos capítulos, es frecuente que los sujetos estén al tanto de las diferentes ofertas que hay dentro del “ambiente”, las califiquen y asuman una posición con respecto a ellas. Esta posición puede estar determinada por su edad, su nivel socioeconómico y otras lecturas y valoraciones que hagan sobre “los ambientes”.

Entre toda la oferta de sociabilidades se observan diferentes criterios de inclusión y exclusión de los géneros o de otras identidades sexuales. Existen sociabilidades en las que hay una participación y visibilidad de mujeres y varones no heterosexuales como son bares y antros gay mixtos (en estos casos, la presencia de los varones suele ser dominante), cafés, restaurantes, calles, librerías y plazas comerciales; y sociabilidades donde hay una presencia

o participación más dominante de mujeres (bares, antros y cafés exclusivos para ellas, así como algunas organizaciones civiles). En el caso de las sociabilidades mixtas, vemos que existe una base común derivada de un deseo erótico heterodoxo, que permite la creación y socialización de identidades en la que los espacios urbanos son los mismos. Algunas palabras y vocablos, gustos musicales, temas de conversación y discursos propios del ambiente (empezando por este mismo término) son compartidos entre gays, lesbianas y bisexuales. Podríamos pensar que hay una agenda política que aglutina a estos sujetos: el reconocimiento de derechos civiles a parejas del mismo sexo y la lucha contra formas de discriminación basadas en este deseo erótico y afectivo no convencional. Y, en este sentido, observamos que las identidades sexuales –o no todas- no sólo se organizan a partir del deseo erótico-afectivo por personas del mismo género, sino también por el hecho de compartir una misma posición trasgresora con respecto a la heteronormatividad.

Sin embargo, al analizar las sociabilidades excluyentes del otro género que tanto varones como mujeres producen para vivir las identidades derivadas de su deseo erótico y afectivo, resulta crucial observar que las de los varones típicamente se organizan en torno al contacto sexual inmediato y con relativa publicidad, mientras que las de las mujeres no. Es decir, si bien hay puntos de encuentro en algunas sociabilidades, éstas también son sumamente divergentes por género. La organización socioespacial de los varones resulta entonces esencialmente distinta a la femenina, un universo distinto, y parece ser que es el ejercicio de la sexualidad la clave de la diferencia.

Para explicar esta diferencia, pretendo elaborar aquí sobre una breve reflexión teórica surgida a partir de esta categoría. Atendiendo al marco conceptual establecido en el primer capítulo y en otras partes de este trabajo, no se podría respaldar una causa naturalizada a los géneros sobre la manera en la que hombres y mujeres se vinculan con el ejercicio de su deseo erótico en la ciudad. Sin embargo, es más probable que esto responda a un conjunto de mandatos performativos sobre el género. Retomando a Low y Massey, la construcción espacial (y de cualquier otro corte) de lo masculino y lo femenino en las sociedades occidentales ha estado organizada en un sistema dicotómico en la que lo masculino está asociado al espacio público, mientras que lo femenino al privado. Así, los primeros estudios de geografías feministas, comienzan por estudiar la relación entre género y espacio social en el ámbito doméstico.

Si el universo femenino se construye y se consigna a lo privado, su sexualidad es probablemente ejercida de manera predominante en este ámbito y es considerada una transgresión (con o sin intenciones políticas) hacerlo de otra manera salvo sociabilidades minoritarias normalizadas, o bien se le exige o permite publicidad a través de una relación de poder con lo masculino. En cambio, el universo masculino podría privatizar el ejercicio de su sexualidad desde la heteronormatividad, es decir, por vincularla hacia el sexo opuesto que socialmente se ha construido hacia el espacio privado, doméstico y familiar y es solo desde formas relativamente transgresoras pero normalizadas y desde ciertas posiciones de poder que la saca al público a través del comercio sexual, *table dances*.⁷⁵ La sexualidad heteronormada de los varones puede ser simultáneamente privada (en el seno familiar y doméstico típico del curso de vida que se espera de ellos) y pública dentro de un marco de transgresiones normalizadas que refuerzan esa misma masculinidad. Es probable que, entre los varones homosexuales y con una expresión de género masculina, al no tener que negociar con la construcción femenina de lo privado, ni lo doméstico, ni ejerciendo –necesariamente– una relación de poder, su sexualidad puede ejercerse de manera pública en un catálogo tan amplio y fluido de formas y arreglos socioespaciales. En el caso del deseo erótico lésbico, la casi ausencia de sociabilidades ordenadas alrededor del contacto sexual público, entonces, podría explicarse por esta privatización de la sexualidad femenina a la que generalmente solo por acción política –sin negar que exista también la sola transgresión– se busca llevar a lo público.

Ante la normalización de ciertos aspectos de asumir una identidad gay, estoy convencido que un proceso urbano que merece la pena atender es el de la transformación de las sociabilidades tanto de varones como de mujeres. Estas mismas podrían ser reveladoras de los cambios en el orden de género en cuanto a su relación dicotómica entre lo público y lo privado. Ante una disminución de lugares de encuentro, clubes sexuales, prácticas sexuales en baños y otros espacios públicos, que no se explique por intervenciones directas del Estado o factores de salud pública, debería considerarse explorar si los varones gay están internalizando algunos

⁷⁵ Con esto vale un rápido posicionamiento sobre comercio sexual: no implico aquí que no hay posibilidad de agencia dentro de las trabajadoras sexuales. Solo señalo que si el comercio sexual consiste de forma predominante en una demanda de varones sobre cuerpos femeninos, más que a la inversa, esto es consistente con el argumento del ejercicio público de la sexualidad masculina, frente a una sexualidad femenina que se consigna, por lo general, hacia lo privado.

aspectos de la heteronormatividad que los lleva a organizar su sexualidad dentro de los ámbitos privado/público o hay otros cambios en la construcción social del género. Lo mismo en el caso de una irrupción de formas más públicas del ejercicio de la sexualidad entre mujeres. Otro aspecto importante para observar en los próximos años es si los espacios mixtos de sociabilidades de varones y mujeres no heterosexuales persisten, se diversifican o, al contrario, se separan. Esto podría significar la extinción de esa base común entre hombres y mujeres homosexuales de compartir una posición similar con respecto a la heteronormatividad en cuanto tener una orientación sexual trasgresora. En este caso habríamos de analizar qué elementos han sido incorporados a la idea de ciudadanía democrática que planteaba Butler, que llevaría las trasgresiones a la heteronorma a organizarse de otra manera.

En lo que respecta a esta investigación y como materia de los siguientes capítulos, me interesa en particular la concentración de todas estas sociabilidades en la Zona Rosa y la manera en la que estas se han construido para diferentes sujetos a lo largo de las últimas décadas. Si la Zona Rosa dio lugar a una concentración de sociabilidades no heterosexuales desde finales de la década de 1970 y ha persistido, ¿qué función ha jugado en la vida de diferentes sujetos, varones y mujeres, de distintos niveles socioeconómicos y edades? ¿Cómo han evolucionado para ellos estas sociabilidades? Dado que la concentración persiste, ¿por qué lo creen y, sobre todo, para quiénes? ¿Qué distingue a la Zona Rosa de otras concentraciones? Todas estas preguntas surgen a partir de la observación de esta especie de catálogo y distribución de sociabilidades y a todas estas haré referencia a través de los relatos biográficos de distintas personas. Luego de observar este panorama de la organización socioespacial de la heterodoxia sexual en la ciudad de México contemporánea, corresponde aproximarse a la dimensión subjetiva de su Zona Rosa.

Capítulo 3- Nostalgia, decadencia, cosmopolitismo y trasgresión: el imaginario de la Zona Rosa

La “Zona Rosa” no es un nombre arbitrario. Y aunque no alude de forma directa, ni es originalmente su sentido inicial, enuncia un color asociado a lo femenino y, por extensión, a lo *afeminado* y a lo *gay*. El título conferido a este tramo de la ciudad significó un proceso de apropiación, toma de conciencia y, finalmente, de “bautizo” por un grupo de intelectuales, periodistas, escritores y artistas que ahí se daban cita en la década de 1960. No es un nombre otorgado por y desde el Estado, ni por los planificadores urbanos; al contrario, proviene de quienes, aprovechando y apropiando un espacio en su cotidianidad, reflexionaron sobre una serie de valores y significados que tiene éste para ellos. Este grupo, además, contó con los medios o el acceso a éstos para difundir el término hasta que fuera rápidamente reconocido de forma generalizada. Su representación de la Zona Rosa tuvo sentido y generó significado para la ciudad de México. Desde su posición de élite cultural, construyeron, pues, un imaginario urbano que permeó más allá de ellos.

El bautizo de la Zona Rosa ocurre, además, en un contexto preciso de la historia mexicana. Para la década de 1960, el régimen posrevolucionario se encontraba consolidado bajo la figura de un partido único, el PRI, que gobernó el país a través de elecciones controladas hasta el fin del siglo XX bajo un modelo de estado corporativista cuya larga desincorporación comenzó a mediados de la década de 1980. En tanto, en la década de los 60, México llevaba un par de décadas de experimentar con éxito lo que desde las administraciones se llamó el “desarrollo estabilizador” y que, en el contexto global, consistió en la aplicación del modelo de sustitución de importaciones. En el caso de este país, por un largo tiempo se tuvieron altas tasas de crecimiento económico por lo que en alguna historiografía al período 1946-1970 se le ha denominado el “milagro mexicano”. Esto a su vez se tradujo en un crecimiento de población y extensión urbana importante, especialmente en la ciudad de México y, a su vez de un aumento de las clases medias. A finales de este período, la administración del presidente Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) buscó una mayor proyección internacional del éxito mexicano a través de conseguir la sede de los Juegos Olímpicos de 1968 y la Copa del Mundo de fútbol soccer de 1970. Es importante subrayar que en la consolidación del régimen, se desarrolló también una industria educativa y cultural nacionalista y de Estado que comenzó tan pronto finalizó la Revolución Mexicana.

Para finales de la década de 1960, en el país existían algunas tensiones derivadas de estos crecimientos y del clima político que se tradujeron en algunos levantamientos en el sur del país y, especialmente, en la formación de un movimiento estudiantil en 1968. Ha sido en este punto, en el que el régimen mostró su faceta más autoritaria: el gobierno de Díaz Ordaz reprimió de forma sangrienta una de las manifestaciones de este movimiento, además de que él y su sucesor, Luis Echevarría, hicieron una persecución de los líderes insurrectos en el sur y, en general, mantuvieron el uso de la fuerza como una amenaza de control político. Además de esto, el control económico del Estado, el control de todos los órdenes y niveles de gobierno, bajo las administraciones del PRI del siglo pasado, hubo un importante control de todos los medios de comunicación logrado a través de diferentes mecanismos.

Como apuntaré en este capítulo, el espacio de la Zona Rosa como área de esparcimiento, turismo y ocio de las clases medias y altas comenzó a conformarse desde principios del siglo pasado y se fue consolidando en este sentido después de la Revolución hasta ser reconocida con este nombre. Los y las jóvenes que acudían a la Zona Rosa en la década de 1960 vivían las tensiones de un Estado que comenzaba a buscar proyección y reconocimiento internacional, capaz de hablar los lenguajes de la vanguardia, pero también presentar un discurso nacional; de mostrar una fachada democrática ocultando prácticas autoritarias; de una apertura al cuestionamiento cosmopolita de la liberación sexual a la moral convencional pero a la vez defendiendo el discurso tradicional; de un crecimiento económico pronunciado pero aún con importantes rezagos y con una posición ambigua con respecto a lo que, en el ambiente de la Guerra Fría se denominaba “Tercer Mundo”. Sería exagerado decir que estas tensiones se proyectaron en el espacio de la Zona Rosa, pero ciertamente estos aspectos de alguna manera nutren el imaginario que concibe este territorio.

“Demasiado ingenua para ser roja, pero demasiado frívola para ser blanca. Rosa; precisamente rosa”, escribió en este tiempo el periodista Vicente Leñero (1968, p. 5), quien estaba vinculado a este grupo de intelectuales, artistas y periodistas que así la bautizaron. Así, la Zona Rosa es construida como un territorio más o menos concreto, evaluado como ambiguo, como una aspiración inacabada, como una imitación, con un cierto desdén y a la vez como un espacio contestatario de liberación, de vanguardia y, por supuesto, de entretenimiento. La sola enunciación de la Zona Rosa refiere ya a una forma en la que es significado, experimentado y disputado ese imaginario por parte de sus empresarios,

visitantes y vecinos. Es, entre otros elementos, en ese imaginario en el que se insertan un conjunto de sociabilidades gay que participan o se relacionan con este conjunto de representaciones de un plano en la ciudad.

Bajo el concepto de imaginario desarrollado en el capítulo 1, en este capítulo me interesa analizar esa nube de significados y afectos depositados sobre la Zona Rosa en tanto territorio de la ciudad asociado a emociones, consumos, usos del espacio e incluso ideas de nación, juventud, vanguardismo y, por supuesto, trasgresiones sexuales. Supongo que la oferta de sociabilidades de la heterodoxia sexual que hay en la Zona Rosa tiene relación con este imaginario, tanto en el origen del desarrollo de éstas como en la trayectoria que han tenido hasta la actualidad. La presencia de bares, discotecas e incluso servicios de atención del Estado a la población LGBTI disputa con otros empresarios y visitantes su pertinencia de *estar ahí* o no, de acuerdo a las valoraciones de este imaginario. Y, en este sentido, encuentro otro espacio de ambigüedad y conflicto: las sociabilidades gay hacen a la Zona Rosa *muy Zona Rosa*, es decir, son una parte intrínseca de este imaginario y, a la vez, también a través del propio imaginario son sintomáticas de un presunto deterioro que, al menos por un conjunto de empresarios y funcionarios públicos, debe ser reparada. Y es que, como pretendo mostrar en este capítulo, el imaginario de la Zona Rosa está permeado por la ambigüedad y la contradicción.

Al revisar y analizar películas, medios impresos, columnas de opinión, crónicas periodísticas o literarias, otras investigaciones académicas y algunas entrevistas y observaciones de campo, encuentro que dentro de este imaginario de la Zona Rosa, compartido al parecer de forma generalizada entre las clases medias, élites y medios de comunicación dentro y fuera de la ciudad de México, hay dos parejas de afectos o ideas centrales que definen el territorio. Por un lado, la Zona Rosa es para ellos un objeto de *nostalgia* que exige evaluar de forma permanente su *decadencia* y que, como expongo más adelante, esto no es solo un elemento muy presente en el imaginario contemporáneo, sino que es incluso parte importante de su definición como territorio en la década de 1960 y que la ha acompañado en toda su trayectoria desde entonces. La otra pareja es la del *cosmopolitismo* entendido como la aspiración -de clase- de adoptar y mostrar formas, gustos, ideas y convenciones exóticas consideradas como vanguardistas y esta actitud puede implicar un conjunto de posiciones de *trasgresión* a un orden moral local o incluso nacional. Así, encuentro un imaginario de la Zona Rosa definido

por su nostalgia/decadencia y su cosmopolitismo/trasgresión. A continuación, exploro ambas parejas en sendos apartados para finalmente analizar la forma en la que un subconjunto de sociabilidades gay exploradas en el capítulo anterior, se insertan en ese plano imaginario.

3.1. La nostalgia y las dos decadencias de la Zona Rosa

En su novela *La región más transparente*, publicada en 1958, el escritor Carlos Fuentes describe profusamente la ciudad de México de su tiempo. No hay mención a la Zona Rosa – el término estaba próximo a aparecer aún entre esa élite intelectual a la que, de hecho, pertenecía el propio Fuentes-. Sin embargo, menciona que en la calle de Niza, una de las principales de este perímetro, “las mansiones del Porfiriato iniciaban su declive hacia la boutique, el restaurante, el salón de belleza” (Fuentes, 1960 p. 52).⁷⁶ La idea de que residencias lujosas de principios del siglo XX dieron paso a comercios de este tipo parece ser el relato más dominante y compartido sobre la historia de la Zona Rosa desde entonces y hasta la fecha, pues así lo he encontrado referido en el trabajo de campo dentro y fuera del sitio. Bajo estas ideas, estar en la Zona Rosa evoca en muchos de sus visitantes un ambiente imaginado y perdido de las élites económicas del período previo a la Revolución Mexicana que las sustituyó e irrumpió con un nuevo discurso nacionalista y popular que las acusó de europeizadas y aristocráticas.

Y esta misma sensación de pérdida de un barrio dizque aristocrático parece estar acompañada actualmente de otra pérdida posterior: la de la cosmopolita Zona Rosa de los 60 y 70. En esta tónica, por ejemplo, el periodista y escritor Rafael Pérez Gay (2012) escribió una columna de opinión -como muchas más de otros autores de las élites culturales y con variaciones menores sobre el mismo tema que aparecen esporádicamente en diferentes diarios nacionales desde la década de 1980- en la que señala con un lamento sobre lo perdido que en la década

⁷⁶ El término “Porfiriato” refiere al período que el presidente Porfirio Díaz gobernó México entre 1876 y 1911, salvo por el período 1880-1884 que fue presidente Manuel González. Esta administración es caracterizada por un gobierno autoritario, antidemocrático, que impuso una estabilidad política luego de un siglo XIX convulso y es interrumpido por la Revolución Mexicana. En este período, México avanza en un proceso de industrialización, hay crecimiento económico basado en la ideología liberal de la época y a costa de profundizar desigualdades. El Porfiriato como era cultural se caracteriza, entre otras cosas y en algunos imaginarios, por haber dejado un importante patrimonio inmueble en edificios civiles, gubernamentales o privados, infraestructuras portuarias, ferroviarias y urbanas. Se le relaciona con un gusto “afrancesado” (en referencia a estilos modernistas eclécticos con reminiscencias francesas de la arquitectura e interiorismo estadounidense de este tiempo) y europeizante tanto de las élites gubernamentales como de las élites económicas que es interrumpido de manera radical, al menos en la historiografía convencional, por la Revolución.

de 1970 la Zona Rosa fue un “centro cultural *avant-garde*”. Pérez Gay, además, incluye en su crónica otro elemento distintivo en este tipo de textos: un recuento de los nombres de restaurantes, cafés y centros nocturnos de estos extintos “tiempos de gloria”.⁷⁷ Para Pérez Gay, como para otros escritores o incluso habitantes de la ciudad de México, la destrucción que dejó el terremoto que sufrió el centro del país en 1985 marcó el fin de esa Zona Rosa y desde entonces es, en sus palabras, “feísima, peligrosa, sin más patrimonio que la leyenda de sus calles viejas”. No lo dice, pero también esta decadencia achacada al terremoto también se enmarca en la profunda y prolongada crisis económica del Estado mexicano en la década de 1980 que significó, simultáneamente transformaciones en el modelo de economía política nacional.

El relato de Pérez Gay sobre la Zona Rosa retoma y coincide con el de Fuentes, publicado más de 50 años antes: la Zona Rosa nació del abandono de una colonia porfiriana, “entre los chalets y palacetes a los cuales se mudaron las eminencias porfirianas en los primeros años del siglo XX en busca del hechizo de París y el sueño de Londres”. Y a la pérdida de ese “hechizo” tras la Revolución Mexicana, después sobrevino la pérdida del “centro *avant-garde*” tras el colapso del estado de bienestar y el choque del terremoto. En el imaginario nostálgico, la Zona Rosa ha sido abandonada dos veces. Así, a partir de la lectura de una doble decadencia sobre la Zona Rosa se suele proyectar un afecto nostálgico, un permanente lamento: “la Zona Rosa ya no es lo que era”.⁷⁸ Irónicamente, no está claro, incluso, que la Zona Rosa alguna vez haya sido del todo lo que señalan que se perdió, por lo que el sentido y origen de este imaginario podrían revelar algunos apuntes sobre la valoración o relación de las élites con la ciudad de México: una nostalgia de lo que nunca fue.

3.1.1. Nostalgia: el concepto de un afecto

La nostalgia parece ser un afecto característico de la modernidad. El historiador Peter Fritzsche (2005) la encuentra como el correlato del discurso sobre el progreso en la modernidad.⁷⁹ Es decir, como una respuesta simultánea y también burguesa al rápido cambio

⁷⁷ Entre los más renombrados están los restaurantes Focolare, el Perro Andaluz, el Alfredo's, el Delmonicos, los cafés Kineret, el Toulouse-Lautrec o el Duca D'Este, la discoteca Sergio's Le Club, entre otros.

⁷⁸ Por ejemplo, en una reseña típica de la Zona Rosa, se invoca como “esplendoroso” su pasado, como “un tiempo que ya no es” (Castañeda, 2013)

⁷⁹ Sin embargo, como objeto de curiosidad para las ciencias sociales, la nostalgia -como la mayoría de las emociones y afectos, en general- no había sido tomada en cuenta sino hasta hace 50 años y tal vez de manera más decidida los últimos 25. El giro subjetivo llevó a historiadores, sociólogos y antropólogos a preguntarse

social que ocurre ante las innovaciones tecnológicas y las turbulencias políticas vinculadas o no a una economía en industrialización. La nostalgia sería, entonces, la conciencia afectiva de lo perdido que, si la modernidad estimulaba, la posmodernidad -entendida como un período post industrial en un contexto de globalización y revolución tecnológica- la excita frenéticamente.

Como lo describe la filósofa S.D. Chrostowska, el último siglo describe una interacción entre la nostalgia y el capitalismo: “los deleites y privaciones historicistas determinan un precio por la añoranza del pasado y continuamente expande las posibilidades de su manufactura” (Chrostowska, 2010, p. 52, traducción propia). Es decir, y siguiendo sus palabras, bajo la modernidad y el tiempo presente, la nostalgia se convierte en un afecto placentero basado, por definición, en la insatisfacción. Y en aras de alimentar un mercado de añoranzas se crea una “economía simbólica” de la nostalgia que exige formas creativas de su consumo. La memoria y los relatos personales del pasado se verán afectados por esa constante producción y consumo de nostalgia que puede requerir modificar y resignificar a los objetos de añoranza.

Bajo este entendimiento de la nostalgia y volviendo a la Zona Rosa, este afecto y la invención de sus dos decadencias parecen ser el relato que mantiene como deseable un espacio que no posee las características de no solo uno, sino hasta dos pasados añorados que los que ostentan este imaginario desearían encontrar o proyectar ahí. La Zona Rosa de los 60 “ya no es” el barrio porfiriano que solía ser y es evocado con la añoranza de lo perdido. La Zona Rosa actual “ya no es”, tampoco, el centro *avant-garde* que solía ser en los 60 y es igualmente evocada con añoranza. Lo inacabado, lo insuficiente, lo desagradable, la pretensión que encuentran ahí quienes comparten este imaginario solo se puede explicar por su *decadencia*. En el mantenimiento del deseo por estar y apropiarse de la Zona Rosa, la nostalgia interviene en la creación de discursos para su consumo. En el imaginario, la Zona Rosa solo puede ser tal desde la nostalgia doblemente marcada. Como buscaré demostrar, esto tiene un efecto en

por la construcción de historicidades: qué, quiénes, cómo y para qué recuerdan, qué desechan y olvidan, qué se trae al presente y cómo juega esta memoria en diferentes posiciones de poder. Y, sin embargo, fue inevitable observar que esta memoria suele estar impregnada de una emoción de añoranza que la afecta de diferentes formas, por lo general, simplificándola e idealizándola. Así, la nostalgia encontrará caracterizaciones, problematizaciones y abordajes en las ciencias sociales que se preguntan por las formas en las que opera esta nostalgia.

la formación y caracterización de las sociabilidades gay que hay ahí. A continuación, reviso los relatos nostálgicos y la forma en la que moldean el deseo sobre la Zona Rosa.

3.1.2. La formación del espacio urbano de la Zona Rosa: ¿barrio porfiriano?

Como apuntaba, sus dos decadencias -la de la colonia porfiriana y la de la colonia *avant-garde*- tienen un registro empírico cuestionable, especialmente la primera, que nos hacen mirar la potencia del imaginario nostálgico en la producción de historicidades de esta “economía simbólica”. Al revisar la producción material del espacio en la Zona Rosa, vemos que las fuentes no se corresponden del todo bien con este relato del barrio aristocrático devenido en centro cultural cosmopolita y *snob*.

En su investigación sobre la colonia Juárez, Eugenia Acosta Sol (2007) encuentra que la conversión de zonas agropecuarias de lo que fue conocida como la Hacienda de la Teja en fraccionamientos urbanos ocurrió, efectivamente, durante el largo gobierno de Porfirio Díaz, que la ciudad de México tuvo de manera más decidida una de sus fases expansivas dentro del ámbito del crecimiento económico, demográfico y urbano de este período. Sin embargo, la edificación de la mayor parte de las casas y edificios que se encuentran en lo que hoy conocemos como Zona Rosa, en realidad ocurrió en la década de 1920 y 1930, tras la Revolución Mexicana, que la ciudad reanudó su expansión ya bajo otro modelo económico y político. La idea de las mansiones europeizadas construidas con las fortunas amasadas por las élites del fin de siglo XIX parece ser cierta, sin embargo, para la parte oriente de la colonia Juárez, desde la Avenida de los Insurgentes hasta el Paseo Bucareli que, como busco mostrar en la Imagen 1, no forma parte del núcleo conocido como Zona Rosa. Quedan las interrogantes, entonces, tanto sobre la formación de este discurso de nostalgia y decadencia como sobre la forma en la que esta zona fue concentrando una mayor oferta de restaurantes si no es a partir del cambio de uso de suelo residencial. Es decir, ¿hubo reconversión del uso de suelo del capital construido en la Zona Rosa como sugiere el imaginario nostálgico o, al contrario, la Zona Rosa se construye desde su inicio como un área especializada en el turismo, ocio, esparcimiento y consumo de clases medias y altas?

Según Acosta Sol (2007), la colonia Juárez queda definitivamente fundada en el año de 1906 como la suma de varios proyectos de urbanización planteados a lo largo del último tercio del siglo XIX y que no terminaron de consolidarse sino hasta entonces. Al oriente de lo que hoy

llamamos la Avenida de los Insurgentes se hicieron repartos que se conocieron como Colonia Bucareli, Colonia del Paseo y Colonia Nueva del Paseo.⁸⁰ En estas zonas sí se construyeron mansiones y palacetes en la era porfiriana –notablemente, por ejemplo, la que hoy ocupa la Secretaría de Gobernación- aprovechando la infraestructura del antiguo Paseo Nuevo o Paseo de Bucareli, un andador arbolado y monumental, creado al final de la era virreinal. Desde entonces podría ser que se identificaran las nuevas urbanizaciones al surponiente de la ciudad de México con los gustos de las clases altas.

El perímetro de la parte poniente de lo que se convirtió en la colonia Juárez, incluyendo la Zona Rosa, se definió a partir de un elemento urbanístico antiguo y uno moderno. El primero se refiere a la Avenida Chapultepec, que fue trazada en tiempos prehispánicos como la ruta de abastecimiento de agua dulce de los manantiales del cerro de Chapultepec a Tenochtitlán. Este mismo camino y uso hidráulico se sostuvo, con reformas, durante la época colonial y, de hecho, continuó hasta la administración de Porfirio Díaz. Fue por las nuevas ingenierías en materia hidráulica en este periodo, que se desmontó el acueducto que por ahí corría, dejando solo algunos arcos como testimonio; y se mantuvo la calzada que subsiste hasta hoy. Sin embargo, al norte, se trazó el elemento quizás más definitorio de los imaginarios que conforman a la Zona Rosa: el Paseo de la Reforma.

Esta avenida consistía en un viejo camino y límite de tierras dentro de la ya mencionada Hacienda de la Teja y que el emperador Maximiliano, en su breve gobierno sobre México (1864-1867), empleó para trazar un paseo monumental entre su residencia en el alcázar de Chapultepec y la ciudad de México. El Paseo de la Emperatriz, llamado inmediatamente “de la Reforma”, tan pronto Maximiliano fue depuesto por los liberales, conservó la traza y sentido escultórico que le imprimió una imaginación de centralidad política y urbana, palpable en la importancia y cuidado que le han dado prácticamente todas las administraciones de la ciudad hasta la fecha. Al parecer, las clases altas encontraron cierto magnetismo en el trayecto imperial e incluso comenzaron a emplearse las colindantes tierras de la Hacienda de la Teja para actividades recreativas de las élites económicas y políticas. Por ejemplo, existe una fotografía que muestra al propio Maximiliano jugando cricket con el

⁸⁰ Acosta menciona también la “colonia de los Arquitectos”. Sin embargo, en otros planos de la época, la demarcación de este reparto no parece empalmarse realmente con ningún tramo de lo que se convirtió la colonia Juárez.

embajador del Reino Unido y otros notables en las inmediaciones del nuevo Paseo (INAH-Conaculta, 2007, p. 23).

Si bien hubo proyectos para repartir y urbanizar el área comprendida entre la Avenida Chapultepec y el Paseo de la Reforma desde los primeros años del gobierno de Porfirio Díaz, esto no fue posible sino hasta 1906 (Sol, op cit). Es relevante mencionar una disputa que existió entre los primeros fraccionadores y el gobierno para definir detalles técnicos sobre la orientación de las calles y el frente que debían guardar libre las casas, con el fin de definir y potenciar un criterio de belleza urbanística del Paseo de la Reforma que diera servicio a las mansiones que ahí se construían o bien a sus visitantes. Como dice Acosta Sol: “Reforma era el eje de valoración fundamental” (p.32). Está claro, desde entonces, que la nueva colonia sería un espacio privilegiado y para privilegiados de la ciudad.

Sin embargo, la integración de las colonias mencionadas al oriente de la actual demarcación con los terrenos del poniente no ocurrió sino hasta 1906. Y al poco tiempo estalló la Revolución Mexicana, frenando el crecimiento de la ciudad. En un padrón municipal de 1920 puede observarse (imagen 3.1) que la parte poniente de la colonia Juárez, donde hoy se encuentra la Zona Rosa, tenía muy pocas viviendas, casi todas sobre la calle de Génova. Más aún, como se observa en el plano, en el área de lo que hoy es la Zona Rosa (lado izquierdo del mapa) la traza de calles sufrió modificaciones posteriores a 1920. Muchos de sus callejones actuales (Estrasburgo, Belgrado, Copenhague, Oslo, Estocolmo, Berna, cda. Varsovia, Lancaster, Dresde, Tokio y Oxford, sin contar las calles al poniente de Sevilla que podría ya no ser considerada como “Zona Rosa”), fueron abiertos después, dando un entramado más amplio de espacio público y, especialmente, colindante al Paseo de la Reforma. La traza urbana sugiere un deliberado aprovechamiento, por parte de planificadores, de ese espacio aledaño para la creación de un área de paseo buscando explotar la infraestructura de Reforma como una avenida patrimonial de interés turístico. Sobre el momento y obras para abrir estos callejones no he encontrado fuentes más que las que reporta Acosta Sol en su investigación.

En el relato de nostalgia de la década de 1960 que narra la decadencia del barrio porfiriano, la idea del abandono de las grandes mansiones le es impuesta a toda la colonia Juárez cuando

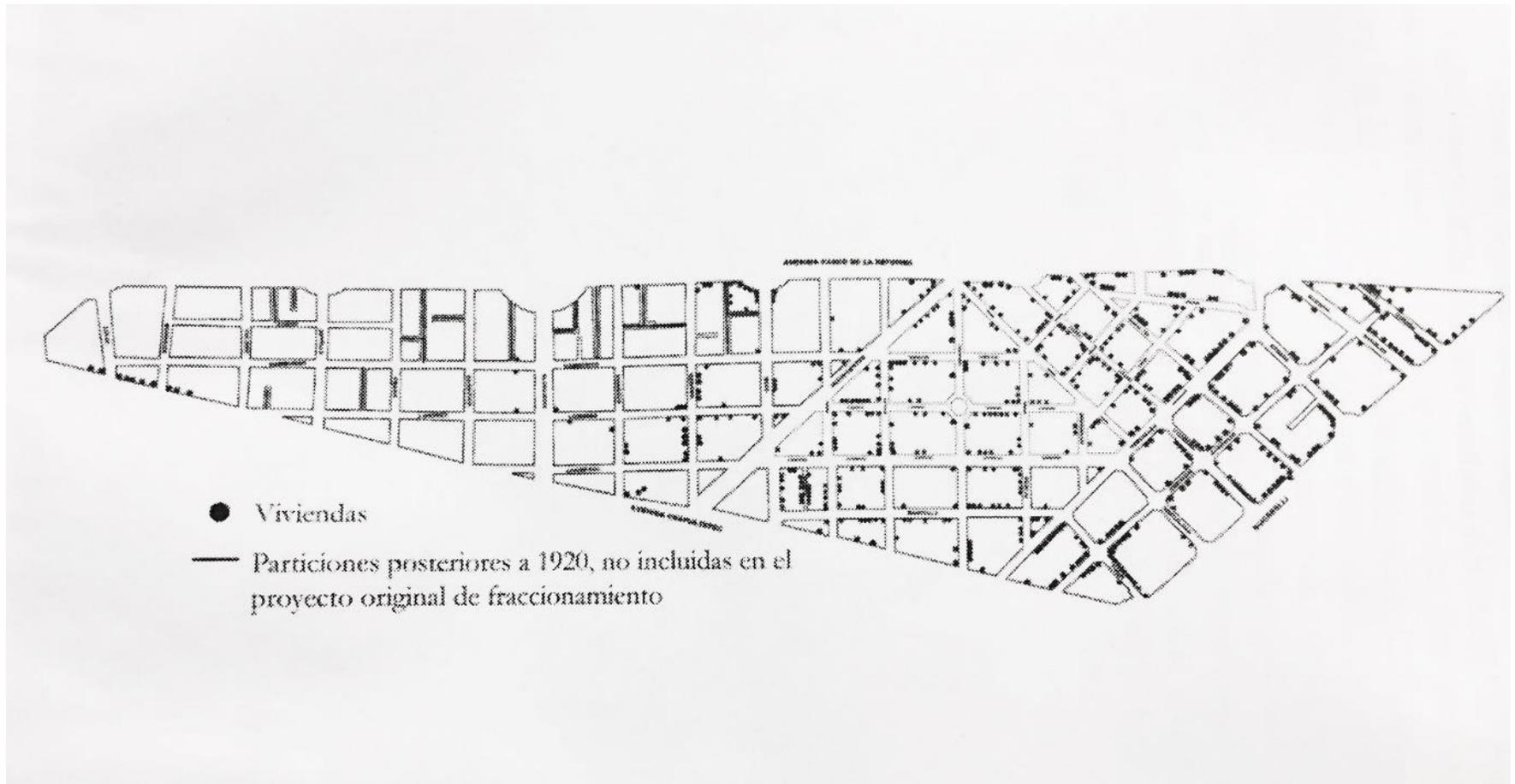


Imagen 3.1.- Fuente: Eugenia Acosta Sol (2007, p. 130). Viviendas declaras en la colonia Juárez en el padrón municipal de 1920

esto no parece ser cierto en el caso del tramo que hoy es la Zona Rosa. En este relato, como el de Carlos Fuentes, se mira a toda la colonia Juárez como ese espacio uniforme de mansiones de las élites porfirianas y, de manera central, las imaginan también en el tramo de la colonia que devino después en Zona Rosa. Además, en este relato se mira también al Paseo de la Reforma como un eje de monumentalidad y ese pasado glorioso que resulta atractivo y se lo extiende al entramado de calles y callejones de la Zona Rosa. En este caso se ignora selectivamente también que buena parte de esa urbanización que es disfrutada ahora como barrio de esparcimiento y ocio parece haber estado planificada por el Estado después de la Revolución y justamente para ese fin, no como espacio principalmente residencial.

El imaginario de la primera decadencia de la Zona Rosa parece obedecer de una forma bastante precisa la noción de la nostalgia como una respuesta a un cambio social abrupto. En ella se evoca el pasado previo a la Revolución Mexicana y se evocan ahí valores, afectos y emociones asociados o reimaginados para las élites porfirianas: afrancesamiento, “buen gusto”, cosmopolitismo, en contraposición a lo que se observa tras el golpe de cambio social de la Revolución: nacionalismo, el gusto marcado por una élite de artistas y escritores auspiciados por un Estado fuerte, parroquialismo. Sobre esto ahondo más en el apartado sobre cosmopolitismo/trangresión. Sin embargo, basta observar aquí que el imaginario de nostalgia adopta elementos históricos ciertos y, con alguna creatividad, produce relatos modificados que consigan excitar la añoranza.

3.1.3. La segunda decadencia y la “recuperación” de la Zona Rosa

Desde la década de 1980, ocasionalmente aparecen en las columnas de opinión y crónica de periódicos y revistas, textos como el que aludí de Rafael Pérez Gay que, dejando atrás el ambiente porfiriano, se enfocan en rememorar el período de la década de 1960, caracterizado como de consumo sofisticado, elegante, cosmopolita, en los restaurantes y boutiques. Este relato tiene una gran resonancia en conversaciones que hice en campo entre quienes frecuentaban la Zona Rosa en la década de 1970 e incluso en más jóvenes que ni siquiera recorrieron sus calles en este tiempo. Se habla de la oferta de espectáculos que ha migrado. Reelaboran la idea de la existencia mansiones convertidas en cafés y restaurantes, pero ahora lamentan su destrucción como pérdida de patrimonio y de espacios que en algún momento dieron acceso a intelectuales, esnobs, turistas de alto nivel de consumo. El proceso urbano de la Zona Rosa en las últimas décadas, con recurrentes proyectos de recuperación –que quedan

en el escritorio o finalmente se materializan- están marcados por esa nostalgia de un esplendor de los 60 perdido por terremotos, por corrupción, por descuido y, tal vez en una vertiente más conflictiva, por invasión de predios.

En 1993, el periodista y escritor Sergio González Rodríguez (1950-2017) en su columna Mapamundi en el periódico Reforma, contemplaba con esta misma nostalgia, la esquina de las calles de Copenhague y Hamburgo donde, dice, estaba “la quintaesencia de la totalidad de la Zona Rosa”. Dice el periodista, como una síntesis de lo que he querido describir como la segunda decadencia bajo este imaginario de nostalgia:

“Lo que ha sido y ha querido ser la Zona Rosa recaló en esa esquina elegante como un sueño siempre inconcluso, abierto a las comprobaciones, las conjeturas y los secretos. Luego de largos años de construcciones y reconstrucciones de su entorno, estas calles contemplan una impavidez arquitectónica: los giros mercantiles, las fachadas, los anuncios, las decoraciones interiores parecen recobrar un ritmo menos vertiginoso y acoger lo que antes rehusaban: el paseo ocioso y sereno, el ámbito preciso para esculpir los trazos de nuestra vida en los placeres de lo inmediato. Se diría que allá no se atestiguan sino cosas comunes: un puñado de restaurantes, terrazas al aire libre, extranjeros, contrastes entre las ropas finas y la fatiga de los mendigos.” (Mapamundi, Reforma, 1993)

Es importante señalar que a pesar del continuo crecimiento de la ciudad de México y la pérdida de densidad en las delegaciones centrales y en particular de la Cuauhtémoc, hasta mediados de la década de los 80, la Zona Rosa seguía siendo el epicentro de la vida nocturna de la capital si juzgamos por la publicidad de bares y antros anunciados en las revistas de ocio. Sin embargo, el terremoto de 1985 y los estragos que ocasionó en la ciudad pudo haber acelerado el proceso de desocupación en las delegaciones centrales que, a juzgar por los censos y conteos de INEGI reportados en 1990, 1995 y 2000, la caída fue dramática en la delegación Cuauhtémoc, donde la demarcación perdió a casi 200 mil habitantes, cerca de una quinta parte del total. En la Zona Rosa comenzaron a marcharse algunas de sus boutiques y principales tiendas: la decadencia de la que se hablaba desde finales de la década de 1970 y que muchos vecinos cercanos y antiguos visitantes suelen atribuir a la llegada del Metro en

1969 con una estación al sur de la Zona Rosa, parece haber sido ocurrido, más bien, hasta entonces.

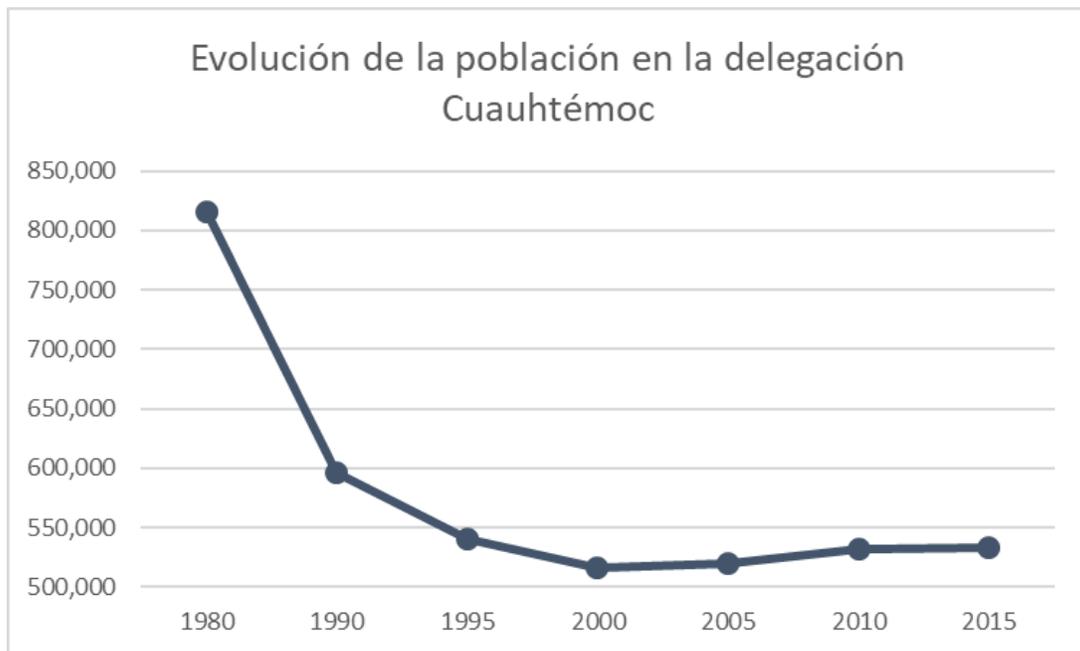


Imagen 3.2.- Elaboración propia con datos de los censos de población de INEGI de 1980, 1990, 2000 y 2010, así como los Conteos de Población y Vivienda de 1995, 2005 y 2015

El número de noviembre de 1985 de la revista *Tiempo libre* brinda direcciones de 110 establecimientos para el entretenimiento nocturno en general. De ellos, 36 se encuentran en la Zona Rosa o en sus inmediaciones, es decir, casi la tercera parte. Ninguna otra área de la ciudad de México mostró tal concentración entre los demás anuncios. Diez años después, consulté un número de 1995 en el que venían enlistados 75 establecimientos del mismo tipo de los cuales 9 estaban en la Zona Rosa o sus inmediaciones, es decir, poco más de una décima parte. Hayan cerrado o no puertas sus bares, al menos para efectos de la publicidad en este medio de difusión, la Zona Rosa había perdido una importante densidad. Nuevamente, al consultar algunas guías de lugares provistos por revistas gay y guías de ocio (por ejemplo, Legorreta, 1994), la dispersión de los establecimientos gay en la década de 1990 parece también haber sido un saldo del terremoto y tal vez, como exploraré en el capítulo 5, de otros factores como la irrupción de la epidemia del VIH/SIDA.

Desde esta decadencia, e impulsados por un imaginario de nostalgia, con relativa frecuencia los gobiernos de la ciudad de México contemporáneos se aproximan a ese espacio,

generalmente aliados a algunos de sus comerciantes, buscando intervenir en calles, fachadas y en algunos establecimientos buscando, dicen, rescatarla. Es decir, no es un espacio simplemente abandonado, sino que prevalece un deseo por la Zona Rosa impulsado, por supuesto, por la centralidad que conserva en el entramado urbano de la ciudad de México, pero que toma forma a través de los discursos de nostalgia que conforman su imaginario.

Por lo general, en los proyectos de renovación se busca fortalecer y elevar las rentas que se obtienen a través del turismo. Por ejemplo, en 2010 se planteó el proyecto de hacer de sus calles canales de agua para paseos en góndola (Hernández, 2010). Siendo éste el más estrafalario de todos los proyectos y, por supuesto, no llevado a cabo, el plan buscaba renovar la Zona Rosa desde su concepción como un espacio turístico, de esparcimiento buscando recuperar, aunque fuera con modificaciones tan intensivas al espacio público, parte de ese ambiente que algunos de sus nostálgicos tachaban de *avant-garde*. Más adelante, desde el gobierno capitalino encabezado por Marcelo Ebrard (2006-2012) se planteó un proyecto para la creación de “barrios mágicos” en la ciudad de México (Notimex, 2011), para los que se destinaría publicidad y otros presupuestos para su explotación turística. La Zona Rosa fue colocada dentro de una lista junto con pueblos coloniales de origen prehispánico absorbidos por la mancha urbana y hubo que brindarle una delimitación oficial: Avenida Chapultepec, Avenida de los Insurgentes, Paseo de la Reforma y Florencia.

El proyecto no fue continuado por la siguiente administración. Sin embargo, lo que debe destacarse es que la Zona Rosa continúa presentando una infraestructura turística considerable. La presencia de hoteles de diferentes precios -pero en general no de los más baratos- es notable. En el Paseo de la Reforma se encuentran los más lujosos como el Four Seasons o el Sheraton María Isabel. Por las calles de la Zona Rosa se pueden encontrar otros hoteles un poco más accesibles algunos independientes y otros de cadenas internacionales como el NH, City Express y otros más. El Hotel Geneve, con más de un siglo, se encuentra manteniendo, con algunas modificaciones, sus instalaciones originales y hoy es propiedad del millonario Carlos Slim (Valdés, 2011). En suma, la Zona Rosa continúa siendo una zona hotelera importante de la ciudad y, al parecer, no sólo de un perfil de negocios, sino también de paseo. Y esto impulsa, a través de la interacción entre su Asociación de Comerciantes y el gobierno de la ciudad, sus constantes planes de recuperación como el que más

recientemente fue llevado a cabo en 2017 en el que se arreglaron tuberías, cableado y se le dio un nuevo aspecto a sus calles y banquetas en las vialidades de mayor uso y visibilidad.

3.2. Cosmopolitismo y trasgresión: el corazón de la Zona Rosa

3.2.1. Las dos Elenas: la década de los 60 en México

En 1965 el Sindicato de Trabajadores de la Producción Cinematográfica y el Instituto Mexicano de Cinematografía convocaron a un “Primer Concurso de Cine Experimental”. Solo hubo otras dos convocatorias a este certamen: una en 1967 y otra hasta 1986. Para el primer concurso, la cinta ganadora del segundo lugar fue *Las dos Elenas*, protagonizada por la famosa actriz y productora de teatro, música y televisión mexicana, Julissa, quien entonces tenía 21 años, no contaba aún con una trayectoria relevante pero sí con un cierto reconocimiento público, pues es hija de Rita Macedo, una afamada actriz en un gran número de películas mexicanas desde la década de 1940.⁸¹ Además, hija de Luis de Llano Palmer, un productor de los inicios de la televisión en México, Julissa participó en un grupo de rock desde los 14 años. En *Las dos Elenas*, el escenario son las calles y espacios de la Zona Rosa, aunque nunca aparece nombrada así. Al parecer, el término no era aún acuñado o, por lo menos, no era difundido fuera del grupo que así la bautizó.

Las dos Elenas es un cortometraje de apenas 20 minutos y parte de una trilogía dirigida por José Luis Ibáñez, un director de teatro y cine de larga trayectoria que había comenzado su carrera dentro de la UNAM en la década anterior. La película está basada en un cuento del ya mencionado Carlos Fuentes quien hizo además el guion para el corto y fue producida por Manuel Barbachano Ponce, un cineasta especializado en ese entonces en documentales y hermano de Miguel, quien produjo por más de 20 años un noticiero cultural llamado Cine Verdad, del que analizo una cápsula relacionada con la Zona Rosa más adelante. En todo caso, los Barbachano eran miembros de una élite muy vinculada a los medios audiovisuales y periodísticos del país que exploraban vanguardias y trasgresiones de su época. De hecho, Miguel Barbachano es autor de la novela *El diario de José Toledo* que, publicada en 1964, es posiblemente la primera publicada en México con alguna temática homosexual. Además, la cinta fue filmada por el fotógrafo Gabriel Figueroa, quien para este tiempo ya contaba con

⁸¹ El cortometraje puede ser consultado en <https://www.youtube.com/watch?v=L5h0lt2FcP4>, al menos hasta el 10 de abril de 2018.

una trayectoria consolidada y muy reconocida con más de doce premios Ariel, que son otorgados por la Academia Mexicana de Artes y Ciencias Cinematográficas. En suma, todo esto es para decir que la cinta contaba con la participación de figuras muy bien situadas dentro de un núcleo del vanguardismo mexicano con cierta proyección internacional. Es importante aclarar que, en el contexto de este régimen autoritario con fachada democrática, hablamos de figuras con relaciones ambiguas con el Estado: su posición no es de ni de adhesión ni de crítica absoluta, sino que se mueven dentro y fuera de los móviles márgenes de libertad moral y política.

En *Las dos Elenas*, un narrador habla de la película francesa *Jules et Jim* (1962) como “el film de nuestra década”. En esta otra cinta, dice el narrador del corto, el cineasta Francois Truffaut logra su obra maestra al mostrar la relación entre una mujer y dos hombres, un *ménage à trois*, como un “hecho natural”, sin “pecado”. Influenciada por esta cinta, la protagonista de *Las dos Elenas* es introducida en el corto por la voz de su madre, quien expresa la preocupación de que su hija sea una mujer casada y esté obsesionada con incorporar a un tercero a la relación. Su madre ruega que el marido, su yerno, haga algo por “sacarle esas ideas de la cabeza”. La vida de Elena transcurre en las fiestas y modas al estilo *mod* de la década de los 60. En estos *happenings* aparecen en la cinta el pintor José Luis Cuevas, de quien hablaré más adelante o el escritor chileno José Donoso, ambos representándose a sí mismos. Se trata pues de vincular a Elena con este mundo bohemio, artístico y, sí, cosmopolita. El marido de Elena, aunque es parte de este ambiente, rechaza la idea de su esposa de incorporar a un tercero. Sin embargo, a lo largo de la cinta, el marido desarrolla una relación clandestina con la madre homónima de Elena, representada como una mujer convencional, que extraña la tranquilidad y costumbres de su natal Veracruz. En suma, el *ménage à trois* que le es negado a Elena quien es abierta al respecto, le es concedido a su marido de manera clandestina quien complementa el mundo trasgresor y cosmopolita de la Elena hija con el tradicional y tranquilo de la Elena madre. Con ello, prueba un punto fundamental del razonamiento de Elena. Ella dice que, si lo moral es lo que “da vida” y lo inmoral lo que “la quita”, su aspiración a tener un segundo hombre debe ser moral pues, para ella, eso le daría vida. El marido, al parecer, tiene la misma necesidad que ella al necesitar “dos Elenas” para complementarse. La discusión sobre las moralidades de la situación queda a decisión del espectador.

Esta cinta contiene los elementos centrales de lo que el imaginario de la Zona Rosa producido por ese grupo de artistas e intelectuales buscaba proyectar ahí: un contacto con las tendencias y producción artística de Europa y Estados Unidos, en este caso representadas por la película *Jules et Jim*, así como la moda en la vestimenta y la música de las fiestas. Estas tendencias tienen consigo una confrontación entre lo tradicional y lo vanguardista, en la moral de la época, especialmente en lo relativo a las relaciones de pareja, la monogamia y, de forma incipiente, en las sexualidades distintas a la heterosexualidad. Este orden de trasgresión solo podría comprenderse fuera de lo tradicional, es decir, en una clara confrontación con esquemas parroquialistas y nacionalistas y a través de la mirada hacia el exterior, es decir, adoptando una actitud cosmopolita. Sin embargo, el desenlace anticlimático de *Las dos Elenas*, parece también tener registro en el imaginario de la Zona Rosa: al final, todo queda en la aspiración trasgresora y cosmopolita, como, en este caso, la de una mujer buscando desafiar las convenciones morales, de género y de pareja de su época; pero en la práctica el cosmopolitismo es pervertido por la fuerza de la costumbre, la trasgresión queda regulada por las normas de género convencionales: es el hombre quien sí puede tener dos relaciones, no la mujer, y debe hacerlo de forma velada, clandestina.

Además de *Las dos Elenas*, otras cintas de la época mostrarían esas tensiones entre lo tradicional mexicano y el cosmopolitismo de la ciudad y, en particular de esa zona de la ciudad como es el caso de *El día comenzó ayer*, de Ícaro Cisneros, quien también participó en el concurso de cine experimental con esta cinta y en el que muestra un joven escritor de fuera de la ciudad que llega al corazón de la Zona Rosa –de nuevo, aún no nombrada en forma alguna- donde entra a un circuito de fiestas y de intelectuales pretenciosos que lo desvían de su objetivo de conseguir la fama. No podemos decir que estas tensiones no se librarán también dentro de las propias instituciones culturales del Estado, pues son las que, al final de cuenta, auspiciaron estos productos mediáticos.

Para la convocatoria del segundo concurso de Cine Experimental en 1967, nuevamente José Luis Ibáñez participó con otro guion de Carlos Fuentes y otra vez con la actuación de Julissa para una cinta mucho más reconocida: *Los Caifanes*. En la película aparece el periodista y escritor Carlos Monsiváis, uno de los más influyentes y reconocidos miembros del grupo de intelectuales que dio origen al nombre Zona Rosa. En la cinta se desarrolla un largo recorrido de los protagonistas por la ciudad de México de ese entonces, buscando mostrar un contraste

entre clases sociales. La cinta comienza con una fiesta al estilo que en ese entonces llaman psicodélico. Los contrastes de este entorno cosmopolita, pero también frívolo, se exponen ante ambientes de miseria de la ciudad en expansión, representando convenciones y un ambiente tradicional.

Es este entorno el que carga la enunciación, el imaginario, que contiene la expresión “Zona Rosa” en la década de los sesenta a pesar de que este nombre esta apenas por acuñarse. Faltaba, pues, una operación explícita de territorialización, de espacialización de esta tensión entre el cosmopolitismo y lo tradicional, entre la aspiración surgida dentro de las élites por las trasgresiones del mundo de la liberación sexual y el mantenimiento del orden moral imperante, entre la idea de un México en línea con las tendencias internacionales y la del México que muestra su propio desarrollo e industria cultural nacionalista. La Zona Rosa queda como ese epicentro de una fiesta psicodélica que no puede desenredarse del otro entorno urbano en el que está inmersa, queda también como una Elena que desea los marcos morales que mira en el cine extranjero pero tiene que conformarse con el triunfo de la convención.

3.2.2. Antes que la Zona Rosa: el desarrollo del cosmopolitismo a través del turismo

En el apartado sobre la nostalgia, mencioné que la urbanización de la Zona Rosa, si bien se encontraba trazada antes de la Revolución Mexicana, su más decidida construcción inició en la década de 1920. Al parecer, es en este período en el que comienza lentamente a tomar forma como un espacio especializado en el entretenimiento, ocio y esparcimiento de clases altas y tal vez medias de la ciudad de México. Y, sobre todo, la actitud cosmopolita del imaginario de la Zona Rosa parece también alimentarse de su especialización como un enclave turístico de la ciudad. Sin embargo, a diferencia del centro histórico de la ciudad, la idea del turista que busca hospedarse en la Zona Rosa no es la del folclorista tras el exotismo de lo local sino, al contrario, los servicios que se desarrollan ahí le ofrecen al visitante certezas, lujos y comodidades, especialmente si éste viene de los Estados Unidos o de Europa. La formación del territorio imaginado que es la Zona Rosa parece comenzar con la fundación del Hotel Geneve, en la calle de Londres en el año 1907, cuando sería una de las escasas edificaciones en la Zona.

En su sitio web, así como en fotografías y láminas en su lobby y salones principales, el Hotel Geneve presume que el propio Porfirio Díaz comió ahí, que fue fotografiado por Guillermo Kahlo –padre de Frida Kahlo y creador de una importante colección de fotografías de edificios y monumentos de la ciudad de México a principios del siglo XX- y se precia de haber preparado el primer sándwich en México en 1910. Esto último, precisamente, habla de esta concepción del turismo no enfocada a mostrar la cocina tradicional sino, al contrario, la que en la industria conocen como de “confort”. Es decir, una cocina más cosmopolita o al gusto estadounidense.



Imagen 3.3.- Publicidad del Hotel Geneve, tomada de Terry, 1927

Tras la Revolución Mexicana, el Hotel Geneve desplegó publicidad en diferentes guías de viaje destinadas a públicos estadounidenses, distinguiéndose como “moderno” sobre ofertas de hoteles tradicionales y destacando, sobre todo, su *expertise* en la atención de un turismo de ese país, al grado de anunciar que todo es supervisado por un gerente estadounidense.⁸² En el primer apartado del anuncio mostrado en la Imagen 8, el hotel resalta tres valores: “americano”, “moderno” y “a prueba de incendios”. El segundo apartado habla del refinamiento y el confort que ofrecen al visitante. Es solo después de hablar de que es “saludable”, que cuenta con agua “pura” y otras amenidades, el hotel finalmente habla de las ventajas de su ubicación: cerca de los centros de negocios y embajadas. Es claro por esta publicidad que el público que buscan no es el que está primordialmente interesado en tener un acercamiento a lo tradicional, ni siquiera a lo entendido como mexicano. Al contrario, busca mostrarle al visitante estadounidense que puede contar con certezas sobre su salud, su seguridad y sus costumbres culinarias o formas culturales al hospedarse ahí. Se enfoca, pues, al turista de negocios y al turismo familiar, antes que a un turismo expedicionario o de aventura. No busca explotar una idea de exotismo o folclorismo del país en el que se encuentra.

Es probable que la presencia de este hotel, distanciándose de los del centro histórico y con tal enfoque hacia una clientela estadounidense, vecino al elegante Paseo de la Reforma y al barrio residencial acomodado del oriente de la colonia Juárez, comenzara una asociación de este tramo de la ciudad con aspectos no solo turísticos, sino también con lo moderno y, más adelante, lo vanguardista y, por asociación con la cultura estadounidense, como cosmopolita. Alrededor del Hotel Geneve y en concordancia con el perfil de clientela que buscaba, comenzó a surgir una oferta de restaurantes, galerías de arte y centros de entretenimiento. De nuevo: tal vez no tanto como decadencia de la colonia porfiriana como sí del complemento de la sociabilidad turística que el Hotel Geneve y el Paseo de la Reforma habían comenzado a establecer.

Una fuente elocuente de esta expansión de sociabilidades turísticas cosmopolitas la podemos encontrar en la *John Wilhelm's Guide to Mexico City* con ediciones anuales en las décadas

⁸² Un buen ejemplo es la del a Imagen 8, tomada de la Terry's Guide to Mexico, que con una frecuencia casi anual desde 1912 hasta la década de 1960 editó una actualización de su guía turística de México para estadounidenses.

de 1950 y 1960. La guía, como la *Terry's Guide*, está escrita en inglés, pero es impresa por una editorial mexicana y distribuida tanto en México como en Estados Unidos, está dirigida explícitamente al turista estadounidense que viaja a México tanto por placer como por negocios. Ahí señala, por ejemplo, que los hoteles “más lujosos y modernos” se encuentran sobre el Paseo de la Reforma. De hecho, de los 11 hoteles más lujosos que recomienda para toda la ciudad, seis se encuentran sobre esta avenida a la altura de la colonia Juárez o bien ya a la altura del Bosque de Chapultepec por la colonia Polanco.

Una mención especial requiere su cobertura sobre restaurantes. Wilhelm se sorprende de que los restaurantes más publicitados de México sirven, más bien, comida europea y que su calidad “iguala la de los platillos servidos en los mejores restaurantes de Nueva York, París o Roma.” (1967, p 31, traducción propia). Así, en su selección de los 10 mejores restaurantes de la ciudad: cinco se encuentran en la Zona Rosa y otro más no muy lejos en la colonia Juárez, ninguno de comida mexicana. Para todas las rutas turísticas sugeridas en la guía, Wilhelm ofrece como punto de partida el hotel Continental Hilton, ubicado hasta el terremoto de 1985 en el cruce de Insurgentes y Paseo de la Reforma, una de las esquinas de la Zona Rosa a la que define como una “Fancy shop and restaurant area”. En la Zona Rosa, la ciudad de México no parece ofrecer el México digamos tradicional del discurso nacionalista que se encuentra en otras partes, sino uno más bien acorde a unas anticipadas expectativas de modernidad entendida como el seguimiento de tendencias europeas y estadounidenses.

3.2.3. El bautizo de la Zona Rosa

Las crónicas y recuentos sobre el surgimiento de la “Zona Rosa”, por lo general, coinciden en ese ambiente de restaurantes, galerías de arte y cafés hacia la década de 1950. Para algunos cronistas, es en este momento que se funda simbólica o formalmente la Zona Rosa. Por ejemplo, en 2003, la delegación Cuauhtémoc y la Asociación de Comerciantes de la Zona Rosa (Acozoro) anunciaron que estarían celebrando el quincuagésimo aniversario del barrio (Mateos Vega, 2003). Al parecer se basaron en los textos de uno de los más reconocidos y consolidados cronistas de la delegación, Héctor Manuel Romero (1991), en el que señalaba la apertura de un suntuoso restaurante en particular, el Focolare, el 20 de febrero 1953 como un momento en el que, aunque aún no surgía el nombre “Zona Rosa”, fue evidente que esa área de la ciudad se había distinguido como un barrio para el ocio, entretenimiento y consumo de las clases medias y altas cosmopolitas de la capital del país. Llama la atención que sea

este restaurante el que el cronista y la Acozoro tomaran como punto de partida, pues se trataba, a diferencia de otros restaurantes en la Zona Rosa, de uno de comida mexicana. La Zona Rosa había partido por mostrar su capacidad de adaptarse al gusto estadounidense, pero el Focolare busca subir la gastronomía mexicana al fervor turístico del barrio. Esto mismo puede tomarse como una cierta tensión entre el discurso nacionalista y el espíritu cosmopolita del barrio.

En una tónica menos nacionalista, en cambio, para el productor de televisión y dramaturgo Miko Viya (1920-2007), quien en 1988 publicó una colección de crónicas sobre la ciudad de México, la Zona Rosa comenzó con la apertura de una boutique en la década de 1940 por un francés llamado Henri de Chatillon (Viya, 1988, p. 171). Es decir, nuevamente es posible observar la centralidad que se da a la presencia de negocios extranjeros para el gusto de clases medias y altas. El mismo Viya habla del “nacimiento de la Zona Rosa” a partir de la conformación de restaurantes, boutiques y teatros que fueron abriendo sus puertas, sobre todo, en la década de 1950. En ese tiempo y la década siguiente, Viya producía uno de los primeros programas televisivos de revista para la entonces cadena mexicana, Telesistema Mexicano –más tarde Televisa-. En uno de ellos, la conductora, Pilar Candel, visitaba las diferentes boutiques y restaurantes que abrían sus puertas en el barrio y entonces comenzó a hablar de “la zona de la elegancia y la belleza” como un primer ejercicio de distinguir este carisma del barrio con un nombre particular.

El 8 de junio de 1967, el artista José Luis Cuevas inauguró su “Mural efímero” sobre un edificio en la esquina de las calles de Londres y Génova. La obra, realizada en una semana, debía ser destruida en un mes como una acción crítica a los consagrados del muralismo mexicano que plasmaron sus grandes obras en los muros de muchos de los edificios más importantes del país. De hecho, en esos mismos años David Alfaro Siqueiros trabajaba en el sur de la ciudad en los murales exteriores del Poliforum que llevaría su nombre. De esto mismo el cineasta Miguel Barbachano elaboró una cápsula de su Cine Verdad como una noticia que, dice, es un “acto generacional, signo de los tiempos”.⁸³

⁸³ La cápsula está disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=5-vcEB38b98>. Último acceso 9 de enero de 2018.

Tres décadas después, el propio Cuevas recuerda que la inauguración de su mural efímero convocó “a la multitud más grande que se haya reunido en la Zona Rosa” (Rivera J, 1998). La polémica fue más allá: el mismo Cuevas narra (Cuevas, 1999) que el mural fue vandalizado luego de que se publicó una columna en un periódico que convocaba a destruirlo para “quitarle (a Cuevas) lo payaso”. Este evento, entre otros, dio una gran notoriedad a un grupo de creadores y artistas que fue llamado posteriormente como la Generación de la Ruptura. La Zona Rosa era su especie de guarida de la que podríamos decir que ellos fueron tanto protagonistas como su producto.

La tensión que representaba el desafío de Cuevas y su grupo al muralismo oficialista junto con el aire cosmopolita del barrio, contra el nacionalismo que buscaba imprimir un sentido de lo mexicano ya fuera con orgullo o como marca de que las pretensiones cosmopolitas jamás serían algo auténtico, parece haber despertado lecturas ambiguas desde este tiempo. Dos años antes, en la revista *Claudia*, el periodista y escritor Vicente Leñero publicó una crónica titulada así: “Zona Rosa” (Leñero, 1968). -¿Acaso es éste el primer texto periodístico que refiere a ese espacio como “Zona Rosa”?- Ahí, desde un lenguaje crítico y ácido, Leñero describe las boutiques, cafés, tiendas de antigüedades y de productos exóticos, los restaurantes y los centros de idiomas en los términos que hemos visto. Su crónica, sin embargo, marcó buena parte de la tónica que vendría después entre periodistas e intelectuales para describir esta área de la ciudad ya no solo con nostalgia, ni tampoco deslumbrados por cosmopolitismo, sino con desdén: “un perfume barato en un envase elegante” (p. 3); “la región más de dientes para afuera de la ciudad de México” (p. 14). Leñero llama a la Zona Rosa “ilegítima”, “altiva”, “glotona”, “caprichosa”, “amanerada”, “pretenciosa” y, sobre todo “malinchista”: “le impusieron una manera de ser copiada del extranjero y el traje le quedó grande, inapropiado”, dice (p. 5). En una entrevista posterior y para referirse a esta época, otro de los autoproclamados cronistas de la Zona Rosa, José Alfonso Suárez del Real, me dijo: “La Zona Rosa se quedó entre suspiro de Sausalito y suspiro de Saint-Michel”.^{84 85}

⁸⁴ Entrevistado el 12 de septiembre de 2011. A la fecha de elaboración de esta investigación Suárez del Real ha sido propuesto a ocupar la Secretaría de Cultura de la Ciudad de México. Previo a la entrevista, Suárez del Real, había sido diputado local por el partido MORENA, delgado suplente también en Cuauhtémoc y funcionario del sistema de Transporte Colectivo Metro.

⁸⁵ Refiere a dos icónicos enclaves del consumo sibarita de este tiempo, el primero en la ciudad de San Francisco y el segundo en París, ambos epicentros de buena parte de la moda y tendencias de consumo de la época.

De hecho, el propio nombre con el que fue bautizada lleva esta postura entre la admiración y el desdén, acusando un cosmopolitismo a medias, una trasgresión a medias, un aburguesamiento a medias, un aspiracionismo grotesco. Como comencé en este capítulo, Leñero decía que era “demasiado ingenua para ser roja, pero demasiado frívola para ser blanca. Rosa; precisamente rosa”. (p. 5). A pesar de las aspiraciones cosmopolitas, el discurso nacionalista parecía infundir una especie de vigilancia sobre lo inauténtico de este espacio, acusando imitación. Esta tensión deja como consecuencia una decadencia de lo que nunca alcanzó un apogeo. Esta decadencia era a la vez repudiada que celebrada por este grupo de protagonistas.

De nuevo en 1967, el escritor Luis Guillermo Piazza publicó una colección de textos titulados *La mafia*, donde dedica uno de ellos a la Zona Rosa. Como Leñero, pero con un lenguaje aún más literario y poco convencional, coincide en hablar del barrio como cosmopolita, pero también venido a menos. Piazza nos habla del magnetismo que la Zona Rosa genera entre nacionales y extranjeros, sobre todo ante la presencia de celebridades del espectáculo, de intelectuales y creadores. Nos habla también de sus cafés, de sus tiendas y tal vez de la pretensión que acusa Leñero sin nombrarla directamente. También se deja entrever una Zona Rosa trasgresora, donde hay venta y consumo de drogas y sexo clandestino.

Carlos Monsiváis escribió una canción sobre la Zona Rosa para una banda de rock, jazz y blues llamado Los Tepetatles, surgida en 1965 y encabezada por el cineasta Alfonso Arau. Con ese nombre alusivo a la pronunciación castellana de The Beatles, la banda reunía a quienes justo por ese tiempo se convirtieron en importantes personalidades del medio artístico e intelectual mexicano: los mismos José Luis Cuevas y Carlos Monsiváis, pero también el cantautor Chava Flores, el rockero Julián Bert y el pintor Vicente Rojo. Tocaban sus temas, todos de sátira y crítica cultural, en un café en la calle de Hamburgo de la Zona Rosa, que era frecuentado además por los escritores Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Fernando Benítez. “Es la Zona Rosa / ‘una bella cosa’ / donde estar a gusto, / observando un busto / es la zona de arte /y de buen gusto”, dice la canción.⁸⁶

En la misma tónica asociada a los movimientos de música popular juvenil de la época, en *La onda: Mexico's Counterculture and the Student Movement of 1968* (Zolov, 1999), se

⁸⁶ La canción puede escucharse en la siguiente liga: <https://www.youtube.com/watch?v=tas-H6muEQY>

identifica a la Zona Rosa como el asiento de la llamada invasión británica a México, es decir, al gusto por las bandas musicales de rock'n'roll de ese país y de Estados Unidos. En algunos cafés y centros nocturnos de la Zona Rosa, algunos grupos mexicanos como Los Tepetlatles se apropiaban de estos movimientos culturales que eran consideradas como contraculturales. Es decir, el cosmopolitismo importado y asentado en la Zona Rosa, tenía una fuerte escena trasgresora cuando se mezclaba con cierto nacionalismo.

Además de los Tepetlatles, Monsiváis y Cuevas también se identificaban con el propio Piazza y con el periodista Fernando Benítez con el nombre de “la mafia”, precisamente. Dentro de las notas periodistas e incluso en conversaciones en campo, es muy frecuente encontrar la preocupación por el origen del término Zona Rosa y, se suele decir que surgió dentro de este grupo de amigos. Hay quienes se lo atribuyen a Piazza y hay quienes -tal vez los más e incluyendo a Arau y a él mismo- le dan el crédito a José Luis Cuevas. Fuera de este círculo, tampoco es infrecuente encontrar quienes dicen que el bautizo surgió en “Ensalada Popof”, la columna de sociales que publicaba el periodista Agustín Barrios Gómez en el periódico *El Herald de México*. En todo caso, dentro de la retórica preocupada por señalar orígenes, resulta notable observar que el nombre “Zona Rosa” no se le atribuye a la vox populi sino más bien a este grupo intelectual y del mundo del espectáculo y socialités que no se identifica con las élites de la producción del discurso nacionalista y el Estado, sino más busca vincularse con un ambiente internacional, urbano y creativo de la época.

3.2.4. Zonrosados: “¿Existe una subcultura en la Zona Rosa?”

La película *Jóvenes en la Zona Rosa* (1970), dirigida precisamente por el ya mencionado Alfonso Arau, muestra al barrio como este grupo parecía percibirlo y como muy seguramente era compartido como imaginario entre los habitantes de la ciudad de México y sus visitantes. La película trata sobre un pillo -interpretado por actor el Alberto Vázquez- que trabaja como empleado en una boutique de ropa para hombres y miente sistemáticamente para conseguir todo lo que desea. Sin embargo, sus deseos son siempre la satisfacción de gustos efímeros y hedonistas: acceso a sitios exclusivos a beber algo, ligue con turistas, conseguir una sede clandestina para hacer una fiesta lujosa, conducir el auto de su jefe fingiendo ser su propietario, y dinero para poder continuar con sus farsas, más que para enriquecerse como tal. Es decir, el protagonista podría ser una alegoría de la Zona Rosa misma que señalaban los miembros de la mafia: frívola, pretenciosa y a la vez divertida.

Todo ocurre en espacios y calles de la Zona Rosa y la vida del protagonista transcurre mostrando joyerías y otras tiendas de objetos de lujo, tiendas de antigüedades, boutiques, bancos, cafés, restaurantes, centros nocturnos y cabarets. Además, muestra constantemente la interacción con extranjeros europeos o estadounidenses que, además de hoteles, acuden también a escuelas de idiomas y son mostrados como sujetos de engaño o bien, a las mujeres,



Imagen 3.5.- Captura de la película Jóvenes en la Zona Rosa. Al fondo el poema-mural de Mathías Goeritz “Pocos cocodrilos locos”

como objeto de ligue. Se expone así ese contacto cosmopolita, espacios e indumentarias a la vanguardia estadounidense (como discotecas con baile gogó), a la vez que una lectura del mexicano como simultáneamente cercano y distante de ello: exotiza y se deja ser exotizado, pero no sin astucia, para conseguir algo.

En una escena de la película, además, la hermana del protagonista y una amiga, vistiendo minifalda, lo cual podría ser considerado aún trasgresor para la moral de la época, pasean cual *flaneuses* por la Zona Rosa. Esto implica una segunda trasgresión pues, como discutí en el capítulo 1, la idea del sujeto que pasea y contempla la ciudad y sus cosas es típicamente varón. Ellas visitan el llamado “poema-mural” de Mathias Goeritz “Pocos cocodrilos locos” –extinto tras el terremoto de 1985- donde, en 1967, el artista simplemente colocó una constante progresión de las letras de estas palabras, en una tipografía vanguardista en la base de un edificio y entrada de una cafetería Vips. Los personajes leen el mural riendo, pues consiste en un trabalenguas y, posteriormente, la protagonista canta una canción que solo repite estas palabras. Es decir, mostrar el poema de Goeritz –y bajo la mirada de dos mujeres con vestimentas trasgresoras- podría marcar una identidad del rumbo asociada ese cosmopolitismo vanguardista pero también a identidades juveniles y, sobre todo, al ambiente poco solemne de la Zona Rosa y relativamente trasgresor.

La relevancia que este grupo daba a su apropiación particular de la Zona Rosa, expresada a través de sus formas de consumo, sus formas de estar ahí, sus valores morales e incluso sus formas de vestir, la materializaron también en la creación de una gaceta que llamaron *Zona Rosa*.⁸⁷ En ella se prescribía lo apropiado y lo inapropiado para estar a tono con la actitud que esperaban de los “zonrosados”, entre ello, aceptar la homosexualidad.⁸⁸

En uno de sus números, la revista buscó hacer un sondeo entre los visitantes de la Zona Rosa, aplicándoles un cuestionario sobre lo que piensan y opinan en un conjunto de reactivos sobre religión, política internacional (específicamente la guerra de Vietnam, la Revolución Cubana y el socialismo) y, solo en términos generales, la situación nacional de México.⁸⁹ Pero, sobre todo, también incluyeron una breve batería de preguntas sobre la monogamia y algunos aspectos convencionales de la norma heterosexual de la época: “¿Crees que el hombre debe proteger a la mujer?”, a lo que ganó un “no” con 23 respuestas frente a un “sí” con 13, mientras que 2 contestaron que ambos. En este mismo cuestionario se consultó si “¿Aceptas la homosexualidad?” y 19 respondieron que sí, frente a 18 que no. Uno más dijo que “la respeta”. El artículo que acompaña este cuestionario brinda un breve comentario sarcástico y no muy claro sobre los resultados. Por ejemplo, a una pregunta sobre si la mujer debe llegar virgen al matrimonio donde 10 respondieron que sí y 28 que no, el autor, que no firma la nota, señala: “¿por qué 28 jóvenes y todos eran hombres contestaron que la mujer NO debe llegar virgen al matrimonio? Consultar Freud, Obras Completas.”. Sin embargo, sobre la pregunta relacionada con la homosexualidad solo se limita a decir: “Sin comentario. ¡Ese uno, ese uno!”. No consigo entender a qué se refiere. En cualquier caso, el ejercicio y su comentario editorial muestran un esfuerzo por este grupo por establecer como algo deseable

⁸⁷ *Zona Rosa* editó, al parecer con dificultad, doce números entre 1968 y 1969. Aunque la revista tenía el costo de \$1 peso, estaba financiada por los propietarios de uno de los cafés más recordados en campo que había entonces en la Zona Rosa: el Toulouse-Lautrec. Además, contaba con la publicidad de diferentes tiendas y restaurantes de la Zona Rosa. En un inicio la publicación estuvo dirigida por el periodista Enrique Galván y, en sus últimos números fue Leopoldo H. Méndez, ambos desarrollaron después trayectorias como periodistas en algunos de los medios no alineados al régimen de partido único que continuó el resto del siglo XX mexicano. Número con número, la revista contaba con la participación de los miembros de la autodenominada Mafia, especialmente de Luis Guillermo Piazza, Carlos Monsiváis y, nuevamente José Luis Cuevas. Fuera de este grupo y de un corte un poco más conservador, también escribía el escritor Victor A. Kühne.

⁸⁸ Este gentilicio sobre los visitantes y habitantes de la Zona Rosa es, a su vez, un juego de palabras con sarcasmo entre “zonrosados” y “son rosados”.

⁸⁹ Redacción, “Sexo, Cuba, Vietnam, Amor, Guerrillas, Dios”, *Zona Rosa*, Año 1, no. 2, enero 1968, pp. 8-9;14

y apropiado para el visitante de la Zona Rosa una actitud abierta con respecto a las trasgresiones sexuales y a una pequeña parte de las agendas feministas de la época.

Cabe recordar que en esta revista participaba Carlos Monsiváis quien, si nunca fue explícito en su vida pública con respecto a su deseo erótico y afectivo, participó en los primeros movimientos políticos lésbico-gay y escribió crónica sobre estos temas. En cualquier caso, también en este tiempo en la Zona Rosa abrió sus puertas el Safari, un bar frecuentado por hombres y mujeres homosexuales. En la novela de ficción que Gonzalo Martre (1970) escribió sobre este bar y a la que volveré más adelante, se insinúa que los miembros de La Mafia asistían a este bar. El cosmopolitismo de la Zona Rosa o al menos el que formaba parte del imaginario de este grupo, incluía una mayor apertura con respecto a las trasgresiones sexuales y, no solo esto, mostraban una preocupación por conocer qué tan compartido sería entre los otros visitantes a la Zona Rosa y usar los medios que estuvieran a su disposición para sancionarlo. Es este el caso de la revista *Zona Rosa* y el ejercicio de sondeo donde la mitad de los encuestados dijo aceptar la homosexualidad. Solo como referencia, 50 años después, una encuesta nacional mostró a la mitad de la población contra una iniciativa presidencial para aprobar el matrimonio entre personas del mismo sexo a nivel nacional.⁹⁰

⁹⁰ Consultable en: <http://www.elfinanciero.com.mx/nacional/en-mexico-el-53-rechaza-matrimonios-entre-homosexuales>



Imagen 3.6.- Portada del primer número de Zona Rosa, publicada enero de 1968

Por lo demás, la revista *Zona Rosa* buscaba profundizar la actitud adecuada de un *zonrosado*, acorde a las tendencias internacionales.⁹¹ La tónica y temática general de la gaceta está bien enmarcada en lo que puede observarse en la portada de su primer número (imagen 13). La reiteración sobre lo que significa e implica estar en la Zona Rosa es permanente y todo vinculado a lo cosmopolita. La gaceta incluso provee, incluso normativamente, el

⁹¹ Redacción, "Los Zonrosados", *Zona Rosa*, Año 1, No. 2, enero 1968, p. 4.

vocabulario de la época para estar *in: happenings, hippies, psicodélico, momiza*. A través de los artículos de los miembros de *La mafia* y de otros autores, se lee una y otra vez un tono celebratorio y sarcástico por la actitud trasgresora contra las convenciones morales y nacionalistas. Por ejemplo, más allá del sondeo mencionado y a tono con la cinta *Las dos Elenas*: se suele criticar la monogamia –de los varones-, la expectativa de virginidad de las mujeres y también se critica la vestimenta de las mujeres cuando esta cubre “demasiado” las piernas o el escote. José Luis Cuevas aprovecha para criticar a los “muralistas de siempre” y, en general, a las formas artísticas tradicionales auspiciadas por las instituciones culturales del Estado mexicano.

Sin embargo, es importante mencionar que a pesar de la tónica trasgresora, no se trata nunca de una publicación de crítica explícita al régimen político mexicano a pesar de que, en cambio, sí incluyen textos para reflexionar sobre la política internacional como la guerra de Vietman, los movimientos estudiantiles y juveniles de otros países que ocurrieron en ese año y las reivindicaciones políticas del movimiento hippie estadounidense. En el marco de una prensa controlada y una práctica de censura imperante, salvo en contadas ocasiones hay menciones al gobierno mexicano, tanto de la ciudad como el federal, o al Presidente Gustavo Díaz Ordaz y suelen ser menciones de carácter informativo, no crítico. Durante la edición de la revista se celebraron los Juegos Olímpicos en México, donde hubo un especial énfasis en el papel de la Zona Rosa como espacio turístico que recibiría muchas visitantes. Por ese tiempo ocurrió también la represión estudiantil y matanza del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco y, sin embargo, no encontré en los números posteriores a esto, mención ni condena alguna a este acontecimiento, más que de manera genérica y enmarcado en grandes análisis del entorno internacional de efervescencia de una cultura juvenil contestataria. El cosmopolitismo del *zonrosado* y su actitud trasgresora no parecía cruzar demasiado la agenda doméstica. Esto puede deberse al clima de represión política del régimen político.

También es importante señalar que a pesar de esta tónica de apertura y trasgresión, también se disputaba dentro del mismo seno de la revista una tensión con las normas convencionales. En el primer número, por ejemplo, se mostró un poema firmado por Sergio Mondragón donde describe con franqueza una relación erótica con el cuerpo de una mujer: “mis dedos hábiles para penetrar todos sus orificios”, “tu pezón que se torna de hierro entre mis labios”, “tus

labios enormes en donde guardo mi secreto de carne”, entre otros versos.⁹² Esto generó una reacción encarnizada de algunos lectores a los que en el siguiente número se les dio espacio a sus cartas a la redacción donde tacharon el poema de vulgar, “franca majadería”, “poema pornográfico”.⁹³ Y, sin embargo, existe una tensión en al menos dos de estas denuncias. En una carta firmada por Luis Arturo Munguía considera necesario aclarar que “no se considera prejuicioso, pero estima que son (los poemas) una vergüenza”. Lo mismo otra carta de uno de los colaboradores de la propia revista, Kühne, que señala: “no soy moralista, ni mojigato, pero el señor mondragón –con minúscula- carece de decencia, recato y el mínimo espíritu amable que debe preponderar en cualquier círculo social”. Es decir, el ambiente trasgresor que imponía este grupo y revista parece exigir la necesidad de disculparse cuando alguno considera que esta trasgresión ha llegado demasiado lejos. Y, al parecer, uno de los grandes temores es ser tachado de “mojigato”. O, como justamente desarrolló Carlos Monsiváis en un ensayo contenido en otro de los números de la revista: “la momiza”, es decir, de las formas y moral de las “momias” como metáfora de los anticuados y conservadores, de aquellos que no son liberales.⁹⁴

En cualquier caso, la revista *Zona Rosa*, sirve como un indicador del orden de sociabilidad que buscaba imprimirse a este territorio, al menos, por una élite intelectual del país. En un desplegado sarcástico que busca atraer suscripciones a la revista, presenta un cuestionario de “personalidad” adecuada para la revista: un *zonrosado* correcto debía responder afirmativamente las preguntas sobre si en su conversación figuran palabras como *psicodélico*, *happening* e *in*, si (el hombre) lleva el pelo más largo que “su chica”, si prefiere a Cuevas sobre “los muralistas de siempre”, si “vota en blanco”, si “ocupan Paz, Fuentes, Benítez y Cortazar en su biblioteca los sitios que tradicionalmente tuvieron Peza, Acuña y Nervo”, si votaría a ‘contra la minifalda y a favor del escote’”.⁹⁵ Dentro de la lista de palabras que un *zonrosado* debía conocer se encontraba “camp”, un término que en la escena gay mexicana parece haber sido olvidado o no muy empleado sino hasta años recientes. Sin embargo, en la década de los 60, se refería a una estética poco solemne, *kitsch*, recargada y con el fin de

⁹² Sergio Maldonado, “Nuestros cuerpos una pista”, en *Zona Rosa*, Año 1, No. 1, enero 1968, p. 8

⁹³ Victor A. Kühne, “*Mondragón el escándalo*”, en *Zona Rosa*, Año 1, No. 2, enero 1968, p. 2; Luis Arturo Munguía, “Qué vergüenza!”, en *Zona Rosa*, Año 1, No. 2, enero 1968, p. 2.

⁹⁴ Carlos Monsiváis, “El código de la momiza” en *Zona Rosa*, Año 1, No. 9, noviembre 1968 pp. 12-13

⁹⁵ Redacción, “¿In? o ¿Out?”, en *Zona Rosa*, Año 1, No. 1, enero 1968, p. 4

generar humor. Lo *camp* estaba y continúa estando asociado a las identidades gay y trans de la década de los 60 y actualmente en la escena drag. Un *zonrosado* no tenía por qué ser gay, pero *tenía* que estar en contacto con lo que comenzaba a perfirlarse como esa identidad. El *zonrosado* debía ser cosmopolita y eso incluía un orden de trasgresiones dentro de las que estaba la homosexualidad: el imaginario mismo abría paso para la formación de sociabilidades de la heterodoxia sexual. Eso busco explorar en el siguiente apartado.

3.2.5. De una Zona Rosa de la Liberación sexual a una Zona Rosa gay

Como he argumentado, dentro de las trasgresiones a los discursos nacionalistas y posrevolucionarios que representaba el barrio entre la élite de intelectuales y artistas de la década de 1960 y su marcado interés por vincularse a las tendencias juveniles occidentales de la época que incluía, por supuesto, la “liberación sexual”, la Zona Rosa significara tierra fértil para el desarrollo y visibilidad de estas identidades. Además del ambiente trasgresor visto en La mafia y su revista *Zona Rosa*, o una posible erotización de la zona a partir del contacto con el turismo, un buen punto de partida puede encontrarse en la novela *Safari en la Zona Rosa* escrita por Gonzalo Martré y publicada en 1970. Martré era un escritor originario de un pueblo del estado de Hidalgo que nació en 1928. Su comienzo en la literatura ocurrió justamente en el entorno de la Zona Rosa en 1967 donde conoció a los miembros de La mafia aparecen en su novela. Es probable que fuera este entorno intelectual y liberador el que inició a Martré en la escritura y más adelante en el periodismo, pues tendría por más de 20 años un espacio en el periódico *Excelsior*.

Si bien el Safari es una obra de ficción, habla sobre un lugar real, un bar -o antro gay *avant la lettre*- en las calles de Havre y Hamburgo. El Safari que describe Martré es un espacio donde podían concurrir mujeres que buscaban sexo con otras mujeres, hombres que buscaban sexo con otros hombres o parejas heterosexuales que buscaban un tercero, hombre o mujer, para pasar la noche. No se habla de identidades lésbicas o gay, se habla de relaciones sexuales entre personas del mismo sexo. Nos lleva también al ambiente de fiestas privadas y la larga marcha nocturna de la Zona Rosa entre clases acomodadas donde justamente el sexo funciona como un vehículo liberador que propicia la interacción entre clases sociales.

La Zona Rosa de Martré coincide con la de Leñero, la de Piazza y la de Barrios Gómez: sólo nos describe de forma explícita un elemento adicional. A pesar de la ya mencionada novela

de Miguel Barbachano, en una reseña reciente de la novela la llaman “la primera novela contemporánea de tema homosexual” (Flores, 2015) en México y su escenario es justamente la Zona Rosa. Esto es particularmente relevante ante la retórica de muchas crónicas e investigaciones sobre ese rumbo que buscan examinar las sociabilidades gay de la Zona Rosa algunos años después y vinculadas a otros sitios.

Desde 1871, en México la homosexualidad fue despenalizada de forma explícita, cuando dejó de retirarse el código penal vigente desde la época colonial en el que se proscribía la “sodomía”. Sin embargo, el nuevo código introdujo el “ataque a la moral y a las buenas costumbres” como delito y, en su ambigüedad, fue ésta la herramienta que usó el Estado para hacer valer, entre otras cosas, algunos elementos del orden de género. Esta ambigüedad jurídica permitió el florecimiento de algunas formas de sociabilidades heterodoxa en la primera mitad del siglo XX, como las que explora en su investigación Nathaly Rodríguez Sánchez (2016). Sin embargo, esto también significó el constante asedio por parte del Estado a este tipo de espacios y nuevas formas más visibles de sociabilidad. De ahí, lo efímero de alguno de estos bares y cantinas, así como su ocultamiento en medios convencionales de comunicación.

Nuevamente en las crónicas de Miko Viya (1988) aparece la mención de espacios de “ambiente” en la Zona Rosa desde la década de 1960. En ningún momento Viya menciona que los bares que enumera sean gay o para homosexuales y lesbianas, sino que solo los distingue de otros al nombrarlos así: “de ambiente”. En otro ensayo titulado “Lugares de ambiente”, Viya insinúa presencia de homosexuales al describir el “ambiente” como sitios que “ofrecen luces suaves, bebidas y música discreta y un ambiente íntimo y acogedor que atraían a una clientela deseosa de conocer y reunirse con personas de los mismos sentimientos, gustos e inclinaciones.” (p. 183). En sus listados de lugares de ambiente incluye el ya mencionado Safari, pero dice que antes que éste existió otro llamado El Yuma que habría sido, para él, el primero para una clientela de clases altas en la Zona Rosa.

A principios de la década de 1970 existió otro llamado Sergio’s Le Club que, al parecer, fue uno de los más memorables de su tiempo, siendo junto con el Safari, un lugar de ambientes mixtos y trasgresores, que daban cabida al ligue no estrictamente heterosexual o heteronormado. Viya lo incluye como un sitio de ambiente a pesar de que en otras crónicas

(Jiménez, 1994) la describen como la más elegante y mejor discoteque de la Zona Rosa, frecuentada por hippies y otros jóvenes que consumían drogas adentro, ligaban, pero no se hace referencia a contactos homosexuales.

En todo caso, a lo largo de la década de los 1970, continúa la ebullición de esa Zona Rosa de cosmopolitismo, ocio, trasgresión, y poco a poco comienzan a surgir las voces que señalan la que llamé su segunda decadencia. La línea 1 del Metro, inaugurada en 1969 y que tenía una estación al sur de la Zona Rosa, en el cruce de Insurgentes y Chapultepec y para la que se creó una plaza, ha sido acusada constantemente por vecinos cercanos y visitantes de entonces, de popularizar el ambiente. En una crónica de José Joaquín Blanco (2005) lo encontramos de forma explícita: “se podía caminar [en la Zona Rosa] con mucha tranquilidad (todavía no llegaba el metro, ni con él la muchedumbre de muchachos de barrios pobres)”. Sin embargo, a la par de este proceso también comenzaron a aparecer menciones a la Zona Rosa como un espacio no sólo homosexual, sino gay.

En la investigación que hizo Rodrigo Laguarda (2009) sobre el proceso de apropiación de la identidad gay en México para el período 1968-1982, encuentra entre sus informantes que la Zona Rosa era un espacio para ver y ser visto, vestir modas estrafalarias de la época que en otros lados de la ciudad podría significar agresiones verbales, físicas o hasta detenciones policías. Señalan que había “espacios de tolerancia que, se sospechaba, estaban solapados por las autoridades” (p. 94). Ellos mismos mencionan que durante la administración del Presidente Luis Echeverría (1970-1976), con la regencia capitalina de Octavio Senties (1971-1976) surgieron diferentes bares que rápidamente eran clausurados: no se mencionan nombres, ni direcciones.

En una reseña histórica de la vida nocturna gay, Juan Carlos Bautista (2010) reitera esto mismo para este período: en ese entonces los espacios para homosexuales varones predominaban en el centro histórico y los intentos de abrir bares gay en otros sitios eran rápidamente clausurados. El cambio, sin embargo, parece haberse acelerado con la aparición a finales de los 70 y su sobrevivencia en la década siguiente de un bar en particular: el Nueve; privilegiado, además, por contar con más de una crónica, siendo la más reciente y extensa la publicada por Guillermo Osorno (2015). Los informantes de Laguarda señalan que la tolerancia parece haber comenzado en la administración de José López Portillo (1976-1982)

y la regencia de Carlos Hank (1976-1982) cuyo período a su vez podemos identificar con la visibilidad y primeros éxitos de un movimiento político Lésbico-Gay (Diez, 2011).

Así, en los años 80 aparecieron nuevos sitios además del Nueve y que podemos revisar en las primeras publicaciones gay que incluso alcanzaron permiso para ser difundidas en puestos de periódicos. Es el caso de *Macho Tips*, cuyo primer número fue publicado en mayo de 1985. Esta revista, dirigida a un público casi exclusivamente homosexual masculino, en algunos números incluía también artículos sobre otras identidades sexuales, especialmente para lesbianas y bisexuales, pero también para personas trans. También contaba con una guía de lugares gay en las que solía ser explícita si los espacios eran exclusivamente para hombres homosexuales o daban cabida a otras sociabilidades de la diversidad sexual.

De hecho, y como lo mostré en la Introducción de esta tesis (Imagen I.3), es tal vez esta revista la que nos brinda la primera representación y delimitación de la Zona Rosa desde una voz gay. Como se aprecia en la siguiente imagen, la Zona Rosa gay incluía a la colonia Cuauhtémoc –al norte del Paseo de la Reforma y delimitada al norte por el Circuito Interior y Villalongín, mostradas en el mapa- y extiende el límite poniente de la demarcación hasta los pies del Bosque de Chapultepec usando el eje vial Lieja como frontera.



Imagen 3.7.- Plano de la Zona Rosa tomado de la revista Macho Tips, número 2, julio de 1985

El plano de la Zona Rosa de Macho Tips se rodea de anuncios de servicios, tiendas y discotecas dirigidas al público gay dentro de los cuáles se incluye un espectáculo en lo que ya se considera la colonia San Rafael (Sullivan 43) y un gimnasio llamado Club San Francisco en las calles de la colonia Cuauhtémoc.

Como mostraré en el capítulo 5 a través de un análisis de cohortes, a finales de la década de 1990, la Zona Rosa parece haber mostrado una nueva cara de la concentración de sociabilidades gay que venía desarrollando. El actor y empresario Tito Vasconcelos abrió su primer “Cabaretito” en 1998 (Reyes, 2008), un espacio que, si bien originalmente estaba dedicado a espectáculos de cabaret, rápidamente se convirtió en un antro para jóvenes e incluso adolescentes homosexuales. Ante su éxito, se abrieron más establecimientos con este nombre donde diferenciaba el tipo de música y buscaba dar más cabida a lesbianas y personas trans.

3.3. Conclusiones: la ambivalencia y tensión de lo gay en el imaginario de la Zona Rosa

El conjunto de sociabilidades específicamente gay, es decir, a diferencia de otras formas de organizar socialmente la homosexualidad, comienzan a desarrollarse y a concentrarse en la Zona Rosa aunque no de forma exclusiva. Esto la distingue de la trayectoria de otros llamados barrios gay icónicos, como es el caso de Greenwich Village en Nueva York, Chueca en Madrid, Le Marais en París y otros. En esos casos, el relato contado suele ser el de áreas urbanas deprimidas económica y habitacionalmente y que, por tanto, son propicias para las apropiaciones de quienes serían sujetos abyectos en el entorno urbano. Los bares y residencias de gays, lesbianas y trans, encontraron una mayor seguridad en estas áreas urbanas al estar relativamente al margen del Estado. Posteriormente, ante la conquista de derechos y visibilización del movimiento LGBTI, estos barrios comenzaron un proceso de revalorización comercial y habitacional en la que las sociabilidades gay jugaron un papel fundamental reactivando económicamente estos espacios en términos de mercado. Este análisis de imaginario y formación de la Zona Rosa sugiere un camino distinto aunque con algunos puntos en común.

La formación de sociabilidades gay parece ser un elemento indispensable del imaginario de trasgresión y cosmopolitismo de la Zona Rosa. Los primeros bares que abren sus puertas ahí, aún asediados por el Estado, así como el uso de sus calles para el ligue, son parte de las

tendencias que en el imaginario creado por este grupo de intelectuales y artistas, buscaba adoptar de lo que observaban en los epicentros de la cultura juvenil de la década de los 60. Es decir, la identidad gay se espacializa en México en la Zona Rosa más como parte de estas vanguardias trasgresoras que como un grupo de homosexuales y lesbianas buscando espacios de abyección para guarecerse del Estado. Y aún así, la Zona Rosa de los 60 como un espacio donde se producían discursos e intervenciones artísticas tímidamente críticas hacia el Estado —especialmente a la cultura nacionalista, pero no de manera concreta o explícita a autoridades concretas fuera del medio artístico— podía ofrecer cierta protección a la formación de sociabilidades trasgresoras sin ser propiamente un territorio deprimido, sino todo lo contrario.

Sin embargo, es importante destacar que si el surgimiento de estas sociabilidades gay comienza en la época considerada por sus nostálgicos como de esplendor de una Zona Rosa *avant-garde*, su mayor proliferación ocurre, en cambio, cuando ésta es efectivamente una zona comercialmente deprimida tras el terremoto de 1985, junto con los cambios en el consumo y prácticas urbanas de las clases altas, así como con la pérdida de densidad habitacional en la delegación Cuauhtémoc. En este sentido, la trayectoria de la Zona Rosa como un barrio gay comienza a parecerse más al relato de los otros barrios mencionados.

El registro de este imaginario tiene, como apuntaba, un efecto ambivalente en las sociabilidades gay de la Zona Rosa, pues alimenta ambas parejas de afectos de maneras contradictorias. Por un lado, estas sociabilidades se adscriben perfectamente al sentido de cosmopolitismo trasgresor al ser una tendencia adoptada desde los Estados Unidos y, particularmente, vinculada a la revolución sexual. Sin embargo, perturba en un sentido negativo a los afectos de nostalgia y decadencia. En el trabajo de campo, es frecuente encontrar la referencia a que el uso intensivo de bares —no solo gays— daña el patrimonio de la Zona Rosa y que evitan que regrese a “sus tiempos de gloria”. Como exploro en el próximo capítulo, incluso entre las trayectorias de hombres y mujeres no heterosexuales, la valoración de la Zona Rosa está también permeada por ese imaginario de nostalgia y decadencia, lo que se traduce en un afecto ambivalente sobre ella: no es lo que debería ser, los bares no son como deberían ser, no es un barrio gay apropiado, e incluso comparten la sensación de nostalgia por la Zona Rosa tanto porfiriana como la de la década de los 60.

Esta ambigüedad y tensión, como apunto, atraviesa diferentes momentos y etapas en arreglos distintos. Es decir, no es lo mismo la posición inicial en la que arribaba la identidad gay a México y se instalaba en algún conjunto de bares de la Zona Rosa en la década de 1970 que en la actualidad, en la que el barrio atraviesa por un proceso de reapreciación del uso del suelo que incluye planes de remodelación y rescate, la construcción de nuevos rascacielos en el frente del Paseo de la Reforma y la mayor oferta de bares gay que jamás ha tenido. El imaginario de nostalgia/decadencia y cosmopolitismo/trasgresión ha tenido una evolución y cambios en su registro desde su formación hasta la fecha, incidiendo de formas distintas en la experiencia y formación de las sociabilidades gay. Por esa razón es que en el capítulo 5 ofrezco un análisis de cohortes, que permita dar cuenta de estos arreglos y transformaciones a lo largo del tiempo desde la perspectiva de quienes socializaron ahí identidad no heterosexual en algún momento dado. Pero, para eso, es preciso revisar primero un elemento más del modelo de análisis que propongo: las características particulares de las relaciones biográficas con el espacio urbano de la ciudad de México y en especial, de la Zona Rosa, de las personas no heterosexuales.

Capítulo 4.- Relacionarse con la Zona Rosa: las líneas que unen los puntos

Siguiendo el modelo del plano-punto-línea, en este capítulo me dedico a analizar la última partícula: la línea, esto es, las agujetas que unen los puntos de sociabilidad que pueden estar o no insertas en el plano de la Zona Rosa. Estas líneas son las trayectorias de los sujetos que transitan por el espacio de la ciudad buscando sociabilidades relacionadas con la identidad sexual o de género que socializan. La línea introduce una dimensión temporal que estaba menos presente en las dos partículas anteriores: el hilo conductor del análisis de este capítulo es la experiencia, valoración y relación que diferentes sujetos han tenido con la Zona Rosa a lo largo de sus tiempos de vida.

Esto sienta las bases para un análisis temporal posterior, pues al observar las relaciones entre sujetos de diferentes edades y la Zona Rosa en diferentes momentos de sus vidas, emergen al menos tres elementos dinámicos: en primer lugar, el proceso de la Zona Rosa como porción urbana dentro del contexto de la ciudad de México, afectada por el crecimiento demográfico, las tendencias de especialización del uso de suelo, densidad habitacional, reapreciación comercial e incluso choques en la infraestructura como el terremoto de 1985. Este proceso, como describí en el capítulo anterior, impacta no solo en la oferta de sociabilidades, sino también en los imaginarios que hay sobre ella, es decir, en la forma en la que es evaluada, significada y representada por los sujetos y, en consecuencia, informando su uso de este espacio. El segundo elemento dinámico es el proceso de las identidades sexuales caracterizado por etapas de un movimiento político y de producción de referentes culturales en aras de conseguir visibilidad y derechos, también afectado por choques externos como fue la irrupción del VIH en la década de 1980. Este proceso también involucra cambios en la forma en la que comprendemos las diferentes identidades. Por ejemplo, si en los años 80 los términos “gay” o “de ambiente” parecían englobar un espectro amplio de todas las trasgresiones sexuales o de género, hoy observamos un desprendimiento de las personas trans o bien, varones con deseo erótico y afectivo por otros hombres que aunque asumen una identidad sexual, rechazan la etiqueta “gay”. Finalmente, el tercer elemento dinámico, es el proceso biográfico de cada sujeto que se descubre “distinto” a la expectativa de heterosexualidad y de género convencionales y comienza a recurrir a diferentes estrategias a su alcance tanto para experimentar su sexualidad, como para la construcción y socialización

de una identidad, así como las formas en las que esto se transforma en diferentes etapas de su ciclo de vida.

En el análisis de este capítulo me concentro en este último elemento para que, en el siguiente, de acuerdo con los otros elementos dinámicos, proponga una clasificación explicativa de generaciones de la Zona Rosa. Para ello, realicé 22 entrevistas de corte biográfico a sujetos que se identificaran como homosexuales, gay, lesbianas, bisexuales, trans, queer o simplemente no-heterosexuales pero vinculados de manera significativa en sus vidas a los espacios y sociabilidades urbanas de la heterodoxia sexual de la ciudad de México. En estas entrevistas, solicité a los sujetos que narraran la historia de su identidad sexual o de género, enfatizando sus actividades urbanas de socialización al respecto: cuáles fueron sus primeros pasos para explorar su sexualidad que involucraran una experiencia de lo público, cómo encontraron semejantes, cómo se aproximaron a la Zona Rosa y qué preconcepciones tenían de ésta, cómo se vinculan a las diferentes sociabilidades urbanas, qué valoraciones tienen de éstas y qué posición tienen, en particular, las de la Zona Rosa.

La muestra fue construida de forma analítica privilegiando la experiencia de los hombres que se identifican como gays o con deseo erótico y afectivo, exclusivo o no, por otros hombres. Esto me permite detectar y analizar con mayor profundidad algunos procesos específicos de las trayectorias biográficas a través de estos espacios, aislando una misma posición con respecto al orden de género. Sin embargo, dado que como exploré en el capítulo 2, muchas formas de sociabilidad de la Zona Rosa entienden la heterodoxia sexual de forma amplia, incluyendo en su espacio no solo a los hombres, sino también a mujeres que se identifican como lesbianas o con deseo erótico y afectivo, exclusivo o no, por otras mujeres y, además, han formado sociabilidades exclusivas para ellas en el espacio de la Zona Rosa, incorporé, aunque en menor número, un conjunto de entrevistas a ellas. Estas entrevistas me permitieron comprender alguna medida en la que los procesos urbanos y biográficos de hombres y mujeres, en tanto que comparten una posición trasgresora a la heteronormatividad pueden ser compartidos y cuáles no. Con esto, pretendo ofrecer una mirada analítica poco frecuente en estudios sobre diversidad sexual, que suelen enfocarse a una sola de las identidades y, por lo general, exclusivamente a la de los hombres. En este mismo tenor, también incorporé la experiencia de alguien que alguna vez se identificó como mujer trans y, al momento de la

entrevista como persona trans. Partiendo de que las trayectorias de las mujeres y hombres trans pueden ser muy distintas a las de los hombres y mujeres con un deseo homoerótico, pues su trasgresión fundamental a la heteronormatividad es más bien su identidad de género, incluí esta entrevista no buscando describir el proceso urbano específico de las personas trans, sino los puntos de encuentro con las trayectorias de los hombres y mujeres. Es decir, busco comprender el proceso urbano de la heterodoxia sexual en general y utilizando la de los hombres gay como parámetro inicial.

Dada la intención que he tenido de poder establecer un análisis de cohortes que desarrollo en el capítulo 5, la mayor variabilidad que incluí en esta muestra es la etaria, con un amplio rango de edad entre los 19 y los 64 años. En cambio, en otras variables busqué una mayor uniformidad, como es el caso del perfil socioeconómico. Esto, al igual que en el caso de haber privilegiado la mirada de los hombres gay, decidí nuevamente profundizar en los procesos involucrados a partir de la mirada de quienes tienen un amplio acceso a todas las formas de sociabilidad, tanto a aquellas restringidas a las clases altas, como aquellas más frecuentadas por clases populares. Consideré que el perfil socioeconómico de las clases profesionistas era el más adecuado para obtener esta perspectiva más detallada, reflexiva y tal vez compartida sobre las sociabilidades. Y aún dentro de este perfil de clase particular, busqué alguna diversidad dentro del grupo tanto en cuanto a lugares de origen como de trasfondos familiares.

Salvo uno que vive en Europa, uno que vive en el oriente de la capital y otro al poniente, todos los entrevistados residían al momento de la entrevista en la ciudad de México en alguna parte de su amplia zona central –alcaldías de Miguel Hidalgo, Cuauhtémoc, Benito Juárez y Coyoacán-, aunque busqué cierta diversidad entre lugares de nacimiento dentro o fuera de la ciudad de México.⁹⁶ Encontré que la experiencia de contraste entre la ciudad de origen de

⁹⁶ Vivir en zonas centrales, solo en términos muy generales y con muchas reservas, puede indicar una cierta situación privilegiada. Es en estas alcaldías centrales donde se concentra la mayor parte de infraestructura de movilidad de la ciudad, así como suele tener mejores servicios públicos que, por ejemplo, el oriente y el norte de la zona metropolitana. Al ser también una de las áreas que concentran puestos de trabajo, comercio, servicios, oferta de entretenimiento y más, los habitantes de las zonas centrales, gastan –de nuevo, por lo general-, menos tiempo de sus días desplazándose a sus sitios de trabajo o estudio, así como para otras actividades cotidianas. En consecuencia, la renta de vivienda en las zonas centrales suele ser más elevada, lo cual involucra procesos de exclusión e incluso lo que algunos urbanistas califican como gentrificación en algunas colonias. Vivir en las zonas centrales de la ciudad puede ser, no exclusiva ni necesariamente, un marcador de un nivel socioeconómico acomodado con respecto a los habitantes del oriente y el norte del valle. Sin embargo, en algunas zonas del sur

algunos de los entrevistados y la ciudad de México, enriquecía particularmente la reflexión y valoraciones sobre la Zona Rosa y otras sociabilidades urbanas. Por esa razón, también pregunté a los entrevistados, aunque fueran originarios de la ciudad de México sobre su experiencia con otras ciudades mexicanas o del mundo.

Excepto uno sobre el que ahora haré una acotación, todos los entrevistados cuentan con alguna forma de educación superior y, en su mayoría, ejercen la profesión que estudiaron, esto como situación privilegiada. Podríamos decir que la mayoría de los entrevistados son y provienen de clases medias profesionistas, aunque en cuatro casos se trató de hijos de comerciantes o empleados sin estudios universitarios. Uno de estos casos es de un sujeto que, realizando un trabajo manual no profesional y sin estudios universitarios, incorporé a la muestra en el mismo sentido que el de la experiencia de una persona trans: me interesa comprender los sesgos que pudiera tener la muestra de este perfil socioeconómico a partir de observar la trayectoria de alguien que no pertenece a ella. También esta entrevista permite analizar un marco común de estas sociabilidades e imaginario de la Zona Rosa que sobrepasa una clase social en particular.

Para mayor detalle, anexo a este capítulo un cuadro sinóptico de los perfiles de los entrevistados, así como una breve semblanza de cada uno de ellos. Para facilitar la lectura de este texto y dar algún contexto mínimo de cada entrevistado, tras su alias coloco en paréntesis su año de nacimiento. Asimismo, dado que a lo largo del texto se hace una mención a diferentes bares, cafés, organizaciones y antros concretos, ofrezco también como anexo, un catálogo con las descripciones mínimas de estos espacios que permitan contextualizar la lectura de la información presentada. Estas descripciones también están disponibles en el mapa en línea.

4.1. Primeros pasos: salir a la calle: estrategias, miedos, resistencias y padrinazgos

Muchas de las primeras exploraciones sexuales de cualquier tipo ocurren en el ámbito de lo privado y doméstico. Como es frecuente encontrarlo así en la ficción o en la literatura académica, el proceso de descubrimiento del deseo erótico y afectivo homosexual o una identidad de género distinta tanto en hombres como mujeres puede ser lento, comenzando

y del poniente de la urbanización, en alcaldías o municipios que no incluí aquí, se encuentran algunas de las áreas de mayor concentración de riqueza de la ciudad.

incluso en la infancia o pubertad con algunas experiencias -a veces placenteras o a veces violentas o traumáticas- en el encuentro erótico con parientes cercanos o bien con compañeros de la escuela y culminando –o incluso comenzando- en la edad adulta con una aceptación parcial o total y asimilación de una identidad sexual trasgresora que puede modificarse en el tiempo. Para esta investigación, solo me interesan aquellas primeras experiencias que involucran una búsqueda activa de los sujetos por satisfacerlas dentro del ámbito de las sociabilidades urbanas y que incluyen el interés por establecer redes con semejantes. Es decir, si bien algunas de estas experiencias en el ámbito privado, infantil o adolescente, pueden tener repercusiones cruciales en la forma en la que los sujetos desarrollarán su vida, solo interesan aquí cuando éstas tienen una relación directa con sus prácticas espaciales e identitarias.

En el caso de los varones homosexuales es frecuente encontrar ligue fortuito o deliberadamente pretendido en algunos espacios públicos, sobre todo -pero no exclusivamente- antes de la llegada del internet. Sebastián (1955), José Miguel (1960) y Felipe (1961), todos hombres cuya adolescencia e inicios de la vida adulta transcurrieron en buena parte de la década de 1970, sostuvieron algunas de sus primeras relaciones sexuales con hombres que ligaron en la calle. Y todos coinciden que esto fue uno de los primeros pasos para ir estableciendo los lazos, amistades y relaciones que les dieron un mayor conocimiento sobre las dinámicas socioespaciales de otros hombres como ellos. Sebastián y Felipe cuentan, además, que esto ocurre como por una especie de “instinto”.

Una vez, en 1977, Felipe comió con su familia en un restaurante de la Zona Rosa y, tras ver pasar por la calle a un hombre joven de pelo largo vistiendo solamente un *over-all* de mezclilla sin camisa –atuendo que, en ese entonces sería asociado a la moda hippie y, en consecuencia a posturas trasgresoras contra la moral sexual y familiar-, su padre mencionó que la Zona Rosa era un lugar de “maricones”. “Al día siguiente”, dijo Felipe, “yo ya estaba en la Glorieta de Insurgentes”. A través de sostener un intercambio de miradas con un hombre unos 20 años mayor que él, se acercó a platicar con él y se fueron a su casa, un lugar que Felipe recuerda como “siniestro” y donde tuvieron una relación sexual. No se volvieron a ver jamás.

Sebastián (1955), por su parte, creció en la ciudad de Puebla y, sin haber escuchado alusión alguna a sitios de ligue, cuenta que en el zócalo –la plaza mayor- de esa ciudad tuvo una dinámica similar de miradas con otro hombre con quien acabó estableciendo una amistad. Él lo introdujo “al ambiente”.⁹⁷ En el caso de José Miguel (1960), había conocido en la secundaria a otro chico “más experimentado”, quien le contó que a lo largo de Insurgentes, entre el barrio de San Ángel al sur y el Paseo de la Reforma –límite de la Zona Rosa-, era común el ligue. “De peatón a peatón, de coche a coche, de coche a peatón”. José Miguel dice que en los 70 y en los 80 el ligue estaba garantizado tras intercambiar algunas miradas y así fueron sus primeras experiencias. “Algunas de mis relaciones más significativas en esta onda las hice en la calle”, dice. Lo mismo para Sebastián en Puebla: pronto descubrió que en el Zócalo y en las calles aledañas era común el ligue entre hombres. Así estableció su primer grupo de amigos.

La llegada de medios impresos o electrónicos que dieran cuenta de diferentes sociabilidades, permitió que se pudiera prescindir de este “instinto” por ligar en la calle o espacios públicos y todavía más con la llegada de aplicaciones de ligue en dispositivos móviles a finales de la década de 2000.⁹⁸ Es el caso de Alberto (1998), un joven estudiante de 19 años –cuando lo entrevisté-, que vive actualmente en la colonia Federal –en la alcaldía de Venustiano Carranza, cerca del aeropuerto de la ciudad- y que asiste con frecuencia a la Zona Rosa. Cuenta que sus primeras relaciones sexuales con otros hombres comenzaron a ocurrir a sus 17 años, a través de la aplicación para teléfonos móviles, Grindr, o bien a través de *páginas web* dedicadas al contacto entre hombres. Fue también a través de ellas que consiguió a su primer grupo de amigos que lo introdujo a la Zona Rosa. Sin embargo, la mayor parte de estos primeros pasos en los casos de los varones, seguía determinado por el impulso de

⁹⁷ Término particularmente popular en la jerga mexicana para referirse al ámbito de las relaciones y espacios gay. Aunque aún es frecuente encontrar el uso de este término en los más jóvenes, es mucho más común entre quienes socializaron una identidad sexual desde la década de 1970 hasta mediados de los 2000.

⁹⁸ Aunque en la década de 1970 ya hay una producción de panfletos, carteles, volantes de publicidad y otros impresos, asociados al movimiento de liberación homosexual o lésbico-gay, para acceder a ellos era preciso ya “estar en el ambiente” y acudir a los espacios de sociabilidad donde se distribuían. En cambio, la información impresa sobre la sociabilidad gay en la ciudad de México se vuelve accesible a mediados de la década de 1980, cuando la revista *Macho Tips* consigue puntos de venta entre los puestos de periódicos y, poco más adelante, cuando la revista *Tiempo Libre*, dedicada a anunciar la oferta de ocio y entretenimiento en la ciudad incluye un apartado LGBT. En cuanto a medios electrónicos, estos llegan en la década de 1990 con listas de correos electrónicos y que año con año y hasta la fecha, han ido ampliándose y sofisticándose tanto en la cobertura de internet como en los desarrollos de plataformas de comunicación y tecnología móvil.

concretar encuentros sexuales casuales antes que por la búsqueda de espacios con otras dinámicas identitarias.

Jerónimo (1980), por ejemplo, en su adolescencia en la década de 1990, leyó en una revista pornográfica que compró en un puesto callejero en las inmediaciones de la Glorieta de Insurgentes, donde describía algunos cines del centro histórico donde proyectaban películas pornográficas heterosexuales pero a los que acudían hombres buscando sexo con otros hombres y allá fue en algunas ocasiones. Esto ocurría antes de que Jerónimo asumiera una identidad sexual particular, por lo que para él visitar otro tipo de sociabilidades, estaba descartando. “Yo no pensaba que fuera gay, ni siquiera bisexual, simplemente lo hacía y ya, me daba muchísima culpa y miedo, pero no fue hasta después que primero pensé que era bisexual, porque sí tuve novias y después ya me asumí como ‘gay’ y entonces sí empecé a ir a Zona (Rosa)”.

Sin embargo, la circulación de información en medios impresos, electrónicos o incluso radio sobre algunas dinámicas socioespaciales de los varones buscando sexo con otros varones en el espacio público, no exentaba la posibilidad de que algunos sujetos dieran fortuitamente con alguna de estas sociabilidades; nuevamente aparece lo que otros llamaron el “instinto”.⁹⁹ Es el caso de Edgar (1983), quien una vez abordó el último vagón del Metro en el año 2002, sin saber nada de las dinámicas de ligue acostumbradas ahí y, como en otros casos, ocurrió el intercambio de miradas que culminó en el acuerdo de ir a la casa del otro hombre a sostener una relación erótica. Al igual que Jerónimo, en esas primeras experiencias Édgar no terminaba de asumir una identidad homosexual; ya había tenido otros encuentros eróticos con hombres, pero también con mujeres por lo que se autodenominaba “bisexual”. Fue más adelante que adoptó la etiqueta gay.

Una experiencia relacionada a este instinto de una sociabilidad basada en el ligue en las calles que es descubierta de manera instintiva o accidental es la de Omar (1986), quien comenzó la

⁹⁹ A finales de la década pasada, antes de una difusión mucho más generalizada, así como de la aparición de las plataformas como YouTube o de otras formas de emisión de contenidos de audio o audiovisuales, inició en la ciudad de México el programa de radio semanal “Triple G, Generación de Gente Gay”, que se transmitió desde 2001 hasta 2012. Se transmitía por la frecuencia WFM, hoy conocida como W Radio, una de las estaciones comerciales de FM más populares de la ciudad. En el programa se hablaba de temas de interés para hombres gay, aunque también para otras identidades sexuales y de género. Comúnmente también sus conductores recomendaban o hablaban de espacios de sociabilidad de la ciudad de México.

adopción de una identidad gay en el puerto de Veracruz, adonde se fue a vivir lejos de su familia, de Comalcalco, Tabasco. Omar, quien ya había asumido una orientación del deseo homoerótico, detectó en las calles del centro de Veracruz que algunos hombres parados en las esquinas ofrecían sexo a cambio de dinero y, como sus primeros pasos en el conjunto de sociabilidades urbanas decidió participar de ellas también ofreciendo el mismo servicio ocasionalmente.

Emmanuel, nacido en 1991, cuenta que a sus 16 años comenzó a ligar con otros chicos que encontraba en un café Starbucks por el rumbo de Coapa, en el sur oriente de la ciudad de México. Dice que ya entendía o sabía que él era gay, pero no terminaba de aceptarlo, ni de comunicárselo a nadie más. Si bien, los cafés que están fuera de zonas de concentración de espacios, negocios y dinámicas gays como la Zona Rosa difícilmente pueden considerarse una sociabilidad gay, Emmanuel cuenta que el ligue en los Starbucks en general o de otras franquicias similares de cafés, es frecuente. La dinámica es, de hecho, la misma que describían Felipe (1961), Sebastián (1955) y José Miguel (1960) sobre la calle en la década de 1970: miradas persistentes hasta que existe una aproximación de alguno de los dos participantes. La intención de contactarse para concretar un encuentro sexual surge muy rápido en la conversación después de un: “¿cómo estás?”, “¿qué estás haciendo?”. “¿De qué tienes ganas?”, me dice Emmanuel, es una de las preguntas que permite abrir de forma más clara las intenciones de un encuentro sexual. “Armar algo”, es la respuesta más indirecta cuando todavía persiste alguna duda o desconfianza de que alguno de los dos no sea gay; “unos besos”, una más concreta. También es posible que uno responda que busca una conversación, pudiendo lograrla o no.

En el caso de las mujeres, la salida al espacio público para buscar un encuentro sexual como una de las primeras aproximaciones a las sociabilidades urbanas heterodoxas—y no solo en estos primeros pasos- no parece ser frecuente. Las vinculaciones iniciales a espacios “de ambiente” pueden ocurrir a partir de relaciones hechas dentro del ámbito familiar o escolar. Es el caso de Catalina (1969), quien a sus 16 años, luego de que unas amigas lesbianas de su madre “detectaran” en ella cierta afinidad y ella misma también se sintiera “diferente” – cuenta que a sus 12 años escribía en un diario “no quiero ser homosexual”- , fue invitada por ellas a un espacio en el centro histórico llamado Cuarto Creciente que era simultáneamente

un sitio de debate feminista y un café/bar donde solía ocurrir el encuentro y socialización entre mujeres bi u homosexuales. Ahí fue donde Catalina encontró a su primera pareja y con quien también comenzó a visitar otros bares y antros de la ciudad de *ambiente* –mixto o exclusivamente lésbico-. María (1979) comenzó a frecuentar algunos bares y espacios gay antes de asumir una identidad lésbica. Lo hacía acompañando a un amigo suyo homosexual, pero señala que siempre le llamaron mucho la atención y tenía cierta atracción por asistir y ver la dinámica entre las mujeres. Fue hasta que comenzó a desarrollar una atracción y posteriormente una relación con una compañera universitaria que su participación en estas sociabilidades fue asumiendo una identidad lésbica. Esto también ocurre en algunas trayectorias de varones no heterosexuales. Tanto Edgar (1983) o Emmanuel (1991) describen que sus primeras visitas a antros gay fueron en “calidad de acompañantes” de sus amigos gay, es decir, asumiéndose aún como heterosexuales pero “de mente abierta”.

En el caso de Isabel (1978) y Ariadna (1981), en cambio, sin haber desarrollado alguna relación afectiva o amistosa previa, sí recurrieron a medios de comunicación para enterarse de algún sitio o espacio donde pudieran contactar a otras mujeres, no buscando un encuentro sexual de forma inicial. En el caso de Isabel, en su adolescencia en los años 90 escuchó un programa de radio especializado en temas de sexualidad en general, donde se habló de una asociación civil llamada “El Clóset de Sor Juana”, que le atrajo por ofrecer actividades “tranquilas y ñoñas” como reuniones de discusión de lecturas, conferencias o películas. Decidió llamar al número telefónico que ofrecieron y visitar la sede de la asociación que, ciertamente, no estaba en la Zona Rosa. Ariadna, en cambio, durante su primer año universitario en 2001 se encontró con la revista de agenda y directorio de entretenimiento en la ciudad, Tiempo Libre, que hablaba de un café y bar lésbico llamado Virreinas cerca de su casa en la colonia Del Valle y decidió ir. Su primera experiencia fue desagradable para ella porque percibió una dinámica orientada al ligue para el que no se sentía lista. También percibió trasgresiones de género entre las otras parroquianas que le resultaron, en su momento, impactantes: mujeres, a su gusto, muy masculinizadas en cuanto a su vestimenta, corte de pelo y formas de hablar.

Como el de Ariadna, muchos otros hombres y mujeres gay que se aproximan a estas sociabilidades, bares y antros, por su cuenta, no necesariamente vinculadas al ligue, tras haber

consultado alguna fuente impresa o electrónica, ese primer encuentro les resulta amenazante, pero no lo suficiente como para desalentar futuras visitas. Además de una incomodidad inicial con la presencia de hombres afeminados o con las mujeres con actitudes masculinas o machorras, como se les dice despectivamente, en su caso, dentro de los temores de estas primeras visitas, está ser visto o reconocido. Cuando Edgar (1983), al inicio de su vida universitaria a mediados de la década de 2000, se convenció de la necesidad de explorar más bares y antros gay, no le gustaba estar en la Zona Rosa ni salir demasiado porque pensaba que ser “muy visto” podía arruinar sus intereses profesionales. Rigel (1981) cuenta que él comenzó a rondar bares y antros gay durante unos cinco años entre 1999 y 2004 de los que se enteraba también por la revista *Tiempo Libre* o por sus búsquedas en internet. Sin embargo, nunca quiso entrar a ninguno por el temor de ser visto o reconocido dentro o fuera del bar. Por otro lado, él también dice que entrar le significaba finalmente aceptar su homosexualidad, por lo que no quiso hacerlo hasta no sentirse listo. Sobre esto mismo, Isabel (1978) quien además ha sido socia de algunos bares gay de la ciudad de México entre 2003 y 2010, señala que una cierta clandestinidad o privacidad es fundamental en un bar, es decir, que los clientes no sientan que serán fácilmente identificados al entrar al bar. En esto coincide Ernesto (1969) quien comenzó a frecuentar la vida nocturna gay a inicios de los 1990. Para él, los mejores eran los bares más alejados de las zonas en las que uno pudiera ser reconocido por compañeros de trabajo o de escuela.

Ernesto (1969) mismo, Benigno (1980) y Maximiliano (1994) tuvieron una trayectoria distinta. En algún momento de su adolescencia pudieron viajar -Ernesto y Maximiliano a Europa; y Benigno a Buenos Aires. En los tres casos, la sensación de estar lejos de casa y en ambientes que consideraron más abiertos que el de la Ciudad de México, les permitió encontrar amistades y contactos que los llevaron a conocer una parte de la oferta nocturna gay de esas ciudades. Al regresar a México, buscaron las opciones locales teniendo como referente las que habían encontrado en estas otras ciudades. Esta trayectoria parece haber aminorado la sensación de incomodidad o impacto de esos primeros pasos con las sociabilidades gay. Es probable, sobre todo en el caso de Ernesto, que en su experiencia en Barcelona y Roma se resolviera el temor a ser reconocido en estas primeras visitas, pues se encontraba en ciudades extrañas. Él mismo me comentó que era importante que los bares gay, ya en la ciudad de México, estuvieran en puntos de poca afluencia de oficinistas o

visitantes que pudieran reconocer a los clientes que van entrando al bar. Omar (1986) nos ofrece una situación similar aunque desde un contexto muy distinto. En su adolescencia en Comalcalco, la oferta de sociabilidades es prácticamente inexistente, aunque señala que había un bar. Sin embargo, como mencioné arriba, cuando cumplió la mayoría de edad se fue lejos de su entorno familiar que él califica como muy homofóbico, para trabajar en el puerto de Veracruz como mesero. Inicialmente llegó a vivir con unos tíos suyos, pero tan pronto tuvo algunos recursos pudo independizarse. Para él, los primeros pasos en el mundo de la heterodoxia sexual fue en los bares y antros del puerto, así como en el ligue en sus calles. Tras unos años en el puerto regresó a su estado, donde, dice, le resultó más sencillo afrontar su identidad sexual con su familia y, a su vez, acudir a la oferta que ofrecía la ciudad de Villahermosa. Omar recuerda con particular nostalgia el tiempo que pasó en Veracruz, donde estableció relaciones y contactos que, años después, le sirvieron incluso para mudarse a la ciudad de México.

Una trayectoria distinta la ofrece Regina (1977), quien se asume al tiempo de la entrevista como “persona trans” y anteriormente como “mujer trans”, y prefiere el uso del género femenino para referirla.¹⁰⁰ Para ella, el ligue o la búsqueda de encuentros sexuales nunca ha formado una parte importante de su vida y los suele concretar fuera del ámbito de lo público. La experiencia de su trasgresión de género comenzó a vivirla en el ámbito de lo privado, vistiéndose con ropa de mujer en su casa y, posteriormente en fiestas y salidas a bares y discotecas “bugas” con sus amigos. La trasgresión consistía en lo que en ese entonces podía considerarse, en sus propios términos, un travestismo: es decir, portar la ropa y arreglo personal, en su caso, de mujer, siendo que había sido identificada al nacer y en su crianza como hombre. Dado que en un inicio Regina no buscaba asumir o expresar un deseo sexoafectivo, sino simplemente la de visibilizar una identidad de género distinto al asignado, su búsqueda de espacios y sociabilidades comenzó marcada por aquellos donde podía estar mostrándose como mujer.

Como en el caso de otras de las personas entrevistadas, tras las exploraciones en las salidas con amigos y haber creado un personaje femenino para estas ocasiones, Regina asumió una

¹⁰⁰ En la entrevista señala que su contacto reciente con discursos feministas radicales, la llevaron a cuestionarse lo que significa ser “mujer” y si es la categoría más apropiada para ella.

identidad de forma explícita y, digamos, definitiva –es decir, ya no un personaje ocasional sino una identidad para la vida cotidiana- después de la adolescencia y estando lejos de casa. En su caso fue en una estancia profesional en América Central donde entró en contacto con otras personas y colectivos trans. Sus primeros pasos en las sociabilidades específicas de personas trans y otras heterodoxias sexuales ocurrieron en un par de ciudades de allá, donde además de continuar yendo a fiestas y bares vestida y ataviada como mujer, también hizo amistades con otras mujeres trans a quienes conoció en las calles.

Una noche en Tegucigalpa experimentó una golpiza en la calle perpetrada por dos personas, un hombre y una mujer, con quienes apenas se cruzó en su camino a casa. Regina no sabe si atribuir o no la golpiza al hecho de que fuera identificada como trans o por cualquier otra razón. En la entrevista dijo que supo que tiempo después, en aquella ciudad fueron detenidas algunas personas que por las noches golpeaban indigentes y peatones. Se pregunta si habría sido víctima de ellos o si más bien habría sido la vanguardia de una oleada de asesinatos de mujeres trans que, dice, supo se desató más adelante en esa ciudad. En cualquier caso, el miedo que le produjo esta experiencia hizo que en el resto de su permanencia fuera de México disminuyera sus salidas e interrumpió sus ideas y deseo de hacer un cambio de género permanente. Fue a su regreso a la ciudad de México y, una vez recobrada la confianza y convencida de que es una urbe más segura para las personas trans, que retomó ese camino. Así, sus primeras prácticas espaciales relacionadas con su identidad de género en la ciudad de México están vinculadas con el proceso de su transición: asistía a grupos de conversación y pláticas sobre activismo trans, tratamientos, intervenciones corporales y otros temas especializados en el Centro Cultural de la Diversidad, ubicado en la colonia Roma, a unos pasos de la Zona Rosa.¹⁰¹

Regina también comenzó a asistir a la Clínica Condesa, una instalación médica del sector público, dependiente del gobierno de la Ciudad de México, especializada en la atención gratuita a problemas específicos asociados a minorías sexuales. La clínica se encuentra en la colonia Condesa, al sur de la Zona Rosa dentro de la gran zona central de la ciudad. Es en un espacio de sociabilidad atravesado por la medicalización, pues ahí se brindan tratamientos

¹⁰¹ Se trata de una asociación civil que abrió sus puertas en 2002 y que hasta la fecha continúa funcionando para obras de teatro, conferencias, grupos de apoyo y otros eventos.

contra el VIH y otras enfermedades de transmisión sexual. Asimismo hay acompañamiento, campañas y asesorías relacionadas con esto. En el caso de Regina, su participación de esta sociabilidad, sin embargo, no está cruzada por la patología, sino por la transición de género. Es en la Clínica Condesa donde recibió las evaluaciones psicológicas, las terapias hormonales y otros procesos e intervenciones médicas por los que optó para la transición de género. Según me cuenta Regina, no existe otro espacio del sector público de atención a las personas trans en la ciudad de México, pero conoce de otros médicos y clínicas del sector privado a las que acuden amigas suyas. Sin embargo, señala, no son muchos doctores y tampoco son muchas las personas que se atienden en el sector privado.

En todo caso y volviendo al panorama en conjunto de estas primeras exploraciones urbanas, si lo miramos desde la perspectiva de las prácticas socioespaciales, el proceso de adopción e incorporación de una identidad sexual o de género que lleve a los sujetos participar de las sociabilidades urbanas donde ocurren esas dinámicas es relativamente paulatino. El antro o el bar, no suele ser la primera experiencia de muchos o, si lo es, puede ser no placentera o incluso amenazante, o bien, no si los sujetos los visitan asumiéndose como heterosexuales. Es decir, asisten al bar gay pero poniendo una distancia con la sociabilidad de los otros al no identificarse con ellos.

Parece ser importante en primer lugar querer activamente incorporarse, aunque sea parcial o desde una postura crítica- al “ambiente” y, además, ser “introducido” a estas sociabilidades. Es decir, las primeras exploraciones parecen incluir visitas o experiencias en las que las personas adoptan ciertos elementos pero mantienen cierta distancia o desconfianza hacia todas las lógicas y repertorios identitarios. Regina, por ejemplo, se distanció de las pláticas del Centro Cultural de la Diversidad cuando no le gustó la predominancia de temas de activismo político relacionado con las agendas trans. O, a Arianda y a Edgar les incomodaba la presencia de mujeres masculinizadas u hombres feminizados, respectivamente. En todos los casos, resulta fundamental encontrar una relación clave que funcione de intermediario, una suerte de padrino o madrina.¹⁰² Para encontrar quiénes pueden estos “padrinos” (como

¹⁰² Intermediarios que, llamados a veces “padrinos” o “madrinas”, “padre” o “madre”, funcionan de manera similar a lo que en antropología suele llamarse el “gatekeeper”. Aludo al término en inglés en referencia a la forma en la que suele ser referido en la antropología para las personas que, con un mayor acceso y conocimiento al campo, son las que habilitan que el investigador consiga vincularse con sus informantes. Sugiero que es un proceso similar en la inserción al “ambiente”.

mencionó José Miguel sobre el amigo que le mostró las dinámicas de ligue en Insurgentes en los 70 y 80) o las “madres” (como mencionaron Rigel, Jerónimo y Benigno sobre los amigos quienes les mostraron los lugares “de ambiente”) se pueden recurrir a diferentes estrategias. Es notable que muchos hombres consiguen estos “padrinazgos” a partir de su participación en sociabilidades urbanas abiertamente orientadas al contacto y encuentro sexual. En el caso de las mujeres –y también de algunos hombres- acuden a alguna persona gay, lesbiana o trans con la que pudieran estar vinculados a través de amigos y familiares o bien, su gatekeeper pueden encontrarlo asistiendo a espacios no sexualizados como el Clóset de Sor Juana, Cuarto Creciente o el Centro Cultural de la Diversidad.

En la participación del ligue callejero, en cafés, en cines o bien a través de internet o dispositivos móviles, muchos hombres comienzan sus primeras relaciones sexuales, pero todavía no queriendo incorporarse a otras sociabilidades. “Es puro desfogue sexual al principio”, me dice Felipe. Querer asistir a un espacio o dinámica no mediada por el sexo, requiere, pues, la adopción de una identidad. Por ejemplo, Lucas (1988) sostuvo una relación afectiva duradera en su adolescencia con otro chico que conoció a través de un chat y, cuenta, se aceptaba como “homosexual”, pero todavía no quería “entrar al ambiente” sino hasta que, ya como universitario, tuvo la experiencia de conocer a otros hombres homosexuales asumidos como gay que lo invitaron y acompañaron a los antros. Es importante aclarar que, en prácticamente todos los casos, la adopción de una identidad sexual y la participación de sociabilidades no orientadas al contacto sexual, no significa dejar de participar en las otras. José Miguel (1960) ofrece un gran ejemplo: comenzó ligando en las calles, durante 20 años salía cada noche que podía a recorrer bares, antros y otros espacios “de ambiente” y, hasta la fecha, es asiduo a cualquier tipo de dinámica orientada a procurar el encuentro sexual entre hombres: lugares de encuentro, baños, cabinas, aplicaciones de dispositivos móviles, etcétera.

La Zona Rosa no forma parte dominante de este repertorio de posibilidades para las primeras participaciones en sociabilidades gay. Al parecer, y así lo vemos en un gran número de relatos: la Zona Rosa sería un espacio para los “ya iniciados” o para quienes pretenden asumir de una forma mucho más activa una identidad heterodoxa.

4.2. La primera visita a la Zona Rosa

La identificación de la Zona Rosa como un espacio que concentra una oferta de sociabilidades trasgresoras tiene lecturas o experiencias muy distintas entre los diferentes sujetos. De hecho, no siempre es identificada como tal. Isabel (1978), por ejemplo, cuenta que tras haber asistido a varias reuniones del El Clóset de Sor Juana, una noche de 1996 la invitaron a salir a un bar y la llevaron a un antro en la calle de Monterrey, a un par de cuadras de lo que llamamos la Zona Rosa. Fue su primer bar gay, y se trataba de uno llamado El Celo, que tenía un área para hombres, otra para mujeres y otra mixta. Ahí supo que en la Zona Rosa había otros bares y espacios por los que comenzó una curiosidad por explorarlos hasta, incluso, convertirse en socia de uno de ellos. “No tenía idea y eso que sí había ido a la Zona Rosa alguna que otra vez, pero una ve lo que quiere ver o no hay nadie que te diga”. Catalina (1969) tampoco tenía una referencia anterior a que en la Zona Rosa existiera “el ambiente” y de hecho no la reconoce como tal sino hasta la década de 2000 que crece la oferta de bares y restaurantes, particularmente en la calle de Amberes.

Como hemos visto en el trabajo de Rodrigo Laguarda o en la novela de Luis Zapata, la idea de que la Zona Rosa fuera un “área gay” ya se habría desarrollado a finales de los 70. Y no solo entre personas homosexuales, como pudimos corroborar en el caso de Felipe (1961) que fue su padre heterosexual el que le informó que la Zona Rosa es “de maricones”. Esta historia se repite en varios casos años después: Regina (1977), María (1979), Carlos (1980), Jerónimo (1980), Rigel (1981), Emmanuel (1991), Maximiliano (1994) o Alberto (1998), todos recuerdan haber escuchado a sus padres o algún pariente o amigo mayor que ellos y, por lo general heterosexual, decirles, sin saber de su orientación o identidad sexual, que la Zona Rosa es un espacio gay, a veces con términos peyorativos como “maricones”, “putos” o “jotos” y a veces utilizando simplemente la etiqueta “gay”.

Excepto para Omar (1986), quien proviene de un contexto de una ciudad muy pequeña y un entorno económico más complicado, para quienes crecieron fuera de la ciudad de México, la idea de la Zona Rosa como un espacio gay parece ser mucho más intensa. Sebastián (1955) quien decíamos que creció en la ciudad de Puebla y que a través del contacto en la calle fue estableciendo sus primeras amistades, organizaba con ellas viajes de fin de semana a la ciudad de México a finales de la década de 1970 para visitar el bar Nueve en la Zona Rosa,

del cual se había corrido la voz que se trataba de un espacio excepcional. A través de la red de relaciones que se construía entre los amigos en Puebla y los contactos que establecían en la ciudad de México durante estas visitas, acordaban más viajes para conocer otros espacios y sociabilidades de la Zona Rosa. “En Puebla no había nada, pero de veras nada”.

Benigno (1980) quien decíamos que su primera aproximación a espacios gay había sido en la ciudad de Buenos Aires tras un intercambio escolar en preparatoria, es originario del puerto de Tampico. Cuando volvió de Argentina en 1997, a través de chats de internet fue construyendo una red de amigos de su ciudad y con ellos también se corrió la voz de que era la Zona Rosa de la ciudad de México la que tenía una oferta de bares, cafés, antros y ligue en la calle que podía resultarles atractiva y segura. Benigno y sus amigos, todos de preparatoria entonces, mentían a sus padres: les decían que se quedarían a dormir el fin de semana en las casas de los otros, pero se escapaban a la ciudad de México. “Lo habremos hecho unas cuatro o cinco veces en un año, era una locura”. En la dinámica de estos viajes de Benigno y sus amigos buscaban agotar la oferta de la Zona Rosa: “éramos tan jotas que hasta nos quedábamos en algún hotelito de la Zona para hacerlo todo ahí; íbamos a desayunar al Vips del Ángel; caminábamos por ahí; nos tomábamos un café en el Sanborns del hotel María Isabel; luego íbamos a ponernos hermosas y radiantes; volvíamos a cenar en el Vips del Ángel y ya de ahí al Cabaretito”.

El bar Nueve, abierto a finales de los 70 y que se sostuvo prácticamente en toda la década siguiente fue el primer espacio de este tipo para Sebastián (1955), Charlie (1958), José Miguel (1960) y Alejandro (1961), como el Cabaretito, abierto en 1998 y que, con diferentes sucursales y cambios de sede ha permanecido abierto desde entonces, fue el primero para Alberto (1998), Emmanuel (1991), Edgar (1983), Jerónimo (1980) y Carlos (1980). Lo mismo fue el primero para Benigno en la ciudad de México. Para el resto de los entrevistados, su primer bar o antro es otro dentro o fuera de la ciudad de México, pero no en la Zona Rosa, especialmente para quienes comenzaron a aproximarse a este tipo de espacios entre 1985 y 1998 (como es el caso de Catalina, Antonio o Ernesto). De hecho, en el caso de los tres, todos recuerdan como particularmente importante uno que se encontraba en Ciudad Satélite, una urbanización de la década de 1950 en el norponiente de la ciudad, dirigida a la habitación de clases medias de la ciudad. En el caso de los varones, recuerdan también uno llamado el

L'Barón, al sur de la ciudad abierto en la década de los 80, y más tarde, en los 90, aparecería por el mismo rumbo El Ansia. Además, más avanzados los 90, hablan de otros espacios en la colonia Roma y San Rafael. A pesar de esto, también recuerdan espacios de la Zona Rosa como El Nueve que continuaba abierto, El Taller que abrió sus puertas en 1986 y el Celo, que abrió más adelante en la década de 1990.

Regina (1977) comenzó a frecuentar la Zona Rosa también por un antro especializado para personas trans llamado Blush. Además, tan pronto comenzó su transición de género, supo que en la Zona Rosa y calles cercanas existían algunas estéticas y tiendas que vendían productos y ropa especializados o ideales para mujeres trans. Su visita a estos espacios constituyeron sus primeros encuentros con la Zona Rosa en tanto persona trans, pero ya tenía conocimiento de ella como un espacio de trasgresiones gracias a que su abuelo trabajaba desde la década de los 60 en un café de la Zona y a que en la década de los 90, todavía como estudiante de licenciatura, se vinculó a grupos de mujeres lesbianas que acudían a algunos de los bares y antros. Aunque no las acompañaba, estaba informada de la oferta de bares y establecimientos.

La Zona Rosa, como he dicho, tiene un imaginario trasgresor como un espacio de concentración de sociabilidades heterodoxas antes o después de que los sujetos comiencen a socializar una identidad sexual o de género. Sin embargo, vemos que esto no significa que sea necesariamente valorada o incluso requerida como un punto esencial o focal para comenzar a vivir este proceso identitario. Para algunos la Zona Rosa es el punto de arranque, para otros y, como veremos, justamente su identificación como espacio gay puede resultarles inicialmente amenazante. En todo caso, a pesar de un recurrente discurso de desdén hacia el barrio que exploraremos más adelante, sin necesariamente concederle la exclusividad, todos reconocen de alguna u otra manera que se trata de un espacio asociado a la trayectoria de las identidades sexuales en la ciudad de México.

4.3. Relacionarse con la Zona Rosa y con la ciudad: de la exploración y consolidación de una identidad

Como otros -pero no todos los- entrevistados, Rigel (1981) sabía desde adolescente que la Zona Rosa era un espacio de “maricones”. De clase media, educación privada y que creció en la colonia Narvarte, recuerda que los sábados o los domingos solía ir a comer con su

familia a un restaurante en la Avenida Insurgentes a la altura de la Zona Rosa y que constantemente pasaban por la calle hombres tomados de la mano o vestidos de alguna forma llamativa, colorida y trasgresora. Era frecuente escuchar comentarios burlones de sus padres hacia ellos. Cuando comenzó a vincularse con espacios y dinámicas asociadas al mundo gay, Rigel evitaba la Zona Rosa. “Ir ahí era demasiado amenazante, era como hacerlo real –ser gay- y yo no quería ser uno de ellos”, de los que veía cuando era niño y adolescente. Por eso rondaba, sin entrar, otros bares y espacios “de ambiente” en otras partes de la ciudad en los principios de los años 2000.

Cuando finalmente Rigel “salió del clóset” a principios de 2005, que para él esto significó no solo comunicar por primera vez su deseo a amigos y familiares, sino, de hecho, comenzar a participar ya de forma activa en estas sociabilidades, tuvo un “padrino” que lo llevó a un bar en la colonia Condesa. Más adelante, este “padrino” a quien conoció por relaciones familiares, le ofreció llevarlo a un bar de la Zona Rosa y Rigel mostró mucho nerviosismo. En la entrevista reconoce que ir a la Zona Rosa le significaba reconocerse similar los jóvenes que veía pasar cuando adolescente. Todavía estudiante de licenciatura en un instituto tecnológico privado en ese entonces, reconoce abiertamente cierto clasismo y homofobia: “no me veía como uno de ellos: cómo se movían, cómo se vestían, cómo hablaban... unas loquitas. No me imaginaba cómo iba yo encontrar ahí un ambiente en el que me sintiera cómodo”. Su amigo le pidió confiar en él, que no lo llevaría “a cualquier lado” y fueron al Lipstick, un bar en la calle de Amberes y esquina con Paseo de la Reforma, que, en ese entonces, tenía cóver de \$120 pesos (unos 10 dólares en ese entonces). Rigel se maravilló de encontrarse con gente conocida de su universidad o de otros espacios de su vida adolescente. Y fue así que no sólo perdió esa resistencia a la Zona Rosa, sino que comenzó un período de cinco años de visitarla y explorarla tanto como pudiera. “Se me fueron mis prejuicios: ya no me importaba ser o verme como alguna de las jotitas, ya no me importaba ir a bares fresones o no.¹⁰³ Tenía mis favoritos y claro que eran a los que acudían gente de mi ambiente y edad, pero tampoco dejaba de ir a los otros, a los más baratos, a los de jotitas.¹⁰⁴ Si no quería estar ahí por sentirme parte de ello, ahora necesitaba con todas mis fuerzas sentirme parte de ello”.

¹⁰³ Con precios elevados o frecuentados por clases medias y altas.

¹⁰⁴ Para él y para otros entrevistados el término “jotita” no suele estar vinculado solamente a una expresión “femenina” del varón homosexual, sino también tiene un sesgo de clase.

En el relato de Rigel, puede observarse una necesidad de apropiarse de *todo* lo relativo a la identidad gay, de conocerlo todo, de sentirse parte aunque existieran distancias de clase. Visitaba bares, vapores, lugares de encuentro, dentro y fuera de la Zona Rosa, pero, según señala, la Zona Rosa era especial, pues decía que el simple hecho de estar en alguno de sus cafés, restaurantes, tiendas o caminando por las calles, lo hacía sentirse gay. Con algunos amigos suyos iba desde la tarde a comprar algún disco en la calle de Génova, luego a tomar un café, luego a cenar algo y finalmente entraban al Lipstick o al Taller o al sitio que correspondiera ese día de acuerdo a la moda.

La experiencia de Rigel con la Zona Rosa es un proceso que encontramos con diferentes intensidades en los demás sujetos. Es decir, un momento en el que hombres y mujeres, tras sus primeros pasos y participaciones en alguna de estas sociabilidades trasgresoras, viven un período de exploración muy activa que puede durar algunos años –para algunos incluso lustros-. Rigel lo hacía con una actitud positiva, buscando fortalecer un sentido de pertenencia. De forma similar lo hicieron sus contemporáneos Benigno, Jerónimo, Regina y Ariadna en la década de 2000. Esta última cuenta que tras su experiencia desagradable en su primera visita a un bar lésbico en la colonia Del Valle, fue estableciendo contactos a través de una lista de correos electrónicos de mujeres “de ambiente” que encontró publicitada en una revista y entonces “le llegó” esa etapa de visitar todos los bares, cafés y antros posibles. “Una vez –alrededor del año 2005- tenía que hacer un trámite en la Zona Rosa y decidí llegar más temprano para ir comer un sandwich en el BGayBProud... así, solo por sentirme gay, eso hacía constantemente”, me contó Ariadna.¹⁰⁵

María (1979) no visita mucho la Zona Rosa, sin embargo, de vez en cuando sale con un amigo suyo gay o con otras amigas a “tener un día de arcoiris”, dice en alusión a la bandera insignia del movimiento LGBT. El día consiste en comer o tomar café en la Zona Rosa, en curiosear una tienda de souvenirs de temática e insignias LGBT en la calle de Estrasburgo, caminar por la Zona Rosa, tomar algo en algún bar y terminar en algún antro lésbico o de ambiente mixto. Benigno cuenta que cuando vivió esta etapa se vestía de forma más colorida,

¹⁰⁵ Una extinta cafetería en la calle de Amberes que, como su nombre lo indica, estaba orientada a una clientela gay (masculina o femenina). El local ostentaba de manera visible banderas arcoiris y sus mesas estaban a nivel de calle, sin ninguna barrera física entre ellas y la calle, a la vista de todo transeúnte.

más ajustada, “más jotita”, todo el tiempo hablaba de sí y a sus amigos en femenino y no dejaba de caminar por las calles de la Zona Rosa y las zonas aledañas.

Los bares y antros, dice Regina, no son su ambiente favorito. Para ella, la necesidad de concretar relaciones sexuales no es su prioridad y prefiere otros espacios y formas de sociabilidad, aunque eso no significa que no vaya de vez en cuando. Sin embargo, señala, en la Zona Rosa van quedando pocos espacios para personas trans. Tanto las tiendas de las que me hablaba, como los bares, han ido cerrando desde que ella comenzó a frecuentar la zona a finales de la década pasada. Los espacios de sociabilidad para personas trans, me dice, se encuentran dispersos en diferentes puntos de la ciudad, en general, en áreas residenciales de clases no muy acomodadas (en la colonia Moctezuma o Ciudad Nezahualcóyotl, al oriente; o bien en la colonia Álamos, Doctores y Obrera, en la zona central). También me insiste que los bares y antros frecuentados por hombres gay y lesbianas no son los más apropiados para una persona trans, pues puede ocurrir en ellos una discriminación hacia ella y otras formas sutiles o explícitas de exclusión. A pesar de esto, para Regina la Zona Rosa era un espacio importante de sociabilidad, pues ahí acudía con bastante frecuencia a tomar café y a pasear por las calles con sus amigas. Le pregunté si la opción por la Zona Rosa tenía que ver con su identidad de género e inicialmente respondió que se trataba de un área céntrica de la ciudad, bien conectada y que de ahí podrían concurrir sus amistades desde diferentes partes de la ciudad. Sin embargo, también dijo que en sus calles la gente está más acostumbrada a ver personas trans y no faltarles el respeto. Para ella, otras partes de la ciudad, especialmente en el oriente y el norte de la mancha urbana hay más posibilidades de sufrir actos de discriminación: “en Ecatepec nos matan a todas, mujeres trans o no trans, en Iztapalapa te golpean o te insultan”. Y, sin embargo, cuenta que en la colonia Condesa, al sur de la Zona Rosa, un desconocido en la calle le apagó un cigarrillo en su brazo y también le impidieron el acceso a un antro heterosexual pero que ese día, precisamente, estaría celebrando una fiesta sobre diversidad sexual. En cualquier caso, Regina también tuvo una etapa en su vida, a finales de la década de 2000 y principios de 2010, durante y poco después de su transición de género, de asistir frecuentemente a la Zona Rosa a pasear, a tomar café y, sobre todo, a convivir con sus semejantes.

Unos años atrás, en la década de los 90, Ernesto (1969) también recorría la Zona Rosa a pesar de la dispersión en la oferta de bares y antros que parece haber ocurrido en ese tiempo. Y las exploraciones de Ernesto incluían esos sitios fuera de la Zona Rosa, pero describe que para él también era importante ir a comer y pasear por sus calles con otros amigos gay. De hecho, Ernesto habla de una “putivuelta”, un circuito conformado por las calles de Niza, Hamburgo, Praga y el Paseo de la Reforma, en la que los hombres iban buscando ligue, chichifos o simplemente reconocerse.¹⁰⁶ La dinámica es tal vez muy parecida a la que narra José Miguel para la avenida Insurgentes a finales de los 70 y 80. Cuando le pregunté a Ernesto si en estos tiempos él reconocía si esta “putivuelta” se extendía también a Insurgentes, narró que sus amigos y conocidos mayores eso le habían contado, pero que a él parece no haberle tocado. De hecho, por sus amigos mayores que él, Ernesto sabía de la existencia de “la esquina mágica” en el cruce de Insurgentes y la calle Aguascalientes, en la colonia Roma, y que a pesar de haber ido algunas veces, nunca encontró “acción” ahí.¹⁰⁷

Sobre la exploración de Ernesto en la Zona Rosa en los 90, hay un elemento que resulta particularmente ilustrativo sobre la construcción de una identidad mediante la participación de las sociabilidades urbanas. Ernesto creció entre las zonas más exclusivas del poniente de la ciudad, estudió y es funcionario en una de las universidades privadas y religiosas más exclusivas del país. Sus primeras experiencias con bares gay fueron en Barcelona, Madrid y Roma a finales de los años 80, cuando al mismo tiempo exploraba si se uniría o no como sacerdote a una congregación católica. Es decir, Ernesto proviene de uno de los sectores más privilegiados de la sociedad mexicana y también de los más conservadores. Y, sin embargo, dice que mostraba un gran interés por frecuentar todo tipo de lugares gay dentro o fuera de la Zona Rosa. De hecho, además de la putivuelta y otros bares, me habla del ya mencionado

¹⁰⁶ El término tiene usos y connotaciones peyorativas y clasistas para referir a quien busca o se presume que buscaría ligar o establecer una relación a cambio de algún beneficio económico. Se le llama “chichifo” a los trabajadores sexuales hombres que dan servicio a otros hombres, pero también suele aplicarse al hombre de clase baja que busca una relación con otro hombre de clase más alta o de mayor edad y, en consecuencia, con más poder económico. A pesar del uso clasista, hay también en el término un uso que parece ser de “gueto”, es decir, que forma parte del repertorio identitario de los varones homosexuales, incluso así fue empleado en la entrevista con Ernesto, por esa razón he decidido reproducirlo en estos términos.

¹⁰⁷ Este espacio tiene un lugar importante en las narrativas socioespaciales de los hombres homosexuales que socializaron una identidad no heterosexual en la década de 1970 y 1980. Aparece mencionada en las fuentes que ha consultado Rodrigo Laguarda (2009) y nuevamente aparece en las entrevistas que he realizado para este trabajo (Sebastián, 1955; Charlie, 1958 y José Miguel, 1960). Además, su memoria fue transferida a una siguiente generación a pesar de que la dinámica de ligue ahí parece haber decaído en los 1990.

Cabaretito, que abrió sus puertas en 1998 ahí en la Zona Rosa. Se trata de un bar destinado a los más chicos, jóvenes de 18 a 25 años –que abrió cuando Ernesto ya estaba llegando a los 30- y, constantemente, referidos como de clases populares. Ernesto dice que lo que más disfruta de su identidad gay es justamente una capacidad de convivencia entre grupos heterogéneos de clase y edad, algo que, dice, no ocurre tan fácilmente en el mundo heterosexual. Así que Ernesto no solo buscaba explorar y conocer todos estos lugares, sino justamente sentirse parte de un ambiente que trascendía la clase social en la que creció.

La alusión a esta convivencia entre clases sociales parece fundamental para Ernesto, quien se reconoce como parte de la clase alta. También la aluden muchos otros de los entrevistados que se reconocen a sí mismos como de las clases medias, sin embargo, no todos con una valoración tan positiva o a veces ambigua. Es el caso, por ejemplo, de Emmanuel (1991), quien cuenta que en sus exploraciones en la Zona Rosa entre 2010 y 2012, escogía solo los bares “más fresas” y no le gustaba asistir a los más baratos. Abiertamente lo dice: “creo que era un poco clasista en ese tiempo, o sea, no iba al Papi o a los Cabaretitos porque pues no quería relacionarme con chavitos que venían de Neza o de Ecatepec, me interesaba otro tipo de gente”. Emmanuel dejó de frecuentar la Zona Rosa en 2012 y cambió casi toda su vida social gay a una oferta de bares en la calle de República de Cuba. Cuando le pedí que me explicara lo que le resultaba tan atractivo de estos bares me dijo: “me encanta la mezcla, que no hay poses, una noche puedes ligarte al hijo del mecánico y otra a un niño de Bosques”. Esta mezcla, minutos antes en la entrevista, también la reconocía en la Zona Rosa, pero no con una buena valoración. De una manera menos explícita, Édgar (1983) sostiene esta misma ambigüedad: hay espacios que rechaza por su ambiente popular y otros donde celebra la convivencia mixta.

Isabel tiene una particular preocupación por señalar si los espacios son atendidos por “gente bien” o son “pipipipipi”.¹⁰⁸ Ella misma, en los bares de los que ha sido socia, se ha preocupado muchísimo por contar con estrategias de relaciones públicas que garanticen una clientela

¹⁰⁸ Su uso recurrente de esta expresión para catalogar los espacios que, sobre todo por un estatus social clientela que considera inferior, así como el estilo de la decoración, le resultan “corrientes”. Esta expresión, de hecho, la toma de “El Vitor” un personaje cómico de la televisión mexicana creado para representar la cultura popular urbana de la ciudad de México, abiertamente señalado como “naco” y que es característico de su personaje el uso de ese grito. Él a su vez toma esa interjección de un exitoso grupo de cumbia llamado Los Ángeles Azules. En esa sola interjección se hace una evaluación clasista de los gustos y formas de la cultura popular.

“bien”. Sin embargo, en su propia exploración de sociabilidades heterodoxas, también frecuenta y disfruta esos bares y espacios “pipipipipi”. Para ella, la Zona Rosa que conoció en la década de los 90 era de espacios “corrientes”, enfocados a clases populares y fue justo en su acción empresarial en la que participó con otros empresarios en la calle de Amberes que, en sus términos, se pudo ofrecer “otro ambiente” en la Zona Rosa de la década siguiente. En todo caso, participaba y reconoce que incluso actualmente participa con menos frecuencia de sociabilidades urbanas que considera no adecuadas para su clase social. Es decir, una identidad de clase pesa por encima de la sexual a la hora de seleccionar algún plan de ocio y sociabilidad.

Catalina (1969), encuentra que los bares de ambiente más popular destinados a lesbianas no eran de su gusto. Para ella, no era el contacto entre clases sociales la razón de su desagrado, sino una división de roles “muy exagerada” entre mujeres “muy masculinas” (“machinas” o “butchs”, las llama) y otras “muy femeninas” (“fems”) que se veía en estos bares y no en los frecuentados por clases más altas. José Miguel (1960) también señala esta marcada división de roles masculino y femenino en bares y antros orientados a hombres de las clases populares en el oriente de la ciudad. “Podías encontrar a una señora, con bata y tubos, que entraba a regañar a su marido por estar ahí en el bar, todo machín y, si te fijabas bien, resultaba que la señora era un ‘güey’”. Sin embargo, mientras que Catalina encuentra desagradable esta división binaria, para José Miguel es atractiva, al menos para testificarla dentro de sus exploraciones. Charlie (1958), como José Miguel, muestra cierto rechazo al “ambiente gay”, a pesar de haber trabajado para los socios del mítico bar Nueve también habla de la escena de bares y cantinas populares en el centro histórico en la década de 1980.

En todo caso, es importante señalar que salvo en dos casos, esta convivencia entre clases sociales y grupos etarios parece circunscribirse a estas etapas o dinámicas de exploración, que puede incluir amistades efímeras o contactos sexuales, pero rara vez la formación de relaciones afectivas duraderas. Sin embargo, un aporte crítico a la literatura reciente sobre la formación de identidades sexuales, en particular la identidad gay, es que suele tildársele de clasista. Es decir, que se generan espacios de segregación por clase social, privilegiando una particular forma de identidad homosexual sobre cualquier otra. A lo largo de estas entrevistas vemos que estos lugares de segregación existen, pero los sujetos no están tan

compartamentalizados en su clase social y, al contrario, hay una circulación importante de miembros de la clase media y clase alta a lugares de clase baja.

Podría argumentarse que hay una exotización de lo popular y cierto desprecio por parte de las clases medias y altas, como en las narraciones de José Miguel (1960) y en las de otros hombres como el propio Benigno (1980) o Ernesto (1969) quienes, viviendo en zonas centrales o privilegiadas, hablan de “excursiones” a un bar llamado Spartacus en Ciudad Nezahualcóyotl, una urbanización popular en el nororiente de la ciudad de México “a ver vestidas y chacales¹⁰⁹”. Y, sin dejar de ser cierto esto, al escuchar su necesidad recurrente para ir a estos espacios, vemos que hay algo más: una necesidad de explorar “todo el fenómeno”. Cuando Benigno me cuenta de su “hija”, es decir, de otro chico gay al que le introdujo el catálogo de sociabilidades gay me dice: “para mí era importante mostrarle todo el menú: llevarlo a los baños, llevarlo a orgías, llevarlo a la Zona Rosa, llevarlo al Spartacus y que *ella* decidiera qué tipo de ‘jotita’ quería ser, si le gustaba lo sórdido o no”.

Una perspectiva de la exploración a la Zona Rosa y la discriminación de sus ambientes me la ofreció Omar (1986) quien llegó a vivir ahí en 2012. Como apunté, él desconocía que la Zona Rosa fuera un espacio de sociabilidades gay. En su paso por Veracruz, donde conoció ampliamente la oferta de bares y antros gay, también tomó un diplomado como masajista. Sin embargo, regresó con su familia en Tabasco donde estuvo trabajando en diferentes posiciones de atención y servicio en cadenas de farmacias, restaurantes y otros trabajos. Un día decidió venir a la Ciudad de México buscando elevar sus ingresos y cambiar su estilo de vida. Fue un contacto, quien le sugirió trabajar de masajista y hacerlo en la Zona Rosa, pues ahí tendría muchos clientes turistas. En la planeación de su mudanza a la Zona Rosa, la visitó de forma exploratoria y se hospedó en el hostel La Tercia, en la calle de Génova donde, me cuenta, también “es de ambiente” y en las habitaciones comunales se presta al ligue entre varones. Fue ahí donde supo que la Zona Rosa, además, era un espacio con una gran oferta de bares y antros gay. Finalmente llegó a vivir a un espacio en la Plaza del Ángel en la Zona Rosa donde se compartía la vivienda con el consultorio. Pronto quedó él a cargo de la renta

¹⁰⁹ El “chacal” es un término del “ambiente” homosexual masculino que sirve para designar a un prototipo de hombre de piel oscura, corpulento, fuerte, “muy masculino” y de clases medias o bajas, que se convierte en fuente de fantasías sexuales de las clases medias y altas. En este caso, evidentemente hay una exotización sexualizada de las clases populares.

de este sitio, pudiendo subarrendar el consultorio a otros amigos y amigas para brindar estos servicios que, pueden o no incluir también un intercambio sexual.

En su relato, Omar (1986) me dice que en Tabasco y Veracruz “se perdía” en el ambiente, es decir, consumía mucho alcohol e incluso otras sustancias, se desvelaba mucho y despilfarraba el dinero. En cambio, tan pronto llegó a la Zona Rosa, decidió ordenar su vida. Para él, hay una gran diferencia entre los bares de la Zona Rosa, pero no marcados tanto por la clase social, sino por un ambiente más orientado al consumo de drogas o no. Él prefiere los bares donde asisten hombres más grandes (Vaquero, Taller y Nichos) pues dice que ahí hay “menos desmadre”, mientras que en los bares de la calle de Amberes hay muchos “perdidos” y mucho narcomenudeo. En cualquier caso, la experiencia de Omar en la Zona Rosa ocurre posterior a la etapa de mayor exploración de las sociabilidades urbanas de la heterodoxia sexual que, en su caso, fue en el puerto de Veracruz. Aún así, de una manera menos intensa, visita diferentes espacios de la Ciudad de México y de la Zona Rosa, encontrando el nicho donde se siente más cómodo.

Asumir una identidad no heterosexual parece incluir este proceso urbano de exploración, de recorrer ambientes, sociabilidades y experiencias que parecían confrontar los prejuicios de clase, de seguridad, de relación moral con respecto a la sexualidad. Algunos sujetos realizan estas exploraciones con mayor profundidad y duración en su vida hasta que encuentran un nicho de sociabilidades, dentro o fuera de la Zona Rosa, en las que se sentirán más cómodos, al menos temporalmente. En este período la Zona Rosa puede ser el epicentro –esto es particularmente notable entre quienes vivieron este período entre 1980 y 2010- de la exploración o solo una faceta pero nunca es evitada y, además de nombrar algunos bares o dinámicas particulares dentro del barrio, los sujetos invariablemente la nombran como un conjunto, como un territorio que alberga ese catálogo de sociabilidades ante las que *necesitan* vincularse en algún momento y con distinta intensidad de su trayectoria como sujetos que asumen una identidad no heterosexual.

4.4. Dejar de ir a la Zona Rosa: otras sociabilidades tras el período de exploración

Juan (1979) vive en la Zona Rosa. Cualquier día, desde las 17:00 horas, se escucha el barullo de los bares que comienzan a poner la música a un gran volumen. Por la noche, se sienten las

vibraciones de los sistemas de sonido de los antros y es posible identificar algunas canciones. “Te acostumbras muy rápido”.

Lleva apenas un año viviendo con su pareja en ese edificio donde la renta no es tan cara considerando que actualmente la Zona Rosa se encuentra inmersa dentro del área de la ciudad de México que ha experimentado una gran alza de precio en el uso de suelo –ellos pagan \$550 dólares mensuales, cuando por un departamento por esas mismas características en el rumbo podría ser de hasta unos \$800-. Fue relativamente fortuita su llegada a ese departamento: querían vivir en la zona central de la ciudad de México, en especial cerca del Paseo de la Reforma y había muy pocas alternativas adecuadas a su presupuesto. Por contactos familiares supieron de ese departamento y no lo pensaron mucho: le hecho de ser gays viviendo en la Zona Rosa les pareció, además, “divertido”. Sin embargo, me cuenta, ya ninguno de los dos frecuenta sus bares: “ya no estamos en edad”, dice a sus 36 años, aunque también más tarde confiesa que asiste con regularidad a otros bares “de ambiente” en el centro histórico y otras partes de la ciudad. “Es solo que la Zona Rosa ya no es muy de nuestro ambiente”.

Le pregunto sobre sus vecinos. Un edificio contiguo tiene pequeños apartamentos donde viven muchos empleados y socios de los bares y negocios de la Zona Rosa. Algunos departamentos del área, dice, son propiedad de artistas e intelectuales –o de sus herederos-, pero ninguno, que él sepa, vive por ahí, más bien los rentan por lo general a extranjeros. “No hay tantos gays viviendo por aquí”. Me cuenta de algunos departamentos en la pequeña calle de Strasburgo que han sido rentados por algunos hombres gay pero no para habitarlos regularmente sino para mantenerlos como un espacio para encuentros sexuales.

El caso de Juan es extraño y a la vez emblemático. En su cálculo por irse a vivir a la Zona Rosa, estuvieron presentes algunos elementos identitarios, pero no fueron tan determinantes como el deseo de vivir en la zona central de la Ciudad de México y a un buen precio. Y si bien ya no asiste a los bares y antros de la Zona Rosa, sí visita sitios como el cine Diana, la plaza comercial Reforma 222 y un gimnasio, todos considerados también de “mucho ambiente”.

“Me harté de la Zona Rosa”, me dice Benigno. “Fueron años y yo ya quería otra cosa”. Benigno tuvo la oportunidad de estudiar un posgrado fuera de México en 2006. Antes de ir,

vivió en varios espacios de la colonia Roma, vecina a la Zona Rosa, donde confiesa que le encantaba sentirse en ese ambiente de bares, restaurantes y una amplia vida nocturna. Al volver, en 2008, dijo que buscaba algo más tranquilo. “O sea, quería seguir yendo a alguna que otra vez a algún bar, pero ya no necesitaba estar ahí”. Benigno me cuenta que por el trabajo que consiguió después, dentro de la administración pública, tuvo, al igual que Juan, otro acercamiento a la Zona Rosa, pues ahora la veía de día, conocía sus sitios de día. Como trabajaba por el rumbo, como otros muchos miles de burócratas, tenía tiempo para pasear por ahí a las horas de la comida o cuando salía temprano. Tenía un particular disfrute por la Plaza del Ángel que aglomera una gran cantidad de tiendas de antigüedades, los restaurantes coreanos y algunas otras tiendas. “Para mí la Zona Rosa nunca dejó de ser gay, pero ya era más que eso, ya era un espacio cosmopolita en el que me encantaba estar”.

Tras el período de exploración intensa, la Zona Rosa deja de ser un espacio al que sea necesario regresar una y otra vez. En algunos casos, sin importar de la época en la que estemos hablando, suele ser la construcción de una relación de pareja la que aleja a los sujetos de las visitas frecuentes de la Zona Rosa. “Cambiamos nuestras actividades a otros planes”, cuenta Rigel, quien lleva 10 años en una relación de pareja estable: “más cenas o reuniones caseras, más idas al cine, en fin, todo más tranquilo, aunque de vez en cuando todavía vamos a algún bar a bailar solos o con amigos o cada quién por su cuenta”. Lo mismo cuenta Ariadna: “cuando estoy soltera, me la paso yendo a ver qué encuentro, pero cuando no, solo para ocasiones especiales” o José Miguel, quien luego de 20 años de pasársela explorando bares, baños de vapor, lugares de encuentro, zonas de ligue y antros, en 2000 comenzó una relación estable de pareja que duró un período de 12 años. Esto implicó suspender esta vida de exploración urbana y sexual. Al terminar su relación de pareja, reinició esta vida pero visitando mucho menos los bares y antros y más bien volviendo a los otros espacios.

Sin embargo, hay quienes viven esa etapa de exploración de la Zona Rosa y de otras sociaibidades gay en pareja. Édgar (1983), por ejemplo, cuenta que tuvo una relación de seis años que estaba basada justamente en la salida recurrente a bares y antros, pero no a lugares de encuentro y a otros espacios de contactos sexuales. Isabel (1978), durante buena parte de su etapa como socia de algunos bares tuvo una relación estable. Al terminar, ella continuó yendo a bares y a antros hasta que le “cansó un poco”, pero, aclara, “es temporal y porque

estoy saliendo con una niña que es nueva en el ambiente”. Ernesto (1969) conoció a su pareja que mantiene hasta la fecha de la entrevista cuando estaba en la universidad a finales de la década de 1980. Fue estando juntos que conocieron buena parte del “ambiente” dentro y fuera de México. También, cuenta Ernesto, han tenido temporadas en la que cada uno por su cuenta participa de diferentes sociabilidades, especialmente aquellas vinculadas con sexo. Para Felipe (1961) de hecho hubo una etapa particular de visitar la Zona Rosa estando en pareja con el fin de conseguir encontrar algún tercero para relaciones sexuales de tres. Fue en la década de 1990 y la dinámica que tenía con su pareja era ir a comer a alguno de los restaurantes de la Zona Rosa, o bien a un café y ahí, a través de miradas y sonrisas, lograr invitar a la mesa a un tercero a quien le proponían el encuentro sexual.

Existen casos en los que además de la formación de una de pareja, su relación con el espacio se vio afectada por la irrupción del VIH. Sebastián, por ejemplo, conoció a una de sus más importantes relaciones de pareja en un bar de la calle de Florencia en 1988. A los pocos meses, al hacerse ambos una prueba de detección de VIH, su pareja resultó positivo. Toda la vida de Sebastián se volcó hacia el cuidado de su pareja, al estudio sobre este virus y sus enfermedades asociadas. Durante cinco años, hasta que su pareja finalmente desarrollo SIDA y murió por una neumonía, Sebastián estuvo participando en organizaciones, talleres y seminarios sobre el VIH. La Zona Rosa estuvo fuera de sus actividades, con excepción del bar llamado El Taller, donde semanalmente se hacían charlas, conferencias y talleres sobre VIH en los que participó solo ocasionalmente. Tras la muerte de su pareja, la vida de Sebastián no volvió a ser igual: no volvió a bares y antros más que ocasionalmente. “Ya no estaba en edad”. Desde entonces, Sebastián ha tenido relaciones con otros tres hombres, dos de ellos han sido mucho menores de él y por los que ha habido un pago de él hacia ellos por mantener la relación. Muy ocasionalmente va a algunos bares de hombres, pero prefiere hacerlo fuera de la ciudad de México, en destinos de playa o en ciudades europeas.

Para Charlie (1958) el VIH fue también una de las razones que terminaron con una etapa de intensa vida nocturna dentro y fuera de la Zona Rosa. Luego de ser publicirrelacionista de restaurantes, bares y antros a lo largo del a década de 1980 y principios de los 90, dio positivo para una prueba de VIH. Su reacción fue incorporarse de manera todavía más compulsiva al consumo de alcohol, drogas y a encuentros sexuales por cinco años. Para 1999 había ya

desarrollado SIDA y fue internado en un hospital. Afortunadamente, con los tratamientos ya disponibles, recuperó buena parte de su salud y desde entonces se convirtió en un activista de la prevención y tratamiento del VIH/SIDA. Se mantiene alejado desde entonces de cualquier otra sociabilidad gay que no esté vinculada a temas de salud. Édgar (1983) tuvo una pareja que, estando con él en 2004, fue diagnosticado como VIH positivo. En su caso, esto no cambió la dinámica de exploración de ninguno de los dos. Hay que acotar que ambos se encontraban justamente en el inicio de esta etapa y, para estas fechas, los tratamientos para las personas con VIH se volvieron más efectivos y accesibles. En otros aspectos relacionados con la salud, Jerónimo (1980), por ejemplo, debe un descenso en esta etapa de exploración a su ingreso a un programa de Alcohólicos Anónimos.

En todo caso, un factor relativamente común que denota un declive en la participación de las sociabilidades urbanas, independientemente de las relaciones de pareja, es la edad. Algunos hombres como José Miguel consideran que a mediados de los 30 lo mejor es dejar la intensidad de la vida nocturna. Omar (1986), por ejemplo, dedicado a los masajes, dice que actualmente está ahorrando para poder llevar una vida más tranquila, viajar e incluso considera la posibilidad de irse a vivir a otro país. Lo mismo Édgar, quien señala que su mejor plan ya no consiste en asistir en las noches a la Zona Rosa o a otros bares de otras partes de la ciudad, sino que prefiere cenas con amigos o planes de viajes cortos de fin de semana. Sin embargo, al explorar sus visiones sobre buena parte de la oferta que hay hoy en día en la ciudad, Édgar confiesa que es factible su visita a algún bar o antro tanto en la Zona Rosa como en la calle de República de Cuba, como una o dos veces al mes. Prefiere, al igual que Omar, uno llamado Nicho, destinado a los llamados “osos”, es decir, de hombres corpulentos y, por lo general, mayores de 25 o 30 años. Ernesto, que, cuando fue entrevistado tenía 47 años, no ha dejado de frecuentar antros, bares, fiestas y, en ocasiones, algunos lugares de encuentro y vapores, especialmente en otras ciudades. Ernesto mantiene un grupo de amigos gays con los que prácticamente cada fin de semana tiene alguna actividad que, si no consiste en algún viaje o alguna reunión privada, generalmente incluye la visita a alguno de los bares gay de Polanco o bien de la Zona Rosa y República de Cuba. Coincide en que su ritmo de salidas no es tan intenso como cuando era más joven.

Las sociabilidades urbanas para hombres de 50 años en adelante son mucho menores. Felipe dice que el ambiente en la Ciudad de México es particularmente duro y cruel para quien rebasa esta edad. Él, a sus 54, sigue frecuentando el Vaquero, un bar en la calle de Florencia, algunas noches entre semana, donde suele haber hombres mayores de 30 años. Según su experiencia, en algunas ciudades europeas como Berlín o Amsterdam, los hombres de su edad encuentran más espacios apropiados para ellos o bien la relación con los jóvenes es “menos hiriente”. Felipe se refiere a desplantes groseros o incluso a situaciones más amenazantes. Un par de años antes de la entrevista, Felipe conoció a un joven por internet a quien, luego de verse para platicar y conocerse unas tres o cuatro veces, lo invitó a su casa, donde le suministró algún tipo de droga dejándolo inconsciente y le robó su casa.

José Miguel (1960), quien decíamos que sigue frecuentando lugares de encuentro y vapores señala que el antro ya no es un lugar apropiado para su edad. De hecho, él habla de Marne, un club de encuentros en la colonia Cuauhtémoc, al norte de la Zona Rosa, donde acuden particularmente hombres maduros o con cuerpos que no se corresponden al perfil ideal atlético y delgado. Pepe (1963) no descarta aún la visita a algunos bares, pero ciertamente ya solo se siente cómodo en la mayoría. Catalina (1969) señala que su vida en tanto lesbiana ya no se desarrolla en contacto con las sociabilidades urbanas. Para ella, su identidad sexual la vive en el ámbito de lo privado con su pareja o bien en algunas reuniones caseras con sus amigas. Sin embargo, reconoció también que ocasionalmente acude con su pareja a algunas fiestas o eventos especiales en algunos espacios asociados a mujeres lesbianas, como el cabaret El Vicio o el bar La Gozadera. También señaló que cuando se encuentra de viaje en Europa o Estados Unidos, aún suele hacer visitas a algún bar o antro lésbico o mixto que exista en la ciudad en la que se encuentra si es que éste tiene algún prestigio..

4.5. La Zona Rosa “chafa”, “no auténtica” y otras valoraciones generales

Un denominador común en las entrevistas es el de una valoración generalmente negativa de la Zona Rosa: no es lo que “debería ser”, no es como los barrios gay de otras ciudades. Así como en el surgimiento de la Zona Rosa como un espacio cosmopolita asociado a la liberación sexual y al esnobismo en el imaginario persistían voces de “quedarse a medias” o de -parfraseando a Vicente Leñero-, ser un perfume barato en un envase caro, esta misma actitud parece prevalecer entre quienes la apropiaron como un espacio para la formación de

una identidad sexual. Sus bares, su oferta, en general es y siempre fue “chafa”, como dijo Charlie (1958), como una mala imitación de otra cosa.

Curiosamente, José Miguel (1960) la acusa de ser “demasiado gay” y por ello se refiere a la adopción de un estilo y forma de ser estadounidense que, le parece, es demasiado ostentosa, demasiado vinculada a una forma de vestir “perfecta”, con un peinado “perfecto” y con un estilo de música monótono (generalmente pop, disco y electrónica estadounidense). Aunque no niega que fue cliente asiduo de sus bares en los años 80, dice que nunca terminaron de gustarle ni los bares de la Zona Rosa, ni otros de un ambiente “demasiado gay” como el L’Baron en el sur de la ciudad. Esa insatisfacción la cubría explorando constantemente, junto con dos amigos suyos, otra oferta de la ciudad de México, la de bares y baños de vapor del oriente y norte de la ciudad frecuentados por “vestidas”, “militares” y, en general, clases populares. Para José Miguel, en estos bares se vivía la forma en la que México siempre había asimilado la homosexualidad masculina, mientras que la Zona Rosa representaba una forma “americanizada”.

De manera menos explícita, Sebastián (1955) y Charlie (1958) comparten algunos puntos con esta idea que sostenían en la década de 1980. Sebastián era asiduo al Nueve pero también señala que había algo que no le gustaba, una forma “desordenada”, dice, de vivir la homosexualidad. Charlie trabajó junto con los socios del Nueve en otro de sus negocios, hasta que finalmente rompió con ellos y se fue a trabajar a otros centros nocturnos de la ciudad, no exclusivamente de ambiente gay y, dice, que él no termina de entender por qué los homosexuales “necesitan” tener espacios donde “todo y todos sean gay”.

En todo caso, la idea de una Zona Rosa “chafa”, también se observa en generaciones posteriores. En otro par de entrevistas se mencionó que un problema de la Zona Rosa es el de no ser “auténtica”. Fue el caso de Édgar (1983) y de Emmanuel (1991). Tratando de profundizar con ambos sobre a qué significa esto, primero respondieron con vaguedades: “es mucha pose”. Benigno dice que “ya fue tocada por el pop”, pero no logra articular exactamente a qué se refiere con esto. Sin embargo, añade que actualmente ya no asiste a la Zona Rosa con regularidad y se ha visto más atraído por una escena, en sus términos, “sórdida” que encuentra en las cantinas del centro o bien en su natal Tampico. Esta idea de que la Zona Rosa tiene un ambiente “inocuo”, también lo mencionó el propio Jerónimo, quien

nunca sostuvo una mala valoración de la Zona Rosa, pero señaló que era un espacio para bailar, para divertirse, sin “la vibra sexual” de otros bares y lugares de encuentro que rodean a la Zona Rosa. Jerónimo está pensando en el bar Tom’s en la colonia Condesa, que cuenta con un cuarto oscuro, o bien en un lugar de encuentros llamado La Casita a un par de cuadras al sur de la Zona Rosa. Esta es, por supuesto, la experiencia de Jerónimo, al margen de la existencia de bares con cuartos oscuros en la Zona Rosa cuando él la frecuentaba.

Para Everardo (1983) el tema de la pose y la música también están relacionados y son centrales en su valoración de la Zona Rosa. Él comenzó su contacto con otros hombres homosexuales por una ruta distinta: a través de fiestas y festivales de música “alternativa” y “híster” (rock progresivo en general o bien el llamado género “indie”), encontró una escena transgresora que si bien no es explícitamente homosexual, da cabida a expresiones no heterosexuales. Para él, los espacios de la Zona Rosa incluyen una música que para él es desagradable (pop, pero también salsa y cumbia) y, en cambio, sí la encontró en un par de bares de República de Cuba, en el centro histórico. “La Zona Rosa”, además, “es muy agresiva”. Y por ello se refiere al ambiente que generan hombres a los que llamó “jotas pedestres y homonormadas”, definidos por él como aquellos que se hablan en femenino, están obsesionados con una vestimenta pulcra y que, dice, juzgan con mucha severidad los cuerpos, atuendos y maneras de los otros. En cambio, en su experiencia, en los bares del centro histórico esto no ocurre de manera dominante. Emmanuel (1991) alterna sus noches entre la Zona Rosa y el centro histórico, pero tiene una clara predilección por el segundo. Nuevamente señala que para los segundos encuentra “menos pose”.

Parte de este temor al juicio que pueden sufrir algunos sujetos en su participación en espacios y lugares de la Zona Rosa, lo describe Lucas (1989), quien señala que siempre ha tenido problemas para aceptar su cuerpo. Para él, en los bares y espacios de la Zona Rosa se siente examinado y, no teniendo un sobrepeso evidente o importante, le incomoda no tener la definición y volumen muscular que, considera, se le exige. Sin embargo, él no encuentra tanto alivio en los bares de República de Cuba donde, señala, la situación es muy similar. En cambio, prefiere nuevamente el bar de “osos” llamado Nicho o bien el Vaquero, en la calle de Florencia, ambos en la Zona Rosa.

Pero hay otras valoraciones. “La Zona Rosa a mí me daba miedo”, dice Felipe (1961). A lo largo de nuestra conversación lo señala más de una vez. Y no se refiere solamente a los bares o cafés, sino a las calles mismas. Felipe cuenta que cada vez que se aproximaba a la Zona Rosa, aunque fuera por hacer un trámite, sentía miedo a la vez que una atracción. Era la posibilidad del ligue, pero del riesgo que podía conllevar: relacionarse con alguien que le hiciera daño, ser víctima de algún operativo contra la homosexualidad. Cuenta que alguna vez, en la década de 1980, ligó en el baño de un Sanborn’s en Plaza Universidad, al sur de la ciudad. Sin embargo, el hombre que contactó resultó estar armado y lo extorsionó pidiéndole dinero a cambio de no llevarlo a prisión. Le dijo que era un policía judicial, aunque nunca quedó claro si esto era cierto o solo una excusa para fortalecer el relato de extorsión. Para Felipe esta experiencia solamente fortaleció la idea de que el ligue en la calle y en espacios públicos era peligroso, que el Estado, de alguna manera acechaba y condenaba cualquier visibilidad de la homosexualidad. Y si bien su experiencia no fue en la Zona Rosa, sabía que ahí estas experiencias eran más susceptibles. Por un tiempo, dice, Felipe se abstuvo de volver a ligar en las calles, sino hasta muchos años después, cuando sintió que existió un ambiente de mayor seguridad para hacerlo.

Veinte años después, en 2002, Benigno (1980) sufrió una experiencia similar. Era la noche de inauguración de un antro gay en Polanco, pero él esperaba a un amigo que pasara a recogerlo en la esquina de Varsovia y Paseo de la Reforma, en la Zona Rosa para llegar juntos. De pronto, llegó una patrulla y, con insultos y empujones, lo obligaron a abordarla. En ella, había ya otros tres chicos y fueron llevados a las oficinas centrales de la Delegación Cuauhtémoc, acusados de ejercer el trabajo sexual. Benigno se dio cuenta que era inútil negarlo, dice, porque al final veía que su forma de vestir, hablar y moverse era similar a la de los otros chicos: todos “afeminados”. Solo pudo librarse gracias que pudo llamar a una amiga que trajo dinero para pagar un soborno. A diferencia de Felipe, Benigno no guardó ningún trauma particular hacia la Zona Rosa, ni modificó conductas, pero le quedó claro que mostrarse como un joven afeminado en las esquinas de la Zona Rosa podría tener consecuencias.

En todo caso, la valoración de la Zona Rosa es difícilmente acrítica. Algunos no la observan como un espacio de entera “libertad” para manifestar trasgresiones al orden de género en

cualquier contexto, otros no la consideran como un “barrio gay” adecuado, sino de una burda imitación. En la relación de los sujetos con la Zona Rosa el elemento de su sociabilidad no heterosexual no es el único elemento que alimenta su evaluación de esta. Los sujetos parecen estar permeados por diferentes prenociones de clase, así como por imaginarios nacionales que se entrecruzan con los que ya he contruido sobre la Zona Rosa en el capítulo anterior. Esto abre un buen espacio para algunas conclusiones.

4.6. Conclusión: posicionarse con respecto a la Zona Rosa

Socializar una identidad sexual o de género en la ciudad de México parece involucrar a la Zona Rosa de alguna u otra manera. El camino –el hilo o línea, en la metáfora de este modelo de una persona que descubre un persistente deseo homoerótico o una identidad de género trans, dado esto, entra y sale de la Zona Rosa pues, en algún punto de la socialización se descubre no solo como un plano cualquiera donde se insertan diferentes sociabilidades, sino que el plano mismo tiene un significado relacionado con una heterodoxia sexual. Las entrevistas mostraron que no era necesario vivir cerca de ella o conocer de su oferta de sociabilidades previamente. A pesar de la predominancia de bares frecuentados o de plano dedicados a una clientela gay masculina, resulta importante en las vidas de otras personas como en el caso de las identidades lésbicas u homosexuales femeninas, así como para personas trans. Tampoco parece estar condicionada a una clase social particular aunque algunos de sus bares, restaurantes y antros tengan precios elevados y hagan efectivas exclusiones por esta razón. Existen opciones y estrategias para quienes cuentan con menos recursos: desde ligar en la Glorieta de Insurgentes y pasear por las calles, a asistir a los antros y bares que no cobran un precio de acceso y consumir apenas un par de cervezas.

Ahora bien, en la participación de los entrevistados en el espacio de la Zona Rosa el imaginario de decadencia y cosmopolitismo que analicé en el capítulo anterior parece tener una presencia notable en su experiencia de esta área de la ciudad. La idea de la Zona Rosa como algo inacabado, que no alcanza el potencial de lo que debería ser, que acusa un sentido aspiracional que no pasa de una fallida imitación de referentes de otras ciudades del Norte global, permea la evaluación de ella a pesar de que se elija una y otra vez como un espacio para la socialización de una identidad sexual. Me pregunto si esto tiene algún impacto en ello y creo que las respuestas las brindan algunos de los entrevistados más jóvenes y algunas de

las conversaciones que sostuve en el trabajo de campo cuando varones gay dijeron preferir los bares del centro histórico por ser más, dicen, “auténticos”. Si la identidad gay ha sido apropiada, adaptada e incluso multiplicada como una forma liberadora y generalizada de organizar un deseo homosexual, parece que no deja de percibirse por varios –aunque no todos- de los entrevistados, como un elemento cultural exótico. La música pop en inglés y la construcción de las divas como ídolos de la llamada comunidad; formas de vestir de ropa entallada y a la moda; estereotipos que tocan conversaciones sobre roles en las relaciones sexuales y demás, son percibidos como elementos de una supuesta cultura gay que es apropiada y reivindicada, pero con reservas, con críticas. Es común entre los entrevistados y en el trabajo de campo, referir siempre a una distancia con el *ambiente*. A algunos les gusta tal diva, pero no les gusta *jotear*; otros procuran vestirse a la moda, pero señalan que les “da flojera” lo que algunos empiezan a identificar actualmente como la “homonorma” que, según me lo describió Everardo (1984), se refiere al conjunto de elementos estereotipados del hombre gay que consigue una mayor visibilidad y aceptación tanto entre otros hombres gay como por el mundo heterosexual. El imaginario de la Zona Rosa compartido entre los entrevistados, podría sintetizarlo como la que representa y espacializa en la ciudad de México la cultura gay y, como esta cultura es importada principalmente de algunos núcleos urbanos estadounidenses, algo se pierde en la imitación. Este *algo* es lo que la convierte en una zona “chafa” como mencionaba Charlie.

Aquellos sujetos de las clases más altas y con más acceso a los elementos de la cultura gay parecen acusar la identidad gay de la Zona Rosa como algo tropicalizado, es decir, como una importación que pierde calidad en su adaptación a los referentes locales que, para colmo, siempre son evaluados como algo inferior a lo que ocurre en el Norte. Ante esta apreciación, buscan distinguirse creando sus propios espacios de sociabilidad fuera de la Zona Rosa, en las zonas residenciales más acomodadas de la ciudad, donde se generan todas las dinámicas de abierta exclusión al ingreso que describí en el segundo capítulo. En su caso, podría decir que sus espacios de sociabilidad buscan también una suerte de lo auténtico de la cultura gay, entendiendo por ello, aquello que ya no es accesible para los cuerpos, gustos y adaptaciones con menos acceso a las fuentes de referentes de otros países. Por su parte, dentro de niveles socioeconómicos medios y que mantienen una mayor distancia crítica a esta cultura gay, prefieren acudir a otros espacios de sociabilidad también alejados de la Zona Rosa donde

también buscan huir de lo que encuentran como una pretensión fallida. Para ellos, la autenticidad que no encuentran en la Zona Rosa es la cultura gay misma. Sin embargo, en espacios como el bar Marrakech o La Purísima, ambos en el centro histórico de la ciudad que son contruidos como una escena “alternativa” al ambiente de la Zona Rosa, las dinámicas no son muy distintas: en general, música pop en inglés y en español de los últimos 20 años, joteo, conversaciones sobre divas, sobre roles sexuales, ropas entalladas. La autenticidad parece radicar en el simple escapar del imaginario asociado a la Zona Rosa, construida como un *mainstream* de esa cultura, pero, además, decadente. Tal vez como un “perfume barato en envase caro”, como diría Leñero en los años 60 sobre la escena esnob. Sobre esta separación y crítica de la identidad gay, que se refleja en dos ambientes aparentemente contrapuestos hasta en la decoración de sus espacios de sociabilidad, abundaré en el próximo capítulo cuando hable de la cuarta generación gay de la Zona Rosa.

En todo caso, parece que en el proceso de socializar una identidad heterodoxa en la ciudad de México, es común formular un posicionamiento con respecto a la Zona Rosa. En ese camino, especialmente tras esa etapa que encontraba en los sujetos en los que se frecuentan y visitan diferentes espacios de sociabilidad como una forma de exploración, la Zona Rosa parece ser un territorio que consigue espacializar la mayor cantidad de referentes sobre lo que significa ser gay –y en menor grado, otras identidades y heterodoxias- y serlo en la ciudad de México. En este sentido, en la Zona Rosa podemos ver un espacio que interactúa como tal en las relaciones sociales.

Como apuntaba en el primer capítulo, el espacio sobre el que se construyen imaginarios, es un artefacto social: a la vez que es moldeado a partir de ciertas relaciones sociales y políticas que lo dotan de una materialidad específica y ordenan las formas de sociabilidad que ocurren en ellas, el espacio participa en el proceso de las relaciones sociales afectándolas y moldeándolas. En esta interacción las relaciones sociales modifican el espacio y el espacio modifica las relaciones sociales. A lo largo del siguiente capítulo intentaré retomar estas entrevistas, así como las otras fuentes consultadas en los capítulos anteriores para tratar de construir un relato temporal sobre la trayectoria de la Zona Rosa y de las identidades que ahí encuentran sus espacios de sociabilidad. Creo que este análisis contribuirá a ver con mayor profundidad esta interacción entre el espacio y las identidades.

Capítulo 5. La identidad gay y la Zona Rosa en cuatro períodos

En los capítulos anteriores he buscado integrar con detenimiento los diferentes componentes de este marco analítico de aproximación a un barrio caracterizado por la espacialización de identidades. Comencé por esbozar los puntos de sociabilidad y la forma en la que éstos operan en el proceso de socialización, construcción y transformación de las identidades. Posteriormente analicé el territorio del barrio como un plano imaginario donde estas sociabilidades se concentran. Este imaginario, argumento, impregna también a las sociabilidades: carga el sentido de las identidades con otros significados asociados a la estructura urbana. Finalmente, reviso los tránsitos entre las sociabilidades y el plano imaginario en las vidas de diferentes personas que han asumido una identidad sexual heterodoxa. Sin embargo, para que estas diferentes piezas -las sociabilidades representadas como puntos, el barrio como un plano y las trayectorias de vida como líneas- puedan servir para describir la interrelación procesual entre el espacio de la Zona Rosa y las identidades sexuales en la ciudad de México, es preciso brindar una organización temporal del material empírico expresado hasta el momento. Para eso propongo en este capítulo realizar un análisis de cohortes o, dicho de manera menos rigurosa, de generaciones gay en la Zona Rosa.

Como antecedente más directo, sostengo que la organización de un deseo erótico-afectivo por personas del mismo género, así como una identidad de género trans, sufrió una transformación en la ciudad de México con la llegada del movimiento político e identitario lésbico-gay, adaptado del contexto de la liberación homosexual de algunas ciudades estadounidenses y europeas, en las décadas de 1960 y 1970. Esto es investigado y fundamentado especialmente por Rodrigo Laguarda (2009), donde establece que el proceso de adopción de la identidad gay en la ciudad de México ocurre en la década de 1970. Como mencioné en el capítulo 3, desde los años 1960 se vuelve visible un imaginario de cosmopolitismo y trasgresión sobre la Zona Rosa que a su vez se relaciona con la formación de sociabilidades de la heterodoxia sexual en ese territorio especialmente una década después. Por tanto, para efectos de esta investigación un punto de partida para analizar los diferentes formas de interrelación entre la Zona Rosa y la identidad gay es justamente en los años 1970. Desde entonces y hasta la fecha, la mecánica y distribución de las sociabilidades

de la heterodoxia sexual se han transformado, así como también el imaginario de la Zona Rosa y la forma en la que los sujetos transitan por estos espacios en el proceso de socialización de estas identidades. Ser homosexual, gay, lesbiana, bisexual o trans en la década de 1970 no puede presentar la misma relación con el espacio urbano que serlo actualmente; ni la relación con las propias identidades que dan sentidos sociales a estas heterodoxias puede ser la misma pues la propia posición política de presentarse en la vida cotidiana como gay, como lesbiana o como trans ha cambiado con el tiempo. Los tres elementos –las sociabilidades, el imaginario y las características de la identidad socializada en la trayectoria de vida de los sujetos- se transforman de formas interdependientes.

Dar cuenta de este complejo proceso de cambios y continuidades de manera lineal resulta imposible al menos con el material empírico aquí disponible. Sin embargo, al contar con testimonios de personas que socializaron una identidad sexual trasgresora en diferentes momentos desde la década de 1970 hasta la fecha y haber profundizado con ellos en algunos de los elementos del contexto histórico, político, urbano y social en el que lo hicieron, me ha sido posible organizar temporalmente los resultados en cuatro segmentos o períodos que permitan comprender las transformaciones en este proceso. Y dado que el foco para seccionar estos períodos fue la observación del período en el que los sujetos asumen los aspectos más centrales de una identidad sexual, es decir, un mismo acontecimiento biográfico que experimentaron todos en virtud de su identidad sexual trasgresora, pero en diferentes momentos históricos, podemos hablar de estos períodos como cohortes.

Como expuse en el capítulo anterior, luego de unas primeras aproximaciones y experiencias tanto en el ámbito de lo privado como en la oferta de sociabilidades urbanas, la mayor parte de las personas que entrevisté y que encontré en algunos de estos espacios durante la observación etnográfica, atraviesan por una etapa en la que buscan recorrer y participar de las sociabilidades de la heterodoxia sexual de la ciudad. En este periodo de exploración es en el que entran en contacto con los repertorios disponibles de las identidades sexuales, discriminan entre algunos de sus elementos, adoptando y adaptando algunos, rechazando y criticando otros; en este período también forman algunos de sus lazos más significativos con semejantes. Se trata, pues, del período donde no solo tienen más contacto con los espacios de sociabilidad urbana de las trasgresiones sexuales, sino donde ocurre el núcleo más importante de su socialización de una identidad sexual.

Una cohorte es un grupo de sujetos que, al momento de atravesar por este período de exploración urbana, encontraron una oferta particular de sociabilidades en todo el entorno urbano de la ciudad de México, un imaginario de la Zona Rosa en el que sus parejas de nostalgia/decadencia y trasgresión/cosmopolitismo se encontraban en un momento particular y, dentro de su trayectoria de vida, asumir una identidad gay tenía implicaciones específicas en sus entornos familiares, sociales y políticos. A su vez, además de la oferta de sociabilidades, cada generación tuvo a su disposición diferentes medios y herramientas para acceder a estos espacios urbanos, para conectarse con los semejantes. Este conjunto de herramientas, apunto, forma también parte de las características que distinguen a una cohorte de otra por las implicaciones sociales e incluso políticas, pero especialmente espaciales, de asumir una identidad trasgresora.

La periodización en cohortes y la distinción que propongo entre ellas es una simplificación y una generalización de un gran número de aspectos tanto del proceso de las propias identidades como del espacio urbano. La forma en la que acudo a hitos que marcan un cambio entre una y otra cohorte son tomados todos desde el campo y no desde alguna teoría u otra organización cronológica del tiempo histórico. A través de las entrevistas, algunos elementos políticos, sociales o urbanísticos propios del contexto histórico parecen haber sido determinantes en la forma en la que los sujetos se relacionaron tanto con el espacio como con la identidad sexual que estaban asumiendo y socializando. Estos hitos, en cualquier caso, son transformaciones del contexto que escapan a la agencia de los sujetos y que impactaron el arreglo socioespacial desde diferentes vertientes. Como describo a detalle en cada una de los períodos, los hitos se relacionan directamente con el propio ámbito de las identidades, es decir, en el proceso político de éstas: conquistas de visibilidad y derechos, así como reducción del asedio por parte del Estado y otros ciudadanos. Pero también busco hitos en el ámbito de la ciudad, en el proceso del imaginario de la Zona Rosa y la distribución de las sociabilidades. Entre estos marcadores entre un período y otro hay, por supuesto, elementos de cambio gradual que resulta difícil marcar en un momento concreto pero que, con el tiempo, presentan un contexto distinto de las técnicas y características de socialización de una identidad sexual. Por ejemplo, pienso en los medios de comunicación electrónicos disponibles en los últimos 20 años y cuya penetración ha ido en aumento; o bien, antes que

eso, la distribución de impresos especializados a una audiencia gay que en algún momento fue más limitada e incluso prohibida y después se diversificó.

Para construir una cohorte, acudí a las entrevistas de los sujetos que presenté en el capítulo anterior. De ellas, tomé los testimonios de las personas y me detengo en las características de su periodo de exploración urbana: a qué espacios de sociabilidad acudían, cómo supieron de ellos, qué herramientas tenían a su disposición para conocer de esta oferta, cuál era su relación y su opinión de estos espacios, cómo los evalúan con respecto a la oferta que saben que existió antes y después, qué significa para ellos asumir una identidad particular en esos momentos. Al contrastar estas respuestas con las de sujetos que tuvieron este mismo período algunos años más tarde o más temprano, busqué complementar y profundizar en otras fuentes tanto la información sobre la oferta de espacios de sociabilidad, así como del imaginario de la Zona Rosa otras fuentes: investigaciones, crónicas, medios impresos especializados o no especializados.

Antes de presentar con detalle cada uno de estos períodos quisiera presentarlas de manera sintética, de forma que se transparenten los criterios de selección de hitos y eventos biográficos que las marcan, así como los elementos de la interrelación entre espacio e identidades sexuales que, me parecen, caracterizaron de forma central cada uno de estos períodos:

Primer periodo: 1970's-1985.- El hito marcador del inicio de este período es la formación de un movimiento político de derechos lésbico-gay. Este evento marca una clara penetración de una nueva forma de organizar y politizar el deseo homoerótico que expone la heterodoxia sexual a una nueva visibilidad pública. En ello, se formaron nuevas sociabilidades. En este período en la Zona Rosa, como espacio cosmopolita y trasgresor, abren sus puertas bares y restaurantes que atraen a clientelas que comienzan a asumir esta identidad gay, distinguiéndola de las otras formas de sociabilidad dispersas en la ciudad de México. Los sujetos de esta cohorte muestran resistencias a la adopción de la identidad gay y, además, encuentran una tensión descompuesta espacialmente: mientras que en el espacio de la Zona Rosa, la identidad gay aparece como una forma de ser homosexual asociada al consumo refinado y excluyente, impuesto por la cultura estadounidense, en otros espacios,

principalmente universitarios, tiene un componente político y de lucha que se refleja en la formación de movimientos críticos con la parte “frívola” de la identidad gay.

Segundo período: 1986-1997.- Hay dos hitos que representan una notable ruptura con la forma en la que se estaba desarrollando la identidad gay en el espacio de la ciudad de México: uno por el lado del espacio urbano y otro que impactó directamente las vidas de los hombres no heterosexuales: el terremoto de 1985 y la crisis del VIH/SIDA. Las tensiones entre consumo, imposición cultural y activismo se disipan ante las emergencias. En el espacio central de la ciudad de México, los centros de consumo de la vida nocturna dirigidos a clases media y altas se dispersan, incluidos los bares gay que habían llegado en el período anterior. Sin embargo, ocurren dos cosas en términos socioespaciales: (1) la identidad gay se propaga en la ciudad de México ya no como una identidad necesariamente cosmopolita, sino para hacer resistencia a la patologización asociada a la “homosexualidad” reforzada por la irrupción del VIH. (2) En la Zona Rosa no desaparecen las sociabilidades de las trasgresiones sexuales, al contrario, apelando al imaginario de trasgresión y, esta vez, de decadencia, se mantienen las formas de ligue callejero, pero también abren nuevos espacios dirigidos a clientelas más amplias que en el período anterior y también espacios politizados que sirven para hacer frente a la irrupción del VIH.

Tercer período: 1998 – 2008.- Para este período el avance en los tratamientos médicos para portadores del VIH disipan el estado de emergencia y la zona central de la ciudad de México comienza un proceso de revalorización de sus zonas centrales. Los hitos que marcan el inicio de esta generación nuevamente tienen que ver con cambios en la oferta de sociabilidad en la Zona Rosa y, también, en la relación del Estado con respecto a las trasgresiones sexuales. Por un lado, en la Zona Rosa empieza una acción empresarial mucho más organizada que amplía la oferta de bares, tiendas y antros dirigidos a la heterodoxia sexual que, de alguna manera, reconcentran lo que en el período anterior se había dispersado. Por el otro lado, hay una revitalización del movimiento político LGBTI que comienza a tener incidencia y recepción en los gobiernos de la ciudad de México. Se trata, como argumentaré más adelante, de un período de *normalización* de algunos elementos de la identidad gay que aparentemente politizan el espacio de la Zona Rosa, aprovechando la importante presencia de las trasgresiones sexuales en su imaginario, para proyectar ahí todos los avances de la agenda de

derechos civiles y visibilidad. En esta concentración, la Zona Rosa y sus alrededores albergan formas de sociabilidad dirigidas a clientelas de prácticamente todas las clases sociales.

Cuarto período.- 2009 – actualidad.- Nuevamente los hitos marcadores están definidos tanto por el lado de las identidades como por el de las distribución de sociabilidades. En el caso de lo primero, se consigue en la ciudad de México el derecho igualitario al matrimonio con posibilidad de adoptar, se crean instituciones del estado especializadas en la población LGBTI en el espacio de la Zona Rosa y, en general, en la ciudad de México se consigue un clima de visibilidad y relativa tolerancia, si no a las trasgresiones sexuales, sí a la identidad gay. Espacialmente, al agotarse una parte esencial en la agenda del movimiento político, esto parece tener un correlato en una suerte de consolidación de la despolitización del territorio de la Zona Rosa. Las clases altas emigran de los bares caros de la Zona Rosa y abren nuevos espacios con prácticas de exclusión más agresivas en el poniente de la ciudad y, en el centro histórico de la Ciudad de México se consolidan nuevas formas de sociabilidad trasgresoras distintas a las de la Zona Rosa y que, como buscaré argumentar, mantienen una carga politizada. La Zona Rosa queda como un espacio donde la oferta de bares, antros y sociabilidad gay en general es tal vez la más amplia de su historia, pero despolitizada y orientada principalmente al consumo. Las formas de sociabilidad aún politizadas como las de las personas trans y críticas a la identidad gay emigran de la Zona Rosa.

Para cada uno de los cuatro períodos o cohortes, hay un conjunto de marcadores y características, desde sus sitios icónicos, aquellos de los que hablan con nostalgia y pasaron si no mucho de su tiempo sí alguno que consideran muy significativo, hasta la posición del Estado con respecto a trasgresiones sexuales. Estos marcadores dan cuenta del proceso de cambio en las identidades y su proyección en el espacio. Esto es lo que pretendo desarrollar en este capítulo. De manera sintética, presento algunas de las principales características de estas generaciones en el siguiente cuadro:

Período o cohorte	Marcadores identitarios de la generación	Medios de comunicación disponibles	Espacios emblemáticos	Posición del Estado
Primero 1970s – 1985	-Llegada de la identidad gay a México, resistencias a su adopción y	- Panfletos, gacetas, volantes, carteles disponibles en espacios de sociabilidad asociada	En Zona Rosa: -El Nueve (bar) - El conjunto	-Clausuras y redadas recurrentes de bares y antros. Razzias en espacios públicos

Formación de la identidad gay	<p>formación de organizaciones políticas.</p> <ul style="list-style-type: none"> - Formación de sociabilidades en Zona Rosa y alrededores -Vulnerabilidad ante el Estado y escasos de medios de comunicación 	<p>al movimiento político y, en menor medida en espacios universitarios</p> <ul style="list-style-type: none"> - Pocas novelas, revistas y películas extranjeras disponibles en espacios limitados, ocasionalmente en cines. 	<p>general de calles y cafés.</p> <p>Fuera de la Zona:</p> <ul style="list-style-type: none"> - L'Baron -Spartacus -Baños públicos 	<ul style="list-style-type: none"> -Hostilidad policiaca recurrente -No hay autorización para difusión comercial de medios impresos
Segundo 1986 – 1997 Consolidación de la identidad gay	<ul style="list-style-type: none"> - Irrupción del VIH/SIDA -Terremoto de 1985 y dispersión de sociabilidades -Generalización de la identidad gay en contraposición a otras formas de nombrar trasgresiones sexuales 	<ul style="list-style-type: none"> - Medios impresos: revista Tiempo Libre, Macho Tips, Hermes, Homópolis, Del otro lado, entre otras - Listas de correos electrónicos -Mayor facilidad para conseguir novelas y películas en tiendas y puestos. 	<p>En Zona Rosa:</p> <ul style="list-style-type: none"> -El Taller - Anyway -Ligue en calles <p>Fuera de ZR</p> <ul style="list-style-type: none"> -Katzy -El Don -Penélope 	<ul style="list-style-type: none"> -Respuestas focalizadas a la epidemia de VIH -Disminución en clausuras y redadas, y continúan razzias y hostilidad policiaca -Autorización de medios impresos comerciales especializados
Tercero 1998 – 2009 Politización de la Zona Rosa	<ul style="list-style-type: none"> - Reconcentración de sociabilidades en la Zona Rosa -Llegada de gobiernos democráticos a la Ciudad de México -Primeros logros jurídicos del movimiento LGBT -La centralidad de internet como medio para contactar semejantes 	<ul style="list-style-type: none"> - Medios impresos: Ser Gay, Boys&Toys, Tiempo Libre - Internet: salas de chats, foros y grupos, páginas especializadas (Anodis) -Radio y televisión local: aparece una escasa programación local y comienza una diversificación de productos extranjeros y locales en televisión de paga (Queer as Folk, Desde Gayola, otros) y cine. 	<p>En Zona Rosa</p> <ul style="list-style-type: none"> -Cabaretitos -Calle de Amberes <p>Fuera de ZR:</p> <ul style="list-style-type: none"> - El Box -El Living 	<ul style="list-style-type: none"> - Finalizan las redadas y clausuras salvo en casos excepcionales -Disminución de hostilidad policiaca -Comienza etapa de reconocimiento de derechos civiles (sociedades de convivencia) y formación de oficinas de atención especializada -Disminuye hostilidad policiaca
Cuarto 2010 – actual Despolitización de la Zona Rosa	<ul style="list-style-type: none"> - Consolidación y formación de otros núcleos de sociabilidad gay: separación de “ambientes” 	<ul style="list-style-type: none"> -Medios impresos pierden relevancia pero continúan. 	<p>En Zona Rosa:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Kinky - Boybar - Nichos - Cabaretitos 	<ul style="list-style-type: none"> - Matrimonio igualitario con derecho a adopción en ciudad de México -Clausuras ocasionales de bares no

	<ul style="list-style-type: none"> -Activismo trans y desarrollo de escena drag - Crítica de la identidad gay 	<ul style="list-style-type: none"> -Aplicaciones móviles: Grindr, Tinder, Hornet, otras - Proliferación de medios electrónicos (revistas, páginas, y cuentas especializadas) en redes sociales virtuales. -Diversificación de productos mediáticos (películas, series de televisión, etc) y formas de acceder a ellos a través de internet. En medios tradicionales y públicos se conserva oferta escasa pero hay presencia de discursos de tolerancia e inclusión en canales y programas de mayor rating 	<ul style="list-style-type: none"> Fuera de ZR: -Marrakech -Envy -Guilt - La Purísima -Teatro Garibaldi 	<ul style="list-style-type: none"> necesariamente atribuibles a homofobia de Estado -Finaliza la hostilidad policiaca salvo en casos excepcionales para hombres y mujeres gay, continúa para mujeres trans. - Constante presencia del tema en la agenda pública y formación de grupos conservadores
--	---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Cabe señalar que el interés de describir estas generaciones no es el de marcar una geografía gay precisa como han hecho otros autores (Boivin, 2011b; Sánchez Crispín, 2000), sino el de describir el proceso interactivo entre la socialización de identidades a través de puntos sociabilidad cambiantes en el territorio urbano junto el imaginario urbano de la Zona Rosa. El esfuerzo de hacer un mapeo histórico de la distribución precisa de los puntos de sociabilidad, que dé cuenta de los desplazamientos a lo largo de las décadas, queda como una agenda aún pendiente de investigación dentro de este campo de estudios. En esta investigación me preocupa responder preguntas de carácter antropológico a través de la narración de los sujetos en sus historias de vida. En las próximas páginas haré una descripción analítica y empírica de cada una de estas cohortes o periodos en las que analizo este proceso urbano.

5.1. Primer período (1970s-1985): la llegada de la identidad gay

La llegada de una forma gay de entender y organizar socialmente el deseo homoerótico a la ciudad de México significó el surgimiento de nuevos espacios de sociabilidad que, a su vez,

ampliaba la oferta de otras dinámicas preexistentes. La ciudad de México contaba ya con espacios de sociabilidad para las trasgresiones sexuales: especialmente de los varones que buscaban a otros varones y donde también era común que ocurrieran expresiones de transformismo de género.¹¹⁰ Del relato y descripción de éstos espacios contamos con la crónica autobiográfica de Salvador Novo (1998) que escribió en 1945 y fue publicada de manera póstuma. También contamos las narraciones que el periodista Carlos Monsiváis (2002 y 2002b) hizo después o, recientemente, hay una creciente investigación académica al respecto, como el trabajo de Nathaly Rodríguez Sánchez (2016), donde es posible vislumbrar una vida social de fiestas privadas, cantinas ambiguas, baños de vapor, bares clandestinos y espacios de comercio sexual en las zonas periféricas o marginadas del centro histórico y algunas escenas de la capital donde bajo ciertas circunstancias la heterodoxia sexual podía aflorar bajo una menor amenaza. Sin embargo, en la década de 1960, con la formación de un nuevo imaginario sobre la Zona Rosa que retoma elementos de nostalgia y decadencia, la heterodoxia sexual consigue encontrarse un nuevo espacio donde asumir otras formas de sociabilidad: la trasgresión que a su vez se suma al cosmopolitismo de la liberación sexual.

Como apunté en el capítulo 3, la Zona Rosa dio asiento a las ideas de la liberación sexual que cuestionó paradigmas de la heterosexualidad convencional -el matrimonio como institución reguladora del deseo, la monogamia y algunas prácticas sexuales-. Mientras que en algunas ciudades como París, Madrid, Nueva York, San Francisco y Toronto los espacios de sociabilidad gay comenzaron a concentrarse en zonas céntricas pero de poca densidad habitacional y actividad comercial, en la ciudad de México parece ser que el imaginario cosmopolita que incorporó los discursos de trasgresión sexual incluyeron también aquellos del deseo erótico y afectivo por personas del mismo género y, de esta forma, a la par que persisten las formas de sociabilidad de mediados del siglo XX de la ciudad, que seguían la pauta de estar en áreas marginadas o con poca actividad, comenzó la apertura de bares efímeros “de ambiente” en la Zona Rosa. El Safari, mencionado en el capítulo 3, parece haber sido uno de los más emblemáticos de ellos.

¹¹⁰ Empleo este término puesto que en la trayectoria de las identidades trans, las categorías actuales y sus implicaciones tanto políticas como identitarias no eran empleadas en ese momento.

Tras la redada y disturbios en el bar Stonewall en Nueva York en 1969, los heterodoxos cosmopolitas mexicanos, en la investigación de Rodrigo Laguarda (2009), comenzaron a identificar su trasgresión bajo el mismo movimiento, bajo la etiqueta gay. La generación de hombres y mujeres que socializaron una identidad sexual trasgresora en la década de 1970 lo hicieron en este entorno: uno en el que hubo –y se luchó por– un cambio en el orden de género a gran escala y, por tanto, a las posiciones trasgresoras de la heterodoxia sexual. En estos cambios se consiguió una nueva visibilidad, se adoptaron elementos de una identidad global y se organizó un movimiento político de derechos. A pesar de esto, para la década de 1970 y especialmente en México, los mecanismos de comunicación de quienes asumían o buscaban asumir esta nueva identidad eran precarios y su sociabilidad era aún muy vulnerables a las hostilidades del Estado y de la sociedad en general.

Entre las personas que entrevisté, Sebastián (1955), Charlie (1958), José Miguel (1960) y Felipe (1961) socializaron su identidad no heterosexual en este periodo. En las conversaciones con los cuatro, me resultó llamativo que todos se definieron constantemente a sí mismos como “homosexuales”, aunque también empleaban el término “gay”. Cuando les pregunté su opinión sobre estas etiquetas, Sebastián, Charlie y José Miguel fueron los más explícitos en decir que ellos preferían el término homosexual y que solo se decían gay por practicidad. Para Felipe, los términos son indistintos. “Es que gay”, me explicó José Miguel, “significa que te gusta cierta música y que vayas a ciertos bares y te vistas de cierta forma y, o sea, sí voy a esos bares y sí me gusta esa música y a veces sí me visto así, pero no es eso lo que yo soy, no es lo que me define”. Sebastián y Charlie, con otras palabras, señalan algo parecido. Para ellos la expresión homosexual sí define una característica de cómo ellos se definen: hombres que sienten un deseo erótico y afectivo por otros varones. Sin embargo, ven en el término gay toda una expresión identitaria que, aunque la adoptan y la comparten, prefieren mostrar una distancia crítica. Les pregunté si sentían comodidad con otros términos convencionalmente ofensivos como maricón, joto, lilo, mayate, puto. José Miguel me explicó que aunque a veces los dice, incluso para referirse a sí mismo, lo hace a manera de juego, no como una reivindicación constante. Los otros me dijeron rechazar tajantemente estos términos. Aún así, fue notable que en sus relatos sobre otros asuntos, durante las entrevistas, excepto Felipe, más de una vez emplearon maricón, joto, loca o loquita, (nunca puto u otras) para referir, a manera de juego, a otras personas.

Con estas resistencias al término *gay*, me parece que se evidencia que para esta primera cohorte, al menos entre estos cuatro entrevistados, hay una tensión ante el arribo de esta identidad a la sociedad mexicana, incluso entre quienes tienen un mayor acceso a discursos y productos mediáticos estadounidenses y comparten un imaginario cosmopolita. Por un lado, se suman y adoptan parte de los repertorios típicos de la identidad *gay*, como el gusto por las *divas*, la moda de ropa entallada y colorida, la asistencia a los bares y los shows de *vestidas*, pero niegan que eso “los defina”.¹¹¹ Podría pensarse, como es frecuente encontrar en las conversaciones con otros hombres *gay* más jóvenes o de otras generaciones, que estas resistencias se explican por una “homofobia internalizada”, es decir, un temor a incorporar de lleno una identidad que implica un desafío a la expectativa de masculinidad que, sienten, se les exige. La sensación de que *lo gay* en sus vidas se limita solo a los momentos específicos en los que adoptan parte de esos repertorios pero pueden volver a no serlo tan pronto abandonan los espacios de sociabilidad, podría brindarles cierta seguridad sobre su posición en la estructura de género a la que trasgreden con su deseo homoerótico pero no con más. Aunque esta interpretación puede ser cierta para algunos casos o en alguna medida para todos los casos, desde mi perspectiva y tras las entrevistas, creo que las resistencias a la autoidentificación como *gay* tiene más que ver con la novedad de su irrupción en la sociedad mexicana. José Miguel me dijo que parte de su disgusto por la identidad *gay* es que es “muy gringa”. Tal vez se trata, en su caso, más que de una homofobia, una resistencia cultural a lo que se lee como una imposición exterior.

La primera marcha “Lésbico-gay” en México fue en junio de 1979, siguiendo la conmemoración global de los disturbios de Stonewall. Sin embargo, la primera participación de un contingente de un movimiento político “homosexual” o “lésbico-gay” fue casi un año antes, en una marcha para celebrar el aniversario de la Revolución Cubana el 26 de julio de 1978 (Diez, 2011). Pocos meses después, en la conmemoración del décimo aniversario de la masacre del 2 de octubre en Tlatelolco de 1968, este contingente reapareció, pero esta vez reorganizado como un Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR), un Grupo Lambda de Liberación Homosexual y otras organizaciones.¹¹² Dentro de todo este

¹¹¹ Desde antes, entonces y a la fecha, sobre las *divas* del momento suelen hacerse espectáculos drag o travesti de imitación.

¹¹² De acuerdo a la cronología de Diez (2011), el FHAR es una asociación creada en 1978 que a su vez retomó los esfuerzos previos de una organización llamada Frente de Liberación Homosexual de México, de carácter

movimiento político que se constituyó hacia finales de la década de 1970 hay también testimonios de una tensión con el uso del término gay a pesar de que sí lo emplearon en su primera marcha. En los documentos de estas organizaciones, en las crónicas y elaboraciones hechas por sus protagonistas, el término preferido es homosexual en el caso de los hombres y lesbiana en el de las mujeres. De hecho, dado el carácter de izquierda de estos movimientos, parece que, como José Miguel, a medida que el término gay iba penetrando en la sociedad mexicana, lo asociaban a un estilo de vida de consumo más que a una orientación del deseo que requería reivindicaciones políticas. Por ejemplo, en un artículo de una de las publicaciones de la FHAR dicen: “muchos compañeros defienden tenazmente la alternativa del bar y la discoteca como los sitios más idóneos para la reunión de los homosexuales. En esos lugares, arguyen, se sienten ‘libres’, conocen gente como ellos, son ‘felices’. En sus argumentos olvidan que hay miles que no tienen esa alternativa”.¹¹³ El entrecomillado en “felices” alude al término “gay”, que es, de hecho, su traducción inmediata del inglés. Es importante señalar que ni José Miguel, ni ninguno de los otros entrevistados pertenecían a este movimiento. De hecho, solo él participó en alguna de las primeras marchas y el resto mostraron cierto rechazo al activismo político en general y a las marchas del orgullo en particular –en especial Charlie y Sebastián. Quiero decir que si todos los sujetos que entrevisté que pertenecen a esta cohorte se resisten a adoptar de lleno el término gay y prefieren “homosexual”, no ha sido necesariamente por compartir la ideología de estas organizaciones.

Las trayectorias y posturas del movimiento político no son materia de esta investigación. Sin embargo, en sus documentos podemos ampliar la idea de que para esta generación el término “homosexual” como identificación de su identidad sexual buscaba una posible suerte de neutralidad frente a nuevas formas de organizar el deseo homoerótico. La resistencia no era solo a la etiqueta gay, sino al reconocimiento de que esto involucraba la adopción de una identidad impuesta. En el caso de las mujeres, el nombre de la organización más activa en este movimiento político era el acróstico “OIKABETH” tomado de las palabras mayas:

universitario y feminista. También incorporó otras organizaciones lésbico-feministas preexistentes como SexPol de 1974 y OIKABETH (Mogrovejo, 2000).

¹¹³ “Nuestras alternativas, los bares: vampiros y vampiras”, en *Nuestro Cuerpo. Información Homosexual*, FHAR, núms. 2/3, julio de 1980. P.9.

El título del artículo alude a la novela “El vampiro de la colonia Roma”, de Luis Zapata (1979).

“Ollin Iskan Katuntat Bebeth Thot” (mujeres guerreras que abren camino y esparcen flores). Este nombre que podría tener un cierto carácter nacionalista o, por lo menos, inspirado en referentes locales, se contrapone a los nombres de las organizaciones varoniles o de presencia varonil mayoritaria que tomaron los de movimientos internacionales. El FHAR, por ejemplo, es una traducción directa al español de una organización similar en Francia fundada en 1971. El Grupo Lambda empleaba esta letra del alfabeto griego que, en la década de los 70 era el símbolo de la Gay Activist Alliance de Nueva York. Así, mientras que en el mundo varonil parecía librarse cierta tensión y ambivalencia entre la incorporación a discursos y agendas internacionales y resistir los elementos identitarios gay, en el mundo femenino podría marcarse un discurso más abiertamente nacionalista como el que encontró Anahí Russo Garrido (2009) décadas después en los nombres e imaginarios de otras agrupaciones y espacios lésbicos. Esto no exenta de la misma tensión a las mujeres, quienes al adoptar el término “lesbianismo” también se suman a corrientes internacionales y la adopción de la agenda política de derechos se circunscribe a una parte de las luchas feministas regionales de ese entonces. En todo caso, entre ellas se observa una mayor resistencia a adoptar también para sí mismas el término “gay” que, como apuntaré para la siguiente generación, en algunos casos y momentos, parece englobar tanto a hombres como a mujeres.

En suma: esta primera cohorte parece estar marcada por la aparición no solo del término gay, sino de todo su proceso de apropiación que, si bien incluía una agenda política, también nuevos espacios de sociabilidad y repertorios identitarios. Socializar una trasgresión sexual exigía posicionamientos y ambigüedades ante esta identidad. Las personas que entrevisté, décadas después de esta fecha, usan el término gay para referirse a sí mismos, pero no sin reservas y no sin subrayar que, primero, se identifican como homosexuales.

Volviendo a los espacios de sociabilidad y la forma de acceder a ellos, para esta cohorte resulta mucho más importante que para cualquier otra el establecimiento de redes interpersonales con semejantes. Al no existir medios de comunicación accesibles con información sobre estas sociabilidades, el punto de partida para los hombres de esta generación suele ser un ligue, un encuentro sexual que comienza con un intercambio de miradas en la calle. Como decía Felipe, una suerte de “instinto” o apenas un rumor o un comentario al aire que escucharan que revelara alguna información sobre cierta sociabilidad en calle (en su caso escuchó decir a su padre que la Zona Rosa estaba “llena de maricones”)

los llevaban a buscar este tipo de contactos. En el caso de los varones en este período, al menos para los de clases medias y altas, a ese mundo de fiestas privadas, bares y cantinas clandestinas o no y las dinámicas de los baños públicos se accede inicialmente en la calle a través de los amigos que van estableciendo tras arriesgar un contacto en un contexto de hostilidades tanto policiacas como civiles a las trasgresiones sexuales.

A diferencia de los que vivieron este momento de exploración urbana en periodos posteriores, que podían acercarse con más certeza a espacios de sociabilidad tras leer de ellas en revistas o en medios electrónicos, el punto de partida para esta cohorte ocurría casi de manera fortuita. Las trayectorias donde esto ocurre con más facilidad eran las de quienes en el ámbito doméstico o escolar conocían a alguien que ya tuviera alguna red a la que pudiera sumarlos –ese fue el caso de José Miguel y también el de Charlie-. Y esto es más factible entre a quienes “se les nota”, es decir, que por conductas afeminadas son reconocidos por otros como semejantes o bien, ante el rechazo que suelen experimentar por esta misma razón, temen menos acercarse ellos mismos a quienes consideran semejantes a ellos.

Dado que la vía pública era el medio idóneo para el establecimiento de estas redes, todos los entrevistados concurren en hablar de un amplio perímetro de ligue callejero y de otros espacios de una sociabilidad basada en el encuentro sexual. Las calles de la Zona Rosa, como me señaló Sebastián, eran ampliamente recomendadas por sus primeros amigos y contactos que hizo en la ciudad de Puebla, donde creció. José Miguel recuerda un perímetro mucho más amplio a lo largo de toda la Avenida de los Insurgentes desde varias manzanas y barrios hacia el sur hasta llegar a la Zona Rosa. Al igual que otras fuentes señalan (Laguarda, 2009; Bautista, 2011), los entrevistados –todos-, hablaron de una icónica “esquina mágica” en la calle de Aguascalientes e Insurgentes, en la colonia Roma –un par de kilómetros al sur de la Zona Rosa-. La magia consiste en que ahí el ligue estaba “garantizado”. Además, el área de revistas y baños dentro de las tiendas de la cadena Sanborns, especialmente uno en la Zona Rosa y otro en la colonia Roma –justamente donde la “esquina mágica”- eran también espacios de sociabilidad importante para este ejercicio de contactar redes.

El sexo -o por lo menos el ligue- funciona como un vehículo para establecer relaciones afectivas y de amistad. Aunque esto ocurre también entre varones en todas las siguientes generaciones, parece que en el caso de ésta es distintivo. Y esto, en ausencia de instituciones

jurídicas y expectativas sociales para regular las relaciones, como es el matrimonio, podría incluso tener un efecto en sus nociones de pareja y sus preferencias para las relaciones afectivas. Es frecuente, según los testimonios tanto de Sebastián como de José Miguel, que los hombres de esta generación establecieran relaciones de pareja estables pero no bajo las normas convencionales de la heterosexualidad. Es común, por ejemplo, que con sus mismas parejas a quienes a veces llamaban “marido”, “pareja” o incluso “amigo” pero rara vez “novio”, asistieran a bares y a otros sitios de ligue para concretar otros encuentros sexuales juntos o por separado.¹¹⁴ Algunos testimonios de este periodo sobre parejas unidas por un sentimiento pasional y que compartían ciertos compromisos domésticos, pero a la vez estaban abiertas a las relaciones sexuales con otras personas, las encontramos también en la ficción, como en las novelas de Luis González de Alba.¹¹⁵ Esto no significa que hubiera ausencia de enamoramiento. Charlie, por ejemplo, cuenta que el “amor de su vida” lo tuvo en esta etapa de su vida y que jamás ha vuelto a sentir lo mismo por nadie más.

En cuanto a otras formas de sociabilidad, a los espacios característicos de períodos anteriores a éste (baños de vapor públicos, cantinas y puntos de comercio sexual) se suma la consolidación del bar gay como institución que distingue una forma de organizar socialmente la trasgresión sexual. Consistente con otras investigaciones y crónicas, el sitio icónico para esta generación es el bar Nueve, en la calle de Londres, en la Zona Rosa. Abierto por un empresario de origen francés, Henri Donnadiou, el Nueve comenzó como un restaurante a tono con la oferta de la Zona Rosa en 1977. La red de amigos y contactos gay que él mismo fue estableciendo en las calles y cafés de la Zona Rosa, hizo que entre su clientela predominara gente “de ambiente”. El restaurante cerró y reabrió como bar que, cuentan, desde entonces y hasta que cerró sus puertas en 1989, tuvo numerosas remodelaciones y transformaciones del espacio interior. El periodista Guillermo Osorno (2014) publicó una crónica en extenso de este lugar, donde lo retrata como un sitio de expresiones de la llamada contracultura y la cultura *underground*, es decir, contra lo *mainstream*. Entre mis

¹¹⁴ “Amigo” permitía una ambigüedad en el que la indicación, en términos discursivos, de un estatus distinto en entre una relación afectiva más informal y una más comprometida era marcada con un énfasis tonal en la oración que se emplea, acompañado de alguna pregunta o expresión que haga sospechar de la connotación de la palabra. Por ejemplo: “bueno es que, en ese entonces, él y yo éramos (pausa), ‘amigos’, ¿sabes?”

¹¹⁵ Pienso concretamente en Agapi Mu (1993) que aunque publicada en los 90 y situada en la década de los 80, tiene un cierto carácter autobiográfico. El escritor a su vez, socializó su identidad sexual en el período de esta primera generación y las relaciones de pareja que describe se ajustan a estas características descritas.

entrevistados, cuando pregunto sobre los espacios más importantes para ellos en el camino de vivir una identidad sexual trasgresora en la ciudad, el Nueve tiene una presencia casi mítica pero no todos tuvieron la misma relación con él: José Miguel y Sebastián asistían ocasionalmente, Felipe solo una vez y, en cambio, Charlie, fue publlirrelacionista del bar desde sus inicios hasta 1985. Todos, sin embargo, coinciden en que el lugar era pretencioso, caro y, a veces, de difícil acceso, en el sentido de que exigía planear muy bien el atuendo que uno iba a llevar, pues se trataba de un lugar donde uno sería visto y evaluado por la clientela.¹¹⁶ En la importancia que tiene para la identidad gay el “buen vestir” y estar “a la moda”, parece que el Nueve tuvo un papel crucial.

Tanto José Miguel como Sebastián, tenían una relación ambivalente con el Nueve. Los dos manifiestan que les gustaba muchísimo ir pero que a la vez no soportaban las exigencias del ambiente. Para José Miguel, lo que más disfrutaba era bailar y “hacer desmadre” y, decía, eso no era tan factible en el Nueva de donde, cuenta, una vez fue expulsado él y su grupo de amigos por incomodar a otra clientela.¹¹⁷ Decía que hacían mucho ruido, brincaban con la música y llamaban mucho la atención. En el caso de Sebastián, entre su red de amigos que hizo en la ciudad de Puebla, organizaban viajes a la ciudad de México con el fin de visitar el bar. Para él no ha existido otro bar gay igual en cuanto a su buen gusto y el ambiente de diversión que generaba, sin embargo, también considera que era un sitio frívolo y que promovía estilos de vida solitarios y poco saludables. Felipe, en cambio, fue al Nueve una sola vez porque tenía una gran curiosidad por conocerlo pues en su red de amigos y conocidos, todos hablaban de él. Asistió con quien fue su primer pareja y dice que lo disfrutó. Sin embargo, no le gustaba el ambiente de bares gay porque sentía un gran terror a que llegara una de las frecuentes redadas y clausuras de los bares.¹¹⁸ A diferencia de otros bares que también abrieron dentro y fuera de la Zona Rosa, el Nueve gozó de ciertas garantías por parte del Estado que, según cuentan, clausuraba casi de forma inmediata cualquier otro bar tan

¹¹⁶ José Miguel me cuenta que funcionaba a través de una “lista de socios”, a la cual no era difícil figurar si uno lograba conocer a los contactos adecuados. En su opinión, al final, “todo mundo” podía entrar porque en el ambiente “todos” se conocían.

¹¹⁷ Refiere, en lenguaje vulgar y en este caso en particular- a comportarse de maneras que podrían ser consideradas inapropiadas.

¹¹⁸ En los documentos producidos por el activismo de la época, era común el “razzia” para referir a estas redadas.

pronto era sabido que era de ambiente gay, excepto si se trataba de las viejas cantinas del centro histórico donde persistía una ambigüedad sobre si eran o no “de ambiente”.

A principios de los 80 también abrieron otros espacios fuera de la Zona Rosa que también tienen una importante presencia en el relato de los miembros de esta generación y que también parecen haber resistido las *razzias*, según el rumor a voces, por contar con influencias con el Estado. Uno de ellos es el L'Baron, en la colonia Del Valle en inmediaciones de la Avenida de los Insurgentes, que atraviesa toda la ciudad de norte a sur y que también pasa por la Zona Rosa. José Miguel lo describe como un lugar mucho más relajado e informal que el Nueve, mucho más espacioso, donde cabían muchos más y donde era posible bailar, ligar y divertirse sin sentir la mirada inquisitiva de otros clientes. Para él, era uno de sus favoritos. En sus relatos Luis González de Alba (1998) y Juan Carlos Bautista (2010), lo califican como un espacio de mal gusto. “Un galerón espantoso, ambientado con series navideñas” (p. 223) dice el último. Es notable que en la reseña que hace Bautista sobre la vida nocturna gay de la ciudad, habla de las cantinas populares con una gran nostalgia sin calificar su buen o mal gusto. Sin embargo, al hablar del L'Baron, ubicado en una zona residencial de clases medias, el “gusto” en la decoración del lugar sí merece un comentario. Me parece que esto da cuenta de cómo se percibía la llegada a la identidad gay para esta generación bajo criterios de clase. A las cantinas del centro histórico se les exigía –y en cierta medida se les sigue exigiendo– una cierta performatividad de clase en la que el repertorio gay no tiene por qué estar presente, mientras que a otros espacios de sociabilidad heterodoxa en zonas de clases medias comienza a exigírseles un apego a los elementos identificados dentro del repertorio gay: refinamiento, buen gusto, estar “a la moda”, cuidado en los detalles, “buena música” (mezcla de música pop y, en ese entonces, disco, de Estados Unidos con éxitos locales). L'Baron parece ser un espacio que es tan ambiguo en el tránsito de la adopción de la identidad gay como el uso de las etiquetas con las que se autoidentifican los sujetos de esta generación.

El otro lugar icónico de esta generación es el Spartacus, en Ciudad Nezahualcóyotl, una urbanización popular y periférica en el nororiente de la Ciudad de México, ya en la entidad colindante: el Estado de México. Este bar continúa abierto hasta la fecha y es conocido por concentrar una clientela de clases bajas y de la zona oriente de la ciudad. También es conocido por sus espectáculos de travestis y tener entre su clientela a mujeres trans que suelen

ser o sentirse excluidas de otras sociabilidades de varones gay o lesbianas. En las entrevistas que hice, solo José Miguel y Charlie mencionaron haber ido a Spartacus. Ellos, además, hablaron de ir a otras cantinas en el centro histórico, de las que ni siquiera recuerdan sus nombres donde, decían, había un ambiente distinto. Charlie me narra de una noche en la que asistió a una de estas donde miraba a un hombre que vestía como militar, “muy masculino”, “muy chacal”, decía Charlie, cuando de pronto entró una persona ataviada como mujer, usando un delantal, tubos para enchinar el pelo y comenzó a reclamarle con gritos y aspavientos una infidelidad.¹¹⁹ Charlie dice que la mujer sería “en realidad, un hombre”. Para él, esta escena sería imposible en el Nueve y cualquiera de ese ambiente quedaría atónito con ella. José Miguel también hace un énfasis en la presencia de “militares” en estos espacios y ambos señalan, en sus términos, la idea que estos sitios representan un “ambiente real” de cómo se vive la homosexualidad en la ciudad, en contraposición a lo “pretencioso” de la identidad gay. Ambos señalan una fascinación por estos lugares al mismo tiempo que marcan una distancia de clase con ellos. Sin embargo, la clase no se limita, en este caso, solo a las condiciones materiales de los otros, sino a la manera en la que comprenden su trasgresión sexual. La lectura del relato del militar y su mujer es narrada como fuera del gusto de un nivel socioeconómico más alto tal vez porque, en sus términos, la identidad gay trae consigo la posibilidad de que dos personas del mismo género no tengan que adoptar roles de géneros contrarios para poder establecer una pareja.

Es aquí donde podría estar la marca de clase asociada al imaginario cosmopolita de la Zona Rosa y la forma tan particular de la identidad gay que se abre paso a partir de las sociabilidades ahí formadas: mientras que el hombre de clase media en contacto con los discursos de la liberación y al ambiente cosmopolita que ofrece la Zona Rosa puede disfrutar de estas sociabilidades donde su presencia es la del “hombre gay”, también puede participar en las viejas sociabilidades fuera de la Zona Rosa, donde no permean estos discursos cosmopolitas. Ahí, al contrario, puede mirar con exotismo de clase un orden de género que todavía no es alcanzado por la liberación sexual, un orden en el que dos hombres no se pueden

¹¹⁹ “Chacal” es un término exotizante muy común en la jerga de los varones gay de la ciudad de México para referir a un prototipo de hombre. Se refieren a cuerpos fuertes y musculosos, con una actitud leída como “muy masculina”, atractivos sexualmente, de piel morena y generalmente de clases populares empleados en algún trabajo manual (cargadores, albañiles, técnicos electricistas o plomeros). El prototipo puede admitir variaciones en el empleo y, en menor medida en la clase social, pero no en el color de piel y la actitud masculina.

amar más que simulando los roles femenino y masculino de forma mucho más marcada. La identidad gay, en este período, es una novedad, una imposición que llega de fuera y se territorializa donde vienen a caer los imaginarios cosmopolitas: la Zona Rosa. No es, en este momento, liberadora para todos, sino solo para quienes tienen acceso a este ambiente.

Esta misma lectura de clase relacionada con la penetración de una identidad sexual que trasgrede la presencia de roles heterosexuales en la pareja, la encontré de nuevo en el siguiente período pero ya no en el ámbito masculino, sino en el lésbico. A ella volveré más adelante. Aquí baste apuntalar el hecho de que en esta generación la apropiación de la identidad gay comienza como un proceso de clase donde aún los más expuestos a los discursos cosmopolitas, como ya mencioné, muestran algunas resistencias culturales al respecto. Y esto se refleja en sus espacios de sociabilidad: el repertorio de la identidad gay parece abrirse paso en la formación de sociabilidades en aquellas áreas de la ciudad frecuentadas por niveles socioeconómicos elevados, aunque no los más altos. En otras partes de la ciudad parecen prevalecer otras formas de organizar socialmente las trasgresiones sexuales. Esto continúa durante la siguiente generación pero disminuye sensiblemente para la tercera.

Resumiendo esta generación en términos del modelo expuesto: los puntos de sociabilidad muestran dos principales concentraciones, el centro histórico y la Zona Rosa, extendiendo un corredor por la Avenida de los Insurgentes unos 5 kms hacia el sur. Ambas concentraciones parecen mostrar una distinción en la forma de entender y organizar una identidad sexual y que, me parece, se explican por los planos imaginarios en los que se insertan. La concentración de la Zona Rosa se alimenta de los discursos y representaciones trasgresoras, pero cosmopolitas que estaban muy presentes en lo que era todavía la época de “auge” de esta área. El proceso de arribo y adopción de la identidad gay en la ciudad de México parece espacializarse en esta concentración de sociabilidades. Sin embargo, en las trayectorias de los sujetos, las líneas que entran y salen de los planos imaginarios, entre sociabilidad y sociabilidad, el tránsito parece traducirse en una incorporación crítica y a medias de la identidad gay: por una lado hay cierta fascinación con la moda, la música y el perfil de clase de las sociabilidades gay, pero también resistencia; lo “auténtico”, en cambio, lo encuentran en las sociabilidades heterodoxas que no han incorporado el repertorio gay.

5.2. Segundo período (1986-1997): VIH, dispersión de bares y consolidación de la identidad gay

En su periodización de la trayectoria del movimiento Lésbico-Gay en México, Jordi Diez (2011) señala que tras una etapa de intensa actividad, en 1984 inicia una fase de debilitamiento e introspección de la que no sale sino hasta 1997. Para él, hay una incapacidad del movimiento para definir una “identidad post-liberacionista”. Las disputas al interior del movimiento y la tensión que supuso la irrupción de la epidemia de VIH/SIDA en México dispersó al movimiento. Desde las preguntas de esta investigación relacionadas con la identidad y el espacio urbano, también parece haber un cambio en el proceso de la sociabilidad gay general en la ciudad de México más o menos por este tiempo. Y aunque la epidemia de VIH/SIDA también aparece como uno de los hitos que marcan esta transformación, por mi parte arribo a otras conclusiones. De manera central, sostengo que esta crisis funciona para consolidar la identidad gay como la forma predominante de organizar socialmente el deseo erótico y afectivo de varones por otros varones y, de hecho, también de mujeres por otras mujeres, superando -en parte- su marca de clase expresada para el período anterior y constreñida en el imaginario cosmopolita de la Zona Rosa. Al contrario, el elemento del imaginario de la Zona Rosa que parece predominar en el orden de sociabilidades en este período ya no es el del cosmopolitismo, sino el de la trasgresión.

Al arranque de este período, el marco de la sociabilidad heterodoxa en la ciudad de México recibe dos golpes simultáneos: en primer lugar es el terremoto de 1985 y, en segundo, es la epidemia de VIH/SIDA que comenzó a cobrar vidas en 1983, pero aceleró su ritmo de manera notable hacia 1986.¹²⁰ Para el año siguiente se fundó la primera organización civil relacionada con la epidemia: la Fundación Mexicana de la Lucha contra el SIDA y, por parte del gobierno el Comité Nacional para la Prevención del SIDA que pronto fue elevando rangos presupuestarios y técnicos dentro de la burocracia. He decidido tomar como punto de arranque de esta generación el año de 1986, pues considero que es pasado el choque inicial

¹²⁰ Según las estadísticas de CENSIDA, tanto en 1983 como 1984 se notificaron 6 casos, en 1985 fueron 28 y para el siguiente año ya eran 242. En cuanto a diagnóstico. (Consultado en http://www.censida.salud.gob.mx/descargas/epidemiologia/RN_DIA_MUNDIAL_2016a.pdf)

del terremoto y que fue asimilada la llegada del VIH que las formas de sociabilidad y el imaginario de la Zona Rosa fueron organizando o resintiendo reacciones. También creo que conviene revisar los posibles impactos de ambos choques por separado.

En el caso del VIH/SIDA parece haber afectado de formas distintas a quienes contaban ya con una identidad sexual relativamente socializada, es decir, a los miembros de la generación anterior, que a quienes apenas comenzaban sus primeros pasos en “el ambiente”. Aunque en este análisis pretendo enfatizar las características de ese período de socialización de la identidad sexual expresada a través de la exploración urbana de sociabilidades, es importante dar un vistazo al proceso que sufría la cohorte anterior en este período, pues influyó en algún grado en cómo la nueva cohorte construyó y afrontó su identidad ante un contexto donde se abrieron nuevos frentes de hostilidad.

Pasado 1985, José Miguel continuaba en la rutina de explorar la vida nocturna y lugares de encuentros sexuales de la ciudad de México. Sin embargo, señala, sus salidas se convertían en una especie de “velorios”: “caían como moscas... ‘¿te acuerdas de fulanita?’ Bueno, pues se murió de SIDA y así. (...) Entre los amigos nos poníamos de acuerdo para cuidar a los que ya se habían enfermado, porque luego era difícil con sus familias o nomás, por ser buenos amigos”. Le pregunté a José Miguel si esto había afectado las dinámicas de los lugares. En su experiencia, dice, era importante seguir saliendo como una manera de mantener el entusiasmo ante la adversidad. Para él, los antros y bares continuaban como si nada y lo mismo los lugares de encuentros sexuales. Para Sebastián, el impacto fue más directo. Como he dicho en el capítulo anterior, comenzó una relación (en 1989) con alguien que al poco tiempo después se le notificó ser portador de VIH. Sebastián lo acompañó hasta que desarrolló SIDA y eventualmente murió por las enfermedades asociadas cinco años después. Toda esta experiencia transformó la vida de Sebastián, alejándose de toda la oferta de sociabilidad gay, excepto aquella producida para atender la epidemia. Y, finalmente, Charlie, vive con VIH. En su caso, fue detectado a principios de la década de 1990 y su reacción fue la negación y atender la vida nocturna, gay o no, de la ciudad de México donde, dice, aumentó el consumo de alcohol y drogas. Eventualmente desarrolló SIDA y en 1999 fue hospitalizado, donde recibió la atención adecuada, consiguió recuperarse y controlar el padecimiento.

Entre quienes socializaron una identidad sexual en este período, cuento con las entrevistas de Antonio (1963), Ernesto (1969), Catalina (1969) y, en el límite, Isabel (1978) a quien incluyo pues las características de su inserción en el llamado ambiente correspondieron mejor a las de esta cohorte. El VIH/SIDA afecta primordialmente a hombres que tienen sexo con otros hombres, por lo que en el caso de Catalina e Isabel, este asunto tiene una presencia menor. En los casos tanto de Antonio como de Ernesto, la epidemia pareciera tener ya una existencia relativamente incorporada a sus vidas. Ambos conocen a portadores del virus y ambos tuvieron conocidos y queridos que en la década de los 90, murieron por las enfermedades asociadas al SIDA. Sin embargo, no parecen haberlo vivido personalmente como una emergencia y, por el contrario, encuentran una oferta de sociabilidades dispersa que la generación anterior no conoció en este período de sus vidas.

En una conversación durante el trabajo de campo con una pareja de hombres mayores de 60 años que no forman parte del conjunto de entrevistas a profundidad, me contaron que en los primeros años del VIH en México se difundían, dentro de las redes de hombres gay, algunos mitos y creencias sobre su contagio. Por ejemplo, uno de ellos me señaló que antes de la propagación del condón como método de prevención, se decía que lo más importante era no tener sexo con extranjeros, especialmente “gringos”. Sin embargo, acotaron que estas confusiones duraron poco tiempo, pues las campañas de uso del condón y la información divulgada –sobre la que hablaré más adelante- sobre la transmisión del virus fue eficaz. Es probable que tanto Antonio como Ernesto, al comenzar su etapa de exploración de sociabilidad urbana a finales de los 80 y principios de los 90, estuvieran muy expuestos a esta información.

En todo caso, una de las transformaciones simbólicas que encuentro en el ámbito de las identidades sexuales es que el término homosexual pierde centralidad en la identificación de los sujetos. Sobre esto, Xabier Lizárraga escribió en un artículo de una revista gay de variedades en 1992 lo que parece sintetizar este proceso:

“hoy homosexual vuelve a significar maldad, pecado, enfermedad y vergüenza. A través de la manipulación hecha por médicos, juristas, maestros, medios de comunicación, etc., la palabra homosexual ha perdido su perspectiva experiencial y humana, para ser transformada en un concepto técnico; ha sido medicalizada, confiscada por la ley y la moral opresora. ... Con gay no solo se dice que se prefieren compañeros sexo-eróticos del mismo sexo... se alude a un estilo de vida, a formas

múltiples de ser... el término gay no es impuesto, sino buscado y asumido; no llega de afuera, sino que parte de una conciencia, de un autorreconocimiento, de una identidad capaz de proponer cultura.” (Lizárraga, 1992, 21)

Ante la irrupción del VIH/SIDA, se produjeron discursos conservadores desde la Iglesia y otros sectores conservadores donde “homosexual” y “homosexualismo” se convirtieron en términos que, como señala Lizárraga, se medicalizaron, se estigmatizaron.¹²¹ El término gay parece haber tenido en este período y en el caso de la ciudad de México, un papel incluso más importante que para la generación anterior, pues parece que contribuía a alejarlos de estos estigmas.

Si enfatizo la observación de un período de exploración urbana como el momento de socialización de identidades sexuales es porque para los sujetos de la cohorte anterior, a pesar de también estar viviendo en este nuevo período, enfrentando nuevos retos y participando también de la oferta de sociabilidades de la ciudad, sostienen su preferencia por autodenominarse “homosexuales”. Es decir, también estando a pesar de también estar viviendo la emergencia de la epidemia y estar expuestos a discursos estigmatizantes, les prevalecen al menos estas ideas socializadas sobre su identidad sexual en el período anterior. En cambio, para esta segunda cohorte parece haber una reivindicación del término “gay”, en la que incluso, refiriendo a las palabras de Lizárraga, buscan desaparecer la idea de que es una imposición extranjera o burguesa y, al contrario, se presenta como una liberación que aunque se asocia a un estilo de vida, también “propone cultura”. Por la lectura de diferentes crónicas y relatos informales y conversaciones en campo, me parece que es a partir de esta generación que se populariza llamarle “gay” a todas las formas de sociabilidad de la heterodoxia sexual, sin importar la performatividad de clase social e incluso de género. Es decir, los espacios gay, en este período, son todo lo relativo a trasgresiones sexuales y de género con excepción, tal vez, de algunos espacios lésbicos que mantenían la reivindicación de este término.¹²²

¹²¹ En publicaciones como la citada revista *Del otro lado*, 41 *Soñar Fantasmas*, *Macho Tips* o *Hermes*, se encuentran numerosos artículos que narran las disputas entre el activismo y los medios de comunicación, especialmente la principal televisora del país que, en este tiempo tenían una presencia hegemónica y alineada al Estado, por la cobertura, representación y discursos sobre VIH y la estigmatización de la población homosexual.

¹²² Aunque el término “de ambiente” parece prevalecer igualmente en esta generación para referirlos.

Cuando pregunté a Isabel cómo nombraba su identidad sexual, me dijo que para ella era indistinto el término “lesbiana” o “gay”. Catalina, aunque actualmente establece una distinción entre su deseo erótico que califica como “bisexual” y el afectivo donde se llama a sí “lesbiana”, me comentó que el término “gay” nunca le gustó para sí misma pues lo sentía asociado predominantemente a varones. Sin embargo, también me dijo que en este período, era común que ella misma nombrara a los bares y espacios a los que asistía como “gay”, aunque fueran de presencia mayoritaria de mujeres. Me parece que si observamos la trayectoria de las identidades sexuales no desde el activismo, sino desde la sociabilidad urbana y sus imaginarios, en este período parece haber tenido una mayor penetración y difusión la identidad gay como, entre otras cosas, una forma de enfrentar los discursos estigmatizantes no solo contra la homosexualidad masculina, sino contra todo el conjunto de las trasgresiones sexuales.

En cuanto al impacto del terremoto de 1985, en términos de esta investigación, lo observo en la evolución del imaginario de la Zona Rosa y la distribución de sociabilidades. El cosmopolitismo y la nostalgia parece haber cedido un tiempo frente a las ideas de trasgresión y decadencia. Como he mencionado en otros puntos de esta investigación, para muchos habitantes de la ciudad de México, la decadencia de la Zona Rosa comenzó con la apertura de la línea del metro en 1969. A lo largo de la década de los 70 y principios de los 80, sin embargo, es posible dar cuenta todavía de una intensa actividad de restaurantes, cafés, boutiques, galerías, centros nocturnos y de espectáculos. Esta actividad parece haber disminuido tras el terremoto.

Dentro del perímetro de la Zona Rosa y solo con respecto a otras partes de la ciudad, no fueron notables los daños del sismo excepto por el colapso del Hotel Continental sobre el Paseo de la Reforma y la calle de Roma. En los relatos cosmopolitas de la Zona Rosa de los 60, este hotel era afamado por haber hospedado a la actriz Marilyn Monroe.¹²³ En las colonias vecinas, particularmente la Roma, pero también a lo largo del Paseo de la Reforma, colapsaron algunas torres y también en el centro histórico los daños fueron considerables. Esto parece haber deprimido y dispersado parte de la actividad en la zona central de la ciudad de México. En lo que compete a esta investigación, tomo el dato ya referido a través de la

¹²³Incluso hizo una sesión de fotografías donde aparece el logo del hotel. Estas están disponibles en la siguiente liga: <https://youtu.be/If743BgkIok>

oferta de vida nocturna anunciada en la revista *Tiempo Libre*: mientras que un número previo al terremoto concentraba cerca del 30% de todos sus anuncios en espacios de la Zona Rosa y su perímetro más inmediato, para un número de un año posterior al terremoto, esta concentración caía al 7%. Las representaciones de una Zona Rosa decadente pudieron tener un correlato, al menos, en la actividad.

En una plática que ofreció Henri Donnadieu, el empresario socio del bar Nueve, señaló que para él, la decadencia de la Zona Rosa no ocurrió a raíz del terremoto, pues en su memoria tampoco recuerda derrumbes o daños importantes en el perímetro, sino con el cierre de su bar en 1989.¹²⁴ Aunque es comprensible esta marca personal en su memoria, el mismo cierre del Nueve, aunque resistió algunos años posteriores al terremoto, se enmarca en un prolongado entorno de clausuras y mudanzas de restaurantes, bares y centros nocturnos tras 1985.

La Zona Rosa perdió centralidad como foco de la vida nocturna de la ciudad y, en apariencia, también como epicentro de la identidad gay. Esto parece cierto si en vez de adoptar un enfoque amplio de sociabilidades urbanas como el que describí en el capítulo 2 de esta investigación, privilegiamos la mirada solo en el bar gay. Este enfoque es el que presenta Rodrigo Laguarda en su trabajo sobre la calle de Amberes (2011), donde su relato de la formación de esta calle de la Zona Rosa como un núcleo de sociabilidad gay a principios de la década de 2000 aparece como algo fortuito, desvinculado del imaginario de la Zona Rosa como territorio de la heterodoxia sexual. Incluso él habla de una “gay street”, es decir, del fenómeno espacial como limitado solo a una calle. Menciona como antecedente que en la década de los 1970 era una zona frecuentada por varones gay, como él mismo dio cuenta en su investigación anterior, pero encuentra continuidad alguna entre esto y la formación en Amberes, a quien atribuye una acción meramente empresarial.

Algo similar hace David Román Islas (2013) que, al ampliar la mirada fuera de la calle de Amberes para abarcar toda la Zona Rosa, encuentra una acción empresarial creando un territorio “queer” unos pocos años antes que lo que menciona Laguarda, pero no lo integra a un relato temporal más amplio, sino que lo circunscribe a la literatura académica del barrio

¹²⁴ La plática la ofreció en la librería Voces en Tinta, en la Zona Rosa, el 23 de marzo de 2018 con el fin de narrar “la historia” de la Zona Rosa.

gay comercial. Mi impresión es que la depresión empresarial en la zona y la dispersión de la vida nocturna posterior al terremoto pareciera dar una sensación de interrupción en la construcción de la Zona Rosa como territorio de la heterodoxia sexual. Sin embargo, al consultar con los entrevistados e informantes de campo, en cambio, sí es posible ver que la Zona Rosa mantiene para los sujetos de esta cohorte una presencia importante en el relato biográfico de su exploración urbana, solo que, salvo excepciones que mencionaré más adelante, había que mirar sociabilidades no basadas en el bar, sino en el gusto por caminar en sus calles, ligar en la Glorieta de Insurgentes o en algunos de sus cafés y restaurantes o, como decía Ernesto: dar la “putivuelta”.

Antonio llegó a la ciudad de México a los 26 años, proveniente de Chihuahua en 1989. Aunque ya se había descubierto a sí mismo el deseo por otros varones y había tenido algunas experiencias, en su ciudad natal no había comenzado a vivir una identidad reconocible como tal y, de hecho, buscaba convertirse en sacerdote. Al llegar a México, vino con la expectativa de explorar su sexualidad. No “le tocó”, dice, el Nueve, pues llegó justo cuando su cierre. Sin embargo, me contó que por referencias de amigos y familiares en Chihuahua, sabía que la Zona Rosa era un espacio “muy gay”. Y, por tanto, al principio, solía caminar por sus calles buscando bares, tiendas y otros espacios donde conocer a otros hombres gay y, al parecer, eso no fue un problema. Pronto dio con uno el bar más icónico para los varones dentro del perímetro de la Zona Rosa para este período: el Taller, al cual volveré más adelante. A partir de ahí, estableció una red de amigos, parejas y continuó con el período de exploración de la oferta de sociabilidades de la ciudad de México que, para esta generación, había crecido notablemente en cuanto a la apertura de bares y antros, que estaban distribuidos por la ciudad. Acudir a la Zona Rosa, como entramado de calles y espacios, con la expectativa de encontrar sociabilidad gay, forma parte de las estrategias de Antonio tan pronto llegó a la ciudad de México y como punto de partida para socializar su identidad.

Por su parte, Ernesto comenzó a explorar las sociabilidades gay fuera de México. Lo hizo en ciudades europeas a finales de la década de 1980. Sin embargo, al volver a México, ya “fuera del clóset”, comenzó a vivir el período de exploración de toda la oferta de sociabilidad. Ernesto me nombró numerosos bares dispersos por toda la ciudad para prácticamente toda la década de 1990, con cierta imprecisiones temporales. El Kagba en Ciudad Satélite, el Bugambilias en la colonia Narvarte, el Penélope en la colonia San Rafael, el 14 en el centro

histórico, la Dolce Vite en la colonia Roma y hasta el Spartacus de Ciudad Nezahualcóyotl ya descrito, entre otros.¹²⁵ En algunos casos no pudo nombrarlos todos. Y, por supuesto, también incluyó algunos que estaban en la Zona Rosa o en su área más inmediata: el Taller, el Anyway y otros que no pudo recordar. La centralidad de la Zona Rosa en el relato de Ernesto es que mientras que los otros espacios se limitan a antros o bares, desligados de la colonia o barrio donde están localizados –salvo en el caso de Spartacus, donde su posición periférica genera una apreciación de exotismo de clase tanto en el relato de Ernesto como de otros profesionistas cuando se refieren a él- en los términos descritos en el capítulo 2, la Zona Rosa era un espacio amplio al que le gustaba asistir solo por ser gay. Como mencioné en el capítulo 4, Ernesto iba con sus amigos a lo largo de la década de los 90 para pasear en las calles de la Zona Rosa, tomar café, entrar a sus restaurantes y tiendas y esto hacerlo por el simple hecho de ser gays e interactuar con otros gays.

La sociabilidad del ligue callejero que fue tan importante en el período anterior, no se había extinguido para éste, solo había tomado un papel menos principal en la socialización de una identidad gay. Al parecer, para la década de los 90, el largo perímetro que los sujetos de la cohorte anterior describían como zona de ligue en las calles, se había reducido a las calles de la Zona Rosa. Ernesto me describió lo que él y sus amigos llamaban la “putivuelta” en un circuito de calles de la Zona Rosa y el Paseo de la Reforma para ligar, conocer a otros hombres o incluso contratar sexo. La creciente y numerosa vida de bares y antros gay que los sujetos del período anterior no conocieron, o no en ese formato más adecuado al canon estadounidense de la identidad gay, estaba dispersa por toda la ciudad, pero la Zona Rosa mantenía un entramado más complejo de sociabilidad donde la idea que era una “zona de tolerancia”, funcionaba para que hombres y mujeres de esta generación quisieran acudir a este territorio.

Isabel y Catalina representan, cada una, un camino distinto en la forma con la que socializaron una identidad lésbica. Como mencioné para el caso de cada una en el capítulo anterior, Isabel comenzó este proceso de exploración urbana al asistir a una organización

¹²⁵ Ciudad Nezahualcóyotl es una urbanización, entonces periférica, al norponiente de la ciudad de México ya en otra entidad, el Estado de México, creada en la década de 1950 y principalmente de carácter residencial para familias de clases medias emergentes.

Todos las demás colonias mencionadas forman parte de un amplio perímetro de las zonas centrales de la ciudad.

llamada el Closet de Sor Juana –fuera de la Zona Rosa- y Catalina a un espacio llamado Cuarto Creciente, en el centro histórico. El primero buscaba dar atención especializada y reunir a mujeres que deseaban erótica y afectivamente a otras mujeres, el segundo funcionaba, además del esparcimiento, como un club feminista. Sin embargo, en el caso de ambas, fue ahí donde encontraron a su primera red de mujeres y a través de ellas se vincularon a otros espacios de sociabilidad tanto específicamente lésbicos como gay, en general. Isabel, por ejemplo, fue al Anyway, en la Zona Rosa. A Catalina “la llevaron” al Kagba, en Satélite. Y así comenzaron ambas a formar una red de contactos y afectos. Lo que debo subrayar es que en su caso, ninguna de las dos había escuchado previamente que la Zona Rosa fuera un espacio de sociabilidad lésbica o gay. Para Isabel fue una sorpresa y decidió vincularse mucho más a la oferta de bares de la Zona Rosa en un período que más bien coincide con el de la siguiente cohorte. Para Catalina, en cambio, la Zona Rosa fue irrelevante a pesar de que uno de sus espacios favoritos (El Don) para este período se encontraba en el perímetro inmediato a la Zona Rosa. En esta etapa que los bares y antros se dispersaron por la ciudad, tras el cierre del Nueve, la Zona Rosa solo tuvo propiamente un bar icónico y que estaba enfocado a una clientela masculina. Y, como he descrito, la sociabilidad gay en la calle y en el espacio público es también masculina. Tal vez sea posible decir que para esta generación, la Zona Rosa representaba un territorio gay más apropiado por los varones que para otras identidades sexuales.

La creciente oferta de espacios comerciales de la ciudad, menos sujetos a razzias y clausuras, requería una difusión adecuada para captar clientelas. Esta generación fue la primera que conoció medios de difusión asequibles en puestos de revistas y no solo con fines de propaganda del movimiento político, sino también de entretenimiento, sociales y, sobre todo, información sobre prevención, tratamientos y avances en la lucha contra el VIH. *Macho Tips*, *Hermes*, *Del otro lado*, *Boys & Toys* y otras, se encuentran dentro de los nombres de estas revistas, todas principalmente enfocadas a hombres gay, pero en algunos casos con una pequeña sección o suplemento dedicado a mujeres. *Macho Tips* fue la primera de ellas y comenzó su publicación en 1987, consiguiendo el permiso de distribución comercial. El cambio en la actitud del Estado es notable, pues estas revistas solían contener (especialmente *Del otro lado*) fotografías de uno o más hombres desnudos sin que ello implicara una censura. Pero, además, estas revistas contaban con una guía de lugares que, dependiendo la

publicación, incluían no solo antros y bares, sino también lugares de encuentros sexuales para varones y publicidad sobre otros servicios y puntos de interés para la sociedad. En campo, encontré a varias personas que dijeron que no era fácil acudir a los puestos de periódicos y solicitar alguna de estas revistas, pues algunas tenían títulos y portadas que aludían a trasgresiones sexuales. Por esa razón, fue también importante que la revista *Tiempo Libre*, con ediciones quincenales impresas, con una guía de entretenimiento y espectáculos en la ciudad de México, incluyera, a partir de 1987, una sección “Lésbico-gay”. En ella venían las direcciones y horarios de algunos de los bares y antros más conocidos. En campo, encontré a algunos hombres y también mujeres, mayores de 35 años, que dijeron que la consulta de *Tiempo Libre* había sido una de sus primeras y más importantes formas de conocer de lugares antes de establecer sus redes de amigos y conocidos en *el ambiente*. Esto, de hecho, persistió para la siguiente generación.

Entre los espacios icónicos que tienen un lugar especial en la memoria de los entrevistados varones y que también lo encontré mencionado en campo frecuentemente está el Taller. Este sitio, en algunos sentidos, es un buen representante de esta generación en la Zona Rosa. Abrió sus puertas en 1986 por el escritor, activista y divulgador Luis González de Alba quien además había abierto ya una tienda especializada para hombres gay y un bar hacia el sur, La Cantina del Vaquero, a unos pasos de donde se encontraba el ya mencionado L’Baron. Tanto el Taller como su Cantina del Vaquero, pedían una clientela masculinizada, especialmente el segundo. Como el propio González de Alba relata (2006), en la entrada del Vaquero tenían un letrero que pedía a la concurrencia vestir solo pantalones de mezclilla y no usar lociones para ajustarse a un estilo de masculinidad con rasgos populares y considerados como muy varoniles. Retóricamente pedían una clientela distinta a la del Nueve donde la crítica, como ya he mencionado, era a una exigencia implícita de “estar a la moda”, de “ver y ser visto”. El Taller llegó a sufrir clausuras por, presuntamente, no permitir la entrada de mujeres. En cualquier caso, lo que creo que vale la pena apuntar sobre esto es que si el Nueve -y tal vez desde antes, el Safari- era un espacio que exigía de sus clientelas una forma distinta de presentar una identidad trasgresora que, por ejemplo, la que se observaba en el circuito de cantinas del centro histórico, el Taller irrumpió con otra nueva forma de entender lo “gay”. En este caso, en vez de mostrar refinamiento de clase social y “buen gusto” a partir de las selecciones de ropa y otros accesorios, se trataba de mostrar una actitud muy masculina,

importando menos la clase social, pero conservando el cosmopolitismo. Es decir, en el Taller no se buscaba mostrar la idea un *macho mexicano*, sino, en palabras de Luis González de Alba, la que se veía en los bares de San Francisco: la ideal de un vaquero, pero al estilo *cowboy*; en suma, un estilo de masculinidad gay no afeminada.

En este período la oferta de sociabilidades asociadas a la identidad gay comienza una diversificación de espacios y de elementos identitarios para representar y mostrar en ellos. También comienza una separación más explícita dentro de los ambientes de los propios bares y antros. Catalina cuenta que el Kagba lucía como cualquier otro antro para una clase social acomodada, al que asistían hombres y mujeres y, tal vez como Martre (1970) contaba sobre el antiguo Safari de la Zona Rosa, *naturalmente* se separaban en grupos los varones y las mujeres. Sin embargo, el Anyway, en las inmediaciones de la Zona Rosa y que es recordado de manera especial por todos los entrevistados: Catalina, Ernesto, Antonio e Isabel, separaba físicamente un espacio de hombres gay, de uno de lesbianas de uno mixto a partir de los niveles del edificio que albergaba el antro.

En suma, colocando este período en términos del marco analítico de esta investigación por esta investigación: los puntos de sociabilidad, en general, parecen haber estado mucho más permeados por la identidad gay que a su vez se asumía como reactiva a estigmatizaciones sobre el término de “homosexualidad” como una población “enferma” por el VIH. Sobre estos espacios de sociabilidad, creció una oferta más estable y menos ambigua de los bares y antros gay, en los que comenzó una diferenciación sobre sus clientelas y que se distribuyó por amplias zonas de la ciudad, aunque con una mayor concentración en sus zonas centrales. La Zona Rosa no concentró de forma particular estos bares y antros, pero sí mantuvo sus calles, cafés, restaurantes y tiendas como puntos de sociabilidad de las trasgresiones sexuales, especialmente las de hombres gay. El imaginario sobre la Zona Rosa sufrió una transformación, privilegiando al idea de su decadencia y sus trasgresiones. En consecuencia, en las trayectorias de los sujetos que socializaban una identidad gay en este período, acudir a la Zona Rosa tenía una vinculación más directa con el hecho de ser gays, lesbianas o trans, que por el cosmopolitismo de la Zona Rosa. En mi lectura, esto a su vez significó que la identidad gay perdiera una adscripción rígida de clase asociada a la posibilidad de vincularse a tendencias y modas estadounidenses. Al contrario, al enmarcarse esta identidad gay en un territorio imaginado como decadente, habría la posibilidad de dar inclusión a nuevas formas

creativas de transformar y adoptar el repertorio identitario gay, pero tomando sus aspectos liberadores asociados al movimiento político del período anterior.

5.3. Tercer período (1998-2009): la construcción de una cultura gay hegemónica y una Zona Rosa política

La separación entre una y otra cohorte, en este caso, tiene que ver con varios factores que, en conjunto, implican una mayor visibilidad de las identidades sexuales en la esfera pública tanto en la arena del Estado como en los medios de comunicación y, sobre todo, en el mercado. Con todo, esta cohorte en la ciudad de México vivió la construcción de un nuevo referente consolidado, visible y relativamente asimilado a la cultura dominante de la identidad gay. En términos de Erik Swyngedouw (2014), en este período comienza un más decidido proceso de incorporación de toda la expresión trasgresora de “lo político” en las identidades sexuales como posiciones heterodoxas a las normas de género a la “política formal”, es decir, a la regulación por instituciones no solo del Estado sino también del mercado. Esta incorporación puede ser descrita, siguiendo a Swyngedouw como un proceso de despolitización que, en este caso, desactiva alguna parte de los movimientos de derechos y civiles y dejando las identidades sexuales como meras expresiones de consumo con cabida en los mercados formales. Esta posición es consistente con lo que David Harvey (2007) apuntaba sobre las conquistas de las minorías en la fase actual del capitalismo: en el afán del mercado de pulverizar sus ofertas cada vez más especializadas y llegar a más segmentos de consumidores, se han conquistado derechos y visibilidad a algunos abyectos y marginados con tal de obtener rentas de ellos. Dice Harvey que sería acaso un colateral positivo del desarrollo de esta fase del capitalismo.

En todo caso, este período coincide más o menos con el periodo de observación de otras investigaciones anteriormente citadas como la de Laguarda (2011) o Islas (2013), que se enfocan también en la oferta de sociabilidad de la Zona Rosa y la encuentran particularmente liderada por el sector empresarial. En este período, el imaginario sobre la Zona Rosa como un espacio cosmopolita vuelve a imponerse sobre la idea de trasgresión y decadencia del período anterior para un fin doble: (1) acrecentar el número de consumidores en una creciente oferta de bares que comienzan a diversificar sus clientelas y precios buscando atraer a más

jóvenes o personas con menos recursos, (2) servir de territorio simbólico de una reactivación del movimiento político LGBTI como lo describe el citado trabajo de Jordi Diez. Ambos procesos van de la mano. Mi argumento es que este período consiste en el proceso más intenso y decidido de esta incorporación o cooptación de al menos la identidad gay –a diferencia de otras identidades sexuales cuyo proceso describe una trayectoria similar pero no necesariamente simultánea- a la política formal, lo que en términos aparentes luce como una mayor politización no solo de esta identidad en el contexto del a Ciudad de México, sino también del propio espacio de la Zona Rosa. Sin embargo, como describiré a lo largo de éste y el siguiente apartado, se trató de una politización –normalización o formalización política y económica- que no era más que una fase de un proceso que conducía inevitablemente a una despoltización de todo el movimiento en términos de lo que describe Swyngedouw. El siguiente período al que aquí detallaré, arranca, justamente, cuando esta despoltización ha quedado consolidada. Llamo a este período una “Zona Rosa política” porque en términos de este geógrafo eso es precisamente lo que ocurre: un fenómeno de *lo político* –una trasgresión sexual en forma de disidencia al orden de género- se adhiere a *la política* –como regulación formal del Estado y el mercado-.

En estos términos, los hitos marcadores de este período son dos: uno en el ámbito del Estado y otro en el del mercado. En el primero, me refiero a la llegada del primer gobierno elegido por voto directo en la Ciudad de México y, en especial, habiendo obtenido la izquierda la victoria.¹²⁶ Desde la izquierda, que ha continuado ganando elecciones desde 1997, se ha impulsado una agenda progresista de derechos civiles y políticos antes que en otras partes del país y, de hecho, más avanzada que en cualquier otra entidad hasta la fecha.¹²⁷ La

¹²⁶ Los gobernantes del Distrito Federal, territorio capital del país y que desde una reforma de 2016 recibe el nombre de “Ciudad de México”, eran asignados por el Presidente de la República. Eran denominados “regentes”. Sin embargo, dentro de un conjunto de reformas políticas en la década de los 90, se permitió que a partir de 1997, los habitantes de la demarcación pudieran votar su gobernante general, denominado “Jefe de Gobierno”. Ese año se eligió a Cuauhtémoc Cárdenas, principal líder de izquierda del país en ese entonces, con el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Cárdenas, hijo del ex presidente Lázaro Cárdenas, había sido candidato presidencial en 1988, encabezando una coalición de izquierda que reunía agrupaciones y partidos socialistas y una escisión del partido gobernante, el PRI, de la que él mismo formaba parte. Tras la victoria de Cárdenas en el Distrito Federal para un breve gobierno de 3 años, en la capital del país ha vuelto a ganar el PRD con la administración de Andrés Manuel López Obrador (2000-2006), Marcelo Ebrard (2006-2012) y Miguel Ángel Mancera (2012-2018).

¹²⁷ Entendiendo como avance en estas agendas no solo el derecho igualitario al matrimonio que, por una jurisprudencia ya es legal en todo el país, sino también, por ejemplo, al derecho a la interrupción legal del embarazo por decisión personal.

discusión y los avances sobre uniones civiles entre personas del mismo sexo comenzó en la esfera legislativa local en 2001 bajo la figura de sociedades de convivencia, hasta culminar en 2009 con la aprobación del matrimonio civil con derecho a adopción en la Ciudad de México. Por otro lado, ante los avances en los tratamientos, los temas de VIH/SIDA, sin disminuir las campañas de prevención, sí perdieron presencia en los medios de comunicación en general como un asunto primordial de la comunidad. A su vez, surgieron nuevos referentes mediáticos especializados que brindaron una imagen de *normalización* (asimilación a la cultura dominante) de, al menos, ciertos aspectos y formas de asumir la identidad gay. Las herramientas de comunicación para crear redes y contactos se multiplicaron con una mayor penetración y sofisticación de internet y plataformas electrónicas.

En términos de mercado, aunque prevaleció la dispersión de bares y antros gay en diferentes puntos de la ciudad, comenzó una nueva concentración de ellos en la Zona Rosa. Mientras que el Taller y el Anyway permanecían abiertos, tomo como marcador de arranque de esta generación que el actor y empresario, Tito Vasconcelos, abrió en 1998 en la Zona Rosa un sitio llamado Cabaré-Tito y que muy pronto se convirtió en un sitio icónico para esta generación. Con el tiempo, abrió más sedes del Cabaré-Tito, todos en la Zona Rosa, llegando a tener simultáneamente cuatro bares en los que, con distinta decoración y nombres, buscaba atraer clientelas especializadas de varones, mujeres o ambientes mixtos. Algunos años después, en 2004, él y otros empresarios se asociaron para abrir una serie de bares, antros, tienda de chucherías y hasta cafetería, en las calles de Amberes y Estrasburgo, lo que consolidó la Zona Rosa como un foco de concentración de una oferta diversa de sociabilidades gay y lésbicas.

Para el final de este período, el propio gobierno abrió oficinas de atención especializada a gays, lesbianas, bisexuales y personas trans, como la Unidad Especializada para la Comunidad LGBTTTI de la Procuraduría General de Justicia de la Ciudad de México. La hostilidad del Estado hacia las empresas gay pareció haber desaparecido, salvo algunos casos como las clausuras de bares ocurridas en el año 2001 y que, Luis González de Alba y Tito Vasconcelos, en tanto empresarios, atribuyeron a la homofobia de la delegada de la demarcación Cuauhtémoc, Dolores Padierna (Proceso, 2001). El proceso de cooptación habría llegado a una nueva etapa que, como apuntaré más adelante, tuvo un claro correlato en los tres elementos del marco analítico.

Para esta cohorte, cuento con el mayor número (ocho) de entrevistas tanto a varones, como mujeres y una persona trans, que comenzaron su período de exploración de sociabilidades en esta etapa y a quienes presenté en el capítulo anterior. Personalmente, también debo señalar que es en este mismo período en el que yo también socialicé una identidad gay en la ciudad de México. A pesar de que algunos de los lugares icónicos de esta generación podían estar en otras partes de la ciudad, la centralidad de la Zona Rosa es ineludible en la vida de todos. En el capítulo anterior conté la historia de Benigno, quien a finales de los 90 organizaba viajes con amigos suyos que contactaba a través de chats de internet, para asistir a la Zona Rosa por un fin de semana, proveniente de su natal Tampico. Para esta generación, el Cabaretito es el primer bar gay que visitan en sus vidas tanto Benigno, Héctor y Edgar. Los Cabaretitos son espacios icónicos para esta generación, especialmente para los que comenzaron su período de exploración urbana al inicio de ésta y quienes no pertenecían a los estratos más altos de la sociedad.

Para los otros sujetos entrevistados que ya no forman parte de esta cohorte, recuerdan con particular nostalgia un espacio llamado Box que funcionaba al inicio de este período y que puede caracterizarse aún en la lógica de bares y antros de la cohorte anterior. “Yo creo que el Box fue nuestro ‘Nueve’”, me dijo Edgar en la entrevista. Rigel, quien comenzó a salir a bares y antros en 2004 me dijo: “todos me hablaban tanto del Box, ‘ay, que no te tocó el Box’, ‘oye, ¿pero sí alcanzaste a conocer el Box?’ que empecé a decir que yo era un gay post Box”. Por el relato de los entrevistados de esta generación, supe que el Box comenzó con un espacio en la colonia Juárez, en la parte oriente que no es considerada como Zona Rosa. Sin embargo, luego se mudó al norte de la colonia Polanco, donde tuvo un espacio muy amplio. Édgar me cuenta que el Box no era barato y que, cuando él comenzó a ir, era estudiante y no tenía mucho dinero, por lo que iba lo más temprano posible, cuando ofrecían el cover a un precio más barato y su estrategia era ligar con hombres mayores que le invitaran una cerveza. “¿Ubicas al que le llamaban el “lobo feroz”? ¿Un señor como de 50 que se la pasaba en el Box y en todos los antros buscando chichifos y chavitos? Bueno, yo fui uno de esos chavitos”.

Tras el Box llegó otro antro que también fue icónico para esta cohorte: el Living. Primero comenzó ocupando una casona en la colonia Roma, la misma que había sido empleada ya como antro por Jaime Vite, otro personaje icónico de los tiempos del Nueve por sus espectáculos drag y travesti que hacía junto con otros personajes como *la Xóchitl* y Tito

Vasconcelos.¹²⁸ El Living se mudó a una mansión neogótica de la década de 1920 en el Paseo de la Reforma, cerca de la entrada del Bosque de Chapultepec. Era prácticamente en la Zona Rosa, por lo que no era raro, según el relato de Rigel, de Jerónimo y de Édgar, en una misma noche caminar entre los bares de la calle de Amberes y el Living, para revisar cuál tendría el mejor ambiente. El Living, como el Box, no era barato. Sin embargo, ninguno de los dos tenía cadenero. En ambos los clientes formaban una línea y esperaban su turno para lograr el acceso. El único privilegio que ocurría en esos casos es que, de ser conocido por alguno de los publirrelacionistas de los bares, no se cobraba el acceso.

El Living era un antro que se caracterizaba, en la memoria de sus clientes, por el buen gusto de su decoración, aprovechando el escenario de la arquitectura de la casa que ocupaba y, además, por su separación de ambientes que, según cuentan, también ocurría en el Box. El Living tenía un área de música electrónica, donde predominaban los hombres que bailaban esta música. Algunos de ellos, quienes tenían el cuerpo más atlético, se quitaban la camisa mientras continuaban bailando, mientras había un complejo juego de luces sobre la pista. Era de “circuiteras”, decía Isabel, aludiendo a un estereotipo del ambiente gay que refiere a los hombres que buscan asistir a un tipo de fiestas organizadas globalmente llamado “Circuit”. Las “circuiteras”, dicho en femenino de forma despectiva, son hombres que tienden a tener cuerpos muy atléticos, gustar la música electrónica, prototípicamente tomar metanfetaminas y tener grupos de amigos donde todos comparten estos mismos caracteres.

Separado a través de vidrios aislantes, otra área de la casa tenía música pop en español. En este caso prevalecía un ambiente más mixto donde, si bien los hombres podían ser mayoría, también había muchas mujeres. En el área pop, como en la electrónica, la mayor parte de los clientes bailaban, y era menos frecuente encontrar a alguien sin camisa. En ambos espacios, tanto el electrónico, como el pop, resultaba muy difícil sostener una conversación, pues el volumen de la música era muy elevado. Finalmente, en la planta alta de la casa y también

¹²⁸ En los tres casos, Jaime Vite, la Xóchitl y el ya mencionado Tito Vasconcelos, se trata de personajes célebres de la escena nocturna gay, travesti y trans. Xóchitl se presentaba siempre vestida de mujer y, recientemente es reconocida como una mujer trans en algunas crónicas y reseñas. Fue particularmente conocida en la escena de la década de los 80. En el caso de Jaime Vite y Tito Vasconcelos se trata de hombres gays que hacían –en el caso de Tito, continúa- espectáculos travesti o drag. Jaime Vite ya era conocido en los 80, pero fue particularmente notable en los 90. Tito Vasconcelos, aunque cuenta con una larga trayectoria que comenzó en la década de 1970, se vuelve especialmente conocido en la escena gay a partir de sus Cabaretitos que continúan abiertos hasta la fecha.

separado con puertas y vidrios aislantes, la casa contaba con un bar con terraza donde era posible sostener conversaciones.

En la Zona Rosa, y siendo muy similar al ambiente y tipo de antro que era el Living y el Box, uno de los espacios más icónicos para esta generación era el Lipstick, ocupando una casa de estilo funcionalista en la esquina de Reforma y Amberes. El Lipstick también tenía un precio elevado de *cover* y separaba ambientes en pop y en electrónico. Su decoración también podría ser considerada sobria, con colores neutros, poca iluminación tendiente al rojo y al ámbar. La diferencia más importante es que el Lipstick no tenía un volumen de música tan elevado, por lo que aunque era común que los asistentes bailaran, también eran frecuentes las conversaciones. No había un ambiente de “circuiteras”, sino más bien “fresa”, en el que, aunque predominaba la clientela masculina, también había un alto porcentaje de mujeres entre sus clientes. De hecho, la noche de los jueves, el Lipstick buscaba ser predominantemente lésbica, con espectáculos de baile erótico –sin desnudo total- de mujeres, mientras que los fines de semana, este espectáculo lo hacían hombres.

Lipstick y otros bares que abrieron en la calle de Amberes tenían precios elevados. Sin embargo, al mismo tiempo y junto con los Cabaretitos, creció una oferta de otros bares y antros que no cobraban *cover* y que el precio de sus bebidas era más barato. A pesar de la presencia de otros antros, bares y cantinas, en otras partes de la ciudad, la Zona Rosa tenía una oferta para diferentes niveles de ingreso, edades y para varias identidades sexuales.

Como narré en el capítulo 2, Jerónimo, uno de los entrevistados que socializó una identidad gay en este periodo, señalaba que la Zona Rosa de este tiempo no tenía sociabilidades sexuales. No había lugares de encuentro, sex clubs, baños de vapor e incluso cuartos oscuros en sus bares.¹²⁹ Lo cierto es que en los alrededores del núcleo de la Zona Rosa, existían o existen hasta la fecha algunos como La Casita o, en su tiempo, hubo uno llamado Fuck en Paseo de la Reforma. En este tiempo, también mantenía sus puertas abiertas El Taller, que si bien a nivel de calle era un bar convencional, por el baño era posible bajar una escalera a un sótano donde proyectaban películas pornográficas y funcionaba como cuarto oscuro. También en este tiempo abrieron sus puertas algunas sex-shops que tenían cabinas donde

¹²⁹ Con excepción de uno en el bar llamado Boy Bar, en la calle de Amberes, aunque esto ocurrió ya en la etapa final de lo que marco como esta generación.

podían ocurrir los encuentros sexuales. Lo que me resulta revelador de lo dicho por Jerónimo no es si existían o no estas sociabilidades en la Zona, sino su percepción de esto y su relación con la Zona Rosa de su tiempo. En la entrevista me decía que la Zona Rosa le parecía un ambiente más “bonito”, mientras que las otras sociabilidades le resultan “sórdidas” y “oscuras”. Sin embargo, la clave de lo que creo que ocurre en esta generación, la tomo cuando dice que le parecía que lo que ocurría en la Zona Rosa era, de alguna manera, más “público”, había una mayor atención o “conciencia” por parte de la ciudad a lo que ocurría en la Zona Rosa relativo a la heterodoxia sexual, que fuera de ella, por lo que no era apropiada la presencia de sociabilidades sexuales que “mancharan” lo que se estaba visibilizando.

En un contexto de menor hostigamiento por parte del Estado, la Zona Rosa, como sitio de concentración parece espacializar la identidad gay que está en disputa en este período: la que engloba y concentra la agenda política de visibilidad y respeto a las expresiones heterodoxas de la diversidad sexual en la lucha por derechos civiles. Retóricamente se habla del colectivo LGBTTTI (Lésbico, Gay, Bisexual, Travesti, Transgénero, Transexual e Intersexual) aunque la vanguardia de las reivindicaciones jurídicas y políticas se enfocaron, en este período, al derecho al matrimonio civil con derecho a adopción. La Zona Rosa, para esta generación, es el sitio de la ciudad que representa espacialmente estas luchas. Tal vez Jerónimo tiene razón en el sentido de que esta generación contó con una visibilidad y una presencia en lo público mucho más privilegiada que las anteriores y, dada la centralidad de la agenda que impulsaban, posiciones más trasgresoras a la moral de la época, relacionadas con las prácticas sexuales, podrían echar para atrás los esfuerzos, podrían devolver la primacía que tenía en lo público el tema de las enfermedades de transmisión sexual que los sectores más conservadores asociaban a una “promiscuidad”. Para él, esta posición tiene un correlato entre el tipo de sociabilidades –o la forma en la que él las percibe- que se desarrollan en la Zona Rosa y las que ocurren fuera de ésta.

Esta cohorte, como he dicho, contó además con una nueva camada de productos mediáticos y referentes culturales sobre la construcción de una identidad gay. Aunque algunas de estas solo estaban disponibles para quienes contaban con televisión de paga, las series estadounidenses *Will&Grace* y *Queer as Folk* son de particular importancia en la producción de estereotipos e ideales, ambos de forma distinta. *Will&Grace* (1999-2006) tuvo una audiencia heterogénea. Aunque dos de sus protagonistas eran hombres gay –uno cumpliendo

un estereotipo de hombre afeminado, frívolo y superficial con el que ya se contaban muchos otros referentes en películas y series de generaciones anteriores-, la serie fue vista también por mujeres y hombres heterosexuales. El estereotipo presentado por Will, un hombre no afeminado y abogado exitoso, presentaba una imagen menos amenazante, menos trasgresora a la heteronorma que, en algunos sentidos, pudo haber abierto las puertas para que los heterosexuales miraran, al menos a los hombres gay, con una mente más abierta. Por su parte, en *Queer as Folk* (2000-2005), la totalidad de su temática era relacionada con las identidades sexuales y presentaba posiciones aún trasgresoras con respecto a las prácticas sexuales, la familia, y otros elementos cruciales de la heteronorma. Si bien la mayoría de sus protagonistas eran hombres gay, también había una pareja de mujeres lesbianas. *Queer as Folk* resultó un referente importante para pensar pareja, espacios de sociabilidad, prácticas sexuales y otros posicionamientos con respecto a la identidad para Rigel, Édgar, Héctor, Isabel y Ariadna. No tanto así para Benigno, Jerónimo y María, quienes vieron la serie pero no la consideraron como un referente importante.

En cuanto a referentes locales, fue importante también para esta generación el programa mexicano *Desde Gayola* (2002-2006) que también era emitido por televisión por cable, por lo que su audiencia tenía cierta limitación de ingreso. El programa consistía en un conjunto de cápsulas cómicas con personajes recurrentes. Sin embargo, en la mayoría de sus cápsulas se presentaban personajes, temáticas o palabras propias de la jerga gay tanto internacional como local. Era un programa que hacía sátira de la Iglesia, del orden moral y de las clases altas. Entre sus actores se encontraba Alejandra Bogue, mujer trans reconocida en el ambiente por su participación en diferentes foros de cabaret y otros espectáculos dentro de los bares y antros gay, y que en el programa tenía varios personajes de entre los cuales imitaba íconos del ambiente gay local como es el caso de la cantante Laura León. También participaba en el programa otra mujer trans, Francis, quien solía interpretar otros íconos, como Verónica Castro. Entre el elenco, también estaba Daniel Vives Ego, quien presentaba su personaje drag, la Supermana que, además de hacer estas cápsulas, participaba también de manera activa en el movimiento LGBTI en marchas, mítines y campañas. Si bien buena parte de la identidad gay en este período se reproducía a partir de referentes estadounidenses, también esta cohorte contaba con nuevas presencias en medios de comunicación para producir sus propios referentes, íconos y personajes.

En términos del marco analítico expuesto, esta cohorte vivió una explosión de sociabilidades urbanas difícilmente comparable con la de las generaciones anteriores. La ciudad mantuvo una variada oferta de lugares de encuentro, de ligue y de antros y bares que existía en la generación anterior y en la Zona Rosa conservó las que tenía, pero a su vez desarrolló nuevos espacios que, si bien los concentró en un par de calles, se encontraban también por todo el perímetro. El imaginario de la Zona Rosa sigue siendo el de la nostalgia/decadencia, trasgresión/cosmopolitismo, pero mientras que en el período anterior podría percibirse su decadencia como abandono, en el caso de éste se tomó como una revitalización comercial aunque asociada a los giros negros y las trasgresiones sexuales. Los gobiernos, especialmente el de Marcelo Ebrard, establecieron planes de remodelación donde se retomó el imaginario turístico pero, además, buscaron darle el impulso del “turismo rosa” e incluso abrieron oficinas especializadas ahí. Por la fuerza de su imaginario, la Zona Rosa consiguió una atención particular y, además, logró consolidarse como un territorio asociado a la sociabilidad heterodoxa.

Dentro de esta gran oferta de sociabilidades desarrollada en este período es posible diferenciar espacios y clientelas de acuerdo a identidades sexuales, edad, clases sociales o capacidad de consumo y algunos estilos de vestir, incluso en el ámbito de la Zona Rosa. Quienes socializaron una identidad sexual en este período, contaron con una gran oferta de herramientas de comunicación y referentes mediáticos –a los que podían acceder quienes tenían los recursos para ello- y un entorno en el que las demandas del movimiento político llegaron no solo a instalarse en el debate público, sino a conseguir sus primeras victorias. En las trayectorias de los hombres y mujeres que exploraron toda la oferta de sociabilidades de la ciudad, podían hacerlo con una mayor seguridad y, en general, a pesar de los marcadores de clase social y estilos, prevalece una actitud entre los entrevistados de que la trasgresión sexual fue un denominador común que identificaba a todos los presentes en estos espacios. Esta trasgresión sexual puede nombrarse como gay, casi de manera hegemónica, aunque también existen espacios de ambiente trans que en este período tomaron distancia con el ambiente gay. Tras las victorias del movimiento y tal vez por esa especialización de las sociabilidades, esta hegemonía comenzaría a resquebrajarse en la siguiente etapa lo cual tuvo su correlato espacial: la Zona Rosa parece haber resentido los efectos de este proceso de

despolitización, mientras que la vida de lo político relativo a las trasgresiones sexuales se desplazó hacia otros asuntos y... espacios de la ciudad.

5.4. Cuarto período (2009 – a la fecha): Separación de “ambientes” y una Zona Rosa despolitizada

Tras la consecución del matrimonio civil con derecho adopción y relativamente coincidiendo con ello, parece haber comenzado una nueva generación marcada por la separación de ambientes que va más allá de espacios predominantemente trans, femeninos o masculinos, y que dejaron a la Zona Rosa como un espacio relativamente despolitizado. Socializar una identidad sexual para esta cohorte parece exigir la opción entre nuevos posicionamientos. Para comenzar a ilustrar esto voy a dejar por un momento la perspectiva de las trayectorias y mirarlo más bien a través de la formación de nuevos espacios de sociabilidad construidos como dos polos donde la Zona Rosa quedó en medio. Aunque en los capítulos 2 y 4 he mencionado ya algunas de las características de estas sociabilidades, retomaré aquí algunos de los elementos necesarios para poder ilustrar los marcadores centrales de esta generación. Retomaré la perspectiva biográfica más adelante.

En 2008 abrió sus puertas en Santa Fe -polo de centralidad financiera, económica y también residencial de las clases altas en el extremo poniente de la ciudad de México- el antro Envy.¹³⁰ A su vez, en el centro histórico, junto con algunas de las viejas cantinas de la calle de República de Cuba, el activista y poeta, Juan Carlos Bautista abrió el bar Marrakech. Ambos espacios antagónicos en muchos sentidos, tienen una presencia fundamental en el relato identitario de esta generación, al menos entre los sujetos que entrevisté y durante el trabajo de campo.

El Envy se encontraba en una planta alta de una de las torres de Santa Fe. Desde el bar se tenía una vista imponente de la ciudad de México. Su decoración era sobria, colores en la gama de grises y madera con una iluminación cálida. El antro tenía algo que, al parecer, no

¹³⁰ El antro duró un par de años en esta sede antes de ser reabierto en la colonia Lomas de Chapultepec, más cerca de las zonas centrales de la ciudad y zona residencial, principalmente de grandes predios y mansiones, de la clase alta de la ciudad. Ante el cambio de sede, parece haber conservado su clientela que, a su vez, es en general la misma que acude a otro par de antros en el barrio de Polanco, vecino de Lomas de Chapultepec y que es también una colonia residencial y comercial de las clases altas de la ciudad.

se había visto desde los tiempos del Nueve: control de acceso a las clientelas, solo que mientras que en el Nueve era a través de una lista de socios e invitados, en el caso del Envy se trataba de la cadena, que ya he descrito en el capítulo 2. Los antros dirigidos a una clientela de niveles socioeconómicos elevados contaban con cadena para organizar el acceso, pero pedían a sus clientes formar una fila. En el caso del Envy, los clientes debían aglomerarse frente a la cadena para que su ingreso fuera seleccionado, como en el caso de los antros *bugas* de las clases altas. Había que pagar un *cover* elevado y el precio de la cerveza alcanzaba los \$50 pesos. La música era la misma que había en otros antros del mismo género: éxitos del momento del pop en inglés y en español, un bloque de música electrónica y, más tarde en la noche había éxitos de décadas anteriores. Se podía fumar en el Envy a pesar de que las leyes de la Ciudad de México prohibían hacerlo en este tipo de espacios: según dicen sus antiguos clientes, contaba con un registro público como “club privado” para poder hacerlo sin problemas con la autoridad.

El Envy no era muy distinto a los antros más exclusivos de las dos generaciones anteriores (en especial al Living, el Box y tal vez el Lipstick), salvo que su ubicación, su precio aún más elevado y la práctica de la cadena garantizaban una clientela más excluyente. En el Envy, decían, no podían entrar personas trans a las que “se les notara”, ni tampoco hombres en drag u otras expresiones travestis; en el Living, en cambio, sí aunque siempre fueron minoría. Personalmente y, en su momento, conocí a quien le fue negado el acceso al Envy por su apariencia física: un hombre de piel morena y cuya vestimenta no resultaba trasgresora en términos de género (traía unos pantalones de mezclilla y una camisa blanca de botones y manga larga), pero, según él, no daba la lectura de ser “rico”. El Envy parece haber llevado a las élites de la ciudad un espacio de sociabilidad especializado para ellos y con los rituales de exclusión a los que están acostumbrados en este tipo de sociabilidad entre heterosexuales. Tras el Envy llegaron otros antros en la misma zona, el Guilt y, más recientemente, el Sense, que conservan ese nivel de precios, de música y, sobre todo, de la práctica de la cadena. Si bien los antros excluyentes por precio no son novedad de este período, sí lo son dentro de las zonas y las prácticas de este tipo de espacios no orientados a una clientela gay de la clase alta.

El Marrakech, por su parte, se trata de un salón en planta baja en la calle de República de Cuba. Su decoración no busca ser sobria, sino, al contrario, estridente, pues sus paredes están

pintadas con un color verde pistache –brillante-, y en sus muros hay retratos con imágenes trasgresoras como, por ejemplo, un hombre que calificaría en la jerga gay mexicana como “chacal” –de piel morena, joven, con un cuerpo musculoso- posando frente al templo de San Hipólito de la ciudad de México, solo vistiendo una trusa y algunos elementos iconográficos que le vinculan a San Judas Tadeo, principal devoción de ese templo y una de las más populares entre las clases bajas de la ciudad. Por otro lado, hay algunos elementos humorísticos como un gran letrero a la entrada que dice: “Gracias por su preferencia... sexual”¹³¹ Así, el Marra, como le llaman sus parroquianos, se presenta como un espacio que se vincula más ideas de la trasgresión, la homosexualidad y la masculinidad inspiradas en referentes locales y rehúye el estereotipo gay cosmopolita, refinado y consignado a un elevado nivel de consumo. Aún así, el precio de la cerveza en el Marrakech no es el más barato y su clientela suelen ser jóvenes de clases medias de distintas partes de la ciudad.¹³² Entre ellos, suele convocar a algunos miembros de la escena intelectual del “ambiente”.¹³³

El Marra, como corresponde con este tipo de bares, no tiene cadena, no tiene cóver y su acceso solo está restringido a la capacidad de aforo del salón, cosa que es cuidada con cierto celo, pues éste y los otros bares de la calle de República de Cuba han sido ya clausurados bajo el argumento de rebasar su capacidad y representar un riesgo a la seguridad de sus clientes. Así como tras el Envy se abrieron antros de corte similar y en la misma zona, en el caso del Marrakech, a unos pasos de éste, abrió sus puertas más tarde La Purísima que, junto con el Marra, es uno de los espacios más exitosos en la calle de República de Cuba.

Desde mi propia subjetividad, la música de estos espacios y los de Polanco no es muy distinta: el culto a la divas pop tanto en español como en inglés parece una constante y, si acaso, es posible escuchar ocasionalmente alguna pieza del rock latinoamericano o de los géneros indie estadounidenses o en inglés en los bares de República de Cuba. Sin embargo, entre mis entrevistados, tanto en campo, como en el caso de Everardo, uno de los que me ofreció una

¹³¹ Alude al lugar común de muchos servicios y establecimientos comerciales que tienen la leyenda “Gracias por su preferencia”.

¹³² La cerveza cuesta \$35 pesos, que es el precio estándar de los bares y cantinas de las zonas centrales de la ciudad de México. En cantinas y salones de ambiente más popular o juvenil, incluso dentro de la misma Zona Rosa, la cerveza puede costar \$25 e incluso, en algunas promociones especiales en horarios restringidos, hasta \$15

¹³³ En campo, por ejemplo, se decía que en los primeros años del Marrakech, no era raro encontrar ahí a Carlos Monsiváis, quien murió en 2010.

entrevista a profundidad, la diferencia es importante. Para ellos, la música de los bares de Polanco es, en general, más “fresa” y la de República de Cuba es más “alternativa”. Mi interpretación es que estas etiquetas asignadas a la música, en realidad corresponden a una evaluación general de los ambientes de ambos lugares.

Entre los parroquianos del circuito de Polanco son comunes las “excursiones” a los bares de República de Cuba. Mi impresión en campo es que esto no ocurre en la misma intensidad en el sentido contrario, pero entre algunos grupos de clientelas del circuito del centro histórico, aquellos con más recursos, los bares de Polanco no les son del todo ajenos y los han visitado en un par de ocasiones. Sin embargo, para ambos, la oferta de la Zona Rosa suele ser, por lo menos, aburrida. Algunas personas con las que charlé en el centro histórico me mencionaron que los bares de la Zona Rosa les parecían “fresas” y caros. En cambio, en los del circuito de Polanco encontré quienes dijeran que mientras que los del centro histórico les parecían “interesantes”, “curiosos” o incluso que es “obligatorio conocerlos”, los bares de la Zona Rosa son “corrientes” y de “mal ambiente”, según las descripciones escuchadas en citas textuales en campo. Lo cierto es que si para la tercera cohorte la Zona Rosa llegó a contar con algunos bares caros (Lipstick, Boy Bar y otros), luego de la apertura del Envy y la clausura del Living de Paseo de la Reforma, estos bares cambiaron de nombre (Kinky, Lollipop y Touch, respectivamente, por un tiempo) y redujeron sus precios de cóver y de bebida considerablemente. Podría decir que aunque siguió existiendo una oferta amplia de bares y restaurantes y con cierta diversidad de precios, la Zona Rosa redujo las desigualdades entre sus bares. Y es importante agregar que la Zona Rosa, salvo por el caso de sociabilidades trans, no solo no perdió densidad de sociabilidades gay y lésbicas en este período, sino que conserva la producida en el período anterior y la amplió y diversificó. Si bien sigue el núcleo en la calle de Amberes, hoy es posible detectar otro en la calle de Florencia, donde hay al menos cinco bares abiertos al momento que escribo estas líneas.¹³⁴ Lo que parece haber cambiado es la potencia de estas sociabilidades dentro de los procesos de definición y formación de las identidades sexuales.

¹³⁴ Vaquero, dirigido exclusivamente a hombres. El Almacén (heredero del Taller), mixto pero predominantemente masculino. El Cabaretito Neón de ambiente mixto. Babiana, dirigido a lesbianas y la pulquería La Elegante, de ambiente mixto.

Dentro de las trayectorias biográficas, la posición de las personas que entrevisté con respecto a estas división de bares es distinta. El caso que me resulta más ilustrativo es el de Emmanuel, de quien ya anticipé algunos puntos en el capítulo 4. Emmanuel se asume a sí mismo como “gay”. Proveniente de la zona oriente de la ciudad de México y como estudiante de la carrera de derecho, comenzó su exploración de sociabilidades en la Zona Rosa al inicio de este periodo donde él asume una posición clasista. Decía que no le gustaba del todo el ambiente de los bares de calle de la Zona Rosa a los que iba (Papi y Candy), porque no buscaba ligar con hombres de clases populares que, según su lectura, eran los que estaban en esos bares. Sin embargo, al vincularse a otros jóvenes gay lo invitaron a los bares de República de Cuba que, dice, rápidamente se convirtieron en su ambiente favorito, irónicamente, por la diversidad de clases sociales que ahí se encuentran. Mi interpretación es que mientras que Emmanuel percibía la presencia de clases populares en la Zona Rosa como simples consumidores, en República de Cuba encontró un sentido político en el proceso identitario. Convivir con clases populares en el Marra tenía un sentido más trasgresor que el hacerlo en el Papi, pues el Marra, en su lectura, desafiaba lo pretencioso de las identidades gay que se construían en Polanco y mismas a las que la Zona Rosa aspiraría en una versión menos capitalizada. Al parecer, Emmanuel no quería vincularse con clases populares para establecer relaciones de pareja pero sí para, a través del baile, del estar ahí, del ligue y del sexo, sentir que se desafía una hegemonía gay. Esto es lo que yo aquí caracterizo como una Zona Rosa en la que ha concluido el proceso de despolitización iniciado en el período anterior en el marco de su empresarialidad y, sobre todo de la lucha por derechos civiles.

Maximiliano se identifica a sí mismo como “queer” -aunque dice que es “por decir algo”, pues en realidad rechaza las etiquetas- y su escena preferida en el ambiente gay es la de los bares de Polanco, pero tampoco asiste mucho. Aunque ha tenido algunas relaciones con mujeres, cuenta que su red de amigos es principalmente de hombres que se asumen como gays y su relación afectiva más importante ha sido con un hombre a quien conoció cuando apenas tenía 14 años. No desdeña el ambiente de República de Cuba, es solo que sus amigos y conocidos frecuentan más los de Polanco. Hijo de una familia con negocios en bienes raíces, Maximiliano pertenece a las clases altas del país y ha tenido la oportunidad de viajar a Europa para estudiar diseño de modas. Para Maximiliano la sociabilidad del bar y del antro es, en general, aburrida e incluso tóxica y no construye tanto su identidad en esos espacios,

sino más bien en el ámbito de su profesión. Su posición con respecto a las identidades sexuales no es, sin embargo, neutral. Su insistencia en no etiquetarse o, de hacerlo, emplear el término “queer”, habla de su necesidad de mostrar una distancia con un ambiente en el que él encuentra una serie de cánones y repertorios normativos que no le convencen, aunque, en la práctica, tenga adoptados algunos de ellos. Para ejercer esta posición, no encuentra una oferta de sociabilidad que le satisfaga del todo y, en ese sentido, prefiere simplemente permanecer lo más cerca de su red a la que parece haber seleccionado por clase social, más que por identificación política. La Zona Rosa para él, no es distinta a lo que observa en República de Cuba o en Polanco, es simplemente que no está ahí “su ambiente”. Nuevamente interpreto esto como una lectura de despolitización de la Zona Rosa o, por lo menos, de la ausencia de sociabilidades que capturen este orden de trasgresión sexual crítico a la identidad gay. Para Maximiliano, participar de bares y antros gay ya no constituye una actividad trasgresora, por lo que prefiere aquellos ambientes donde están los de su clase. Su noción de lo gay está tan despolitizada, que tal vez su insistencia de rechazarla como etiqueta y asumir una identidad “queer” le funciona, justamente, como una especie de posicionamiento político entre sus semejantes. En cambio, para la cohorte anterior, la Zona Rosa formaba sociabilidades que eran atractivas para clases altas, medias e incluso populares, pero ahora la ausencia de una agenda política o bien, el crecimiento de medios y posibilidades para que los sujetos puedan establecer redes entre ellos en diferentes partes de la ciudad, hace posible una mayor compartamentalización de las sociabilidades en la ciudad.

La excepción más importante que encuentro y quizás el mayor resquicio de contenido lo político en el sentido mencionado de Swyngedouw, dentro del tipo de identidad gay que se socializa en la Zona Rosa para esta cohorte lo encontré en el relato de Lucas. Como mencioné en el capítulo anterior, Lucas tampoco es muy dado a la vida de bares y antros. Sus parejas y ligues para encuentros sexuales suele conseguirlos a través de las aplicaciones de teléfono móvil como Grindr, Hornet, Scruff y otras, así como por redes sociales virtuales como Twitter y Facebook. Conoce los bares de Polanco y los de República de Cuba y tiene una preferencia por estos últimos. Sin embargo, me mencionó que en la Zona Rosa existe el bar Nicho y una mezcalería llamada la Botica, donde realmente se siente más cómodo. La razón: el primero es un bar dirigido a *osos*, aunque como señala uno de los letreros del bar, es un espacio que da cabida a peludos, lampiños, mayores, jóvenes, gordos y flacos. Es decir, el

bar busca una clientela que, bajo las exigencias estéticas y de apariencia de las identidades que son construidas en los otros espacios gay tanto de la Zona Rosa, como los de Polanco y los de República de Cuba, se sentiría, por lo menos, incómoda. Lucas me cuenta que siente inseguridad por su cuerpo, pues no es tan atlético y delgado como él desearía. A mi juicio, Lucas no tiene ningún problema de sobrepeso, pero aún así, siente que su figura no es la que se exige en otros espacios. Me dijo que si bien esto era más intenso en los bares de Polanco y algunos de la Zona Rosa, tampoco se siente cómodo en República de Cuba donde, si bien hay una mayor amplitud de rangos de ingresos, también encuentra la exigencia de una figura atlética, musculosa y masculina. Esto no quiere decir que dentro de la clientela de estos bares, al menos en mi apreciación de campo, sean mayoritarios los hombres atléticos, pero ciertamente en el juego del ligue, toda la atención se encuentra sobre los que poseen este cuerpo normativo. En cambio, en Nicho se busca una inversión de expectativas: otros cuerpos pueden ser considerados atractivos. A este bar se asiste con la expectativa de que entre la clientela habrán no solo otros tipos de cuerpos, sino que también estarán presente quienes sienten atracción por ellos. Lucas se siente más cómodo aquí.

Aunque el prototipo de “oso” no surge de una trayectoria local de la identidad gay, sino también se incorpora a su producción global y está presente en series de televisión y otros productos mediáticos con el inglés *bear*, su presencia como alternativa a las presiones de contar con el canon gay sobre el tipo de cuerpo llega a tener tintes de crítica a la producción de esta identidad. Y es en la Zona Rosa, como territorio de la ciudad de México que espacializa esta trayectoria de la identidad gay donde se da cabida a una sociabilidad con este corte. Sin embargo, éste no es el caso de otras expresiones de las identidades sexuales y de género que, para este período, se encuentran en un proceso de politización. Me refiero, en particular, a las personas trans.

Como mencioné en el capítulo anterior, Regina, persona trans a quien entrevisté a fondo, describió un desplazamiento de espacios de sociabilidad trans de la Zona Rosa hacia otras partes de la ciudad. Aunque las calles, cafés y plazas de la Zona Rosa continúan siendo un punto de sociabilidad en el que mujeres y personas trans pueden darse cita para pasear, conversar y tener un momento de esparcimiento, los sitios especializados para la venta de productos y espacios de convivencia que existían al menos para el período anterior, han cerrado. Regina cuenta que en los bares de la Zona Rosa, Polanco y también en los de

República de Cuba, una mujer trans es vista como un “bicho raro” y que en algunos casos pueden llegarles a negar el acceso a eventos enfocados a clientelas de hombres o mujeres gay.¹³⁵ Los espacios de sociabilidad que quedan se encuentran dispersos en la colonia Doctores, Álamos, Moctezuma y Nezahualcóyotl en lo que refiere a antros y bares. En ellos se dan cita mujeres trans y hombres que buscan relacionarse con ellas, tanto de clases populares y medias como, según me cuenta Regina, algunas mujeres de clase alta, como es el caso del bar Hysteria en la colonia Moctezuma.

Hay que decir que, tras las reformas al Código Civil local de la Ciudad de México que permiten el matrimonio gay, el activismo trans ha cobrado cierta presencia dentro de la esfera pública. Incluso en la administración del Presidente Enrique Peña Nieto se presentó un conjunto de iniciativas que incluían el reconocimiento a la identidad de género y otros asuntos relacionados con la trayectoria de las personas trans. Sin embargo, esta reforma fue desechada e incluso surgieron grupos conservadores a nivel internacional que buscan combatir, focalizadamente, la agenda trans, aunque también incluyen su intención de echar para atrás el matrimonio civil igualitario.¹³⁶ Mientras que para la cohorte anterior la Zona Rosa era un epicentro que daba visibilidad y presencia espacial a toda la agenda política del movimiento LGBTI en este proceso político de incorporación de la identidad gay a las normas de mercado, para este período lo relativo a las nuevas agendas pendientes de lo político ya no encuentra espacios de reunión y sociabilidad en la Zona Rosa. Esto, una vez más, abona lo que yo llamo un barrio despolitizado.

Además de este proceso de despolitización de la Zona Rosa y de separación de ambientes para los que ya he marcado sus espacios icónicos, conviene mencionar también sobre algunos cambios que esta cohorte ha tenido con respecto a la anterior en cuanto a las herramientas y medios de comunicación a su disposición. Mientras que la cohorte anterior tuvo un acceso a mucha más información que sus antecesoras gracias a la penetración de internet, para el caso de esta hay aún más posibilidades para el establecimiento de redes y el contacto con otros a

¹³⁵ Fue su experiencia en una fiesta particular celebrada en un antro buga en la colonia Condesa, pero que esa misma noche celebraba un evento dirigido a la comunidad LGBT

¹³⁶ Me refiero a la organización española Citizen Go y a su capítulo mexicano Con Familia, que junto con otras organizaciones de corte católico y evangélico integraron el Frente Nacional de la Familia en 2016. Entre sus consignas, se encuentra su rechazo constante a la separación entre el sexo biológico y el género asignado.

partir de la formación y proliferación de las redes sociales virtuales (Facebook, Twitter, Instagram, Snapchat, entre otras) y, además, las aplicaciones de ligue para teléfonos inteligentes móviles. Sobre los efectos y alcances que estas aplicaciones han tenido en diferentes aspectos sobre la sociabilidad entre varones que buscan a otros varones todavía quedan algunas incertidumbres. En campo, cuando explicaba yo a informantes sobre mi investigación, algunas personas me preguntaban si tendría yo algún conocimiento empírico sobre si las aplicaciones habrían afectado las prácticas socioespaciales. La hipótesis de más de uno era que las aplicaciones harían “innecesarios” lugares de ligue y encuentro como la calle o espacios como La Casita o el Sodome, mencionados en el capítulo 2. Sin embargo, estos espacios no solo siguen existiendo, sino que continúa una oferta dinámica y cambiante de ellos. Lo que ciertamente parece haber disminuido es el ligue en la calle en perímetros tan amplios como ocurría en las primeras dos generaciones. Sin embargo, como mostró la entrevista con Emmanuel, el ligue en cafés tipo Starbucks, aún fuera de la Zona Rosa, son probablemente más factibles para esta generación que para las anteriores. Y, por el otro lado, el ligue en la calle, cafés, plazas comerciales o la Glorieta de Insurgentes de la Zona Rosa, sigue siendo una práctica común.

Antes de establecer una conclusión sobre este período, también conviene mencionar algo sobre sus referentes culturales. Esta generación, especialmente los hombres gay pero también algunas mujeres trans y otras expresiones de lo trans, ha contado con un programa de televisión exitoso que, al parecer, ha tenido un correlato en la oferta de sociabilidad urbana. Se trata de *RuPaul's Drag Race*, un programa tipo reality de concurso sobre drag queens. Comenzó su emisión en la cadena estadounidense VH1, por lo que en México, solo al principio se transmitía para aquellos que contaran con este canal en televisión por cable o bien, contrataran el servicio de televisión por internet de este canal. Sin embargo, para 2014, el servicio de televisión por internet, Netflix, lo puso a disposición, generando un alcance mayor en las audiencias. Simultáneamente, en la ciudad de México nuevas formas de sociabilidad drag se han formado para esta generación. Anteriormente, los espectáculos drag estaban presentes en algunos antros y bares en particular, sin embargo, ahora parecen haber retomado una nueva presencia en un nuevo circuito de lugares y fiestas, principalmente en el

centro histórico fuera de República de Cuba.¹³⁷ Uno de estos sitios es el Teatro Garibaldi, donde incluso celebran la “Carrera Drag”, un concurso de drags que sigue algunas de las pautas del programa televisivo. En contraposición a esta ambiente que algunos lo consideran *mainstream*, también han surgido nuevas “casas de drag” que se dedican al *voguing*.¹³⁸

En términos de este modelo, esta generación encuentra una oferta de sociabilidad aún más amplia que la anterior: la Zona Rosa conserva buena parte de sus puntos de sociabilidad, salvo por algunos orientados a mujeres trans y a su vez se fortalecen otros dos polos, uno que ya existía en el centro histórico de la ciudad y otro más en Polanco. A pesar de las suspicacias encontradas en campo sobre que la presencia de aplicaciones de telefonía móvil para ligar tendría algún impacto en la sociabilidad de ligue para encuentros sexuales en sitios públicos, aún se cuentan un gran número de los llamados lugares de encuentro y puntos de ligue en baños públicos, transporte público y otros espacios de la ciudad. La Zona Rosa continúa siendo una especie de territorio gay, pero, como he mencionado, despolitizado y orientado al consumo de los más jóvenes y clases medias, pero ya no clases altas. Salvo por el caso de la sociabilidad de los osos, la Zona Rosa se ha quedado corta en la formulación de sociabilidades adecuadas a las nuevas tendencias identitarias de la heterodoxia sexual en México.

Las fórmulas de nostalgia/decadencia, cosmopolitismo/trasgresión parecen tener una relación más importante con un proceso de revitalización comercial de la zona separada de su ambiente gay: por una lado se han levantado nuevos rascacielos en el perímetro, especialmente en el Paseo de la Reforma y uno más en la Glorieta de Insurgentes y se han implementado algunos planes de remodelación en esta última plaza, en sus calles y su infraestructura. En las trayectorias de los sujetos, la Zona Rosa aparece como un referente en su formación de una identidad sexual, pero ha perdido importancia en el proceso de

¹³⁷ Para la tercera generación eran conocidos los Tito Vasconcelos y otros actores en los espacios del Cabaré-Tito, pero también los del Ansia, al sur de la ciudad. Para generaciones anteriores, en el Taller, en el Spartacus y en otros antros también era posible ver algunos espectáculos drag. Lo mismo en el Oasis en el centro histórico y, quizás el más reconocido incluso fuera del ambiente gay es La Perla, que continúa con sus espectáculos habituales.

¹³⁸ Se refiere a un tipo de baile que basa sus pasos en transiciones a elaboradas poses que emulan un desfile de modas. El *voguing*, como estilo de baile *underground* surge en la escena drag de clases populares y particularmente en el barrio de Harlem en la década de 1980. Así como el servicio Netflix trajo RuPaul’s Drag Race, también puso en circulación el documental de 1990, *Paris is Burning*, donde expone este ambiente “underground” que ha resultado inspirador para las casas de voguing en México en esta década.

socialización: más importantes resultan otros espacios icónicos fuera de la Zona Rosa donde se reflejan o se espacializan agendas políticas o dinámicas identitarias tomadas de los referentes culturales más exitosos de esta generación como ha sido un nuevo posicionamiento de la escena drag.

Tras la revisión a detalle de estos cuatro periodos donde se revelan diferentes arreglos de la interrelación entre las identidades sexuales y el espacio urbano, creo es posible hacer algunos apuntes finales sobre los hallazgos y limitaciones que la aplicación de este marco analítico reveló sobre el objeto de estudio. Eso será asunto del siguiente y ultimo bloque de este trabajo.

Conclusiones y reflexiones finales

Cuando hablamos de espacio y de los lugares como categorías sociales, las estructuras de clase, género y raza también se manifiestan, se reproducen, se organizan, se proyectan y se disputan ahí. Bajo esta óptica, el espacio no es solo un ente pasivo o que se limita a dar soporte a todo este conjunto de relaciones de las que resulta moldeado por estas estructuras, sino que también contribuye activamente a moldearlas. Existe un juego permanente sobre quién, cómo y para qué puede aparecer en cierto lugar de acuerdo a sus atributos y posiciones en estas estructuras. Bajo la metáfora del juego, el espacio es un tablero que ofrece reglas sobre cómo mover qué piezas en qué sentidos, en qué momentos y qué secciones del tablero, pero a través de las jugadas y por la interacción entre piezas, tablero y reglas, todo se va transformando. De manera amplia y en términos conceptuales, éste ha sido el tema en el que se ha enmarcado esta investigación.

En el espacio, para desafiar, por ejemplo, al orden de género —o cualquier otro, para el caso— basta asistir a ciertos lugares vistiendo unas ropas y no otras, hablando con ciertos ademanes y no otros, moviéndose de una manera y no de otra, empleando los códigos que visibilizan algún tipo de relación interpersonal con unos y no con otros. Aunque existen algunos lineamientos generales compartidos de género, cada lugar, cada espacio puede tener reglas particulares que dependen de muchas cosas: características propias y materiales del espacio, los actores que buscan o pueden regular la conducta en ese espacio y las formas en las que lo hacen, la situación particular del orden de género en una sociedad dada en un momento dado y más. En esta investigación me he propuesto capturar un arreglo particular entre el espacio y la estructura de género, es decir, de un orden de interacciones que hay entre normatividades de visibilidad y presentación de la persona en cuanto a su expresión de género y las del espacio urbano segmentado en lugares. Empíricamente, he querido comprender la interrelación entre el espacio y género en la Ciudad de México a través de las trasgresiones sexuales, es decir, las orientaciones del deseo erótico y afectivo contrarias a la expectativa de heterosexualidad así como a las de una identidad de género contraria al asignado al nacer, específicamente de personas trans femeninas. Y me he centrado en observar esta interrelación en el espacio de la Zona Rosa y la identidad gay, aunque buscando mantener una mirada pendiente tanto del contexto de la ciudad de México en general, como de la experiencia de

otras identidades sexuales, de forma que sea posible precisar los elementos comunes y particulares de este arreglo socioespacial.

He comprendido la identidad gay como una forma cultural de organizar y socializar el deseo homoerótico y afectivo que, como identidad, consiste en un conjunto de ideas, prácticas, gustos y a veces agendas políticas que sirven como insignias de identificación entre semejantes; y que, también, no es una entidad discreta, congruente y estable en tiempo y espacio; de la que se muestran u ocultan estos elementos dependiendo contextos; y de la que los sujetos discriminan y adoptan sus componentes bajo condiciones muy ampliamente diversas.

Para poder observar esta interrelación entre la Zona Rosa de la ciudad de México como un territorio que aglomera diferentes formas de sociabilidad de la identidad gay y de otras trasgresiones sexuales y el proceso de estas identidades, mi apuesta ha sido formular una perspectiva ecléctica que contribuya a enriquecer la investigación sociológica de lo urbano en general. Es decir, he querido poder contar con un marco analítico cualitativo o modelo que permita observar la interrelación entre un espacio urbano segmentado como territorio y un orden particular de sociabilidad asociado a alguna identidad. Este marco, como he propuesto, es tripartita: se basa en el estudio etnográfico de las formas de sociabilidad de esta identidad y su distribución en el espacio urbano (puntos), el análisis del imaginario del territorio de interés donde se concentra algún patrón de estas formas de sociabilidad (plano) y la forma en la que los sujetos participan, significan y transitan entre estas formas de sociabilidad, dentro y fuera del territorio de interés, a lo largo de sus vidas (líneas).

Desde este marco que busca simplificar y ordenar los registros subjetivos de estas experiencias urbanas, creo que es posible comprender las formas en las que un imaginario que podría nutrirse de muchos elementos y trayectorias ajenos a la identidad de interés, sirve para interrelacionarse con esa identidad, alimentándola y convirtiendo su proceso en uno socioespacial. Para ponerlo en términos empíricos: digo que hay una forma de ser o asumir una identidad gay que tiene que ver con hacerlo en la Zona Rosa y que, a su vez, esta forma de entender y asumir una identidad gay también transforma, por lo menos, el imaginario de la Zona Rosa y las formas de sociabilidad asociadas a esta identidad que ahí se desarrollan. Como he dicho en otros momentos de este trabajo, propongo que esta aproximación hacia la

Zona Rosa y de la identidad gay pueda ser considerado como un estudio de caso de aplicación de este modelo de punto-plano-línea.

Para eso, en este apartado conclusivo de la tesis, considero pertinente reflexionar sobre algunos de los alcances y limitaciones de este marco analítico a través de una síntesis de los hallazgos encontrados en cada uno de los componentes –sociabilidades, imaginario y trayectorias de vida-, las posibles contribuciones y las agendas de investigación pendientes o que podrían abrirse a partir de ellas. A continuación abro un apartado para cada uno de ellos. En otro más y de manera final, comentaré sobre el marco analítico en su conjunto y el ejercicio de periodización de la Zona Rosa que presenté en el capítulo 5.

C.1. Hacia un catálogo de sociabilidades de la heterodoxia sexual

Bajo el primer elemento de este marco analítico, quise encontrar y catalogar la mayor cantidad de formas de sociabilidad asociadas a las trasgresiones sexuales en la ciudad de México. Esta tarea, en términos empíricos, resulta prácticamente imposible, pues las prácticas de las trasgresiones sexuales pueden ocurrir en cualquier ámbito y en cualquier lugar. Además de las experiencias y formas que podrían ocurrir y circunscribirse a un ámbito exclusivamente familiar, podrían organizarse también formas de sociabilidad específicas de las identidades sexuales dentro de instituciones como escuelas, iglesias o empresas. O bien, podrían formarse clubes privados donde se experimenten facetas concretas de alguna trasgresión o discriminando el acceso a miembros por otras características socioculturales ajenas a la trasgresión sexual –clase social, origen étnico, religión-.

Por ello recurrí a dos criterios que permitieran centrar la mirada en esta clasificación: por un lado, a una burda pero operativa noción de lo público –versus lo privado- y, segundo, a las formas de sociabilidad mediadas exclusivamente por la identidad sexual en sí como proceso colectivo y no en intersección con otras identidades de otra índole –de clase, religiosa, étnica, etc-. Busqué las formas de sociabilidades a las que fuera posible acceder de manera libre y donde la única práctica de exclusión o barrera de entrada fuera, en su caso, un pago –con excepción de los antros donde además operara una cadena- o algún otro elemento directamente relacionado con la práctica de la trasgresión sexual –por ejemplo, sitios que solo admitieran hombres o mujeres en virtud de buscar la convivencia de semejantes en

cuanto a su deseo erótico y afectivo-. Descarté así los sitios donde fuera precisa una invitación personalizada a participar –fiestas, clubes privados- o donde fuera requisito compartir alguna otra característica u objetivo específico y ajeno a la trasgresión para participar –asociaciones religiosas, clubes deportivos o artísticos como coros-.

Creo que una clasificación de formas de sociabilidad distribuidas por todo el espacio urbano basadas, en primera instancia, en el conjunto de las trasgresiones sexuales y no en una identidad sexual en concreto, ofrece una perspectiva distinta que, por cuestiones metodológicas, suele descartarse en un gran número de estudios de este corte. Por lo general, en las geografías de la diversidad sexual, suele descomponerse como cosas totalmente separadas las prácticas de los hombres gay, por ejemplo, de las mujeres lesbianas y, en su caso, de mujeres trans. Más difícil es encontrar estudios que aborden prácticas socioespaciales de otras identidades sexuales y de género distintas a éstas. Y aunque sin poner en duda que las experiencias de trasgresión y las trayectorias de vida de cada uno de estos sujetos son distintas y que, por tanto, merecen aproximaciones cuidadosas y especializadas por sí mismas, a la hora de hacer un estudio socioespacial, es posible observar que existen formas de sociabilidad conjuntas en virtud de su compartida posición de trasgresión a la heteronormatividad. Dado que en la Zona Rosa es posible encontrar la participación y visibilidad de más de una de estas identidades sexuales y en espacios compartidos –bares, antros, cafés e incluso calles y plazas-, valía la pena comprender qué tipos de formas de sociabilidad se concentran ahí de forma compartida y de forma especializada para cada identidad sexual y cuáles no. Creo que es ahí donde se encuentran algunos de los hallazgos de esta aproximación que apuntan a algunas reflexiones.

Encontré que, en la actualidad, la Zona Rosa es actualmente el área de la ciudad que concentra la mayor cantidad de bares y antros dirigidos a hombres gay. No tengo registro de que otras áreas de la ciudad donde también hay bares y antros –considerando la concentración que puede encontrarse también en el centro histórico e incluso trascendiendo la calle de República de Cuba y tomando en cuenta todo el extenso perímetro- ocurra la misma densidad y variedad. En la Zona Rosa, hay una organización de estos bares buscando atraer clientelas de diferentes edades, capacidades de consumo e incluso tipos de cuerpo. En la mayoría de estos bares y antros, hay también presencia de mujeres lesbianas aunque siempre en menor proporción excepto en aquellos que buscan atraer una clientela específicamente de ellas.

También encontré que más allá de los bares y antros, las calles de la Zona Rosa, algunos de sus cafeterías, cafés, restaurantes, plazas comerciales y plazas, son espacios donde también ocurre una forma de “sociabilidad difusa” de las trasgresiones sexuales. En ellas es más frecuente que se dé visibilidad a elementos identitarios asociados a éstas que en otras partes de la ciudad. En este caso, además de hombres y mujeres con un deseo homoerótico y afectivo, también se encuentran algunas mujeres trans. En la Zona Rosa, además, hay algunas tiendas especializadas, oficinas y órganos gubernamentales que dan atención a población LGBTI y los cines, gimnasios e incluso algunos hoteles y hostales cercanos cuentan con una importante presencia y apropiación de las identidades sexuales trasgresoras.

A la hora de contrastar esta concentración de sociabilidades de la Zona Rosa con otras formas de sociabilidad dispersas por otras partes de la ciudad de México hay algunos hallazgos. En primer lugar, que en el caso de los hombres existen a lo largo de buena parte de todo el territorio de la ciudad una gran variedad de formas de sociabilidad basadas de manera central en el contacto sexual –que llamé “sociabilidades sexuales”- de las que en la Zona Rosa hay apenas algunas. Baños de vapor; casas, hoteles y departamentos de encuentro sexual; baños públicos de cafeterías, terminales de camiones o de centros comerciales; bares con cuarto oscuro; parques y otros espacios públicos de ligue para la práctica sexual *in situ*; segmentos dentro del transporte público, *sex-shops* con cabinas. En el caso de la Zona Rosa solo existe, al momento del trabajo de campo, este último formato aunque he sabido de un departamento que recientemente funciona como lugar de encuentros y también que en otros momentos, sobre todo en décadas anteriores, ha habido más bares con cuarto oscuro y otras formas de sociabilidad de este tipo. Que la concentración de espacios de sociabilidad en la Zona Rosa asociadas a las identidades sexuales se limite en cuanto a aquellas formas basadas en el encuentro sexual es, en sí misma, una pista para la interpretación de las características asociadas a este territorio.

A través de las entrevistas que realicé y analizando también el imaginario, sugiero que esta distribución podría estar asociada a que en los últimos 20 años, la Zona Rosa consiguió ser el foco de mayor visibilidad dentro de la discusión pública y que involucró al gobierno de la ciudad de México en las luchas del movimiento político LGBTI. En lo que llamé una primera fase de despolitización de la Zona Rosa a partir de la incorporación de estas demandas de reconocimiento, derechos y visibilidad de las trasgresiones sexuales, tal vez lo más

escandaloso para el orden moral de la sociedad capitalina debía perder visibilidad si lo que se buscaba era aceptación. Es decir, las formas de sociabilidad sexual presentaban una faceta de visibilidad de las identidades sexuales que tal vez serían menos admisibles y, por lo tanto, contraproducentes en las luchas del movimiento político. No digo que su exclusión de la Zona Rosa fuera un acto deliberado, pero ocurrió de tal forma que permite entrever que en el territorio de la Zona Rosa, que ha sido imaginado precisamente como trasgresor, en el proceso de incorporar y normalizar algunas de las trasgresiones que ahí formaban sociabilidades, se desplazaron otras que continuarían siendo consideradas trasgresoras. Con la licencia de ser este un apartado de reflexiones me atrevería a decir, figuradamente, que hoy se trata de una Zona Rosa de “trasgresión institucionalizada”.

En un sentido similar se encuentra el otro hallazgo relacionado con la concentración de sociabilidades de la Zona Rosa. Aunque, como mencioné, hay presencia y apropiación de mujeres trans en el espacio de sus calles, cafeterías y plazas, no hay otras formas de sociabilidad de ellas que, en cambio, sí se encuentran en otras partes de la ciudad: bares, hoteles, tiendas de artículos especializados, clubes de reunión y otras. De hecho, en dos de las entrevistas –a Regina y a Omar, quien me relataba que su mejor amiga es una mujer trans- me señalaron que han sentido formas discriminatorias –tratos groseros, comentarios, malas miradas e incluso hasta agresiones físicas- en los bares de la Zona Rosa. Los bares y antros que son presuntamente espacios compartidos para toda identidad sexual, en la práctica parecen ser excluyentes de las mujeres trans. Sin embargo, esta exclusión no es hacia todo lo trans, pues muchos de estos bares y antros tienen espectáculos drag o cuentan con alguna travesti –o vestida, según se dice en la ciudad- como anfitriona del bar o conductora de eventos. Como clientela, en cambio, esta exclusión persiste. Regina me contó que esto no siempre fue así, que en la Zona Rosa también había otras formas de sociabilidad asociadas a lo trans femenino –dos bares, un par de tiendas y mayor presencia y tolerancia de ellas como clientela en los otros bares-, pero que en los últimos años también se habría desplazado.

Mi interpretación va en el mismo sentido que en el del desplazamiento de las sociabilidades sexuales. A pesar de que en el caso de la identidad de género también existen avances y reconocimiento tanto por parte del gobierno de la Ciudad de México, como el federal, las personas trans y, en especial, las mujeres trans, todavía son sujetas a un mayor rechazo por parte de la sociedad que, en términos generales, el deseo homoerótico. Al volverse la Zona

Rosa un espacio que dio tanta visibilidad a la trasgresión en aras de su normalización y cooptación –y despolitización–, las formas de sociabilidad que aún mantenían un sentido más trasgresor al orden moral y de género de la sociedad capitalina fueron desplazándose a otros espacios de menor visibilidad. Tal vez esto es lo que ocurrió con las sociabilidades trans.

Dentro de este mismo rubro, es pertinente hacer también un comentario que trasciende las preguntas de esta investigación pero que apunta un camino para una reflexión de género que sugiero debe ser explorada con mayor detenimiento. Como encontré en el capítulo 2, son los hombres gay quienes han desarrollado un gran número y variedad de formatos de sociabilidades basadas en el encuentro sexual entre ellos. En cambio, salvo un par de sitios que ofrecen espectáculos eróticos para mujeres, no encontré una sola dinámica similar entre las lesbianas. De hecho, en una de las entrevistas me narraron la existencia de un cuarto oscuro improvisado en una fiesta particular y que, sin embargo, fue presentado como un acto político en sí mismo. Es decir, la anfitriona de la fiesta llamó la atención a las participantes de cómo en el mundo lésbico no existen ese tipo de espacios. Considero que diferencia entre la abundancia de sociabilidades sexuales para hombres y la ausencia de estas para mujeres, por sí misma, trae consigo una pista para entender la organización espacial del género. Cuando pregunté en algunas entrevistas a qué creerían que obedecería esta diferencia no encontré respuestas muy satisfactorias, sobre todo, que no pasaran por naturalizar el ejercicio de la sexualidad en el género. Teóricamente, sospecho que en la estructura social binaria del género, la distinción de lo público como un ámbito para la expresión masculina y el privado para lo femenino, tal vez tenga repercusiones para la formación de sociabilidades urbanas. En todo caso, creo que esto es tema de mayor investigación. Similarmente, también existe una diferencia en las sociabilidades asociadas a las mujeres trans con respecto a las otras identidades sexuales que, en este caso, están marcadas por la clase social. Mientras que en el ámbito de los gays y lesbianas existe una mayor oferta de bares y antros para distintas capacidades de consumo, en el caso de las mujeres trans esta oferta es casi totalmente restringida. Como he mencionado a través de esta investigación, su acceso es discriminado en un gran número de bares. Aunque he ofrecido algunas pistas para comprender estas exclusiones en el capítulo 5, creo que es necesaria una aproximación más cuidadosa para entender el papel que juega la clase social en las sociabilidades de las trasgresiones urbanas en el caso de las mujeres trans.

Estas reflexiones y hallazgos surgen a partir del ejercicio de esta investigación dentro de sus objetivos y su marco analítico. Sin embargo, considero que requiere un mayor apuntalamiento empírico. Para realizar la clasificación que presenté en el capítulo 2 recurrí a los métodos etnográficos, pero no lo hice de forma exhaustiva sino solo para contar con lo suficiente para incorporarlo de forma funcional al modelo. Creo que sobre este abordaje en particular, han quedado muchas preguntas al aire relacionadas que no solo alimentarían investigaciones sobre la sociabilidad urbana de la heterodoxia sexual, sino incluso a esta misma investigación. Más allá del esfuerzo clasificatorio y la distribución espacial de los tipos que son, por sí mismo, útiles, una profundización del papel que juega cada tipo de sociabilidad en el proceso de socialización de los sujetos podría brindar un enfoque mucho más afinado sobre los arreglos socioespaciales y urbanos. Mucho se ha abundado en la literatura académica sobre la dinámica de los bares y antros. En especial, se ha hecho énfasis en su papel en la producción de sujetos consumistas bajo la identidad gay. Sin embargo, creo que profundizar en la forma en la que los sujetos, en virtud de su identidad sexual y de género, su nivel socioeconómico, su edad y otras características, adoptan y transforman su identidad y los espacios donde esto ocurre en otras formas de sociabilidad y, más aún, en cómo discriminan su participación entre ellas, brindaría una evidencia empírica más sólida para sustentar reflexiones como la que aquí he presentado sobre el desplazamiento de sociabilidades.

En otros trabajos (Sánchez Crispín, 2000 y Boivin, 2011) ha habido esfuerzos por mapear las sociabilidades de los hombres gay en la ciudad de México. En esta investigación, aunque ofrezco un mapeo informal, apenas sirve para brindar una orientación suficiente para efectos de este trabajo. Además de una comprensión etnográfica a mayor profundidad de esta tipología, creo urgente y necesario hacer un mapeo histórico y detallado de estas formas de sociabilidad y no solo de los hombres gay, sino también distinguiendo las formas mixtas y aquellas específicas de otras identidades sexuales. Este mapeo ayudaría a visibilizar tendencias de desplazamiento, así como de diversificación, proliferación, disminución o aglomeración de sociabilidades según identidades sexuales. En esta investigación he intentado demostrar que la concentración de sociabilidades dentro de un territorio particular genera una relación entre el imaginario de ese territorio y la forma en la que se comprende y se socializa la identidad sexual que se desarrolla en esas sociabilidades, un mapeo con estas

características podría ayudar a comprender esas interacciones de una forma mucho más sofisticada y completa. Imagino que, con lo mostrado en este trabajo, apenas se alcanza a vislumbrar que una producción de datos empíricos mucho más completa, compleja y sistemáticamente organizada, nutriría finalmente las pretensiones analíticas de este modelo.

C.2. Imaginarios: ser gay versus ser gay de la Zona Rosa

El análisis de imaginarios que he propuesto en esta tesis permite abordar el estudio de un territorio desde una forma subjetiva. Sin embargo, desde que presenté esta herramienta metodológica y conceptual en el primer capítulo de la tesis, señalé que su análisis sugería leer el territorio “como un texto”. En este sentido, la lectura es también selectiva y subjetiva. Dado un conocimiento previo sobre la fuerte carga simbólica y de representaciones de la Zona Rosa entre los imaginarios de la ciudad de México, me puse como objetivo comprender y caracterizar este imaginario para encontrar en él alguna relación con el desarrollo de sociabilidades de la heterodoxia sexual.

Entre los habitantes de la ciudad de México, es común encontrar la referencia nostálgica a la Zona Rosa como un espacio cosmopolita cuyo auge se ubica en la década de 1960. Tomé como punto de partida esa noción para poder comprender mejor este conjunto de imágenes y representaciones que se hacen sobre este territorio y encontré que, en general, esa lectura de cosmopolitismo está casi siempre conectada a un afecto nostálgico, a su vez esto lleva a un lectura de la Zona Rosa como un territorio en decadencia y como un espacio de trasgresiones. Estos cuatro elementos (cosmopolitismo, nostalgia, decadencia y trasgresión) conforman un imaginario de la Zona Rosa que, en efecto, toma una forma más explícita en la década de 1960, cuando un grupo de intelectuales, periodistas y artistas que se reúnen ahí hacen su propia reflexión sobre este territorio, lo bautizan así y utilizan su capital cultural para poner en circulación gacetas, notas periodísticas, crónicas, novelas, notas televisivas y películas. Estos cuatro elementos persisten en el imaginario y continúan reproduciéndose con más o menos fuerza unos y otros, a partir de conversaciones, representaciones, proyectos gubernamentales de “rescate”, crónicas periodísticas y, sobre todo, la experiencia y relación de muchos de sus visitantes con el territorio.

Ahora bien, es importante señalar que este es un imaginario que aquí caracterizo sobre la Zona Rosa, pero no es la única caracterización posible. En la introducción de este trabajo presenté esta área de la ciudad como un conjunto de muchas centralidades y con muchos usos del espacio. Sobre la Zona Rosa, deben producirse otros imaginarios. Pienso, en especial, el que tengan sobre él la comunidad de origen coreano que se ha asentado en ella en las últimas dos décadas, o bien, la de los empresarios que han aprovechado la revalorización comercial y del uso de suelo de las zonas centrales de la ciudad para el desarrollo de nuevos proyectos inmobiliarios. En todo caso, los imaginarios sobre la Zona Rosa no son entidades independientes entre sí. Existen traslapes, reconocimientos entre sí y, sobre todo, disputas. Es decir, los empresarios podrían tomar en cuenta las representaciones e ideas de cosmopolitismo de la zona para impulsar sus nuevos proyectos; las formas de sociabilidad del barrio coreano se entremezclan o compiten por el espacio con otros usos relacionados con las centralidades de la Zona Rosa y, entre ellas con las trasgresoras.

Como expuse en el capítulo 1 y especialmente bajo la forma en la que lo define Daniel Hiernaux (2007), los imaginarios son producidos, reproducidos y transformados por comunidades o sectores específicos. El esfuerzo que he hecho en esta investigación ha sido por formular una caracterización del imaginario de la Zona Rosa a partir de la mirada local —es decir, no de turistas— de quienes asisten a ella buscando ocio y esparcimiento, entre ellos gays, lesbianas y personas trans, pero no nada más. No busco comprender la elaboración que hacen del imaginario la comunidad de origen coreano, o los burócratas que, si bien podrían coincidir también con sus visitantes ocasionales su uso del espacio es principalmente el del trabajo cotidiano. Tampoco busqué analizar el imaginario de planificadores y empresarios, que podrían compartir algunos de los elementos del imaginario que describí pero con otros fines u objetivos. Esta investigación, creo, se nutriría si a futuro profundizo en los otros imaginarios de la Zona Rosa y, sobre todo, la forma en la que interactúan entre sí.

Dado que las sociabilidades estudiadas para efectos de este trabajo se relacionan con el ocio y esparcimiento, me he preguntado cómo aquellas relacionadas con la heterodoxia sexual se relacionan con el imaginario que he descrito de la Zona Rosa y, en ese sentido, creo que los hallazgos permiten una reflexión al respecto.

La Zona Rosa comenzó a desarrollar sociabilidades de la heterodoxia sexual en una época de pleno apogeo comercial y centralidad en la ciudad de México. En el capítulo 3, doy cuenta de cómo élites culturales del país vinculadas a los discursos de la liberación sexual y las vanguardias musicales y artísticas de Estados Unidos y Europa, se daban cita en la Zona Rosa buscando desafiar la cultura nacionalista impulsada desde el Estado. En este período abren sus puertas bares gay *avant la lettre* y, entre las crónicas y hasta novelas de la década de 1970 ya figuran sus calles como espacios de ligue entre hombres gay. Esto, por sí mismo, ofrece una trayectoria urbana distinta a la mostrada en la literatura sobre barrios gay y que, me parece es una aportación de esta investigación. Mientras que en Castro, Chueca, Le Marais o Greenwich Village, por mencionar los casos emblemáticos de la investigación sobre barrios gay, se habla de que en este período son zonas deprimidas habitacional y comercialmente, permitiendo así la formación de sociabilidades trasgresoras menos asediadas por el Estado, en la Zona Rosa ocurre distinto. Por una lado, no se conformó como un espacio de habitación. Al parecer, en la Ciudad de México aunque se han sugerido algunas tendencias (Boivin, 2011b), no ha sido propiamente verificable la concentración de gays y lesbianas en barrios bien definidos y, mucho menos, en alguno de baja densidad habitacional. Pero, más interesantemente, la formación de sociabilidades como el bar o el ligue en la calle, ocurre en un momento de mucha visibilidad y vigilancia del barrio. Esto, por lo que revisé tanto en el capítulo 3 como en el 5, no ocurrió sin cierto asedio del Estado: la mayoría de los bares clausuraban al poco tiempo y era posible ser molestado por autoridades en las calles. Sin embargo ocurría.

Como mostré en parte de la literatura sobre barrio gay revisada en la introducción de este trabajo, en las ciudades de América Latina se suele hablar de la importancia del empresariado en la formación de núcleos o concentraciones de sociabilidad gay ya en la década de 1990, cuando el movimiento político a nivel internacional ha conseguido al menos una gran visibilidad y, sobre todo, han terminado los años más difíciles de la epidemia de VIH/SIDA. Es aquí que realmente se forman estos “barrios” gay y lo hacen como espacios de consumo, lo que ha conducido a una importante literatura crítica sobre ellos y sobre la identidad gay en general. En este caso, creo que el imaginario de la Zona Rosa como territorio cosmopolita y trasgresor, permitió que la identidad gay se abriera paso en su momento ebullición comercial y de visibilidad en las décadas de 1960 y 1970. Tal vez este nivel o tipo de trasgresión que

no era fácilmente tolerable en las áreas más populares y visibles de esparcimiento y ocio de otras ciudades donde al mismo tiempo estaba ocurriendo la llamada liberación sexual, sí lo consiguió en la ciudad de México. Y tal vez fue de la mano de la permanente decadencia con la que, aún en este momento de efervescencia económica, se construía el imaginario de la Zona Rosa. Es decir, tal vez la presencia de las sociabilidades asociadas a la heterodoxia sexual en la Zona Rosa no solo eran leídas con un ánimo cosmopolita y trasgresor de la época, sino que también eran de alguna manera toleradas o resignadas por quienes guardaban un orden moral que las consideraría inaceptables, por calificar a la Zona Rosa como un espacio inacabado y hasta vulgar, por esperar que la implantación de las vanguardias de los otros países en México no se haría sin su dosis de... decadencia. Tal vez es esta configuración tan particular del imaginario de la Zona Rosa la que permitió una trayectoria de espacialización de la identidad gay distinta a lo que se vio en otras ciudades.

En algunos estudios sobre la formación de la Zona Rosa como barrio gay (San Martín 2010, Laguarda, 2011; Islas 2013), el punto de partida se pone a finales de la década de 1990 o incluso más adelante, cuando ciertamente ocurre una proliferación de bares y antros sobre todo en la calle de Amberes. En estos caso, se apunta para el caso de la Zona Rosa, una trayectoria similar al de las otras ciudades latinoamericanas. E incluso, su localización en este territorio de la ciudad se considera como casual, o se le atribuye su depresión comercial posterior al terremoto de 1985 o simplemente no se problematiza, aunque Islas sí da un mayor peso a los antecedentes que aquí señalo. Sin embargo, al analizar el imaginario de la Zona Rosa y la formación de sus sociabilidades, he observado que la asociación con la heterodoxia sexual que surge desde la década de 1960 prosigue sin interrupción hasta la fecha. Incluso su fase de mayor apertura de bares y antros que describen los otros autores no es más que una consecuencia esperable de lo que se había visto en las décadas anteriores. Sin embargo, sobre este relato de la Zona Rosa como territorio gay abundaré más en otro apartado.

En todo caso, en esta investigación he preguntado a diferentes sujetos tanto en campo en los espacios de sociabilidad como a la selección de sujetos entrevistados, sobre su valoración de la Zona Rosa. Los elementos de nostalgia, decadencia, trasgresión y cosmopolitismo, aparecen una y otra vez. La Zona Rosa es vista por ellos casi en los mismos términos que el periodista Vicente Leñero en los 60: aspiracional, inacabada, como una burda imitación y a la vez divertida y añorada. Como revisé en el capítulo 4, algunos quisieran ver en ella los

referentes cosmopolitas de lo que imaginan que son otros barrios gays de ciudades estadounidenses o europeas pero que la Zona Rosa jamás llegaría, en sus términos, a serlo. A su vez, también ven en las propias sociabilidades gay de las que participan como sintomáticas del ambiente trasgresor y decadente de una zona que “ya no es lo que era”.

Así, me he preguntado si la forma en la que se asume la identidad gay en México compartiría algunos de estos elementos con los que también se mira a la Zona Rosa. Y me parece intuir a partir de las entrevistas –especialmente las de José Miguel y la de Emmanuel pero también tomando elementos de otras- y el trabajo de campo, que sí: en general se adopta la identidad gay pero con reservas, pues parece que pocas veces deja de leerse como una imposición exótica, como una aspiración estadounidense, como un acto en el que se pierden elementos de otras identidades. La identidad gay en la ciudad de México se asimila, al menos entre sectores profesionistas y especialmente entre hombres gay, como se imagina la Zona Rosa: cosmopolita pero decadente, trasgresora y con nostalgia sobre lo que ya no es. Tal vez de ahí que las generaciones mayores se negaban a identificarse como “gay” pero a la vez adoptaban muchos elementos del repertorio; tal vez por eso muchos de los más jóvenes pueden identificarse como gay pero desdeñan las sociabilidades de la Zona Rosa como decadentes y aspiracionales. Y la nostalgia: la Zona Rosa ya no es lo que era como ser gay hoy ya no es lo que era en otros tiempos.

Estoy convencido de que este análisis de imaginarios de la Zona Rosa permite reflexionar que la forma en la que es socializada la identidad gay en la ciudad de México es algo más que una mera producción de sujetos de consumo. Al contrario, creo que presenta desde otro ángulo la compleja situación en la que patrones y tendencias de diferente corte –político, de consumo, de gusto, artísticas o incluso culturales- provenientes de países de Europa y Estados Unidos si bien pueden ser fácilmente asimilados en México, lo hacen también con tensiones, ambivalencias, resistencias y, sobre todo, descalificaciones y desdén al a imitación. Imagino que eso abre formas de distinción entre quienes tienen el poder de asimilar estas tendencias de manera, digamos en sus términos, adecuadas y entre quienes no; a quienes se les califica su adopción como un aspiracionismo burdo e ilegítimo y a quienes tendrían mayor conexión y, por tanto, legitimidad con el origen de la tendencia.

Hoy, la identidad gay ha proliferado en la ciudad de México de tal forma y en tal multiplicidad de espacios de sociabilidad que me parece que aunque hay muchos elementos compartidos en cuanto a su posición trasgresora a la heteronorma, los repertorios de la identidad que se socializa en los bares de Polanco, en la Zona Rosa en el centro histórico o en Ciudad Nezahualcóyotl se han distanciado mucho más de lo que ocurría en décadas anteriores entre sus diferentes formas de sociabilidad. En estas nuevas distancias, los elementos de decadencia, trasgresión, cosmopolitismo e incluso nostalgia, van teniendo un mayor o menor peso entre las valoraciones que tienen entre sí los sujetos que van socializando la identidad gay de una u otra forma. Algunos presentarán un mayor interés en presentarse como cosmopolitas con acceso a la imagen prototípica de mercado de lo que se figura como identidad gay. Otros rehuirán de esto buscando presentar una faceta trasgresora y desafiante a la identidad de consumo. Otros verán con nostalgia la identidad gay socializada en los bares de la Zona Rosa como decadente e incapaz de ser trasgresora y sin lograr un refinamiento cosmopolita que se alcanza en otros sitios.

C.3. El período de exploración urbana como acontecimiento en una vida heterodoxa

Para comprender poder unir esos puntos de sociabilidades específicas dentro del territorio imaginado de la Zona Rosa, precisaba de una mirada externa, no necesariamente dentro del contexto de cada sociabilidad, sino que, reflexiva, describiera sus tránsitos entre ellas, la forma en la que las selecciona, acude a ellas, las significa y los elementos que toma de ellas para construir su identidad. Es a partir de esta mirada que pude comprender interacciones entre el imaginario de la Zona Rosa y las sociabilidades que ahí se concentran, en contraste con otras presentes en otros puntos de la ciudad. La selección de sujetos fue hecha en virtud de poder observar estos procesos, pero no fue construida como una muestra en términos metodológicos. Sin embargo, la selección la hice en términos analíticos, tanto en número de sujetos como en cuanto a características sociales de ellos, buscando aislar algunos elementos que me permitieran encontrar puntos de saturación en las dinámicas de relación con el espacio de la Zona Rosa y sus sociabilidades. En este sentido, la selección privilegia la presencia de hombres que han asumido una identidad gay o no heterosexual (17 hombres). La razón de esto es que, en el espacio de la Zona Rosa y sus sociabilidades específicas, es la

presencia de los hombres gay la más visible. Sin embargo, y como he señalado, muchas de estas formas de sociabilidad no son excluyentes de los hombres gay, sino que sirven también para la socialización de otras identidades sexuales y de género trasgresoras. Algunos bares, cafés y plazas no son sociabilidades de hombres gay, sino de la heterodoxia sexual en general. Me parecía importante comprender esto para que, aunque en este trabajo privilegié la mirada de los hombres gay, mantuviera siempre presente que lo he hecho en tanto que sostienen una posición trasgresora a la heteronorma y que, esta posición podría significar algunas prácticas socioespaciales y dinámicas comunes con otras trasgresiones sexuales. Por esa razón, incluí en la selección de sujetos a los que les realicé una entrevista de corte biográfico a cuatro mujeres que asumen una identidad lésbica o no heterosexual y a otra más que asume su identidad de género como persona trans –anteriormente mujer trans-. Estas entrevistas me permitieron encontrar algunos elementos en común con las dinámicas de los hombres gay en cuanto a sus prácticas socioespaciales relacionadas con su posición de trasgresión a la heteronorma y, en este sentido poder armar una caracterización más sólida de la relación entre la Zona Rosa y las identidades sexuales heterodoxas. También me permitieron vislumbrar algunas prácticas urbanas que podrían ser particulares o características de estas identidades sexuales, distintas a las de los hombres gay y que no fueron ya tema de esta investigación.

La selección de sujetos pudo haber sido distinta: poniendo el foco en la relación entre las mujeres lesbianas con la Zona Rosa y ampliando o confirmando características comunes con otras identidades sexuales. También pude haberla enfocado a mujeres trans. En ambos casos, creo que aunque la Zona Rosa hubiera aparecido como un territorio relevante en las prácticas urbanas de ambas identidades, habría perdido centralidad en sus relatos, pues algunos de sus espacios de sociabilidad más importantes se encuentran o se han encontrado fuera de la Zona Rosa. Por el material empírico recabado en esta investigación, entiendo que la Zona Rosa sí es un territorio simbólico de estas identidades, pero no con la misma fuerza que en el caso de los hombres gay o, en todo caso, depende del momento histórico: para las mujeres trans, por ejemplo, hay una oferta mucho más limitada de sociabilidad en la Zona Rosa hoy en día que la que hubo en décadas anteriores. Una selección centrada en estos sujetos, hubiera conducido la investigación a estudiar las dinámicas socioespaciales de estas identidades al margen de la Zona Rosa. Y creo que son agendas de investigación urgente, pero en este caso se hubiera

extinguido el objeto de estudio. Creo que una selección de hombres gay, con la inclusión complementaria de otras identidades sexuales permite comprender aquello que hace de la Zona Rosa un territorio asociado a la heterodoxia sexual en general, pero resulta fundamental mantener clara la predominancia de los hombres gay en sus sociabilidades y que esto mismo, debe abrir preguntas, reflexiones y futuras agendas de investigación.

Para efectos del modelo planteado, esta selección de sujetos fue suficiente para ilustrar la interrelación subjetiva entre la Zona Rosa y la heterodoxia sexual. Sin embargo, creo que, sin duda, este mismo marco analítico alcanzaría un mucho mayor potencial si se realizara con una muestra construida con todo el rigor metodológico. Así como en esta selección privilegié a los hombres gay, también lo hice en cuanto a su entorno socioeconómico. Aunque algunos de los entrevistados provienen de contextos familiares y económicos distintos –de mayor o menor riqueza, más vinculados o menos vinculados a las élites del país-, excepto uno, todos los sujetos han podido estudiar una carrera universitaria y trabajar en algo relacionado con su profesión. Además, excepto otro de ellos, todos los sujetos viven dentro de las zonas centrales de la ciudad de México. En términos llanos, enfoqué esta selección en una clase social particular. La experiencia de Zona Rosa de otras clases o niveles socioeconómicos podría arrojar resultados distintos. Con ello en mente, es que incluí en la selección una entrevista a un hombre gay quien no desempeña un trabajo profesional ni empresarial. Como en el caso de las identidades sexuales, esta selección permitió encontrar elementos en común de su significación y relación con las sociabilidades de la Zona Rosa con los sujetos profesionistas pero también apuntar hacia algunas divergencias que podrían ser explicadas por la clase social. Considero que una limitación importante de este trabajo es que, a pesar de lo informativo y suficiente de la selección de sujetos, una muestra analítica construida en términos de representatividad por identidades sexuales y de género, clases social y grupos etarios, sin duda arrojaría resultados mucho más sólidos. Lo propongo como una agenda de investigación pendiente.

En cuanto a los hallazgos encontrados en esta parte del marco analítico y que se encuentran descritos en el capítulo 4, quiero traer a colación lo que llamé el “período de exploración”. Todas las entrevistas a todos los sujetos arrojaron la experiencia de un período de sus vidas de búsqueda de semejantes y el tránsito entre diferentes formas de sociabilidad urbana asociadas a la heterodoxia sexual, aunque no fueran las de su gusto, las más apropiadas –o

frecuentadas- por semejantes de su entorno socioeconómico o incluso las más características de la identidad sexual particular. A pesar de las grandes diferencias de formación de sociabilidades entre hombres y mujeres –por ejemplo, la predominancia de dinámicas contacto sexual en lugares de acceso público en el caso de hombres y la ausencia de ellas en el caso de las mujeres-, este período de exploración parece ser un acontecimiento vital común en todos los casos y, me llama la atención el interés frecuente de hombres por conocer, aunque sea una vez, espacios de sociabilidad lésbica o trans y viceversa, así como de espacios o formas de sociabilidad que, anticipadamente, saben que no les agrada.

Este período parece relevar que hay una identificación con la posición trasgresora a la heteronorma que forma un núcleo de las prácticas socioespaciales y que, argumento, nutre también el imaginario de la Zona Rosa a pesar de la predominancia de sociabilidades masculinas. Es decir, ser gay, lesbiana o trans, no significa identificarse exclusivamente con esas identidades, sino también con la trasgresión misma y hay un correlato de esta identificación con las prácticas urbanas al menos en este período de exploración donde parece ocurrir el núcleo de la socialización de una identidad sexual particular. Esto, por supuesto, ocurre con diferentes intensidades dependiendo cada sujeto: algunos no tienen más interés en las otras identidades sexuales que un simple asomo y otros desarrollan o incluyen dentro de sus relaciones afectivas más importantes en la búsqueda de semejantes a personas con otras identidades sexuales trasgresoras o de otros entornos socioeconómicos.

Creo que en la investigación académica sobre diversidad sexual, más allá del estudio del movimiento político que sí aglomera diferentes identidades sexuales y agendas, hay muy poco entendimiento sobre estos núcleos comunes de identificación y formación de redes interpersonales diversas. Por cuestiones metodológicas, suele seleccionarse la mirada a prácticas y dinámicas de grupos homogéneos en cuanto su identidad sexual y sus entornos socioeconómicos. Esto, por supuesto, ha arrojado muchísimo conocimiento sobre cada uno de estas identidades sexuales y sus contextos específicos, pero creo que se ha perdido la oportunidad de conocer las características socioculturales de un sustrato común de la trasgresión a la heteronormatividad. Considero que este “período de exploración” como unidad de análisis de otras investigaciones podría ayudar a alimentar otros debates sobre la estructura de género. Creo que este hallazgo podría servir de base para estudiar y comprender similitudes y diferencias entre las prácticas socioespaciales de hombres y mujeres en cuanto

a la orientación de su deseo homoerótico o su identidad de género, sin recurrir a argumentos que naturalizan el género, sino, al contrario, permitiendo comprender mejor la organización social del espacio a partir esta estructura social.

C.4. Un modelo para contar una historia gay de la Zona Rosa

Desde mi experiencia con este trabajo, el problema más importante del marco analítico que he desarrollado está relacionado con su capacidad de integrar sincrónicamente material empírico con temporalidades distintas. De alguna manera, el modelo presentado es estático; gráficamente luce como una fotografía similar al diagrama mostrado en la imagen 6 en el capítulo 1. Este marco analítico lo formulé, sin embargo, para atender un objeto de carácter temporal, la interrelación –entendida como algo procesual- entre un territorio urbano y las identidades sexuales, dando cuenta de cambios y continuidades. Ante este problema, decidí cubrir la investigación empírica de cada uno de los elementos de este marco considerando una mayor amplitud temporal: busqué entrevistas con sujetos en un amplio rango de edad y que hubieran experimentado su periodo de exploración en momentos distintos, con una oferta de sociabilidades particular. Similarmente, busqué analizar el imaginario de la Zona Rosa no como un objeto dinámico sobre el que observé una formación y su evolución desde entonces.

En cuanto a la oferta de sociabilidades, exploré etnográficamente las actuales como un referente para mirar las del pasado. En este caso y como lo mostré en los capítulos 4 y 5, fue a partir de las entrevistas con los sujetos y la consulta de otros documentos como revistas gay, novelas u otras investigaciones que pude caracterizar a grandes rasgos las transformaciones que han ocurrido en este ámbito. Sin embargo y, como ya he señalado en estas conclusiones, un mapeo histórico, riguroso y sistemático de los desplazamientos, proliferación, colapso, segmentación o surgimiento de formas de sociabilidad de la heterodoxia sexual es una tarea empírica que podría servir a muchas preguntas de investigación sobre la diversidad sexual y, entre ellas, al objeto de este trabajo.

Con todo, en el capítulo 5 he buscado emplear toda la información empírica y trascender el marco analítico y proponer a partir de él una historia gay de la Zona Rosa. Esta historia, presentada en cuatro períodos, centró la mirada en la experiencia de los sujetos que acudían o acuden al espacio de la ciudad de México en búsqueda de semejantes con quienes vivir y

compartir su posición trasgresora a la heteronormatividad. En cada uno de estos períodos, la Zona Rosa estuvo presente como un foco de sociabilidad donde esa búsqueda se organizaba alrededor de una identidad gay cambiante tanto en su repertorio, inclusión y acceso como en su posición con respecto a las autoridades, a sus demandas y posibilidades de visibilidad, tolerancia y convivencia. A diferencia de otras cronologías sobre diversidad sexual y espacio urbano, quise dejar de lado las que se enfocan en la actividad del movimiento político o la de las luchas de los empresarios por abrir y mantener sus bares frente a las hostilidades del Estado o en el afán de capturar rentas de un *mercado rosa* en la producción de sujetos de consumo. En esta misma línea, también quise dejar de lado la perspectiva urbanística que se concentra en el papel de estas sociabilidades en proceso de revalorización de los usos de suelo y, en algunos casos, como detonantes de procesos de gentrificación. No niego, ni desdeño estas aproximaciones, pero me pareció que no agotaban el tema de las relaciones socioespaciales de las identidades sexuales y en particular de la identidad gay.

En algunos de los primeros apuntes en el proceso de diseño de esta investigación, señalaba que la ciudad y, en especial, la Zona Rosa podría funcionar como un recurso simbólico y espacial para quienes buscaban asumir una identidad sexual heterodoxa. En las entrevistas que realicé, algunos hombres que crecieron en otras ciudades del país organizaban viajes a la ciudad de México por fines de semana para poder explorar no solo los bares y antros de la Zona Rosa, sino toda la sociabilidad de sus calles, plazas, cafés y centros comerciales. No se trataba solo de consumo, sino también de contar con este recurso para la socialización de una identidad que les permitiera afrontar y superar el aislamiento y hostilidades de su posición trasgresora a la heteronormatividad. Visitar la Zona Rosa significaba y significa conectarse con un imaginario cosmopolita que carga de sentidos sociales, políticos y culturales un deseo homoerótico y dota de un repertorio de gustos e insignias para la formación de redes afectivas. Si bien existen otras formas de sociabilidad dispersas tanto en la ciudad de México como en otros sitios, es la fuerza de un imaginario que sirve de pegamento de significados proyectados sobre todo un territorio lo que, creo, podría definir a la Zona Rosa como un recurso espacial, uno que puede activarse o explotarse desde las trayectorias individuales como parte de la socialización una identidad sexual trasgresora en la ciudad de México

Este recurso ha cambiado en el tiempo tanto como ha cambiado la Zona Rosa misma, afectada por dinámicas y tendencias urbanas, como ha cambiado las posiciones que juega la

identidad gay con respecto al orden de género. Mientras que en otras ciudades del mundo se han constituido espacios de habitabilidad que fueron considerados como barrios gay, en la ciudad de México lo que ocurrió fue la Zona Rosa que, espero haber demostrado, si bien no constituyó propiamente un barrio, tampoco se ha limitado en la vida de muchos heterodoxos a ser solo un conjunto de bares y antros. Creo, entonces, que la idea de la Zona Rosa como un recurso socioespacial de las identidades sexuales podría ser apropiada.

Bajo este enfoque, encontré que la Zona Rosa ha funcionado como este recurso desde algún momento de la década de los 60 o de los 70 y que ha persistido con estas características cambiantes a la fecha. Esto, como he dicho, me ha permitido capturar un momento en las relaciones espaciales de la diversidad sexual en la ciudad de México que parece ser relativamente oscuro o pasar desapercibido en la investigación académica: la década de los 80 y principios de los 90, cuando no se reconoce un núcleo de concentración de sociabilidades y, en el caso del movimiento político, también se habla de dispersión. Sin embargo, en la vida de los sujetos que socializaron una identidad gay en este período, la Zona Rosa siguió ahí e incluso parece haber sido también un epicentro de la propagación de la identidad gay como reactiva a una nueva medicalización de la homosexualidad bajo el estigma de VIH. Creo que esta continuidad que da mirar tanto a la Zona Rosa como a las identidades sexuales desde esta perspectiva de la experiencia subjetiva del espacio es una contribución de este trabajo.

Dentro de las limitaciones propias del trabajo doctoral tanto de tiempos, como de recursos, la propuesta de este marco analítico y la elaboración de una periodización tan amplia suponía una empresa sumamente ambiciosa que, aún dentro de los propios términos de este trabajo, resultaba imposible llevar a cabo. En todos las aristas metodológicas de este trabajo, un apuntalamiento empírico –el mapeo histórico de sociabilidades, un análisis del imaginario de la Zona Rosa contrastado con otros imaginarios del mismo territorio y la construcción de una muestra analítica de sujetos- no haría más que hacer mucho más sólido lo que aquí intentado mostrar, ampliando hallazgos y alimentando a más debates sobre género, espacio urbano y diversidad sexual. Sin embargo, para efectos de esta tesis, los resultados y hallazgos encontrados con el material empírico hasta aquí recabado han servido para mostrar que este modelo o marco analítico sirve para estudiar de forma sistemática las subjetividades en la relación entre el espacio urbano y algún proceso identitario.

En el corpus de la antropología del lugar se han propuesto marcos teórico-metodológicos con el fin de desentrañar el estudio del espacio como una categoría social. En entre estos trabajos, como los que revisé rápidamente en el capítulo 1, se han diseñado estrategias analíticas para hacer visible la forma en la que el espacio forma parte de las relaciones sociales. En esta investigación ofrezco una más para abordar territorios que concentran formas de sociabilidad asociadas a alguna identidad social presente en las ciudad. He ofrecido el estudio de la Zona Rosa y la identidad gay como un estudio de caso que pone a prueba esta propuesta y, aunque para agotar las demandas de información empírica de este modelo para este mismo caso, queda aún mucho trabajo pendiente posible, se ha probado capaz de revelar algunos mecanismos de estas relaciones socioespaciales. Como parte de la agenda de investigación que desearía que este trabajo incitara, está el cuestionamiento, apuntalamiento y, en su caso, aplicación y adaptación de este marco analítico a otros estudios de caso.

Anexo I – Semblanzas de las personas entrevistadas

Cuadro sinóptico con algunas características de los entrevistados

Alias	Año nac.	Id	Origen	Período de mayor contacto con ZR	Profesión
Alberto	1998	Gay	Estado de México	Actual	Estudiante
Maximiliano	1994	No define	Guadalajara	Actual	Diseñador
Emmanuel	1991	Gay	Ciudad de México	Actual	Funcionario público
Lucas	1988	Gay	Guadalajara	Actual	Funcionario público
Omar	1986	Gay	Paraiso, Tabasco	Actual	Masajista
Everardo	1983	No define	Estado de México	Ninguno	Arquitecto
Edgar	1983	Gay	Monterrey	1990's a la fecha	Organizador de eventos
Rigel	1981	Gay	Ciudad de México	2000's	Académico
Ariadna	1981	No define	Ciudad de México	2000's	Instructora de yoga y fotógrafa
Jerónimo	1980	Gay	Ciudad de México	2000's-actual	Consultor
Héctor	1980	Gay	Ciudad de México	2000's-actual	Funcionario público
Benigno	1980	Gay	Tampico, Tamaulipas	2000's	Diplomático
María	1979	Lesbiana	Ciudad de México	-	Académica
Isabel	1978	Lesbiana	Ciudad de México	1990's-actual	Empresaria
Regina	1977	Persona trans	Estado de México	2000's	Profesionista independiente
Catalina	1969	Bi-lesbiana	Ciudad de México	1980's-1990's	Editora
Ernesto	1969	Gay	Ciudad de México	1990's-2000's	Funcionario académico
Antonio	1963	Gay	Chihuahua, Chihuahua	1980's – 2000's	Funcionario académico
Felipe	1963	Gay/homosexual	Ciudad de México	1980's - 2000's	Psiconalista
Charlie	50's	Gay/homosexual	León, Guanajuato	1980's-1990's	Activista y publirrelacionista
Sebastián	1955	Homosexual	Ciudad de México	1970's-1990's	Terapeuta

José Miguel	1960	Homosexual	Ciudad de México	1970s-1990s	Camarógrafo
-------------	------	------------	------------------	-------------	-------------

ALBERTO (1998)

Alberto nació en 1998 en Ixtapaluca, una localidad devenida en suburbio dormitorio al oriente de la Ciudad de México. Sus padres son comerciantes de muebles en la zona y, en algún punto de su infancia, comenzó a irle bien al negocio, así que se compraron una casa en la colonia Federal, cerca del Aeropuerto de la Ciudad de México, donde actualmente vive con ellos y dos de sus cuatro hermanos. Toda su educación fue en escuelas públicas excepto la universidad. Cuando la entrevista, Alberto estudiaba el 4º semestre de administración y contabilidad en un pequeño instituto privado en la colonia Roma. Además, ayuda a sus padres en diferentes tareas del negocio familiar.

Alberto se identifica a sí mismo como gay desde adolescente. Comenzó a buscar en internet y en redes sociales a otros adolescentes dentro y fuera de México, con quien pudiera charlar y relacionarse. Es a través de estos contactos y, más tarde, un compañero de su prepa, con quien adopta parte del repertorio de la identidad gay que, para Alberto, incluye una forma muy cuidada de vestir y de arreglo personal, ciertos gustos musicales, especialmente del pop tanto en español como en inglés. A los 17 años tuvo su primer encuentro sexual con un hombre: un vecino suyo al que contactó a través de una aplicación para teléfonos móvil llamada Grindr. Ahí tuvo otros contactos con los que comenzó a visitar la Zona Rosa. Actualmente pasa prácticamente todas sus noches libres en un conjunto de bares de la Zona Rosa: los Cabaretitos y otros bares de la calle de Amberes y de Florencia. Su favorito es el Boy Bar. Tuvo una breve relación de unos meses, pero se encontraba soltero al momento de la entrevista.

MAXIMILIANO (1994)

Maximiliano es de Guadalajara y nació en 1994, en una familia acaudalada y bien posicionada en el mercado de bienes raíces de esa ciudad. Estudió siempre en escuelas privadas, siendo la primaria, además, una institución católica. A pesar del ambiente conservador que él encuentra en su ciudad, señala que en su familia siempre han sido muy abiertos con respecto a la diversidad sexual, por lo que no fue difícil expresar, desde niño, su deseo por otros niños, además de otras niñas.

Maximiliano tuvo una relación con un hombre mucho mayor que él cuando tenía 14 años. Lo conoció en un curso de pintura. Este hombre lo introdujo a un ambiente bohemio y de artistas, donde Maximiliano tuvo algunos problemas de adicción al alcohol y algunas drogas. Sus padres lo enviaron a Europa a estudiar algunos cursos de diseño gráfico y diseño de modas, donde esta situación de adicciones empeoró. Esto, a su regreso, le ha impedido finalizar estudios universitarios y actualmente se encuentra en un programa de recuperación y trabajando en un despacho de diseño en la Ciudad de México. Por su recuperación, Maximiliano no es muy asiduo a la vida nocturna de la ciudad, aunque constantemente asiste a fiestas y eventos relacionados con el sector en el que se desenvuelve. Prefiere los bares gay de Polanco o bien los del centro histórico (Marrakech y Purísima) que los de la Zona Rosa. No se identifica a sí mismo como gay, si acepta alguna etiqueta, dice, sería “queer” pero no le convence. Actualmente vive en el centro histórico de la Ciudad de México.

EMMANUEL (1991)

Nació en un barrio de la zona central de Iztapalapa, en el oriente de la ciudad, en 1991. Su familia son comerciantes de insumos industriales, teniendo algunas etapas de bonanza y otras más difíciles. Por esa razón, se han mudado a otras partes del sur y oriente de la ciudad, cambiando también de escuelas. Para la educación media superior, Emmanuel tuvo acceso a una escuela privada de cierto reconocimiento. Al momento de entrar a la universidad, la familia volvió a pasar por una mala etapa, así que Emmanuel optó por estudiar derecho en un pequeño centro de investigación público, pero de élite, en el que consiguió una beca y pudo independizarse.

Su identidad gay la comenzó a asumir a partir de contactos que estableció en cafés Starbucks al sur de la ciudad y gracias a la cercanía con un tío que era abiertamente gay y sólo unos 8 años mayor que él. En la universidad conocería a su primer novio y grupo de amigos con los que frecuentó algunos espacios de la Zona Rosa recurrentemente. El movimiento estudiantil de 2012, #YoSoy132, sin embargo, lo vinculó con otros hombres gay que lo acercaron más al ambiente de los bares del centro histórico, especialmente el Marrakech y la Purísima, donde Emmanuel encontró una mayor afinidad y gusto. Actualmente trabaja para el Poder Judicial, vive en las zonas centrales de la ciudad y es activista del movimiento LGBTIQ.

LUCAS (1988)

Lucas nació en Guadalajara en 1988, pero desde pequeño se mudó a la Ciudad de México. Más adelante, durante su adolescencia, la familia se mudó a Cuernavaca, donde Lucas estudió la preparatoria. Su primera experiencia sexual fue en la Ciudad de México con un compañero de la secundaria quien después lo acosó y chantajeó con exhibirlo. La madre de Lucas es judía y su padre cristiano evangélico, lo cual significó un ambiente ambiguo entre la libertad de escoger una religión y el conservadurismo de ambas frente a la homosexualidad. Lucas eligió ser evangélico y finalmente tuvo un rompimiento con ambas.

Sus primeras relaciones con otros hombres fueron durante la preparatoria en Cuernavaca, a quienes contactaba siempre a través de internet y los visitaba en sus casas o a veces iban al cine. Tras una experiencia insatisfactoria con sus estudios universitarios en Cuernavaca, Lucas aprovechó la nacionalidad estadounidense de su madre para irse, en 2007, a trabajar por un año a Austin, Texas, donde comenzó su exploración de sitios de ambiente gay. Al terminar, se mudó a la Ciudad de México, donde estudió una ciencia social en la UNAM. Ahí conoció al que considera su primer novio formal y con quien comenzó a frecuentar algunos sitios de la Ciudad de México.

Lucas no sabía mucho de la Zona Rosa y nunca se vio muy atraído por la vida nocturna de la ciudad. Sus lugares en la Zona Rosa eran La Botica y el Nicho, pues, dice, es donde se siente más cómodo y menos juzgado por el aspecto de su cuerpo. Más adelante, y poco antes de viajar a Canadá por un programa de trabajo temporal de dos años, Lucas conoció los bares de República de Cuba que le gustaron, pero tampoco le entusiasmaron demasiado. Tras su experiencia en Canadá, él está convencido de que los lugares de ambiente gay de allá son menos pretenciosos, más igualitarios y más sofisticados que los de México. Tiene poco tiempo de haber vuelto y actualmente vive en la Colonia del Valle.

OMAR (1986)

Omar nació en una localidad de Paraíso, municipio costero del estado de Tabasco. La ciudad más cercana es Comalcalco con alrededor de 80 mil habitantes y a 50 kms de la capital del estado, Villahermosa. Vivió buena parte de su infancia y adolescencia en Comalcalco. A los 17 le dijo a su madre que le gustan los hombres y se fue a vivir al puerto de Veracruz por un lapso de 5 años, donde trabajó como mesero en una palapa en la playa de Cardel. Llegó a Veracruz con unos tíos que allí vivían, pero tan pronto comenzó a ganar un ingreso, se separó para rentar un cuarto para él solo.

Además, en su estancia en el puerto también fue trabajador sexual esporádico, lo que lo puso en contacto con el servicio de los masajes, por lo que tomó un diplomado en esta disciplina. De vuelta en Tabasco, tuvo distintos trabajos como dependiente de una cadena de farmacias, mesero y otros empleos similares, además de continuar desempeñándose como masajista. Vivía en Comalcalco con sus familiares, pero buena parte de su vida laboral y social, la desempeñaba en Villahermosa.

Por contactos en el mundo de los masajes, llegó a vivir a la Ciudad de México en 2015 y específicamente a la Zona Rosa, donde renta un espacio que le sirve tanto como consultorio como vivienda en la Plaza del Ángel. Ahí, brinda servicio de masajes que publicita a través de anuncios en revistas locales, páginas de internet y aplicaciones móviles de ligue gay. Además, subarrenda el espacio para otros amigos y amigas masajistas.

Jesús frecuenta los bares de la Zona Rosa. Al principio asistía a los de la calle de Amberes, pero dice que ya no le gustan. Prefiere el Almacén, el Vaquero y uno de los Cabaretitos. Dice que son “menos intensos”, que hay menos venta de drogas, que la música es mejor. Desde que vive en la Zona Rosa dice que se ha vuelto más responsable y organizado y que incluso ha comenzado a ahorrar pues desea viajar por México y por otros países. Con las redes que ha hecho a partir de sus clientes, no descarta mudarse a Estados Unidos. En tanto, en la ciudad de México tiene una red de amigos de su tierra natal, especialmente gays o mujeres trans, que también se han mudado a la capital.

EVERARDO (1983)

Nació y creció en Cuautitlán Izcalli, suburbio al norte de la Ciudad de México. Estudió la educación básica ahí y la educación preparatoria la hizo en Ciudad Satélite, otra zona al norte de la Ciudad, pero mucho más cerca de las zonas centrales. Más adelante estudió arquitectura en una de las universidades privadas más grandes del país en un campus por esa zona. Everardo se define a sí mismo como gay, pero también señala que no se siente cómodo con esta etiqueta.

Para Everardo, la vida social urbana está sumamente vinculada a su gusto por la música y su definición por lo “alternativo”. Esto se refiere a los géneros rock progresivo e indie. Así que participaba constantemente de fiestas, conciertos y eventos privados realizados alrededor de este género y estilo, que no es dirigido de manera predominante a un público homosexual, pero que es frecuentado por muchos gays. Más adelante, Everardo dice que estas fiestas y eventos decayeron y entonces fue que empezó a frecuentar el Marrakech, la Purísima y la Sacristía, en el centro histórico. Son sus bares favoritos y muestra un gran desdén por los de la Zona Rosa y de Polanco y sus clientelas. No se vincula con otros lugares de encuentro o bares y, dice que, por su edad, ya no le gusta salir mucho a estos bares. Actualmente vive en la colonia Santa María la Ribera.

EDGAR (1983)

La infancia y adolescencia de Edgar osciló entre el puerto de Veracruz, la Ciudad de México y Monterrey. Cuenta que sus primeras experiencias eróticas en la infancia, en juegos con sus primos. Sin embargo, para Edgar asumir una identidad homosexual fue un largo proceso que comenzó con esas experiencias y culminó al cumplir 30, cuando le dijo a su madre que es gay. Aunque desde los 15, estudiando en una pequeña escuela privada y católica al norte de la Ciudad de México compraba clandestinamente algunas revistas de temática gay que se distribuían normalmente en cualquier puesto de periódico, Edgar tenía relaciones afectivas y eróticas con compañeras de la escuela. La familia se mudó a Monterrey unos años más, donde tuvo una novia.

Todavía viviendo en Monterrey, Edgar viajó a México algunos veranos a estudiar inglés, donde, 2000, visitó por primera un bar gay en la Zona Rosa: el Cabaretito. Lo hacía acompañando a una amiga suya lesbiana. Más adelante, en 2002, se mudó finalmente a la Ciudad de México para estudiar una licenciatura en una prestigiada institución privada donde, cuenta, comenzó una mayor apertura a explorar una identidad gay, especialmente tras su amistad con otra chica lesbiana de la universidad. Tras un par de años de asumirse como bisexual, tener algunas experiencias con mujeres y otras con hombres, particularmente algunos que ligó en el último vagón del metro, Edgar finalmente estableció una relación formal con un compañero de la universidad. Con él, estableció un grupo de amigos con los que frecuentaron buena parte de la vida nocturna gay de la ciudad. Sus lugares favoritos eran el Box y el Living, ambos fuera de la Zona Rosa. Para Edgar fue muy importante descubrir que su primer novio resultó VIH positivo. Continuó la relación un par de años más, en la que Edgar tuvo acceso a grupos de apoyo y otras organizaciones dedicadas a prevenir y a tratar las afecciones asociadas al virus. Dejando trancos sus estudios, Edgar se dedicó temporalmente a dar clases de inglés.

Tras terminar su primera relación, Edgar continuó con una intensa exploración de bares y antros. A través de internet conoció a otra relación que sostuvo por años y con quien visitaba algunos bares en la colonia Condesa y en la Zona Rosa. Más adelante, en otra relación se mudó a la ciudad de Puebla. Actualmente, Edgar vive nuevamente en México, en la colonia Tabacalera y trabaja en una agencia que organiza viajes y eventos estudiantiles.

RIGEL (1981)

Nació y vivió en la colonia Narvarte de la Ciudad de México. Su padre era comerciante de refacciones de pequeña industria. Estudió toda su educación básica en una escuela privada y laica de la zona y más tarde hizo una licenciatura en una pequeña y prestigiada universidad privada. Rigel dice haber descubierto con mucha preocupación una orientación homosexual desde la infancia. Para él, esto fue claro y significaba un problema a enfrentar, por lo que se negó cualquier experiencia erótica o sexual que significara revelar o asumir esta orientación. A través de internet, supo de diferentes bares y sitios de ligue entre hombres y comenzó a rondarlos, pero sin entrar a ellos.

La “salida del clóset” es un evento determinante para él, que solo lo consiguió tras un año de terapia durante su último año de licenciatura. Ahí, finalmente decidió encarar su orientación homosexual y, más adelante, asumir una identidad gay. Para él, “salir del clóset” significó comenzar a comunicar a sus amigos y familiares su homosexualidad y, sobre todo, comenzar a frecuentar los bares, antros y otras sociabilidades. Para ello, consiguió una suerte de “padrino”, quien lo llevó a todos estos sitios. Más adelante, por su cuenta, exploraría también algunos lugares de encuentro. Su lugar favorito en la

Zona Rosa era el Lipstick, al que asistía con mucha regularidad con un pequeño grupo de amigos que hizo y también un bar de la colonia Condesa llamada Pride. Tras desarrollar una relación estable y monógama, dejó de asistir a estas sociabilidades. Actualmente y tras un proceso de abrir su relación, ha vuelto a explorar algunos sitios y su lugar favorito es el bar Tom's. No asiste a los de República de Cuba. Vive en la colonia Juárez y trabaja en una consultoría de temas políticos.

ARIADNA (1981)

Ariadna creció en la colonia Del Valle de la Ciudad de México. Estudió toda la educación básica en una escuela privada laica de la Zona y más tarde hizo una licenciatura en una prestigiada universidad privada y católica. Actualmente se identifica como lesbiana aunque, para ella, esto es transitorio, pues también se ha reconocido como bisexual y no descarta que tras terminar una relación estable con una mujer en la que se encuentra actualmente, vuelva a una "fase bi". Cuando comenzó a asumir una identidad no heterosexual, mientras estudiaba la licenciatura, se autodefinía como "gay", pues decía que el término "lesbiana" no le indicaba un ambiente que, en ese entonces, no le atraía y le resultaba amenazante.

Durante la preparatoria, Ariadna no era consciente de una orientación no heterosexual. Fue cuando estudiaba la licenciatura que se enamoró de una profesora que supo que "siempre había sido gay". Incluso hizo retrospectivas en las que entendió sus relaciones amistosas con otras compañeras de la escuela como impulsadas por un deseo erótico-afectivo. Ante esto comenzó a buscar por su cuenta espacios dónde conocer a otras mujeres y fue a través de revistas impresas que dio con algunas direcciones. Los primeros sitios que visitó no fueron de su agrado. Vinculándose con otras mujeres no heterosexuales de su universidad conoció a quien fue su primera relación formal con una mujer. Con ella salían a distintos sitios de la ciudad. Su lugar favorito era el bar Pride en la colonia Condesa. Tras terminar su relación, Ariadna tuvo otra relación con un hombre que al final tampoco funcionó. Con esta relación dejó de frecuentar y explorar sociabilidades no heterosexuales. Tras convertirse en instructora de yoga, conoció a otra mujer con la que empezó otra relación formal que sostiene hasta la fecha y vive en zonas centrales de la Ciudad de México.

JERÓNIMO (1980)

Nació y creció en Azcapotzalco, una zona postindustrial de clases medias al noreste de la Ciudad de México. Hijo de padres profesionistas, estudió su educación básica y media en tres diferentes escuelas privadas de la zona. Más adelante, Jerónimo decidió estudiar una licenciatura en ciencias sociales en un pequeño instituto público de élite.

Jerónimo tuvo algunas novias durante la secundaria y preparatoria, al mismo tiempo que iba descubriendo una orientación erótico-afectiva también para los hombres. En su adolescencia, hizo un viaje a un curso de verano en Londres. Ahí, en un tren conoció a otro hombre con el que, tras mirarse y ligarse, consintió ir a su casa a tener un encuentro sexual. Esto lo confundió y, por algún tiempo, se consideró a sí mismo bisexual. Al volver a México, consultando algunas revistas gay que consiguió en un puesto por la Glorieta de Insurgentes, supo del ambiente sexual entre hombres que había en un par de cines del centro histórico donde tuvo sus primeras experiencias sexuales, pero no le comunicó a nadie de esto. Fue en la licenciatura que se acercó a un compañero suyo que era abiertamente gay a confesarle que tenía también curiosidad por asistir a otros sitios. Él se convirtió en su "madre" y lo

llevó a conocer diferentes bares y sitios a mediados de los 2000. Al poco tiempo, desechó la idea de ser bisexual y asumió una identidad gay.

Jerónimo desarrolló una relación con un hombre que duró poco y, más adelante encontró un pequeño grupo de amigos, incluida una chica que había sido su novia en la adolescencia y que también asumió una identidad gay. Sus lugares favoritos eran el Living y el Lipstick. Jerónimo, además, visitaba con cierta frecuencia los baños Finisterre y, con menor medida algunos sitios de encuentro. Para 2009, Jerónimo decidió entrar a un programa de Alcohólicos Anónimos, que lo alejó de la intensa vida nocturna y se enfocó a su trabajo en el sector público. Actualmente tiene una relación de pareja y ocasionalmente asiste a algunos bares tanto de la Zona Rosa como de la calle de República de Cuba.

HÉCTOR (1980)

Héctor nació y creció en la Ciudad de México, hijo de una madre soltera. Estudió en pequeñas escuelas privadas y posteriormente estudió la licenciatura en contabilidad en otra pequeña universidad privada. Desde entonces, ha sido funcionario público en un municipio del área conurbada a la Ciudad de México, donde ha ido subiendo lentamente dentro de la estructura administrativa.

Héctor es consciente de una orientación homosexual desde niño. Incluso señala que para su madre fue también algo esperado, es decir, antes que la idea de que fuera heterosexual. Sin embargo, Héctor dice que, según él, “no dio señales de ello”. En su adolescencia, cerca de los 18 años, Héctor trabajó en algunos antros de ambiente heterosexual como garrotero y posteriormente como bar tender. Eso lo conectó a una vida nocturna en la que conoció a algunos otros hombres gay que poco a poco lo fueron adentrando al ambiente. El primer bar gay que visitó fue un Cabaretito. Más adelante, un tío suyo también gay, abrió un par de lugares gay en la calle de Amberes y eso hizo que la Zona Rosa fuera uno de sus lugares predilectos. En esta etapa de exploración, Héctor visitó algunos lugares de encuentro, baños y otras sociabilidades. Poco después comenzó una relación duradera con otro hombre, aunque viviendo separados. Con él convino tener una relación abierta, por lo que Héctor mantiene algunos contactos con otros hombres a quienes suele conocer por redes sociales en aplicaciones móviles.

Héctor y su pareja tomaron la decisión de vivir juntos y para ello consiguieron un pequeño apartamento en la Zona Rosa, a media cuadra del punto de mayor concentración de bares y antros de ambiente gay.

BENIGNO (1980)

Benigno nació y creció en el puerto de Tampico, en la costa del Golfo de México. Sus padres ambos eran empleados y él se reconoce como de una clase media del puerto. Estudió en escuelas públicas toda su educación básica. Desde muy pequeño se supo diferente, pues, reconoce abiertamente, era un niño afeminado y sufrió algunas experiencias de bullying. Nunca tuvo novias o alguna confusión sobre su orientación sexual. Gracias a su propia iniciativa, consiguió incorporarse a un programa becado de intercambio académico y cursó un año de preparatoria en Buenos Aires. Ahí comenzó a asumir una identidad gay, explorar la oferta de este ambiente en la ciudad y, además, tuvo su primera relación afectiva con otro chico.

Al volver a Tampico, Benigno quería reencontrarse con lo que había vivido en Buenos Aires, pero la oferta de su ciudad natal no le satisfacía. Así, en 1999, comenzó a establecer algunos contactos a través de internet con otros chicos de Tampico y con ellos realizó viajes a la Ciudad de México con el fin de visitar la Zona Rosa y sus bares. El Cabaretito fue el primero de ellos. Más adelante, Benigno se mudó a la Ciudad de México para estudiar una licenciatura en Relaciones Internacionales en una universidad privada. Ahí amplió un gran círculo de amistades tanto de la universidad, como de sus contactos de internet, como de sus visitas a los diferentes bares, antros y lugares de encuentro. Benigno exploró ampliamente la Zona Rosa y también sitios, baños de vapor y otras sociabilidades de la ciudad. Habla de La Casita, un club de encuentros en la Roma, pero también de antros como el Box. Más adelante, Benigno se cansó de la Zona Rosa y comenzó a explorar una vida nocturna no necesariamente gay hasta que se fue a estudiar una maestría a Estados Unidos en 2006. Al volver, tuvo una vida más casera y orientada a su trabajo, salvo una etapa en la que empezó a frecuentar los bares de República de Cuba, en el centro histórico y también los bares de otras ciudades de México. Actualmente Benigno es miembro del Servicio Exterior Mexicano y vive en Europa cumpliendo con sus misiones diplomáticas.

MARÍA (1979)

María nació y creció en Lindavista, al norte de la Ciudad de México. Hija de padres dedicados al ámbito educativo, estudió toda su educación básica en una escuela privada católica. Más tarde estudió simultáneamente dos licenciaturas en la UNAM y en una universidad privada católica. María creció asumiéndose como heterosexual, sin embargo, sus 25 años no había tenido alguna relación formal con ningún nombre y apenas algunos acercamientos eróticos con algunos. Su primera experiencia con sitios de ambiente fue a través de un amigo suyo gay a quien acompañó a algunos bares, siempre como acompañante. Hacia el final de su licenciatura comenzó a sentir una gran atracción por una compañera de la escuela, lo que la hizo cuestionarse su orientación e identidad sexual. Tras considerarse como bisexual, encontró a otra mujer por la que sintió también una gran atracción física y afectiva por lo que terminó de asumir una identidad lésbica. Señala que, en retrospectiva, había algunas señales de una orientación homosexual desde la adolescencia de las que no había sido consciente.

María estableció una relación formal de pareja con una mujer con quien ha vivido los últimos ocho años de su vida. La socialización de una identidad lésbica ha sido a través de esta relación, las amistades de ella con la que comparten algunas reuniones, viajes y ocasionalmente alguna salida a algún bar de ambientes lésbicos. También lo hace a través de series televisivas, películas y literatura. Ocasionalmente acompaña a su amigo gay a la Zona Rosa y a otros bares de ambiente mixto. Actualmente es maestra privada y, tras estudiar una maestría, busca cursar un programa de doctorado para convertirse en investigadora académica.

ISABEL (1978)

Isabel creció en la colonia Villa de Cortés, una zona de clase media relativamente central de la Ciudad de México. Estudió su educación básica en una pequeña escuela privada católica y más adelante hizo una licenciatura en sociología en una universidad pública de la Ciudad de México. Isabel se asume a sí misma de forma indistinta como gay o lesbiana, incluso le gusta llamarse a sí misma por el mote “lencha” que puede tener un uso peyorativo y también reivindicativo.

Durante la secundaria y preparatoria, Isabel tuvo algunos novios al mismo tiempo que ya era consciente de una atracción física y afectiva hacia otras mujeres. Fue entrando a la universidad en 1996, que se enamoró de una amiga y comenzó a preguntarse si sería heterosexual o no. Buscando información sobre homosexualidad y bisexualidad, se topó con un programa de radio conducido por una sexóloga que dio informes sobre una asociación civil que daba atención a mujeres no heterosexuales. Tomó nota de los teléfonos y le marcó, comenzando así sus primeros pasos en la socialización de una identidad lésbica a través de talleres, clubes de debates, lecturas y películas. Ahí conoció a su primera novia y también al grupo de amigas con el que empezó a explorar la oferta de bares y antros de ambiente. Su primero fue el Anyway, en la Zona Rosa.

Isabel se fascinó con la vida nocturna de ambiente, pero siempre le pareció que la oferta de lugares era insuficiente para “gente bien”. Por eso comenzó a organizar fiestas privadas para hombres y mujeres gay, con el objetivo de construir una red de relaciones: cada invitado estaba obligado a traer a otros invitados. De cada uno tomaban sus datos de contacto para invitarlos a las siguientes. No convencida con un trabajo en la administración pública federal que obtuvo al terminar la carrera, su novia de ese entonces y otras amigas la convencieron de volverse socia de un bar en la Zona Rosa, en la calle de Amberes. Otras aportarían el capital para rentar el espacio y ella las relaciones públicas. Tras el éxito, Isabel y su novia tuvieron la oportunidad de administrar otro espacio al sur de la Ciudad y convertirlo en un bar gay. Para ella, parte del éxito de este nuevo bar, a pesar de estar fuera de los circuitos típicos de bares “de ambiente”, fue justamente aportar una red de relaciones de “gente bien”.

El bar al sur fue clausurado por los vecinos y entonces Isabel se movió hacia otros proyectos de bares más dentro de las zonas centrales de la Ciudad. Terminó con su novia y, después de ser socia de un bar en la colonia Condesa, decidió dejar la vida nocturna en 2010 y dedicarse a otros proyectos empresariales y personales, como es el canto. Actualmente, Isabel vive en la colonia Portales y está comenzando una nueva relación con una mujer varios años más joven que ella. No descarta volver a la vida nocturna.

REGINA (1977)

Regina creció en Coacalco, en el límite norte entre la Ciudad de México y el Estado de México. Estudió arqueología en la universidad pública del sur de la ciudad. Cuenta que aunque se le asignó el género masculino al nacer, desde pequeña sentía “no funcionar” como hombre y más comodidad al incorporar y mostrar más elementos de una expresión de género femenina hasta recibir tratamientos de modificación corporal. Esta transición fue prolongada y comenzó con la creación de un personaje femenino a la que asistía a fiestas o en salidas al antro con sus amigos heterosexuales de la preparatoria.

En la universidad comenzó a tener más contacto con activistas feministas y de la diversidad sexual. Desarrolló ahí un círculo de amigas, algunas de ellas lesbianas, con las que tuvo un mayor relación con las sociabilidades de la trasgresión sexual, tanto las asociadas a lesbianas como para hombres gays. Sin embargo, Regina también dice que en su vida nunca ha sentido una constante o intensa atracción sexual a las personas de acuerdo a lo que considera se espera u observa entre sus amigos y conocidos. Cuenta Regina que recientemente asumió ser una persona asexual. Dice que siempre lo ha sido, pero no había siquiera considerado que esa identificación existía hasta que se informó al respecto. Esta característica, dice, la había mantenido alejada de los espacios gay o lésbicos, pues para ella buena parte de la mecánica de estos sitios es el ligue, para el que ella rara vez ha estado

interesada. En cambio, siempre había preferido salir simplemente a divertirse y a disfrutar una expresión de género femenina.

Regina decidió avanzar en su expresión de género femenina más allá del personaje de fiestas mientras estuvo en una estancia profesional fuera de México. En esta experiencia, entró en contacto con algunas mujeres trans de la ciudad donde residía, se unió a sus colectivos y ello le ayudó a asumir una identidad transfemenina de forma más decidida. Sin embargo, en esta misma estancia una noche que caminaba vestida con atributos femeninos, sufrió un golpiza anónima de la que solo puede sospechar que se debió a que fue identificada como trans. Esto atrasó este proceso que había iniciado. De vuelta a México, luego de un tiempo de recobrar confianza, se incorporó a algunos colectivos como el Centro de la Diversidad Sexual y acudió a la Clínica Condesa y ahí, tras recibir la atención y las pruebas psicológicas y psiquiátricas, le aprobaron las modificaciones corporales y tratamientos hormonales.

Luego de un tiempo de asumirse como mujer trans, Regina hoy prefiere el término “persona trans”. Esto, dice, se debe a su contacto con algunas lecturas y colectivos feministas donde permanece aún una disputa sobre el significado e implicaciones de la identidad de género. Al momento de la entrevista no contaba con un empleo formal permanente y recientemente se había mudado a la colonia Juárez, cerca de la Zona Rosa.

CATALINA (1969)

Catalina creció en la colonia Nápoles de la Ciudad de México. Creció en una familia muy vinculada a algunos sectores del medio artístico, intelectual y mediático de la ciudad. Esto propició que el círculo de amistades de su madre incluyera gente gay. Catalina estudió letras en la UNAM. Desde la infancia, Catalina reconoce sentirse distinta por no sentir interés por las “cosas de niñas” y sí por las de “niños”, desde el arreglo personal, hasta las actividades lúdicas. En la adolescencia temprana, tras exponerse a algunos carteles de las primeras manifestaciones del movimiento Lésbico-Gay de México, escribió en su diario “no quiero ser homosexual”. Pocos años después, a sus 16, unas amigas de su madre, con el consentimiento de ella, la llevaron a un espacio en el centro histórico, llamado Luna Creciente, donde se tenían charlas sobre temas feministas pero también el encuentro entre mujeres no heterosexuales. Ahí Catalina conoció a su primera novia.

Con su primera relación exploró algunos de los bares y antros de “ambiente” de la Ciudad de México, en particular uno en Ciudad Satélite de ambiente mixto. Catalina encuentra que la mayoría de los bares para mujeres no tienen un ambiente agradable para ella, pues ve una división de roles de género que le disgusta. En cambio, en otras ciudades europeas o estadounidenses, esto es menos marcado. En cualquier caso, señala que desde hace muchos años dejó de frecuentar bares y antros más que ocasionalmente y, sobre todo, cuando viaja fuera de México. Tras haber sostenido algunas relaciones esporádicas con hombres, concluyó que su orientación sexual es bisexual, mientras que su identidad sexo-afectiva es lésbica.

ERNESTO (1969)

Ernesto creció en una de las colonias más acomodadas del poniente de la Ciudad de México y toda su vida asistió a instituciones de los Legionarios de Cristo. A pesar del ambiente conservador en el que creció, el descubrimiento e incorporación de una identidad gay no parece haber sido muy

problemático en su vida. Nunca sufrió de hostigamiento o acoso en la escuela. Posteriormente, al estudiar la licenciatura en una exclusiva universidad católica, comenzó a desarrollar una relación afectiva con uno de sus compañeros. Para ambos fue una relación que significó el descubrimiento conjunto y proceso de socialización de una identidad gay, que es la que actualmente asume. Este compañero ha sido su pareja por más de 20 años.

Al terminar la licenciatura, Ernesto viajó a Europa donde estuvo al servicio de los Legionarios de Cristo, con la intención de unirse como sacerdote. Sin embargo, tras explorar solo o incluso acompañado de su compañero que fue a visitarlo en algunas ocasiones algunos de los bares de Italia y España, decidió que la vida religiosa no era para él. Volvió a México y se incorporó como funcionario académico de la universidad, donde ha permanecido toda su carrera. Desde que volvió a México en la década de 1990, Ernesto ha explorado muy activamente un amplio catálogo de sociabilidades no heterosexuales de la Ciudad de México y de otros lados. Conoce la Zona Rosa con gran profundidad, teniendo varios espacios favoritos, como son los Cabaretitos, pero también otros bares más exclusivos. Conoce sitios de encuentro, vapores, dinámicas de ligue en la calle y otros. Ha consolidado un grupo de amigos desde hace muchos años con los que realiza estas exploraciones.

ANTONIO (1963)

Antonio nació y creció en Chihuahua en un barrio de clases medias. Su educación fue siempre en escuelas religiosas y, al terminar la preparatoria, hizo varios intentos de estudiar alguna carrera dentro de universidades públicas y privadas del estado. Desde la adolescencia supo que de su atracción por los hombres, cosa que quiso mantener oculta, por lo que, tras sus estudios trancos, decidió unirse a la Iglesia Católica como sacerdote diocesano, donde continuó con los estudios universitarios que se incluyen dentro de la formación sacerdotal.

El seminario lo envió a continuar con sus estudios en México a finales de la década de 1980, donde un día libre tuvo la curiosidad de ir a la Zona Rosa a buscar algún lugar de ambiente. Sabía de la Zona Rosa por referencias de su familia y amigos que le habían dicho que era un espacio gay. Así que, dando vueltas por sus calles, encontró El Taller, un bar en la calle de Florencia. Así comenzó una etapa de escapadas del seminario hasta que decidió que no debía continuar con la vida sacerdotal. Retomó sus estudios en la carrera de derecho en la Ciudad de México en la UNAM, donde también realizó sus posgrados. En este tiempo, experimentó una etapa de exploración de buena parte de la oferta de sociabilidades no heterosexuales de la Ciudad de México. Ha tenido un par de relaciones de pareja de unos cinco y seis años. Antonio es actualmente un funcionario académico de una prestigiada universidad privada y vive en la colonia Del Valle.

FELIPE (1961)

Nació en 1961 en una familia conservadora, religiosa y acomodada. Su padre, dice, era homofóbico y alcohólico. Felipe estudió en diferentes escuelas del sistema de los Legionarios de Cristo de las cuales se movió por el *bullying* de sus compañeros por ser afeminado. En el primer año de preparatoria, Felipe tuvo una primera relación con un hombre que conoció en un ligue en las calles de la Zona Rosa, práctica con la que inició. Por mostrar abiertamente su identidad sexual, fue expulsado de la escuela. Felipe es psicólogo, estudió la carrera en la UNAM y ha hecho especialidades dentro y fuera de México. También tiene algunos estudios en dramaturgia y ha desarrollado algunas obras.

Felipe se identifica indistintamente como “gay” o como “homosexual”. Casi toda su vida adulta ha estado en pareja, lo cual, dice, ha hecho que frecuente menos que otros hombres los espacios de sociabilidad. Sin embargo, en la década de 1980 frecuentaba algunos lugares de ligue en espacios públicos hasta que tuvo una mala experiencia de extorsión. En la década de los 90 tuvo una pareja con la que experimentaban, juntos, otros contactos sexuales, por lo que visitaban la Zona Rosa. Su dinámica era la de asistir a restaurantes y cafés, no necesariamente gay, donde a través de miradas, establecían algún ligue. En este período es que también tuvo un bar favorito, que es el Toms, en la colonia Condesa.

Felipe terminó su relación en 2000 y comenzó otra, con otro hombre con el que estuvo algunos años más. Sin embargo, dejó de asistir con regularidad a la Zona Rosa y a otros espacios de sociabilidad urbana. Se enfocó a su carrera y brevemente a su faceta como dramaturgo. En años recientes ha intentado conocer a otros hombres a través de internet con una muy mala experiencia de robo en su casa. Actualmente Felipe vive en la colonia Condesa y se dedica a dar terapia psiconalítica en su consultorio.

JOSÉ MIGUEL (1960)

Juan Manuel nació en 1960 en una familia no muy religiosa. Su madre era protestante, pero su padre hijo de republicanos españoles, así que no tuvo una formación religiosa concreta. Él dice haber descubierto su homosexualidad desde niño y que no la vivió como un conflicto muy severo, ni como un secreto que debía guardar frente a sus padres. Tan es así, que dice que lo declaró desde los 8 años, luego más tarde a los 13 y finalmente a los 17, cuando dice que finalmente sus padres lo creyeron. José Miguel no se considera “gay”, sino “homosexual”, aunque dice que por costumbre y practicidad también usa esa palabra. Estudió su educación básica en dos escuelas privadas del rumbo y posteriormente la carrera de comunicación en una universidad pública de la ciudad.

Las primeras experiencias de José Miguel fueron gracias a un compañero de la escuela, dos años mayor que él, que le fue explicando y mostrando algunas de las dinámicas de ligue y contacto entre hombres, particularmente en la calle. Al terminar la preparatoria, José Miguel exploraba los bares, restaurantes y otros sitios “de ambiente”. Los bares Nueve y Paseo, en la Zona Rosa, estaban dentro de sus favoritos, aunque al mismo tiempo era crítico del ambiente gay que ahí se desarrollaba. Lo mismo el L’Barón al sur. A lo largo de los 80 y buena parte de los 90, exploró “toda” posible lugar de ligue, encuentro sexual, baile o simple convivencia entre hombres, pero también lesbianas y personas trans. Hizo un gran grupo de amigos con los que hasta la fecha asiste a explorar nuevos sitios en los alrededores de la ciudad. Sin embargo, señala, un gran porcentaje de sus amigos murió en algún momento de finales de los 80 y principios de los 90 por alguna de los padecimientos asociados al SIDA.

José Miguel tuvo algunas parejas durante estos años. Sin embargo, la pareja más duradera la estableció en 2000 y con él duró unos 12 años. Esto lo alejó un poco de la rutina de salir a diferentes sitios y, en años recientes, la ha retomado pero dejando de lado los antros que, dice, no son para su edad. José Miguel actualmente vive en la colonia Condesa y toda su vida profesional ha sido trabajando en diferentes empresas de televisión.

CHARLIE (1958)

Charlie nació y creció en la ciudad de León, Guanajuato, en una familia acomodada que tuvo la oportunidad de enviar a sus hermanos a estudiar a universidades del extranjero. Charlie, desde niño, supo que era diferente pues era afeminado y eso le producía hostigamiento y acoso en la escuela. En su adolescencia tuvo una relación de siete años con alguien mayor que él que decidió terminar la relación por casarse con una mujer. Charlie se mudó a la Ciudad de México para estudiar la licenciatura en una exclusiva universidad católica. Fue en su tiempo universitario en el que visitó el bar Nueve, de hecho, cuando comenzó a ser un restaurante, y se incorporó muy rápidamente a la vida nocturna trasgresora de la Ciudad de México en la que participaban artistas, políticos y algunos intelectuales. Esto le ganó cierta popularidad que lo fue convirtiendo poco a poco en un publrrelacionista de la propia vida nocturna.

Tras trabajar un tiempo en un negocio de importación de quesos, fue contratado por los socios del bar Nueve para impulsar un nuevo restaurante en la Zona Rosa. Tras un desacuerdo con ellos, Charlie trabajó como publrrelacionista para otros antros exclusivos y de farándula de la década de 1980 y principios de la década de 1990. Fue al final de este tiempo cuando fue detectado positivo para VIH. Su reacción fue un mayor consumo de alcohol, drogas y vida nocturna. En este y el período previo, Charlie visitó un gran número de bares, cantinas y otros lugares de encuentro fuera de la Zona Rosa, particularmente del centro histórico. Luego de que el VIH le desarrolló SIDA, Charlie llegó en 1999 a un hospital con un estado crítico de salud. A partir de ahí comenzó una recuperación y tratamiento que le restableció la salud. Ante esto, Charlie decidió crear una fundación para la prevención, detección y atención a personas con VIH.

SEBASTIÁN (1955)

Sebastián nació en la Ciudad de México, pero en su adolescencia se fue a estudiar a la ciudad de Puebla, donde hizo sus estudios en escuelas privadas y estudió la licenciatura en psicología en una conservadora universidad católica de esa ciudad. En su período universitario, Sebastián fue desarrollando un grupo de amigos homosexuales a quienes conocía en las calles y plazas del centro histórico de Puebla, especialmente en el zócalo. Sebastián se reconoce a sí mismo como “homosexual” y lo prefiere al término “gay”, aunque también lo emplea. Con este grupo de amigos visitó por primera vez la Zona Rosa de la Ciudad de México, específicamente el bar Nueve.

Posteriormente, tras terminar sus estudios a mediados de la década de 1980, se mudó a la Ciudad de México, a la casa de sus padres en la colonia Polanco. Sus padres, cuenta, tomaron muy bien su identidad sexual y aceptaban en casa a sus amigos e incluso a sus efímeras relaciones de ese entonces. Sebastián frecuentó un gran número de bares y restaurantes que había en la Zona Rosa y en otras partes de la ciudad en ese entonces. Recuerda con especial atención un restaurante de ambiente gay en la colonia San Rafael, también el bar Paseo. En un efímero bar en la calle de Florencia, una noche de 1989 conoció a quien se convirtió en su pareja más importante y significativa de su vida.

Al poco tiempo de conocerse e iniciar una relación, sin vivir juntos, se hicieron una prueba de VIH en la que su pareja resultó positivo. Eso transformó la vida de Sebastián, pues dedicó los siguientes cinco años en acompañar y luego atenderlo hasta que desarrolló SIDA y eventualmente murió. En este tiempo, Sebastián investigó y participó en diferentes eventos relacionados con el VIH/SIDA.

Tras la muerte de su pareja en 1994, sufrió otros golpes importantes como la muerte de sus padres y de un hermano. Sebastián quedó viviendo en casa de sus padres a cargo de otra hermana con síndrome

de Down. Todo esto significó un alto en la vida de exploración de antros, bares y otras sociabilidades. Sebastián se enfocó en su carrera como terapeuta y más adelante desarrollaría una relación con un hombre mucho menor que él a quien le pagaba por su compañía. Esta relación duró alrededor de 10 años. Recientemente, Sebastián ha encontrado a otro joven con el que sostiene una dinámica similar

Anexo II.- Bares, antros, baños y lugares de encuentro

Anyway/Exacto

Este antro abrió sus puertas en la década de los 90 y parece haber cerrado alrededor de 2005. Estaba ubicado en la calle de Monterrey, en la colonia Roma, pero a un par de cuadras de la Zona Rosa. A través de mis entrevistas, es descrito como un antro ideal para bailar, con la música a un volumen elevado, en edificio de tres pisos, en el que había uno de ambiente mixto, otro pensado para la convivencia entre mujeres y otro para hombres. Los entrevistados lo describen como un espacio mezclado tanto en términos de niveles socioeconómicos como de la edad de los asistentes: barato y con un precio de entrada no muy elevado.

Botas Bar

El bar abrió sus puertas alrededor del año 2010 y permanece abierto al tiempo de esta investigación. Se encuentra en la calle de Niza, en la Zona Rosa, en un edificio. Separa el ambiente en un piso para mujeres y otro para hombres. Se trata de un bar donde, en ambas secciones, hay espectáculo de desnudos con la posibilidad de que sus asistentes puedan contratar un baile privado. No es un lugar para bailar y cobra precio de entrada. Es frecuentado por personas entre sus 25 y 40 años

Box

Un antro de los más referidos y recordados con mayor entusiasmo por parte de quienes salían por las noches a finales de la década de los 90 y principios de los 2000. Tuvo dos sedes, uno en la colonia Roma y otro en la colonia Granada (al norte de Polanco), ambos eran salones muy grandes. El de la colonia Granada, al parecer, fue originalmente una bodega. El antro era ideal para bailar y tenía una separación de espacios por tipo de música: electrónica y pop. La clientela eran mayoritariamente hombres, pero también asistían mujeres. El precio de entrada era elevado y la bebida también. Aún así, en las entrevistas es referido como un espacio que mezclaba el ambiente entre clases sociales y grupos de edad, en buena medida, porque en ciertos horarios, la entrada era gratuita.

BoyBar

Este antro abrió en la calle de Amberes a finales de los 2000, cambió de nombre por un tiempo a Lollipop y actualmente reabrió sus puertas nuevamente como BoyBar. Es un antro grande que ocupa tres pisos, separando un espacio de bar y dos destinados para bailar dos tipos de música distinto (electrónica y pop). Tiene un costo de acceso, pero uno no muy elevado. El antro está dirigido principalmente a una clientela masculina e incluso cuenta con espectáculo de estríper masculino y un cuarto oscuro. Sin embargo, también acuden algunos grupos de mujeres lesbianas o bien heterosexuales. La edad de su clientela suele oscilar entre los 18 y los 35 años.

Cabaretitos

Se trata de un conjunto de bares/antros que abrieron sus puertas en 1998 y se encuentran dispersos por la Zona Rosa. A veces pueden existir simultáneamente cuatro diferentes cabaretitos y,

dependiendo de clausuras o viabilidad de los negocios, pueden cerrar sus puertas o cambiar de dirección. Son espacios particularmente apropiados por los más jóvenes, desde los 18 a los 25 y se sabe que también intentan ingresar a veces con éxito y, dependiendo de la oleada de atención oficial, mayor o menor tolerancia, algunos menores de edad. Los Cabaretitos son espacios donde lo principal es bailar e incluso existen dinámicas y hasta competencias de coreografías grupales sobre diferentes éxitos pop. En algunas de sus sedes también se organizan algunos espectáculos de cabaret, de drag y otros eventos teatrales o incluso conferencias. Los Cabaratitos son, por lo general, todos de ambiente mixto entre hombres y mujeres, aunque algunos de ellos suelen concentrar un ambiente más lésbico y otros más gay masculino. En todos los casos, suelen ser apropiados por jóvenes de clases medias bajas o sectores populares ya que no hay precio de acceso y las bebidas suelen ser las más baratas de la Zona Rosa. Por esta razón, suelen ser visto con cierto desdén de clase.

Cantina del Vaquero

Un bar que abrió sus puertas en 1985 y cerró alrededor del año 2005, propiedad del periodista y escritor Luis González de Alba. Se encontraba en la colonia Insurgentes Mixcoac, al sur de las zonas centrales de la ciudad en un área de clases medias. Se trataba de una cantina dirigida exclusivamente a un público masculino, a quien, además se le pedía vestir pantalón de mezclilla y no portar lociones. El bar convocaba, por lo general, a hombres mayores de 30 años, pero también asistían algunos más jóvenes. Contaba con un cuarto oscuro donde se proyectaban películas pornográficas.

Enigma/Don

Un bar en el norte de la colonia Roma, a unas pocas cuadras de la Zona Rosa, que abrió sus puertas a principios de los 90 y cerró a principio de los 2000. Estaba dirigido principalmente a mujeres de muy amplio rango de edad pero principalmente en sus 30. Algunas entrevistadas lo refieren como de un ambiente popular o sórdido.

Envy/Guilt/Saint

Los tres son antros de características similares, todos ubicados en la colonia Polanco. El primero en abrir sus puertas fue el Envy, que lo hizo primero, en 2008 en el extremo poniente de la Ciudad de México, en Santa Fe. Posteriormente se mudó a las Lomas de Chapultepec y actualmente ya no existe. Sin embargo, los otros dos, Guilt y Saint, que abrieron, primero en 2010 y el otro apenas en 2015 heredaron buena parte de su clientela y su dinámica. Son antros para bailar con un precio elevado de acceso \$200 pesos y la bebida es también cara. Además, todos cuentan con cadena de acceso, es decir, que hay un personal que selecciona quiénes pueden entrar al antro y quiénes no. Son espacios frecuentados por clientelas tanto de hombres como de mujeres, de entre unos 20 a 35 o 40 años, por lo general de los niveles socioeconómicos más altos, aunque también medios.

El Ansia

Este antro se encontraba a un lado de la Cantina del Vaquero en la colonia Insurgentes Mixcoac y abrió sus puertas a finales de los 90 y permaneció abierto hasta 2008. Era un lugar predominantemente

masculino, para bailar, frecuentado por una clientela entre los 25 y 40 años. Cobraban un precio de acceso moderado, pero no es recordado como un bar exclusivo o frecuentado por los más altos niveles socioeconómicos, sino justamente por las clases medias.

El Nueve

Es reivindicado como el primer bar “gay” de la Ciudad de México, en el sentido de que se distancia de las cantinas del centro histórico donde también había ambiente de varones homosexuales. Abrió sus puertas en plena Zona Rosa como restaurante en 1977 y fue transformándose en bar al poco tiempo, retirando las mesas y poniendo música para bailar. Era frecuentado principalmente por hombres, pero también por mujeres. Es recordado como muy exclusivo, para el que existía una lista de socios. Sin embargo, también recuerdan que no era difícil conseguir ser incorporado a la lista, solo era necesario conocer a alguien que solicitara que fueras anotado. Aun así, no era un espacio barato y, en consecuencia, era frecuentado por los niveles socioeconómicos medios y altos. Se trató de un espacio polifacético que servía de bar, pero también para conferencias, proyecciones de películas, fiestas privadas y conciertos de bandas nuevas. Cambió de direcciones y de nombres en sus últimos años a finales de la década de los 80 y principios de los 90. Su fama produjo que abrieran otros espacios aludiendo a su nombre como “el Numerito” u otros números.

El Taller

El bar abrió sus puertas en 1986 en la calle de Florencia y hoy, aunque con otro propietario, fraccionado en dos partes y con otro nombre, permanece abierto en el mismo sitio un espacio de ambiente gay. Fue, al igual que la Cantina del Vaquero, propiedad del escritor y periodista Luis González de Alba y, como aquél, también buscaba un ambiente totalmente masculino. El Taller no era un bar para bailar, sino solo para beber e interactuar, aunque también tenía algunos espectáculos y conferencias. Salvo en estos casos, no se cobraba un precio de acceso y las bebidas no eran del todo caras, dando espacio a la asistencia de una clientela amplia tanto de edades como de niveles socioeconómicos. El bar sirvió como sede para reuniones de divulgación sobre el VIH y apoyo a sus portadores y personas que viven con ellos. Algún tiempo el Taller contó con un cuarto oscuro.

El Viena

Una cantina ubicada en la calle de República de Cuba del centro histórico, al parecer abierta desde finales de los años 80 y hasta la fecha, pasando por varias remodelaciones. Es una cantina, sin cuarto oscuro, que cuenta con una pista de baile, aunque el volumen de la música y la iluminación no es la típica de un antro. No hay precio de acceso y las bebidas son de precios medios. Su ambiente es principalmente masculino, aunque también asisten algunas mujeres y es frecuentada por un amplio espectro de edades, desde los 20 hasta los 50 o 60 años. Es reconocida como de ambiente popular y, por lo general, en las entrevistas resulta que quienes asisten con frecuencia a otros bares de esa calle (Marrakech y Purísima) rara vez asisten también al Viena.

Finisterre

Los Finisterre son unos baños de vapor y sauna que se ubican en la colonia San Rafael, relativamente cerca de la Zona Rosa. Sus instalaciones llevan ya varias décadas funcionando y, al parecer, es a partir

de la década de 1980 que se convierte en un espacio decididamente frecuentado por hombres no heterosexuales que buscan sostener encuentros sexuales dentro de los cuartos privados o incluso comunes con los que cuenta el vapor. Como otros baños que se encuentran dispersos por toda la ciudad, son frecuentados por un espectro muy amplio de edad y de clases sociales, aunque los Finisterre tienen la fama de ser aquellos donde es más factible encontrar a hombres de niveles socioeconómicos más elevados.

Kagba/Katzy

Un antro ubicado en Ciudad Satélite que funcionó en la segunda mitad de la década de 1980 y principios de 1990, cambiando de nombre a Katzy. En los tiempos posteriores al terremoto, pareció funcionar como el principal y más exitoso antro de ambiente tanto gay como lésbico, para niveles socioeconómicos medios y altos, con un elevado precio de acceso y de las bebidas.

L'Baron

Uno de los antros más populares de la década de 1980 que se encontraba al sur de la ciudad, por la colonia Insurgentes Mixcoac. El antro era principalmente para hombres aunque también era frecuentado por mujeres y consistía en una galería de gran capacidad, destinada principalmente a bailar y al consumo de alcohol. Fue un espacio al que asistía un muy amplio rango de edad y personas principalmente de niveles socioeconómicos medios y altos.

La Botica

En la calle de Amberes existe desde 2009 ésta mezcalería que se distingue de otros bares de la calle por tener un acceso más controlado desde la calle –es decir, existen puertas- y sus precios son ligeramente más elevados, por lo que suele tener menos gente y, en general, de niveles socioeconómicos medios o de edades superiores a los 25 o 30 años. La Botica es también un bar frecuentado por hombres y mujeres como una antesala a la visita a otro antro. Algunas noches cuenta con un karaoke.

La casita

Se trata de una casa de grandes dimensiones en la colonia Roma, a unas pocas cuerdas de la Zona Rosa. Este lugar se clasifica dentro de los “lugares de encuentro”, pues no se trata de un bar, ni un antro, sino un espacio que sólo permite acceso a hombres para que adentro de sus instalaciones puedan tener encuentros sexuales. El sitio solo aporta música y preservativos, en ocasiones vende cerveza. Abrió sus puertas en la década de 1990 y subsiste hasta hoy. Abre las 24 horas del día, los 365 días del año. Como este sitio existen otros dispersos por la ciudad, con más restricciones de horarios y con diferentes precios de acceso. La casita cobra \$130 pesos (alrededor de 6.50 dólares).

Marrakech/La Purísima

Ambos bares se encuentran en de la calle de República de Cuba en el centro histórico y comparten buena parte de sus características. El Marrakech abrió sus puertas en 2008, mientras que la Purísima

alrededor del año 2010 y ambos permanecen abiertos hasta la fecha. De hecho, del segundo se ha hecho una sucursal en otra de las partes más transitadas del centro histórico. Se trata de espacios que no tienen precio de entrada y el costo de la bebida es medio. Son visitados principalmente por jóvenes de entre 20 y 30 años, hombres en su mayoría, pero también mujeres, en general de niveles socioeconómicos medios. Dentro de sus clientes es frecuente encontrar a quienes se definen como “queer” o bien parte de una escena “alternativa”. Ocasionalmente se organizan competencias de baile llamado “voguing”, inspirado en las poses del modelaje.

Lipstick/Kinky

Abrió sus puertas en la esquina del Paseo de la Reforma y la calle de Amberes, en la Zona Rosa, en 2004. Se trata de uno de los principales bares que le dieron a la calle de Amberes una concentración particular de negocios dedicados a clientelas no heterosexuales a partir de este año. Lipstick, entre 2004 y 2010 fue el espacio más exclusivo de la Zona Rosa, porque su costo de entrada era el más elevado (\$150 pesos en general, aunque otras noches era más barato), al igual que el precio de sus bebidas. Era frecuentado tanto por hombres como por mujeres de niveles socioeconómicos medios y altos. Su objetivo era principalmente bailar, aunque tenía una separación de espacios con diferentes tipos y volúmenes de música que permitían un ambiente de bar, para beber y conversar y otro para bailar. En 2010, cambió de nombre a Kinky, bajó sus precios de entrada \$70 pesos. Buena parte de la clientela de los niveles socioeconómicos más altos dejó de frecuentarlo, quedando solo para niveles socioeconómicos medios.

Living

Es uno de los antros más referidos en las entrevistas de quienes tuvieron una intensa etapa de exploración nocturna desde finales de los 90 y hasta 2009. Abrió sus puertas inicialmente en una casona en la colonia Roma y posteriormente se mudó a otra casona antigua en el Paseo de la Reforma, a unos pasos de la Zona Rosa. El Living era uno de los antros más exclusivos pues su precio de acceso era de los más elevados (oscilando entre los \$150 y los \$200 pesos dependiendo la noche de la semana), asimismo, sus bebidas tenían los precios más caros. Era frecuentado principalmente por hombres, pero también por mujeres, y estaba enlistado en un circuito y ranking internacional de discotecas gay que lleva la revista Spartacus. Luego de que la casa que ocupara en Reforma la comprara una inmobiliaria para hacer un nuevo desarrollo ahí, el antro se mudó a otra casona en una orilla del centro histórico de la ciudad, donde su éxito decayó hasta cerrar sus puertas.

Nicho

Es considerado el único bar de osos de la Ciudad de México, es decir, destinado a los hombres prototípicamente corpulentos y peludos. Abrió sus puertas en 2007 y permanece hasta la fecha. Entre su clientela rara vez se encuentra la presencia de una mujer y la edad de sus visitantes oscila entre los 25 y los 45 años.

Papi/Candy

Son un conjunto de bares pequeños que se ubican en la calle de Amberes y que abrieron sus puertas alrededor del año 2004 y que han continuado con diferentes nombres hasta la fecha. Son bares que no cobran precio de acceso y suelen atestarse de clientes, que a pesar de que no hay pistas de baile, suelen bailar, pues además el volumen de la música es elevado. El precio de las bebidas es elevado y, aprovechando las grandes cantidades de clientes y el fácil acceso a éstos, suelen colarse menores de edad. Cuando las autoridades hacen operativos de vigilancia, suele haber un mayor control sobre la edad de la clientela pero, en general, es de los más jóvenes: 18 a 25 años. En general, son visitados por hombres y mujeres, todos de niveles socioeconómicos medios o bajos.

Tom's

Un bar destinado exclusivamente a hombres y que existe desde principios de la década de 1990. Se ubica sobre la Avenida de los Insurgentes, en la colonia Condesa y tiene un precio de acceso que varía de acuerdo el día, pero oscila entre los \$120 y \$150 pesos, que suele incluir un par de cervezas. Es frecuentado, por lo general, por hombres mayores de 30 y hasta de 55 años. Cuenta con un cuarto oscuro.

Vaquero

Se le considera heredero de la “Cantina del Vaquero” que existió en los 80 y 90, pero en este caso se encuentra en la calle de Florencia, en la Zona Rosa y no en el sur de la Ciudad. Abrió alrededor del año 2008 y permanece abierto hasta la fecha. Es un bar que no cobra precio de acceso y el precio de la bebida es medio. Es frecuentado principalmente por hombres mayores de 35 años, a veces portando sombrero, pero no es requisitorio y rara vez con la presencia de una mujer. A diferencia de su antecesor, en este lugar no hay cuarto oscuro y predomina la música mexicana de banda o del género norteño, aunque algunos días a la semana hay un karaoke o un cantante que deleita a la clientela.

Virreinas

Un café y cantina destinado exclusivamente para mujeres, aunque no le impedían el acceso a algún hombre, ubicado en la colonia Del Valle, al sur de la ciudad. Abrió sus puertas a lo largo de la década de 1990 y persistió para la primera mitad de los 2000. Casi semanalmente había algún concierto de guitarra o alguna otra actividad teatral o conferencia. No tenía precio de acceso y el precio de las bebidas era barato, así que era frecuentado por mujeres de niveles socioeconómicos medios o incluso bajos. El rango de edad, al parecer era amplio, entre unos 25 a 50 años.

Referencias

- Abbott, Andrew, 1992, "From Causes to Events. Notes on Narrative Positivism", en *Sociological Methods & Research*, Vol. 20, No. 4, Mayo 1992, pp. 428-455
- Aceves, Jorge, 1993 "Un enfoque metodológico de las historias de vida". *Proposiciones* No. 29, marzo, pp. 1-7
- Achilles, Nancy, 1998 [1967], "The Development of the Homosexual Bar as an Institution", en Peter M. Nardi, Beth E. Schneider (comps), *Social Perspectives in Lesbian and Gay Studies. A Reader*, Nueva York/Londres: Routledge, pp. 175-182
- Acosta Sol, Eugenia, *Colonia Juárez. Desarrollo urbano y composición social, 1882-1930*, Ciudad de México: Instituto Politécnico Nacional
- Adler, Sy y Johanna Brenner, 1992, "Gender and Space: Lesbians and Gay Men in the City", *International Journal of Urban and Regional Research*, Volume 16, I-1
- Agulhon, Maurice, 1992, "La sociabilidad como categoría histórica", en *Formas de sociabilidad en Chile, 1840-1940*, Santiago de Chile: Fundación Mario Góngora
- 2009, *El círculo burgués: la sociabilidad en Francia, 1810-1848*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Álvarez-Gayou, Juan Luis, 2013, *Los rostros de la homosexualidad: una mirada desde el escenario*, Ciudad de México: Editorial El Manual Moderno
- Aminzade, Ronald, 1992 "Historical Sociology and Time", *Sociological Methods and Research* 1992, Vol. 20, pp. 456-480
- Argüello Pazmiño, Sofía, 2014, "Identidades en disputa: discursos científicos, medios de comunicación y estrategias políticas del Movimiento de Liberación Homosexual mexicano, 1968-1984", en Rodrigo Parrini y Alejandro Brito (coords), *La memoria y el deseo. Estudios gay y queer en México*, Ciudad de México: PUEG-UNAM. pp. 25-50
- Baeza, Manuel Antonio, 2003, *Imaginario sociales: apuntes para una discusión teórica y metodológica*, Concepción, Chile: Universidad de Concepción
- Bautista, Juan Carlos, 2010, "La noche al margen, Brevísimas relación de la vida nocturna gay", en Michael K. Schuessler y Miguel Capistrán (comps), *México se escribe con J, una historia de la cultura gay*, México: Editorial Planeta
- Beltrán, Antonio, 2015, *Chulos y coquetones. Conversaciones con protagonistas del mundo gay*, Ciudad de México: Educal.
- Bell, David J, 1991, "Insignificant others: Lesbian and Gay Geographies", *Area*, Royal Geographical Society, Vol. 23, No. 4 (Dec. 1991), pp. 323-329
- Berdoulay, Vincent, 2012, "El sujeto, el lugar y la mediación del imaginario", en Alicia Lindón y Daniel Hiernaux (coords), *Geografías de lo imaginario*, Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana; Barcelona: Anthropos Editorial. Pp. 49-64.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann, 1968, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires: Amorrortu
- Bertaux, Daniel, 2005, *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológicas*. Madrid: Ediciones Bellatierra.
- Bidart, Claire, María Eugenia Longo y Ariel Mendez, 2013 "Time and Process: An Operational Framework for Procesual Analysis", *European Sociological Review* Vol. 29 (4), pp. 743-751
- Blanco, José Joaquín, 1984, *Las púberes canéforas*, Ciudad de México: Ediciones Cal y Arena
- 2005, *Postales trucadas*, Ciudad de México: Era
- 2010, "Ojos que da pánico soñar", en Michael K. Schuessler y Miguel Capistrán (comps), *México se escribe con J, una historia de la cultura gay*, México: Editorial Planeta
- Boivin Renaud, René, 2011 "El barrio gay de París y la reproducción de la injusticia espacial"
- 2011b, "De la ambigüedad del clóset a la cultura del gueto gay: género y homosexualidad en París, Madrid y México", *La Ventana* (Guadalajara, México), Núm. 34.

- _____. 2013 “Rehabilitación urbana y gentrificación en el barrio de Chueca: la contribución gay”, *Revista Latino-americana de Geografía e Género*, Ponta Grossa, v.4, p.114-124
- _____. 2013b, “Formas de inclusión y exclusión de las minorías sexuales en la ciudad”, Seminario Internacional “Construcción de ciudad desde la diversidad”, Oct 2013, Bogotá, Colombia
- Brown, Kath y Leela Bakshi, 2011, “We are here to party? Lesbian, gay, bisexual and trans leisurescapes beyond commercial gay scenes”, *Leisure Studies*, 30:2, 179-196
- _____. 2016, “De gueto a barrio gay. Chueca en los medios de comunicación (1960-2010)” *Espacialidades*, Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura (UAM, México), Vol. 6. No. 1.
- Brown, Michael y Larry Knopp, 2016, “Sex, drink, and state anxieties”, *Social & Cultural Geography*, Vol 17, Núm. 3. Pp. 335-358. Estados Unidos: Routledge.
- Castells, Manuel, 1983, “Cultural Identity, Sexual Liberation and Urban Structure: The Gay Community in San Francisco” en *The City and the Grassroots: a Cross-Cultural Theory of Urban Social Movements*, Berkeley, California: University of California.
- Carpiano, Richard M., Brian C. Kelly et al, 2011, “Community and Drug Use among Gay Men: The Role of Neighborhoods and Networks”, *Journal of Health and Social Behaviour*,
- Castañeda, Alfonso, 2013 “Zona Rosa: esplendor, tragedia y decadencia”, en *sinembargo.mx*, 9 de agosto de 2013, recuperado en <http://www.sinembargo.mx/09-08-2013/714560>
- Certeau, Michel de, 1984, *The Practice of Everyday Life*, Berkeley, Estados Unidos: University of California Press
- Chambers, Samuel A. 2007. ‘An Incalculable Effect’: Subversions of Heteronormativity’, *Political Studies*, Vol. 55, pp, 659-679
- Chapman Quevedo, William Alfredo, 2015, “El concepto de sociabilidad como referente del análisis histórico”, *Investigación y Desarrollo*, Vol. 23, núm. 1. Pp. 1-37. Barranquilla, Colombia: Universidad del Norte.
- Chauncey, George, 2010 (1995), “Building Gay Neighborhood Enclaves: The Village and Harlem” en Gary Bridge y Sophie Watson, *The Blackwell City Reader*, Reino Unido: Wiley-Blackwell, pp 243-252
- Chrostowska, S.D., 2010, “Consumed by Nostalgia?”, *SubStance*, University of Wisconsin Press, Vol. 39. No. 2. Issue 122, pp 52-70
- Claval, Paul, 2012, “Mitos e imaginarios en geografía”, en Alicia Lindón y Daniel Hiernaux (coords), *Geografías de lo imaginario*, Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana; Barcelona: Anthropos Editorial. Pp. 29-47
- Clemens, Elisabeth. 2007, “Toward a Historicized Sociology: Theorizing Events, Processes, and Emergence”, *Annual Review of Sociology* 2007, 33, pp. 527-549
- Cuevas, José Luis, 1999, “El mural efímero”, *Revista Letras Libres*, México, (Febrero 1999).
- De Certeau, Michel, 1996, *La invención de lo cotidiano*, Guadalajara: ITESO y Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- De la Dehesa, Rafael, 2010, *Queering the public sphere in Mexico and Brazil: sexual rights movements in emerging democracies*, Durham, N.C. : Duke University Press, . xvi, 300 p
- Diez, Jordi, 2011, “La trayectoria política del movimiento Lésbico-Gay en México”, *Revista de Estudios Sociológicos*, Vol. 29, No. 86 (mayo-agosto, 2011), pp. 687-712
- Doan, Petra L., 2015, “Understanding LGBTQ-Friendly Neighborhoods in the American South: The Trade-off Between Visibility and Acceptance”, en Petra L. Doan (coord.) *Planning and LGBTQ Communities, The Need for Inclusive Queer Spaces*, Nueva York y Londres: Routledge
- Doan, Petra L and Harrison Higgins, 2011, “The Demise of Queer Space? Resurgent Gentrification and the Assimilation of LGBT Neighborhoods”, *Journal of Planning Education and Research*, XX (X) 1-20.
- Feliciano Mendoza, Omar, 1998, *El deseo en las sombras*, tesis de licenciatura en Psicología Social, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

- Flores, Mauricio, 2015, "La crítica: Martí", México: diario *Milenio*, 21 de diciembre de 2015. Recuperado en http://www.milenio.com/cultura/critica-Martre_0_650334969.html
- Foucault, Michel, 2008 [1979], *Vigilar y castigar*, Ciudad de México: Siglo XXI.
- Franzosi, Roberto (1998) "Narrative Analysis – or Why (and How) Sociologists should be interested in Narrative", *Annual Review of Sociology* 1998, 24, pp. 517-554
- Fuentes, Carlos, 1960, *La región más transparente*, México: Fondo de Cultura Económica, p. 52
- Gallego Montes, Gabriel, 2010. *Demografía de lo otro. Biografías sexuales y trayectorias de emparejamiento entre varones en la Ciudad de México*. México, El Colegio de México, 2010.
- Gamson, Joshua, 2005, "The Intersection of Gay Street and Straight Street: Shopping, Social Class, and the New Gay Visibility", *Social Thought & Research*, Vol. 26, no1/2
- García Canclini, Néstor, 1990, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Ciudad de México: CONACULTA-Grijalbo.
- _____, 2004, *Diferentes, desiguales y desconectados: mapas de la interculturalidad*, Barcelona, España: Gedisa.
- García Escalona, Emilia, 2000, "Del armario al barrio: aproximación a un nuevo espacio urbano", *Anales de Geografía de la Universidad Complutense de Madrid*. Madrid, UCM, pp. 437-449.
- Ghaziani, Amin, 2010, "There Goes the Gayborhood?", *Contexts*, Vol. 9, No. 4. Pp 64-66
- _____, 2011 "Post-Gay Collective Identity Construction", en *Social Problems*, Vol. 58, No. 1 (February 2011), pp 99-125
- Giglia, Angela, 2001, "Sociabilidad y megacionades", *Estudios sociológicos*, Vol. 19, Núm 57, pp. 799-821. México: El Colegio de México.
- Giménez Montiel, Gilberto, 2002, "Paradigmas de identidad", en Aquiles Chihu Amarán, *Sociología de la Identidad*, Ciudad de México: UAM Iztapalapa. Pp. 35-62
- _____, 2004, "Territorio, paisaje y apego socio-territorial". En Primer Foro. Regiones culturales- Culturas regionales. Ciudad de México: Conaculta.
- González de Alba, Luis, 1998, "Those Were the Days", *Revista Nexos*, Enero 1998.
- _____, 2006, "Veinte años del Taller", *Revista Nexos*, Octubre 2006.
- González Rodríguez, Sergio, 1993, "La Zona Rosa", columna Mapamundi, suplemento El Ángel, Ciudad de México: diario *Reforma*. 21 de noviembre de 1993.
- Gurvitch, George, 1941, *Las formas de la sociabilidad: ensayos de sociología*, Buenos Aires: Losada.
- Gutiérrez Martínez, Ana Paulina, 2015, *Identidades trans femeninas. Sociabilidades, internet, narrativas y tránsitos de género en la Ciudad de México*, Tesis de doctorado en Ciencia Social, Ciudad de México: Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.
- Gutmann, Matthew C., 1997, "The Ethnographic (G)ambit: Women and the Negotiation of Masculinity in Mexico City", en *American Ethnologist*, Vol. 24, No. 4 (Nov., 1997), pp. 833-855
- Hanhardt, Christina B., 2013, *Safe Space: Gay Neighborhood History and the Politics of Violence (Perverse modernities)*, EUA: Duke University Press Books
- _____, 2008. "Butterflies, Whistles, and Fists: Gay Safe Streets Patrols and the New Gay Ghetto, 1976-1981", *Radical History Review*, Num.100 (Winter 2008)
- Harvey, David, 1998, *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Barcelona: Amorrortu
- _____, 2007, "Capitalismo: la fábrica de la fragmentación", en *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*, México, Ciudad de México: Akal.
- Hernández, Antonio, 2010, "Quiere GDF canales de agua en la Zona Rosa". 4 de diciembre de 2010, Milenio

- Huyssen, Andreas, 2006, "Nostalgia for Ruins", Grey Room, No. 23 (Spring 2006), Cambridge: The MIT Press, pp. 6-21
- Hiernaux, Daniel, 2007, "Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos", *Eure*, núm 33, 17-30
- _____, 2012, "Los imaginarios urbanos: una aproximación desde la geografía urbana y los estilos de vida", en Alicia Lindón y Daniel Hiernaux (eds), *Geografías de lo imaginario*, Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana; Barcelona: Anthropos Editorial. Pp. 87-105.
- Illbruck, Helmut, 2012, *Nostalgia, Origins and Ends of an Unenlightened Disease*, Illinois: Northwestern University Press
- INAH-Conaculta, 2007, *Memoria de la ciudad de México: cien años 1850-1950*, Ciudad de México: INAH-Conaculta, p. 23
- Islas Vela, David Román, 2013, *Zona Rosa como territorio queer. Entre la empresarialidad, el consumo y el crisol de identidades gay*, Tesina para obtener el grado de Licenciado en Geografía Humana, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Jiménez, Armando, 1994, "Clausuran el antro Sergio's Le Club por vender drogas", columna Guía de Pecadores y Descarriados del suplemento Tiempo, Ciudad de México: diario Reforma.
- Jiménez, Carlos, 2010, "Con sede en otro país, red de pederastia", *La Razón*, 30 de septiembre de 2010. Disponible en: <https://www.razon.com.mx/con-sede-en-otro-pais-red-de-pederastia/>
- Laguada, Rodrigo, 2004, "La emergencia de los bares gays en la ciudad de México: el espacio como generador de identidad", en María Del Carmen Collado (comp), *Miradas recurrentes. La ciudad de México en los siglos XIX y XX*. México, Instituto Mora-UAM.
- _____, 2009, *Ser gay en la ciudad de México. Lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982*. México, Instituto Mora-CIESAS.
- _____, 2011, *La calle de Amberes: Gay Street de la Ciudad de México*, México: CEIICH-UNAM e Instituto Mora
- Lanzagorta García, José Ignacio, 2012, *Crear un sí lugar: estudio socioespacial de la Glorieta de los Insurgentes de la Ciudad de México*, Tesis de Maestría en Antropología Social, México: Universidad Iberoamericana.
- _____, 2014, "La casita de Insurgentes", México: revista *Nexos*, Mayo 2014, versión electrónica disponible en <http://www.nexos.com.mx/?p=20728>
- Lefebvre, Henri, 1991, *The Production of Space*, Estados Unidos: Blackwell
- Leñero, Vicente, 1968, *La Zona Rosa y otros reportajes*, Ciudad de México: Instituto Nacional de la Juventud Mexicana
- Lezama, José Luis, 2014, *Teoría social: espacio y ciudad*, Ciudad de México: El colegio de México-CEDUA
- Lins França, Isadora, 2007, "Sobre 'guetos' e 'rótulos': tensões no mercado GLS na cidade de São Paulo", *cadernos pagu* (28), enero-junio de 2007, 227-255.
- List Reyes, Mauricio, 2002, "La noche de El Ansia", en *Alteridades*, Vol. 12 (23), Págs. 63-81
- _____, 2009, *Hablo por mi diferencia: de la identidad gay al reconocimiento de lo queer*, Ediciones Eón Grupo de Estudios sobre Sexualidad y Sociedad Cuerpo Descifrado Fundación Arcoiris
- Lizárraga, Xabier, 1992, "Homosexual vs Gay", *Del otro lado*, No.1, Año 1992. Ciudad de México. Pp. 20-22.
- Low, Setha M. Y Denise Lawrence-Zuñiga, 2003, *The Anthropology of Space and Place: Locating Culture*. Estados Unidos: Blackwell.
- Lyon, Janet, 2009, "Sociability in the Metropole: Modernism's Bohemian Salons", *ELH*, vol. 76, No. 3. Pp. 687-711. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

- Macías González, Víctor M., 2004, "Entre lilos limpios y sucias sarasas: la homosexualidad en los baños de la Ciudad de México, 1880-1910", en María del Carmen Collado, *Miradas Recurrentes II: La ciudad de México en los siglos XIX y XX*. México, pp. 293-310
- Massey, Doreen, 1994, *Space, Place, and Gender*, Minneapolis, Estados Unidos: University of Minnesota Press.
- Martré, Gonazalo, 2015, *Safari en la Zona Rosa*, México: Conacutla y Nitro/Press
- Mira Nouselles, Alberto, 2002, *Para entendernos: diccionario de cultura homosexual, gay y lesbica*, Barcelona: Ediciones La tempestad.
- _____, 2007, *De Sodoma a Chueca : una historia cultural de la homosexualidad en España en el siglo XX*, Barcelona, España : Editorial Egales, 650 p
- Mogrovejo, Norma, *Un amor que se atrevió a decir su nombre: la lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista de América Latina*. México: Plaza y Valdés - CDAHL
- Monsiváis, Carlos, 2002, "Los 41 y la gran redada", *Letras libres* Vol. 4. No. 40, (Abr., 2002)
- _____, 2002b. "Los gays en México: la fundación, la ampliación, la consolidación del ghetto", *Debate Feminista*, vol. 26. México, pp. 89-115.
- Nash, Catherine Jean, 2006, "Toronto's gay village (1969-1982): plotting the politics of gay identity", *The Canadian Geographer*, no 50 I
- Notimex, 2011, "Cuenta DF con 21 zonas propuestas para programa de Barrios Mágicos", 19 de abril de 2011, *La Razon*
- Novo, Salvador, 1998, *La estatua de sal*, Ciudad de México: CONACULTA.
- Núñez Noriega, Guillermo, 2011, *¿Qué es la diversidad sexual?: reflexiones desde la academia y movimiento ciudadano*, Hermosillo, Sonora: Centro de Investigaciones en Alimentos y Desarrollo CIAD Quito Abya Yala Universidad Politécnica Salesiana
- Osorno, Guillermo (2014), *Tengo que morir todas las noches, una crónica de los ochenta, el underground y la cultura gay*, México: Editorial Debate
- Parrini, Rodrigo, "Epistemología de un coleccionista. Los ensayos sobre disidencia sexual de Carlos Monsiváis", en Rodrigo Parrini y Alejandro Brito (coords), *La memoria y el deseo. Estudios gay y queer en México*, Ciudad de México: PUEG-UNAM. PP. 119-150
- Petev, Ivaylo D., 2013, "The Association of Social Class and Lifestyles: Persistence in American Sociability, 1974 to 2010"
- Piazza, Luis Guillermo, 1968, *La mafia*, México: Joaquín Mortiz
- Prieur, Annick, 2008, *La casa de la Mema: travestis, locas y machos*, Ciudad de México: UNAM-PUEG. pp 341
- Proceso, 2011, "Movimiento Lésbico-Gay", *Revista Proceso*, 11 de agosto de 2011, consultado en <https://www.proceso.com.mx/186188/movimiento-lesbico-lldquoogay-rdquo>
- Rybas, Natalia y Radhika Gajjala, 2007, "Developing Cyberethnographic Research Methods for Understanding Digitally Mediated Identities", *Forum Qualitative Social Research*, Vol 8, No. 3. Berlin: Freie Universitat
- Rivera J, Héctor, 1998, "Luis Guillermo Piazza y José Luis Cuevas, quienes bautizaron la Zona Rosa rememoran sus días de gloria", *Revista Proceso*, México, (Domingo, 22 de febrero de 1998)
- Rodríguez Dávalos, R. 2013. *Cambios socio-espaciales en la zona central de la Ciudad de México 2000-2010: la colonia Doctores: ¿un espacio urbano en proceso de gentrificación?*. Tesis de maestría en Estudios urbanos. Ciudad de México: Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México.
- Rodríguez Sánchez, Nathaly, 2016, *Los afeminados y otros heterodoxos : una historia social del homoerotismo masculino en la Ciudad de México, desde la posrevolución a la segunda*

- posguerra*, Tesis del grado de doctorado en Historia, Ciudad de México: Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México.
- Roseneil, Sasha y Kaisa Ketokivi (2015) "Relational Persons and Relational Processes: Developing the Notion of Relationality for the Sociology of Personal Life", *Sociology* (2015) 2, pp. 1-17, Sage Publication.
- Russo, Garrido, 2009, "'El ambiente' According to Her: Gender, Class, 'Mexicanidad', and the Cosmopolitan in Queer Mexico City", *NSWA Journal*, Vol. 21, No. 3, Latino Sexualities, pp. 24-45. Estados Unidos: The Johns Hopkins University Press.
- Sabsay, Leticia, 2011, *Fronteras sexuales. Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- San Martín Córdova, Iván, (2010), "Visibilidad de la comunidad gay y lesbica en el espacio público de la Ciudad de México: la Zona Rosa", *Revista Digital Universitaria*, Vol. 11, Núm 9 Septiembre 2010
- Sibalis, Michael, 2004, "Urban Space and Homosexuality: The example of the Marais, Paris", 'Gay Ghetto', *Urban Studies*, Vol. 41, No. 9, 1739-1758
- Sánchez Crispín, Álvaro y Álvaro López López, 2000, "Visión geográfica de los lugares gay de la ciudad de México", *Cuicuilco Nueva Época*, volumen 7, número 18, enero-abril, 2000
- Stewart-Winter, Timothy, 2009 "The Castro: Origins to the Age of Milk", *The Gay & Lesbian Review*, January-February 2009
- Schutz, Alfred, 1962, *El problema de la realidad social*, Buenos Aires: Amorrortu
- Scott, Joan W., 1996, "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, PUEG-México. 265-302p.
- _____, 2010, "Gender: Still a Usefull Category of Analysis?", *Diogenes*, Núm 225, pp 7-14
- Simmel, Georg y Everett C. Hughes, 1949, "The Sociology of Sociability", *American Journal of Sociology*, Vol. 55, Núm. 3, pp. 254-261. Chicago: University of Chicago Press.
- Suárez, Hugo José, 2009, "Identidad y cultura, Gilberto Giménez", en *Tertulia Sociológica, Ciudad de México: UNAM-IIS*, pp. 102-118
- Russo Garrido, Anahí, 2009, "El ambiente" According to Her: Gender, Class, "Mexicanidad", and the Cosmopolitan in Queer Mexico City", *NWSA Journal*, Vol 21, No. 3, Latina Sexualities (Fall, 2009), pp. 24-45.
- Swyngedouw, Eric y Japhy Wilson, 2014, *The Post-Political and its Discontents: Spaces of Depoliticization, Specters of Radical Politics*, Edimburgo: Edinburgh University Press
- Terry, Thomas Philip, 1927, *Terry's Guide to Mexico*, Nueva York: Doubleday
- Thompson, Paul (2006) [1973] "The Voice of the Past. Oral history", en Robert Perks y Alistair Thomson, *The Oral History Reader*, 2a Ed., Londres: Routledge Editor, pp. 25-31
- Viya, Miko, 1988, "El nacimiento de la Zona Rosa", en *México ayer*, Puebla: Editorial Cajica
- Wagner, Roy, 1981, *The Invention of Culture*, Chicago: The University of Chicago Press
- Weeks, Jeffrey, 2011, *The Languages of Sexuality*, Londres y Nueva York: Routledge.
- _____, 2012, "Queer(y)ing the 'Modern Homosexual'", *Journal of British Studies*, Vol. 51, No. 3 (July 2012), pp. 523-539
- White, Jonathan, 2013, "Thinking Generations", *The British Journal of Sociology*, Vol. 64, No. 2. pp.216-247
- Wilhelhm, John, 1967, *Guide to Mexico City*, Ciudad de México: Ediciones Toltecas
- Valdez, Ana Lydia, 2011, "El regreso del Hotel Geneve, un icono del lujo y el confort del Porfiriato", *Expansión*, 22 de Julio de 2011, consultado en <https://expansion.mx/entretenimiento/2011/07/22/el-regreso-del-hotel-geneve-un-icono-del-lujo-y-el-confort-del-porfiriato>
- Zapata, Luis, 1979, *El vampiro de la colonia Roma: aventuras y desventuras de Adonis García*, México: Editorial Grijalbo

Zolov, Eric, 1999, *La Onda: Mexico's Counterculture and the Student Movement of 1968*, California:
University of California Press